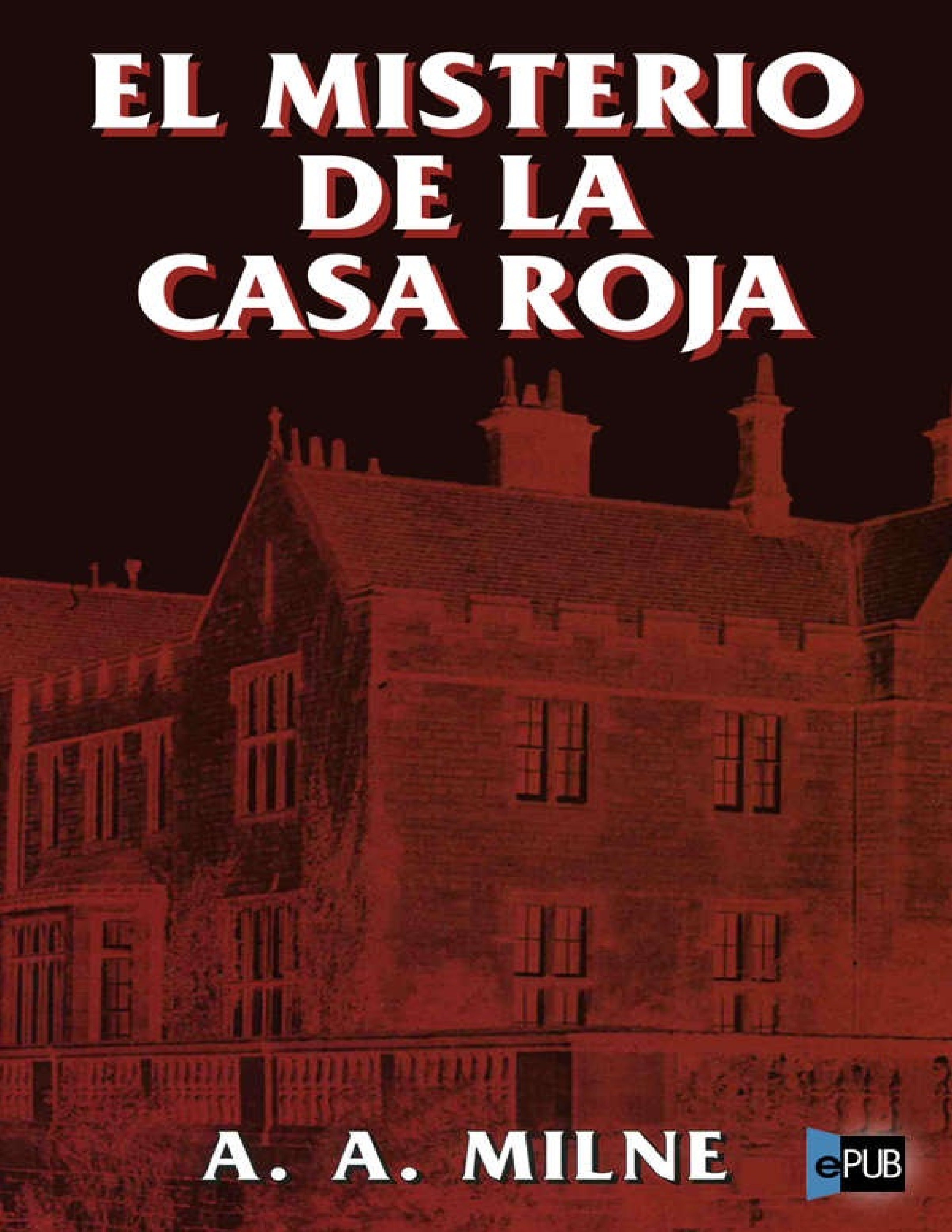

EL MISTERIO DE LA CASA ROJA
A. A. MILNE
ePUB

Milne es el afortunado autor de un clásico de la literatura infantil: *Winnie the Pooh.* Posiblemente deba a ello la frescura de esta novela policíaca, única que escribió para entretenimiento de su padre, que era un gran aficionado al género. La pareja de investigadores está formada por dos animosos y divertidos jóvenes amigos que remedan a Holmes y Watson (aunque su aire es más de aventureros que de pareja detectivesca, lo que no es impropio del autor de Winnie) en la investigación de un crimen que, una vez más, se plantea como problema de habitación cerrada. Aquí no hay un nudo de sospechosos sino el seguimiento de una pista que, poco a poco, va dibujando un crimen extraordinario que se desvela por sus pasos, en línea recta y sin perder un ápice de interés por ello. Hay fantasmas, pasadizos, apariciones, lagos misteriosos, puertas secretas, genuina investigación… y todo ello en una espléndida mansión campestre con sus correspondiente invitados. La excelente escritura y la sabiduría narrativa del autor se despliega por la Casa Roja y sus alrededores con excelentes descripciones y un hábil y sugestivo manejo de personajes, amén de una intriga con situaciones nada convencionales.



A. A. Milne

El misterio de la Casa Roja

ePUB v1.0
chungalitos 21.12.11

CAPÍTULO PRIMERO

LA SEÑORA STEVENS TIENE MIEDO

La Casa Roja dormitaba en el pesado calor de una tarde veraniega. Sólo se oía el zumbido indolente de las abejas en los cuadros de flores y el gracioso arrullo de las palomas en la cima de los olmos. Desde los lejanos campos llegaba, empero, el suavísimo ronroneo de una segadora, esa canción campestre, sedante si las hay, que acrecienta el placer de la tregua que nos hemos concedido, por contraste con el esfuerzo de los que allá trabajan...

Era la hora en que aun aquellos cuya función consiste en servir a los otros pueden reservarse al fin algunos momentos para sí mismos. En el *office*, Audrey Stevens, la bonita camarera, adornaba su mejor sombrero, charlando entretanto con su tía, la señora Stevens, cocinera y, sobre todo, ama de llaves, en casa de un solterón, el señor Marc Ablett.

—¿Es por Joe? —preguntó apaciblemente la señora Stevens, mirando el sombrero.

Audrey asintió con la cabeza y quitó un alfiler de su boca para clavarlo en un buen sitio del sombrero antes de explicar:

—¡Le gusta tanto el rosa!

—Tampoco a mí me desagrada —repuso su tía—. Ya ves que Joe Turner no es el único.

—Es un color que no le sienta a todos —dijo Audrey, manteniendo el sombrero al extremo de su brazo a fin de apreciarlo mejor—. Tiene elegancia, ¿no?

—Oh, te queda a las maravillas. También a mí me habría quedado muy bien, cuando tenía tu edad. Ahora resultaría demasiado llamativo, desde luego; lo cual no impide que la toilette me siente mejor que a muchas personas, créeme, y jamás he sido de esas que pretenden ser lo que no son. Si tengo cincuenta y cinco años, digo sencillamente mi edad y no me ando con tapujos.

—¿Con que cincuenta y cinco años, tía?

—Lo dije por vía de ejemplo —replicó la señora Stevens con la mayor dignidad.

Audrey enhebró una aguja y luego, antes de empezar a coser, extendió la mano para examinar escrupulosamente el estado de sus uñas.

—Extraño, este caso del hermano del señor Marc. ¡Figúrate! ¡No haberlo visto durante quince años! —Rió con un poco de afectación y continuó:

—Me pregunto qué sería de mí si tuviere que estar quince años sin ver a Joe...

—Según te lo he referido toda la tarde —dijo la tía—, en los cinco años que llevo aquí jamás oí hablar de un hermano. Lo juraría ante quienquiera que fuese, así tuviera que morir mañana mismo. No hubo la menor alusión a un hermano en todo el tiempo que llevo en esta casa.

—Casi me caigo cuando los oí hablar de eso esta mañana, en el desayuno. No asistí al comienzo de la conversación, por supuesto, pero todos se ocupaban del tema, al entrar yo. ¿Qué les llevaba en ese momento? ¿Leche caliente? Quizás fuesen más bien las tostadas. En fin, lo cierto es que hablaban todos, y he aquí que el señor Marc se vuelve hacia mí y me dice (ya conoces su aire en esto casos): "Audrey, mi hermano debe venir a verme esta tarde. Lo espero a eso de las tres". Así dijo. "Bien, señor", le respondí con calma, pero nunca en mi vida me había sentido tan sorprendida. Jamás me había pasado por la imaginación que pudiera tener un hermano. "Mi hermano de Australia", agregó; sí, es verdad, me olvidaba de esto. ¡De Australia!

—Oh, quizá sea cierto que estaba en Australia —declaró la señora Stevens sentenciosamente —. Acerca de eso nada puedo decir, porque no conozco el país; pero sí puedo afirmar una cosa, y es que jamás se ha presentado aquí, al menos desde que yo estoy, hace de esto cinco años.

—Claro, tía, si lleva quince años sin reaparecer. Oí al señor Marc que le decía al señor Cayley: "Quince años", en respuesta a la pregunta del señor Cayley respecto a cuándo había estado su hermano por última vez en Inglaterra. El señor Cayley estaba al tanto de su existencia; le oí decírselo al señor Beverley; pero ignoraba cuánto hacía que había desaparecido del país. Así que ya ves. Fue por eso que le preguntó al señor Marc.

—Por lo que hace a quince años, Audrey, no digo nada. Sólo puedo hablar de lo que sé, y de esto ha hecho cinco años en Pentecostés. Pero podría jurar que no ha puesto los pies en la casa desde la Pentecostés de cinco años atrás. Si durante ese tiempo estuvo en Australia, como dices, no hay duda que sus razones tendría para ello.

—¿Qué razones? —inquirió Audrey cándidamente.

—Poco importa qué razones. Hablando como lo haría tu madre, cuyo sitio junto a ti ocupo desde que la perdiste, sólo puedo decirte esto, Audrey: cuando un caballero parte para Australia, sus razones tiene, y cuando permanece quince años en aquel país, como lo dice el señor Marc y como yo misma lo sé por lo que respecta a estos últimos cinco años, es que sus motivos le asisten, y una joven discreta no debe preguntar cuáles son.

—Habrá tenido dificultades, supongo —replicó Audrey, con indiferencia—. Dijeron en el desayuno que había llevado una existencia muy agitada. Deudas... Me alegro mucho que Joe no sea así. Tiene quince libras en la Caja de Ahorros, ¿no te lo conté?

La conversación acerca de Joe Turner se detuvo aquí. El llamado de una campanilla hizo incorporarse a Audrey, convertida de nuevo en la joven criada cuidadosa que no olvida ajustarse la cofia al pasar delante del espejo.

—Es en la puerta de entrada —dijo—. Debe ser él. "Hágalo pasar a mi escritorio", me ha encargado el señor Marc. Sin duda no quiere que los otros señores y las damas lo vean; de cualquier manera, todos se fueron a jugar al golf. Me pregunto si se irá a quedar aquí. Quizá haya traído de Australia montones de oro. Me gustaría informarme bien acerca de Australia, porque si realmente basta ir allá para encontrar oro, ¡bueno!, no digo que Joe y yo...

—¡Vamos, vamos, apúrate, Audrey!

—Sí, sí, tiíta enseguida vuelvo.

Salió.

Al visitante que acabara de recorrer la avenida de acceso bajo el tórrido sol de agosto la puerta abierta de la Casa Roja revelaba un asilo deliciosamente acogedor, cuya sola vista refrescaba. Era una ancha construcción con techo bajo, vigas de encina, paredes de marfilina blancura y ventanas protegidas por cortinas azules. Puertas distribuidas a derecha e izquierda conducían a las diversas dependencias de la vivienda; mas, frente a vosotros, así que acabáis de entrar, otras ventanas hay que se abren sobre un cuadrado de césped, de suerte que entre estas dos filas de ventanas abiertas que se miran unas a otras, el poco de aire que la pesadez de la atmósfera canicular permitía, circulaba agradablemente. Una escalera de anchos y bajos peldaños ascendía a lo largo de la pared de la derecha, y girando hacia la izquierda, os conduce a una galería desde la que podéis ganar directamente vuestra habitación; esto, naturalmente, en el caso en que os hayan autorizado a permanecer hasta el día siguiente. En cuanto al señor Robert Ablett, sus intenciones a este respecto eran aún desconocidas.

Cuando Audrey atravesaba el hall, no pudo reprimir un estremecimiento al percibir bruscamente al señor Cayley, que discretamente sentado delante de una de las ventanas de la fachada, leía. A decir verdad, no había ninguna razón para que no estuviese en aquel sitio, por cierto que más fresco que el campo de golf en un día tan sofocante. Pero durante toda aquella primera parte de la tarde la casa había respirado una atmósfera tal de soledad —como si todos sus huéspedes hubieran partido o, solución más razonable aún, hubieran subido a sus habitaciones para dormir la siesta—, que Audrey quedó muy sorprendida de encontrar al primo de su patrón: el señor Cayley. Al verlo, dejó escapar una ligera exclamación, enrojeció y dijo:

—Oh, perdóneme señor, no lo había visto.

Por toda respuesta, alzó él los ojos de su libro y le dirigió una sonrisa. Fue una sonrisa verdaderamente cordial, por más que el rostro en sí mismo conservara su entera fealdad.

"Qué hombre, este señor Cayley", pensó Audrey, prosiguiendo su camino, "es cosa de preguntarse qué sería del señor sin él. Si tuviesen, por ejemplo, que reembarcar al hermano para Australia, no habría más que el señor Cayley para encargarse de la diligencia".

"De modo que era el señor Robert", volvió a decirse Audrey, abriendo la puerta al visitante.

Contó después a su tía que en cualquier parte lo hubiera reconocido por el hermano del señor Marc. Pero hubiera dicho lo mismo aunque el aspecto del visitante hubiese sido completamente distinto, y la verdad es que se sorprendió no poco.

Cuando se conocía al refinado hombrecillo que era Marc, con su impecable barbita cortada en punta y sus bigotes cuidadosamente rizados, con sus ojos tan penetrantes, cuya viva mirada pasaba de uno a otro de sus compañeros, para recibir tan pronto una sonrisa de aprobación, cuando acababa de intervenir en la conversación, tan pronto una señal animadora cuando aguardaba el momento de retomar la palabra... Qué semejanza podía haber entre Marc y aquel rústico colonial mal vestido, que miraba a Audrey con aire agresivo, refunfuñando:

—Vengo a ver al señor Marc Ablett.

Estas palabras resonaron como una amenaza. La camarera, disipada su primera emoción, le dirigió una sonrisa conciliadora. Siempre tenía sonrisas a disposición de todo el mundo.

—Sí, señor, lo espera. Si el señor quiere molestarse en pasar...

—Oh, ¿sabe usted quién soy?

—¿El señor Robert Ablett?

—Sí. ¿De manera que me espera? Se pondrá contento de verme...

—Si el señor quiere pasar por aquí... —dijo Audrey.

Dirigiéndose hacia la segunda puerta de la izquierda, la abrió, empezando a anunciar: "El señor Robert Ab..."; pero no concluyó, pues la pieza estaba vacía... Entonces, volviéndose al hombre que la seguía, le dijo:

—Si el señor tiene a bien tomar asiento, voy a buscar al señor. Estoy segura que no ha salido, porque me anunció que vendría usted esta tarde.

—¡Oh!

Inspeccionó todo con una mirada circular.

—¿Cómo llaman a esta pieza?

—El escritorio, señor.

—¿El escritorio?

—Sí, es aquí donde trabaja el señor.

—¿Que trabaja? Vaya con la novedad. No sabía que nunca intentara hacer algo con sus diez dedos desde que nació.

—Es aquí donde escribe, señor —precisó Audrey con dignidad.

El hecho de que el señor Marc "escribiese", por más que nadie hubiera sabido nunca acerca de qué, era un motivo de orgullo para todo el personal doméstico.

—No estoy bastante bien vestido para que me introduzcan en el salón, ¿eh?

—Voy a avisarle de su llegada —dijo Audrey, apresurándose a cortar.

Cerró la puerta y lo dejó solo.

¡Cuántas cosas que referir a su tía! Su espíritu se abismó en la minuciosa recapitulación de cada una de las palabras que le había él dirigido y que le había respondido ella. "No bien lo vi, me dije..."

Pero lo más premioso era dar con su patrón. Atravesó el hall para echar una ojeada en la biblioteca, volvió sobre sus pasos vacilando y por último resolvió ir a informarse con Cayley.

—Perdone, señor —le preguntó respetuosamente a media voz—, ¿podría decirme dónde está el señor Marc? Llegó el señor Robert.

—¿Qué? —dijo Cayley, apartando sus ojos del libro—. ¿Qué? —Audrey repitió su pregunta.

—No sé. ¿No estará en el escritorio? Fue al Templo después del almuerzo. No creo haberlo visto después.

—Gracias, señor; voy a ver al Templo.

Cayley reanudó su lectura.

El Templo era un pabellón de ladrillos situado en el jardín, a trescientas yardas detrás de la casa. Marc meditaba allí a menudo antes de aislarse en su "escritorio" para anotar sus pensamientos, pensamientos que no debían ser de un valor extraordinario; con más frecuencia eran expresados oralmente en la mesa que consignados en un papel, y con más frecuencia destinados a permanecer inéditos que a gozar de los honores de la publicidad. Contrariaba al

dueño de la Casa Roja que los visitantes irrumpieran con desenvoltura en el Templo, como si lo hubiese hecho construir para que sirviera de refugio en los flirteos o para salón de fumar. Le ocurrió un día presentarse allí en el momento en que dos de sus huéspedes acababan de iniciar un partido de pelota. Marc se había limitado a preguntarles, en un tono que no era habitual en él, si no podrían hallar otro sitio para sus juegos. No agregó una palabra de reproche, pero los delincuentes nunca volvieron a ser invitados a la Casa Roja.

Audrey fue lentamente hasta el Templo, miró al interior y regresó sin mucha prisa. Trabajo perdido. Quizá el patrón estuviera arriba, en su cuarto. El pensamiento de la camarera se movía con mayor rapidez que sus piernas. "No lo bastante bien vestido como para introducirlo en el salón..." "Vaya, tía, ¿admitirías en tu salón a alguien que llegara con un pañuelo rojo en torno del cuello, enormes zapatos polvorientos y...? ¡Oigan! , alguien está cazando conejos... Nada le agrada tanto a mi buena tía como un conejito sazonado con cebollas... ¡Qué calor! De seguro que no desdeñaría ella una taza de té... Es muy probable que el señor Robert no pase la noche aquí... No ha traído equipaje. Desde luego, el señor Marc podría facilitarle lo necesario, porque tiene ropa como para seis... En cualquier parte lo habría reconocido como el hermano del señor Marc".

Volvió a entrar en la casa. Cuando atravesaba el *office* para salir de nuevo al hall, la puerta se abrió bruscamente para dar paso a una cara despavorida.

—¿Es usted, Aud...? —exclamó Elsie, otra de las camareras, que añadió enseguida, volviéndose al interior:

—Sí, es Audrey.

—¡Entra pronto! —gritó la señora Stevens.

—¿Qué ocurre? —inquirió Audrey mirándolas desde la puerta.

—Oh, querida, tuve miedo por ti. ¿Dónde estabas?

—Fui hasta el Templo.

—¿No oíste nada?

—Oír, ¿qué?

—Golpes y explosiones, y cosas terribles...

—Oh —respondió Audrey, tranquilizándose—, uno de esos que cazaba conejos. Precisamente me decía yo, al regresar: "Mi tiíta cometería locuras por saborear un buen conejo, y no me sorprendía que..."

—¡Conejos! —replicó la tía, despreciativa—. Pero si era en el interior de la casa, criatura...

—Sí, ahí, cerquita —confirmó Elsie—. Enseguida le dije a la señora Stevens —¿no es cierto, señora Stevens?— que era en la casa. Se lo dije enseguida.

Audrey interrogó a su tía, luego a Elsie, antes de preguntar con voz ahogada:

—¿Creen que haya traído un revólver?

—¿Quién? —interrogó vivamente Elsie.

—Ese hermano que llegó de Australia. Apenas lo vi me dije: "Vaya, pues tienes un aire muy poco tranquilizador". Eso me dije al instante, Elsie, aun antes de que me hubiera hablado. ¡Y mal educado!

Se volvió hacia su tía:

—¡Sí, de veras, palabra de honor!

—Recordarás, Audrey, que no he cesado de repetir que era preciso desconfiar de las personas que vienen así de Australia.

La señora Stevens se desplomó sobre una silla, jadeante.

—Ahora, ¡no saldría de esta pieza ni por cien mil libras!

—Oh, señora Stevens —protestó Elsie, que sentía duramente cuan indispensables le hubieran sido cinco chelines más para adquirir un par de zapatos nuevos—, yo no exigiría tanto, pero...

—¡Oigan! —exclamó la señora Stevens, que se había erguido, temblorosa.

Escucharon ansiosas. Las dos jóvenes se habían aproximado instintivamente a la cocinera. Alguien sacudía una puerta, descargando sobre ella furiosos puntapiés.

—¡Oigan!

Audrey y Elsie cambiaron una mirada de aprensión. Oyeron después una voz de hombre, imperiosa, irritada, que gritaba:

—¡Abre la puerta! ¡Abre! ¡Abre, te digo!

—¡No abran! —exclamó la señora Stevens, en el colmo del terror, como si la puerta en cuestión hubiera sido la de su *office*—. Audrey, Elsie, ¡no lo dejen entrar!

—¡Abre esta puerta! —continuó la voz.

La señora Stevens le hizo eco, murmurando:

—Nos van a degollar a todos en nuestras camas...

Aterradas, las dos muchachas se estrecharon contra ella, y, un brazo en derredor del cuello de cada una de sus compañeras, en cuya protectora la convirtiera el azar, permaneció sentada, esperando...

II

EL SEÑOR GILLINGHAM DESCIENDE ANTES DE SU ESTACIÓN DE DESTINO

¿Marc era fastidioso o no? Es una cuestión de punto de vista pero la justicia exige aclarar inmediatamente que jamás fatigaba a sus compañeros refiriéndoles sus recuerdos de juventud. Empero, circulaban historias. Siempre existe alguien que está al tanto. Sabíase de cierto, por propia confesión de Marc, que era hijo de un cura, de campaña. Contábase que muy niño aún, se había atraído la simpatía, y luego la protección, de una rica solterona de la vecindad, que asumió todos los gastos de su educación en el colegio y más tarde en la Universidad. Por la época en que abandonó Cambridge, su padre había muerto, dejando algunas deudas como advertencia a su familia, y la reputación de un orador de brevísimos sermones, como ejemplo para su sucesor. Pero la advertencia no pareció ser más eficaz que el ejemplo. Marc se trasladó a Londres, donde, a despecho de algunos subsidios enviados por su bienhechora, todos estaban de acuerdo en reconocer que debió trabar conocimiento con diversos prestamistas. Suponíase, tanto por parte de su protectora como de otras personas que procuraron informarse, que "escribía"; pero la naturaleza de sus escritos, fuera de las cartas en que solicitaba plazo a sus acreedores, nunca pudo averiguarse. Sin embargo, frecuentaba asiduamente los teatros y los music-halls, quizá en la intención de dar algún día a luz en el Spectator un artículo decisivo acerca de la decadencia de la literatura inglesa contemporánea.

Por fortuna (si nos colocamos en el punto de vista de Marc), su protectora murió en el curso de su tercer año de permanencia en Londres y le dejó todo el dinero que hasta entonces echara tan de menos. Fue a partir de ese instante que su vida perdió su carácter legendario y penetró en el dominio histórico. Arregla sus cuentas con sus acreedores, abandona sus juramentos familiares a quienes quieran prolongar después de él la tradición y se convierte a su vez en un protector. Concedió su patronazgo a las artes. No fueron sólo los usureros quienes descubrieron que Marc Ablett había cesado de escribir por el dinero, sino también los editores, que se vieron ofrecer generosas subvenciones acompañadas de almuerzos gratuitos, de que beneficiáronse de vez en cuando, por la publicación de algún folleto o la celebración de contratos en que el autor cargaba con todos los gastos y renunciaba a toda participación. Los jóvenes pintores de porvenir y los poetas tuvieron asiento en sus comidas y hasta condujo en gira a una compañía teatral, gira en cuyo transcurso desempeñó un papel del repertorio.

No era, propiamente hablando, lo que mucha gente llama un esnob. El esnob ha sido definido

un poco sumariamente "como un hombre que admira perdidamente la nobleza" y, de un modo más preciso, como "un adorador mezquino de las cosas mezquinas", lo cual, entre paréntesis, de ser exacta la primera definición, no sería muy amable para nuestra aristocracia. Marc tenía incontestablemente su modo de querer brillar; mas prefería la sociedad de un director de teatro a la de un conde y con mayor gusto habría hablado de su amistad con Dante (si la cronología no hubiese constituido un obstáculo insuperable), que de su amistad con un duque. Llamadle esnob, si queréis, pero no de la especie más peligrosa; un parásito, pero aferrado a los faldones del arte, no de la sociedad mundana; un advenedizo, pero de los que procuran acercarse al Parnaso, en vez de exhibirse en los sitios de placer a la moda.

Su protección no se detenía en las artes. Extendíase también a Mateo Cayley, un primito de trece años tan desprovisto de recursos como lo había sido Marc antes de hallar una generosa benefactora. Envió a su primo al colegio, luego a Cambridge. Al principio, esta liberal decisión le fue ciertamente dictada por consideraciones asaz desinteresadas: no permanecer deudor para con la Providencia de los beneficios de que lo había ésta colmado, acumular para el Cielo un tesoro de méritos que le serían tenidos más tarde en cuenta. Pero, a medida que el joven avanzaba en edad, Marc principió a fundar las previsiones del porvenir en sus propios intereses antes que en los de su primo y a decirse que un Mateo Cayley convenientemente educado merced a sus cuidados, podría convertirse en un instrumento útil para un hombre de su posición, un hombre a quien mil futilezas de amor propio dejaban poco tiempo para dedicar a sus negocios.

Cayley, de veintitrés años entonces, fue así encargado de los intereses de su primo. Marc acababa de efectuar la adquisición de la Casa Roja y de una vasta extensión de tierras en derredor. Cayley asumió la dirección del personal. Sus funciones eran múltiples: no era exclusivamente un secretario, ni un administrador, ni un consejero técnico, sino un poco de todo eso a la vez. Marc descansaba en él, y antes que llamarlo Mateo, prefería darle el nombre más familiar de "Cay". Sentía que Cay pertenecía a esa clase de hombres con quienes se puede contar por completo: un robusto mocetón, bien plantado, enemigo de palabras inútiles, el auxiliar ideal para una persona cuya pasión era justamente discurrir a todo trapo.

A los veintiocho años, Cayley no parecía más joven que su protector, que tenía cuarenta. Recibíase mucho, con intermitencias, en la Casa Roja, y las preferencias de Marc —llamadlas tontería o vanidad, como queráis—, iban hacia los huéspedes que no estaban en condiciones de devolverle su hospitalidad. Pongámonos en contacto con los que descendieron esa mañana al comedor para participar en aquel desayuno de que Audrey Stevens, la camarera, ya nos dio noticias. El primero en aparecer fue el mayor Rumbold, alto, taciturno, de bigote y cabellos grises, vestido con un Norfolk y un pantalón de franela, que vivía de una pensión de retiro y escribía para los diarios artículos de historia natural. Inspeccionó los platos expuestos sobre el aparador, escogió tras madura reflexión los huevos con jamón y principió a consumirlos. Continuaba con un chorizo cuando llegó Bill Beverley, un joven de rostro abierto y simpático, en traje de sport.

—Buen día, mayor —dijo al entrar—. ¿Cómo va su gota esta mañana?

—No es la gota —respondió el mayor secamente.

—Bueno, sus pequeños tropiezos de salud. —El mayor remitió un gruñido.

—Siempre he hecho cuestión de honor el mostrarme particularmente amable en el breakfast —continuó Bill, adjudicándose una generosa porción de porridge—. ¡Es tan común en las personas la falta de urbanidad! Por eso me he informado de lo que le concierne; pero, si es un secreto, me guardaré de insistir. ¿Café? —preguntó, sirviéndose a sí mismo una taza.

—No, gracias, nunca bebo antes del fin de la comida.

—Perfectamente, mayor, lo hice por pura cortesía... —Se sentó al otro lado de la mesa antes de continuar—: Hermoso día para nuestra partida de golf. Va a hacer un calor de todos los diablos, pero justamente en estos casos es que Betty y yo ganamos. Al quinto hoyo, su vieja herida, ya sabe usted, esa que recibió en aquella escaramuza de las Indias, en el 43, principiará a molestarlo; al octavo, su hígado, minado durante años por las especias coloniales, caerá en polvo; al duodécimo...

—¡Cállese, so estúpido!

—No, de veras que no hacía más que advertirle. ¡Ah!, buen día, señorita Norris. Me ocupaba en predecirle al mayor la suerte que lo aguarda con usted esta mañana. ¿Me permite ayudarla, o prefiere servirse usted misma?

—Por favor, no se moleste —respondió la señorita Norris—, me serviré yo. Buen día, mayor —añadió con una gentil sonrisa.

El mayor inclinó la cabeza, respondiendo:

—Buen día, va a hacer mucho calor...

—Como iba precisamente a explicarle —comenzó Bill—, es justamente con temperaturas como ésta que... Ah, he aquí a Betty. Eh, buen día, Cayley.

Betty Caladine y Cayley habían hecho su entrada juntos. Betty, en la primavera de sus dieciocho años, era la hija de la señora Jean Calladine, viuda del pintor. Esta última, encargada por Marc de hacer los honores de la casa a sus invitados, llenaba perfectamente sus funciones de huésped. En cuanto a Ruth Norris, tomaba tan a lo serio su papel de actriz como de jugadora de golf.

—A propósito —dijo Cayley, apartando los ojos de su correspondencia—, el coche pasará a buscarlos a las diez y media. Almorzarán allá y volverán enseguida. ¿Les conviene?

—No veo por qué no hemos de hacer dos partidas —insistió Bill.

—Demasiado calor por la tarde —cortó el mayor—. Mejor es que regresemos a tomar aquí el té confortablemente.

Marc entró. Llegaba generalmente el último. Saludó a sus huéspedes y se sentó ante una taza de té acompañada de algunas tostadas. Los otros pusiéronse a charlar a media voz mientras despachaba él su correspondencia.

—¡Pues vaya!

Todos los rostros se volvieron instintivamente hacia Marc, que acababa de dejar escapar aquella súbita exclamación. Se recobró al punto:

—Discúlpeme, señorita Norris; perdón, Betty. —La señorita Norris sonrió con indulgencia.

— Cay —prosiguió Marc, blandiendo una carta—, ¿imaginas de quién proviene esta misiva?

Cayley, desde el otro extremo de la mesa, respondió con un encogimiento de hombros. ¿Cómo

hubiera podido adivinar?

—De Robert — explicó Marc.

—¿Robert? Ah, bueno.

Cayley no era hombre de sorprenderse fácilmente.

—La verdad que es muy sencillo eso de responder así. "Ah, bueno" —replicó Marc, sin disimular su mal humor—. Llega aquí esta tarde.

—Lo creía en Australia.

—Yo también, por supuesto.

Luego, dirigiéndose a Rumbold, inquirió:

—¿Tiene usted hermanos, mayor?

—No.

—Bueno, siga mi consejo: no los tenga nunca.

—No es muy probable ahora —se contentó con responder el mayor.

Bill se echó a reír; mientras la señorita Norris preguntaba cortésmente:

—Pero ¿tenía usted un hermano, señor Ablett?

Marc precisó en tono pesaroso:

—Sí, tengo uno. Si regresan temprano esta tarde, lo verán. Sus primeras palabras serán probablemente para pedirles que le presten cinco libras. Cuídense de ello.

Un vago malestar pesó sobre los convidados. Para disimularlo, Bill se chanceó:

—Yo también tengo un hermano, pero soy yo quien le pide dinero.

—Entonces hace usted como Robert —dijo Marc.

—¿Cuándo vino a Inglaterra por última vez? —preguntó Cayley.

—Debe hacer unos quince años, sí, más o menos. Naturalmente, tú no eras entonces más que un niño.

—En efecto, recuerdo haberlo visto una vez, cuando tenía yo diez años. Pero no sabía si reapareció desde entonces.

—No, al menos que yo sepa.

Visiblemente contrariado aún, Marc reanudó la lectura de su carta.

—Personalmente —intervino Bill—, opino que la familia es un gran error de la naturaleza.

—Pero —observó Betty, no sin cierta audacia—, debe ser tan divertido tener un pariente fastidioso, secretos de familia...

Marc alzó hasta ella unos ojos severos.

—Si encuentra usted eso divertido, Betty, será para mí un gran placer regalarle el personaje. Si siempre es el mismo, aquél que se expresaba en las escasas cartas que a veces he recibido de él... En fin, Cay lo sabe bien...

Cayley aprobó:

—Lo que sé, sobre todo, es que más valía no hacer nunca preguntas a su respecto.

Esta observación pareció formulada a título de simple comprobación, pero también podía ser un discreto aviso dirigido a las personas demasiado curiosas que hubiesen deseado ahondar en el interrogatorio, o un modo discreto de sugerir al dueño de casa que sería peligroso hablar con

demasiada libertad en presencia de extraños. Así fue que se apresuraron de común acuerdo a abandonar aquel tema escabroso para trasladar la conversación a las perspectivas más risueñas del *match* entre cuatro que se preparaba. La señora Calladine debía utilizar el coche en unión de los jugadores para ir a almorzar por su parte en casa de una antigua amiga cuyo domicilio quedaba cerca del campo de golf, mientras Marc y Cayley, retenidos por sus asuntos, permanecerían en la vivienda. Sus "asuntos" iban aparentemente a complicarse con la vuelta de aquel hermano pródigo. Pero no era esto una razón para que los otros hallasen menos placer en la práctica de su deporte favorito.

* * *

En el preciso instante en que el mayor, por razones todavía desconocidas, marraba su salida del decimosexto hoyo, y en que Marc y su primo despachaban sus asuntos en la Casa Roja, un seductor caballero de nombre Antonio Gillingham entregaba su boleto al empleado de la estación de Woodham, preguntándole por el camino de la ciudad. Provisto de los deseados informes, confió su valija al jefe de estación y se alejó sin prisa. Como su papel en este relato será muy importante, haremos su descripción antes de arrojarlo en las aventuras que lo esperan. Detengámoslo, pues, en la cumbre de la colina, con un pretexto cualquiera, y observémoslo, de cerca. Un detalle nos llamará desde el primer momento la atención: tiene menos aire de sufrir nuestro examen que de hacernos sufrir el suyo. En su cara de rasgos regulares, enteramente afeitada, una cara franca de marino, dos ojos grises parecen absorber cada uno de los detalles característicos de vuestra persona. A los extraños, esa mirada parece al pronto un poco inquietante, hasta el momento en que perciben que bien que continúa brillando intensamente, el pensamiento de su propietario se halla ocupado a menudo en otra parte, como si hubiera dejado sus ojos de centinela mientras su espíritu ha tomado otra dirección. Es bastante frecuente en ciertas personas, cuando, por ejemplo, hablan con alguien procurando escuchar en otro lado otra conversación; pero sus ojos los traicionan. Los de Antonio jamás lo traicionan.

Esos ojos tan vivos han visto una gran porción del mundo, por más que nunca haya sido él marino. Cuando a la edad de veintiún años entró en posesión de una renta legada por su madre, cuatrocientas libras anuales, el anciano señor Gillingham, padre, interrumpió un instante su lectura de El Diario de los Ganaderos para preguntarles cuáles eran sus intenciones.

—Ver el mundo —respondió simplemente Antonio.

—Entonces, escríbeme unas líneas desde América, o en fin, desde el sitio donde estés.

—Prometido —afirmó Antonio.

Y el viejo Gillingham volvió a sumirse en su lectura. Antonio no era para él más que un chicuelo, menos interesante para su padre, en última instancia, que los vástagos de algunas otras familias, de la familia de Champion Birket particularmente. Champion Birket era el más magnífico toro de Hereford que jamás hubiera salido de sus harás.

Antonio, por otra parte, no se proponía en absoluto ir más allá de Londres. Ver el mundo no era para él ver países, sino ejemplares de humanidad, y verlos desde tantos ángulos diferentes como le fuera posible. Los casos a estudiar en Londres son innumerables para quien sepa observarlos. Antonio recurrió, para verlos mejor, a los puntos de vista mas variados y aun los más

extraños: al del criado, del repórter, del mozo de café, del comisionista... Con la independencia que le aseguraban sus cuatrocientas libras anuales de renta, cada una de las nuevas perspectivas que así se le ofrecían lo llenaba de júbilo. No conservaba nunca mucho tiempo el mismo empleo y, contrariamente a todos los usos establecidos entre servidores y patrón, solía separarse de este último diciéndole con exactitud lo que pensaba de él. Jamás le era difícil hallar después otra ocupación. A falta de experiencia o de buenas referencias, se recomendaba por el atractivo de su personalidad y por un ardor semejante al que hubiera puesto en ganar una apuesta deportiva. No pedía ningún salario por el primer mes, pero salario doble por el segundo si quedaban satisfechos de sus servicios. Siempre obtenía su doble mensualidad.

Antonio Gillingham tenía treinta años. Había escogido Woodham para pasar sus vacaciones porque el sonriente aspecto de la estación le había gustado. Su boleto le daba derecho a un recorrido más largo, pero estaba habituado en estas cosas a no escuchar más que a su fantasía: ¿por qué no descender en Woodham, puesto que aquel lugar lo sedujo?

La patrona del George Hotel lo acogió con solicitud y prometió que su marido iría por la tarde en busca de los equipajes.

—¿Supongo que querrá almorzar, señor?

—Sí, pero no se moleste por mí. ¿Tiene preparado algún plato frío?

—¿Le agradaría un poco de carne asada? —preguntó la hotelera, como si pudiendo escoger entre un centenar de viandas, ofreciese lo mejor.

—Encantado. Con un jarro de cerveza, hágame el favor.

Cuando estaba concluyendo de almorzar, vino el propietario a pedirle instrucciones para el equipaje. Antonio pidió otra cerveza y se apresuró a entablar conversación, diciendo:

—Debe ser muy agradable tener una posada en la campaña.

Estaba pensando que ya era tiempo para él de lanzarse a un nuevo oficio.

—¿Agradable? Nos permite ganar nuestra vida, a veces un poco más de lo estrictamente necesario.

—Debiera usted retirarse —continuó Antonio, con la mayor seriedad.

—Es muy curioso lo que acaba usted de decirme — dijo el hotelero sonriendo—. Hace justo veinticuatro horas que otro señor, que venía de la Casa Roja, me hizo la misma reflexión. Me ofreció tomar mi sitio y encargarse de todo.

Dejó escapar una risilla seca que interrumpió la pregunta de Antonio:

—¿Dice usted la Casa Roja? ¿No la Casa Roja, de Stanton?

—Pues sí, señor, precisamente. Stanton es la estación vecina de Woodham. La Casa Roja está a cosa de una milla de aquí. Es en lo del señor Marc Ablett.

Antonio sacó una carta de su bolsillo. Llevaba como dirección del expedidor: "La Casa Roja, estación Stanton", y como firma: "Bill".

—Este bueno de Bill, siempre fiel —murmuró, hablándose a sí mismo.

Antonio había encontrado a Bill Beverley dos años antes, en un comercio de tabaco. Gillingham se hallaba de un lado del mostrador y Beverley del otro. Algo debió atraer la atención de Antonio, quizá la juventud y la fresca tez de Bill. Sea lo que fuese, mientras esperaba el

momento de indicarle la dirección a que debían ser enviados los cigarrillos que pedía, recordó haber sido presentado en otro tiempo, en el transcurso de un paseo campestre, a una tía de Beverley. Algo más tarde, la casualidad los puso frente a frente en un restaurante: ambos estaban de frac, pero el uso que uno y otro hacía de su servilleta era muy diferente, y Antonio se mostró el más cumplido de los dos. Sin embargo, Bill continuó interesándole. Por ello, poco después, aprovechando una de sus frecuentes vacaciones entre dos empleos, obtuvo de un amigo en común una presentación en regla. Beverley quedó al principio un tanto molesto cuando le recordó el otro las circunstancias de sus precedentes encuentros, pero pronto se disipó su confusión y no tardaron en ser íntimos amigos. Empero, Bill, cada vez que tenía que escribirle, nunca empezaba su carta de otro modo que con esta simple y expresiva fórmula: "Mi querido loco..."

Antonio adoptó inmediatamente la decisión de ir tan pronto hubiese terminado su almuerzo, a la Casa Roja, para visitar a Bill. Luego de inspeccionar rápidamente el cuarto que le ofrecían, y que sin parecerse en nada a esas poéticas habitaciones de posadas rústicas, impregnadas de efluvios de alhucemas, que suelen describirse en las novelas, era lo bastante limpio y confortable, partió a través del campo.

En el momento de desembocar en la avenida que dominaba la vieja fachada de ladrillos rojos de la casa, oíase el indolente murmullo de las abejas en los cuadros de flores, el gracioso arrullo de las palomas en la copa de los olmos y, más lejos, el suave ronroneo de una segadora, esa canción campestre, sedante si las hay... mientras que en el hall un hombre sacudía y golpeaba furiosamente una puerta cerrada con llave, chillando: "¡Abre esta puerta! ¡Abre! ¡Abre, te digo!"

—Buen día —dijo Antonio, apareciendo muy sorprendido.

III

DOS HOMBRES Y UN CADÁVER

Cayley se volvió con brusquedad.

—¿Puedo ayudarlo? —preguntó cortésmente Antonio.

—Ha ocurrido algo —dijo Cayley, cuya respiración era jadeante—. He oído un disparo... al menos, el ruido ha resonado como un disparo. Estaba en la biblioteca, no he podido darme cuenta... Y la puerta está cerrada con llave.

Tornó a sacudir el pestillo de la puerta, a hacerlo girar ruidosamente, gritando:

—¡Abre la puerta! Vamos, Marc, ¿qué significa esto? ¡Abre!

—No hay duda que la han cerrado voluntariamente —observó Antonio—. Entonces, ¿por qué habría de bastar, para que la abran, que lo pida usted?

Cayley lo miró, estupefacto; luego se volvió hacia la puerta.

—Habrá que hundirla —dijo, aplicando el hombro—. Ayúdeme.

—¿Por qué no prueba la ventana? —preguntó Antonio.

En el rostro de Cayley se pintó una verdadera expresión de estupor.

—La ventana... la ventana...

—Una ventana es mucho más fácil de forzar —explicó Antonio, sonriendo.

Muy sereno, perfectamente dueño de sí, se apoyaba en su bastón, de pie en medio del hall, pensando sin la menor duda que hacían mucho alboroto por nada. Verdad es que no había oído el disparo, al menos lo bastante distinto para haberlo advertido.

—La ventana... Sí, en efecto. ¡Si seré tonto! —balbuceó Cayley.

Apartó a Antonio y salió corriendo. Antonio lo siguió. Sin disminuir el ritmo, recorrieron la fachada de la casa, tomaron una avenida a la izquierda y giraron otra vez a la izquierda. De pronto Cayley se detuvo en seco, diciendo:

—Es aquí.

Habían llegado a la ventana de la pieza cuya puerta tenía la llave echada. Una puerta ventana que daba al césped de atrás de la casa. En esos momentos aquella puerta ventana estaba cerrada. Un poco aturdido a su pesar por lo novelesco de una aventura tan imprevista, Antonio no trató de contener la oleada de curiosidad que lo impulsaba a seguir el ejemplo de Cayley, y aplicó, él también, su rostro al vidrio. Preguntábase seriamente, por primera vez, si verdaderamente se había hecho un disparo de revólver en aquella misteriosa habitación cerrada. La escena mientras permaneciera al otro lado de una puerta inaccesible, ¡le había parecido tan absurdamente

melodramática! ¿Un tiro de revólver? Entonces, ¿por qué no habría otros dos... en dirección a los tarambanas que pegaban indiscretamente sus narices contra los vidrios?

—Oh, Dios mío, ¿puede ver? —dijo Cayley, cuya voz temblaba—. ¡Mire, allí!

Un instante después, Antonio vio también. Un hombre yacía sobre el piso, al otro extremo de la pieza, dándoles la espalda. ¿Un hombre? ¿O el cadáver de un hombre?

—¿Quién es? —preguntó Antonio. El otro respondió en un murmullo:

—No lo sé.

—Tenemos que entrar y examinarlo de cerca —prosiguió Antonio, observando rápidamente la ventana—. Creo que si se apoyase usted con todo su peso sobre la juntura, se abriría. También podríamos, a puntapiés, hacer caer los vidrios al interior.

Sin responder, Cayley ejerció presión con todas sus fuerzas en el sitio indicado. La ventana cedió y penetraron en el escritorio. Cayley fue derecho al cadáver y se arrodilló a su vera. Por un momento pareció vacilar; luego, haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, asió el cuerpo por un hombro y lo volvió a medias.

—¡Gracias a Dios! —se limitó a murmurar, dejándolo caer de nuevo.

—¿Quién es? —preguntó Antonio.

—Robert Ablett.

—¡Oh!

Antonio añadió para sí más que para su compañero:

—Pues yo creía que se llamaba Marc.

—Marc Ablett vive aquí, en efecto. Éste es Robert, su hermano... ¡Temí tanto que fuese Marc!

—¿Marc estaba también en el escritorio?

—Sí —respondió maquinalmente Cayley.

Pero, como si hubiese comprendido un poco tardíamente que aquella pregunta estaba fuera de lugar viniendo de un desconocido, se recobró al punto:

—¿Quién es usted?

Antonio permanecía junto a la puerta cerrada, tratando de hacer girar el picaporte.

—Supongo que habrá guardado la llave en su bolsillo —dijo, regresando junto al cuerpo.

—¿Quién?

Antonio se encogió de hombros.

—El que hizo esto.

Señaló con un gesto al hombre extendido en el piso.

— ¿Está muerto?

Sin responder, Cayley dijo simplemente:

—Ayúdeme.

Con un violento esfuerzo sobre sus nervios, que el espanto paralizaba, volvieron el cadáver de espaldas y lo examinaron. Robert Ablett había recibido una bala entre los dos ojos. Añadiéndose al horror de este espectáculo, Antonio sintió ascender a su corazón un sentimiento de piedad hacia su compañero y un brusco remordimiento por la ligereza con que al principio tratara aquel caso. Por lo general, nos sentimos inclinados a imaginar que tales cosas no pueden ocurrir más que a los

otros, y por eso se nos hace difícil creer cuando es a nosotros mismos que nos ocurre.

—¿Lo conocía usted mucho? —inquirió tranquilamente Antonio. Su interrogación significaba más bien:

— ¿Le era usted muy afecto?

—Muy poco. Marc es mi primo. Quiero decir que de los dos hermanos era Marc a quien yo más conocía.

—¿Su primo?

—Sí.

Vaciló, después continuó:

— ¿Está muerto? Creo que sí. Quiere usted... ¿Sabe usted lo que hay que hacer en un caso como éste? Lo mejor sería sin duda ir a buscar agua.

Frente a la puerta cerrada con llave se abría otra puerta que conducía, como Antonio debía verificarlo después, a un pasillo que a su vez daba acceso a otras dos piezas. Cayley se internó en el pasillo y abrió la puerta de la derecha. La puerta del escritorio por la cual había salido quedó abierta. La que daba término al pasillo, en su otro extremo, estaba cerrada. Antonio, arrodillado junto al cuerpo, seguía a Cayley con los ojos. Después que hubo éste desaparecido, su mirada permaneció clavada sobre la desnuda pared del corredor, clavada con absoluta inconsciencia, porque una ola de simpatía hacia su nuevo amigo absorbía su espíritu.

—Maldita la utilidad que un poco de agua puede prestarle a un cadáver —se decía—; pero la ilusión de hacer algo, aun cuando según toda evidencia ya no queda nada por hacer, procura, sin embargo, cierto alivio.

Cayley volvió al escritorio, sosteniendo en una mano una esponja y en la otra un pañuelo. Tras de mirar a Antonio, que lo animó con una seña, murmuró algunas palabras y, arrodillado, principió a lavar la cara del muerto. Cuando la hubo cubierto con el pañuelo, Antonio no pudo retener un ligero suspiro, un suspiro de alivio.

Después volvieron a hallarse de pie, uno frente al otro, y se miraron.

—Si puedo serle de alguna utilidad —dijo Antonio— estoy a su disposición.

—Es usted muy amable. Sí, habrá cosas que hacer: la policía, el médico, ¿qué sé yo? Pero no quiero abusar de su bondad y he de pedirles disculpas por haberlo ya molestado tanto.

—Había venido para ver a Beverley. Es uno de mis antiguos amigos.

—Se fue a jugar al golf; pero no tardará en regresar.

Pareció él mismo conmovido por lo que acababa de decir:

—Sí, no tardarán todos en regresar.

—Me quedaré si puedo ayudarlo.

—Sí, se lo ruego. Vea, hay señoras. Será penoso. Si no le es molesto...

Vaciló antes de dirigir a Antonio una sonrisita tímida, enternecedora de parte de aquel hombre de tan vigorosa contextura que parecía destinado a no tener que contar nunca sino consigo mismo.

—Nada más que su apoyo moral, ¿comprende? Ya será mucho.

—Es muy natural.

Antonio le devolvió su sonrisa, y, para animarlo, precisó en tono más firme:

—Bueno, ante todo, creo mi deber aconsejarle que telefonee a la policía.

—¡La policía! ¿Cómo? Ah, sí... supongo...

Fijó en su compañero una mirada interrogativa. Antonio habló sin rodeos:

—Veamos, es preciso encarar de frente la situación ¿señor...?

—Cayley. Soy el primo de Marc Ablett. Vivo aquí con él.

—Yo me llamo Gillingham. Discúlpeme, debí presentarme antes. Bueno, señor Cayley, de nada nos servirá disimular ahora la gravedad de la situación. Un hombre ha sido asesinado aquí. Es preciso que alguien lo haya muerto.

—Pudo matarse él mismo —balbuceó Cayley.

—Podría, sí, pero no ha ocurrido; o si lo hizo, no por eso dejaba de haber alguien con él en el escritorio, y ese alguien ya no está aquí y ha partido llevándose el revólver. De modo que la policía algo tendrá que decir acerca del asunto, ¿no le parece?

Cayley permaneció mudo, con los ojos clavados en el suelo.

—Oh, sé muy bien lo que piensa, y créame que siento por usted la más viva simpatía. Pero ya no somos unos niños. Reflexione: si su primo Marc Ablett estaba en el escritorio con este... con este hombre, entonces, evidentemente...

—¿Quién le ha dicho que estaba? —exclamó Cayley, alzando la cabeza con un movimiento brusco.

—Pues usted mismo, hace un momento.

—Yo estaba en la biblioteca. Marc entró aquí. Muy bien pudo salir. No sé nada. Cualquier otro pudo haber entrado.

—Desde luego —respondió Antonio con tanta paciencia como si se dirigiera a un niño—. Usted, claro, conoce a su primo; yo no. Supongamos que no ha desempeñado ningún papel en este suceso. No por ello queda menos en pie que alguien estaba en esta pieza cuando el hombre fue asesinado, y que la policía, naturalmente, querrá saber quién era. No cree usted que...

Su mirada se posó en el teléfono.

— ¿O prefiere que yo me encargue?

Cayley, encogiéndose de hombros, se acercó al aparato.

—Me permitiría... ¿Podría echar una ojeada por aquí? —preguntó Antonio, señalando la puerta abierta.

—Cómo no.

Cayley se sentó delante del teléfono.

—Discúlpeme, señor Gillingham. Estoy tan vinculado con Marc, y de tan antiguo... Pero es evidente, tiene usted toda la razón...

Y descolgó el receptor.

* * *

Supongamos que deseosos de visitar el escritorio por primera vez, entrásemos, viniendo del hall, por aquella puerta cerrada ahora con llave, pero que, bajo el influjo de una varita mágica, se abriese expresamente para nosotros. Al transponer el umbral, la pieza se extiende, en toda su longitud, a nuestra derecha y a nuestra izquierda o, más exactamente, sólo a la derecha, porque

tenemos la pared de la izquierda casi al alcance de la mano; justo enfrente de nosotros atravesando por consiguiente el escritorio en su anchura, se halla a unos quince pies aquella otra puerta por la cual, hace algunos minutos, Cayley ha salido y vuelto después. En la pared de la derecha, alejada de nosotros unos treinta pies, se abre la puerta ventana. Cruzando el escritorio para salir por la puerta opuesta, desembocamos en un pasillo que conduce a dos habitaciones. Una a la derecha, aquella en que entró Cayley, representa menos de la mitad de la longitud del "escritorio"; es una piecita cuadrada que debió servir en algún tiempo de dormitorio. El lecho ya no está; pero queda un lavatorio en un rincón con canillas de agua fría y caliente, sillas, un armario una cómoda. La ventana está orientada exactamente en el mismo sentido que la puerta ventana del escritorio. Pero, si nos asomamos a la ventana del dormitorio, advertimos que inmediatamente a la derecha la vista aparece completamente bloqueada por la pared exterior del escritorio, que, más larga, sobresale alrededor de quince pies sobre el césped.

La pieza que está frente al dormitorio es un cuarto de baño. Las tres habitaciones reunidas forman en conjunto un departamentito completo, utilizado quizá, en tiempo del precedente propietario, por algún inválido que no podía subir la escalera pero que Marc no había ocupado, salvo en lo que concierne a la pieza. Por otra parte, jamás se acostaba en la planta baja.

Antonio echó una ojeada al cuarto de baño, después continuó su recorrido visitando la habitación a la que Cayley se había dirigido un rato antes. La ventana estaba abierta. Se aproximó para admirar el bien cuidado césped que se extendía ante él, y la apacible perspectiva del parque, en último plano. Sentíase verdaderamente apenado por el propietario de todas aquellas cosas hermosas, que se hallaba brutalmente mezclado a un tan horrible caso.

"Cayley cree que es él quien mató a su hermano, pensó Antonio. Es evidente. Esto explica por qué perdió tanto tiempo golpeando esa puerta. ¿Por qué motivo, si no, se habría obstinado en romper aquella cerradura cuando le era tan fácil forzar una ventana? Desde luego, puede sencillamente que haya perdido la cabeza. Por otra parte, podría... Pues sí, bien podría haber hecho eso para proporcionar a su primo una probabilidad de huir. Lo mismo que cuando se trató de llamar a la policía y... otra porción de cosas. Así, por ejemplo, ¿por qué recorrimos semejante distancia en derredor de la casa para alcanzar la ventana? Por cierto que hay una salida por atrás, a la que se podía llegar atravesando el hall. Tendré que examinar esto más tarde."

Antonio, como se ve, había conservado plena lucidez de espíritu. En el exterior, un paso resonó en el pasillo y volviéndose, percibió a Cayley que venía.

Lo miró con atención un breve instante, haciéndose a sí mismo una pregunta, una pregunta asaz extraña en verdad: se preguntó por qué la puerta estaba abierta, o más bien, no exactamente por qué la puerta estaba abierta, lo que podía explicarse muy fácilmente, sino por qué había esperado él que estuviese cerrada. No recordaba haberla cerrado, pero no quedó por ello menos sorprendido de verla ahora abierta, con Cayley en el umbral, disponiéndose a entrar. Un trabajo inconsciente efectuado en su cerebro le había dado la impresión de que la cosa era sorprendente. ¿Por qué?

Relegó provisoriamente aquella impresión a un rincón de su espíritu; la respuesta vendría más tarde. Poseía una memoria de maravillosa fidelidad. Cada una de sus sensaciones visuales o

auditivas parecía registrar en su cerebro una impresión correspondiente, a menudo sin que él mismo tuviera conciencia de ello y esos clisés fotográficos permanecían siempre a su alcance, prontos a resurgir no bien los necesitase.

Cayley vino a juntársele a la ventana.

—He telefoneado —dijo—; van a enviar un inspector de Middleston, y la policía local de Stanton vendrá con un doctor. Henos ahora aquí en pleno —añadió, encogiéndose de hombros.

—¿A qué distancia se encuentra Middleston?

Era la estación para la cual Antonio había tomado boleto esa mañana misma, hacía unas seis horas apenas. ¡Cuan inverosímiles parecían esos acontecimientos!

—¿A unas veinte millas? No tardarán en regresar.

—¿Beverley y los otros?

—Sí. Me parece que querrán abandonar la casa enseguida.

—Valdría mucho más.

—Cierto.

Tras un instante de silencio, Cayley preguntó:

—¿Vive usted cerca de aquí?

—Me he hospedado en el George Hotel, en Woodham.

—Si está usted solo, me agradaría que viniera a alojarse aquí. Vea usted —continuó, como bajo el imperio de una creciente angustia—, será preciso que esté usted aquí para el sumario y... lo demás. Si me permite que le ofrezca la hospitalidad de mi primo en su... Quiero decir, si él no... si realmente ha...

Antonio se apresuró a acudir en su ayuda, expresándole su agradecimiento y su aceptación.

—Perfectamente. Quizá Beverley se quede también, puesto que es uno de sus amigos. Es un excelente muchacho.

Después de lo que Cayley había dicho y más aún de lo que había vacilado en decir, Antonio se sintió confirmado en su primera opinión de que Marc debió ser el último en ver a su hermano vivo. Pero no deducía de ello que Marc fuese un asesino. Los revólveres pueden dispararse accidentalmente y, cuando así ocurre, las personas emprenden la fuga perdiendo la cabeza a la sola idea de que podría no darse crédito a su versión del drama. Sin embargo, cuando esas personas han desaparecido, inocentes o culpables, no puede uno menos que preguntarse qué camino han tomado.

—Supongo que no es por aquí —dijo en alta voz Antonio, inclinado sobre la ventana.

—¿Qué? —preguntó duramente Cayley.

—Bueno, el desconocido, o quien sea —respondió Antonio—. El asesino, o, si lo prefiere, el hombre que cerró la puerta con llave después que Robert Ablett fue muerto.

—Me pregunto...

—Vea. ¿Cómo habría podido salir de otro modo? No ha pasado por la ventana de la pieza vecina puesto que estaba cerrada.

—¿No es verdaderamente extraño?

—Sí, a mí también me pareció muy extraño en el primer momento; pero...

Señaló la pared que formaba saliente, a la derecha:

—Fíjese: saliendo por aquí, se está protegido de todo el resto de la casa y se desemboca cerca del bosquecillo. Al contrario, pasando por la puerta ventana, la cosa es mucho más visible. Aquí usted está completamente fuera de la vista de toda esa parte de la casa, al oeste, casi al noroeste, donde se hallan la cocina y sus dependencias. Oh, ciertamente que, quienquiera que fuese, conocía el sitio, y no podía escoger nada mejor que salir por esta ventana. Se ha encontrado directamente en la espesura.

Cayley lo miró con mayor atención.

—Me parece, señor Gillingham, que para venir aquí por primera vez, conoce usted bastante bien la casa.

—Oh —respondió Antonio riendo— he observado ciertas cosas. Nací observador, ¿sabe usted? Pero ¿no tengo razón en lo que he dicho acerca de los motivos por los que prefirió esta salida?

—Sí, creo que tiene usted razón. —Cayley miró del lado del bosquecillo:

—Ahora, ¿querrá usted sin duda ir a hacer observaciones allá?

—Creo que podemos dejar ese rincón a la policía —contestó suavemente Antonio—. Es más bien... En fin, no es tan urgente.

Un suspiro partió del pecho de Cayley, como si su respiración, interrumpida un instante en espera de la respuesta, recobrase su curso normal.

—Gracias, señor Gillingham.

IV

EL HERMANO DE AUSTRALIA

Los invitados de la Casa Roja estaban autorizados a hacer todo lo que les acomodaba, a condición de no transponer los límites de lo razonable; pero sólo Marc era el juez del carácter razonable o irrazonable de una ocupación, y una vez que ellos mismos (o más a menudo Marc) habían trazado el programa de la jornada, debía éste ser puntualmente ejecutado. La señora Calladine, que conocía aquella pequeña manía de su huésped, se mostró así asaz refractaria a la sugestión de Bill, que proponía jugar una segunda partida por la tarde y no volver tranquilamente sino después de haber tomado el té. Los otros golfistas, desde luego, no deseaban otra cosa, pero la señora Calladine, sin mencionar explícitamente el descontento que experimentaría Marc, insistió enérgicamente en que habiéndose comprometido a estar de regreso a las cuatro, a esa hora debían volver.

—Vea, con sinceridad, no creo que Marc necesite mucho de nosotros —dijo el mayor.

Como había jugado muy mal por la mañana, quería aprovechar la tarde para demostrar que era capaz de desempeñarse mejor.

— Con ese hermano que le llega de Australia, se sentirá muy satisfecho de no tener que ocuparse de nosotros.

—Es mi opinión —apoyó Bill—. Y a usted, señorita Norris, ¿le desagradaría jugar otra partida?

La señorita Norris echó una mirada interrogadora a la señora Calladine.

—Por supuesto, querida señora, si desea usted regresar, no insistiremos para retenerla aquí. Y luego, esto no puede ser divertido para usted, que no juega.

—Justo una partida de nueve hoyos, mamá —rogó Betty.

Bill se apresuró a apoyar su solicitud, añadiendo impulsivamente:

—Es cierto, señora Calladine, el coche podría llevarla; anuncie que hemos resuelto jugar otra partida y el chófer volverá a buscarnos un poco más tarde.

—La verdad es que hace aquí mucho más fresco de lo que yo hubiera creído —terció el mayor.

La señora Calladine cedió. También ella, sentada en el umbral de la casilla de los jugadores, gozaba deliciosamente del fresco, y, en efecto, decíase, no le disgustaría a Marc verse libre de ellos por el momento. Concedió, pues, los nueve hoyos. El *match* se terminó sin que ninguno de los dos bandos hubiera podido triunfar sobre el otro, y, como cada cual había jugado mucho mejor que por la mañana emprendieron todos muy satisfechos el camino de la Casa Roja.

—Vaya —se dijo Bill, cuando la morada apareció a la vista—, ¿pues no es mi viejo Tony?

Parado delante de la fachada, Antonio los esperaba. Bill agitó la mano, Antonio le respondió. Apenas se detuvo el coche, Bill, que estaba sentado al lado del chófer, saltó a tierra y le dio jubilosamente la bienvenida.

—Buenas tardes, mi querido loco, ¡qué agradable sorpresa! ¿Viniste a quedarte aquí o... en fin, por alguna feliz casualidad?

Lo asaltó una súbita idea.

—Al menos, no irás a hacerte pasar por el hermano de Australia perdido hace tanto tiempo, por el hermano de Marc Ablett. Te conozco lo bastante para saber que serías perfectamente capaz de ello.

Estalló en una franca risa de muchacho.

—Buenas tardes, Bill —respondió tranquilamente Antonio—. Haz el favor de presentarme. Tendré después por desgracia que participarte una mala noticia.

Repentinamente calmado, Bill hizo las presentaciones. Como el mayor y la señora Calladine, aún sentados en el auto, eran los más próximos a él, fue a ellos a quienes se dirigió Antonio con voz sorda:

—Lamento verme obligado a causarles una desagradabilísima emoción: Robert Ablett, el hermano del señor Marc Ablett, ha sido muerto aquí mismo, en la casa.

—¡Dios mío!

—¿Cómo? ¡Pero es espantoso! —exclamó el mayor.

—¿Quiere usted decir que acaban de matarlo, apenas llegado? —preguntó la señora Calladine.

—Hace unas dos horas.

Se volvió a medias hacia Beverley:

—Tuve la idea de pasar por aquí, para verte, Bill, y llegué justo después del... después de la muerte. El señor Cayley y yo encontramos el cadáver. Como el señor Cayley está muy ocupado en este momento... hay policías, médicos y mucha gente en la casa... me encargó que los pusiera al corriente. Cree que sin duda preferirán ustedes, ahora que sus distracciones han sido interrumpidas por tan trágicas circunstancias, partir lo antes posible. —Les dirigió una sonrisa de excusa y prosiguió:

—Perdón, expreso mal mi pensamiento. Lo que quiero decir, por supuesto, es que cada uno de ustedes no debe aconsejarse sino de sus propios sentimientos y adoptar con entera libertad las disposiciones que le convengan, sobre todo en lo que concierne al coche, que está a disposición de ustedes para conducirlos al tren que elijan. Me dicen que hay uno esta noche, que podrían ustedes tomar si lo desean.

Boquiabierto, Bill continuaba clavando en Antonio una mirada de estupefacción. No encontraba en su vocabulario, para expresar lo que hubiera querido, otras palabras que las ya empleadas por el mayor. Betty se inclinó hacia la señorita Norris y le preguntó con voz espantada:

—¿Quién fue muerto?

La señorita Norris, que instintivamente había adoptado un aire tan trágico como en el escenario, cuando un mensajero venía a anunciarle la muerte de un camarada, se recogió antes de

contestarle. La señora Calladine recobró con bastante prontitud su calma.

—Nuestra presencia corre riesgo de tornarse muy molesta —dijo—, lo comprendo perfectamente. Pero porque un acontecimiento tan terrible haya ocurrido aquí, no debemos contentarnos con partir de este modo sin ver siquiera a Marc. Es con él con quien debemos combinar lo que conviene hacer. Es indispensable que sepa hasta qué punto lo acompaña toda nuestra simpatía. Quizá, también, nos...

—El mayor y yo —dijo Bill—, podríamos sin duda prestar algunos servicios. ¿No es lo que quería usted decir, señora Calladine?

—¿Dónde está Marc? —preguntó bruscamente el mayor, mirando a Antonio directamente a los ojos.

Antonio no se inmutó y, por toda respuesta, lo miró a su vez de frente.

Entonces el mayor, inclinándose hacia la señora Calladine, le dijo suavemente:

—Creo que haría usted mejor en conducir a Betty de vuelta a Londres esta misma noche.

Asintió su compañera.

—De acuerdo. ¿Vendrá usted con nosotros, Ruth?

—Los acompañaré —agregó Bill, con aire resignado.

No comprendía aún perfectamente lo que ocurría y, como había proyectado pasar todavía una semana en la Casa Roja, no sabía muy bien, ahora que todo había cambiado, dónde se refugiaría en Londres. Pero, puesto que era hacia Londres hacia donde todos sus compañeros parecían querer dirigirse... En todo caso, de aquí a entonces hallaría sin duda una ocasión de conversar a solas con Antonio. Éste le explicaría...

—Cayley te pide que te quedes, Bill. En cuanto a usted, mayor Rumbold, debía partir mañana, de todas maneras, ¿no?

—Sí. Acompañaré a la señora Calladine.

—El señor Cayley me ha encargado instarlo a que no vacile en dar usted mismo sus órdenes tanto para el coche como para toda comunicación telegráfica o telefónica que pueda serle útil.

Después de una nueva sonrisa, añadió:

—Discúlpeme si asumo iniciativas que normalmente no debieran incumbirme. Sólo el azar me ha puesto a disposición del señor Cayley justo en el momento en que precisaba ayuda...

Saludó y volvió a entrar en la casa.

—¡Así es la vida! —profirió la señorita Norris en su más dramático tono.

En el instante en que Antonio tornaba al hall, el inspector enviado de Middleston lo atravesaba para ir a reunirse con Cayley en la biblioteca. Se detuvo este último e hizo señas a Antonio:

—Un momento, inspector, por favor. He aquí al señor Gillingham. Sería mejor que nos acompañara. Luego, dirigiéndose a Antonio:

—Le presento al inspector Birch. El señor Gillingham y yo hemos hallado juntos el cuerpo, inspector.

—Ah, comprendo. Entremos... Vamos a poner un poco más de orden en los detalles del caso. Mi primer cuidado, señor Gillingham, es siempre saber exactamente, en cada situación, dónde estoy.

—Es lo que todos deseamos.

—Oh, oh —exclamó el inspector, mirando a Antonio con mayor interés—. Entonces, en el caso que nos ocupa, ¿cree usted saber dónde estamos?

—Sé, al menos, dónde estaré yo dentro de un momento.

—¿Y dónde, si me hace el favor?

—En el banquillo del inspector Birch —replicó Antonio sonriendo. El inspector rió de buena gana.

—Lo molestaré únicamente en la medida de lo indispensable. Sígame, haga el favor.

Entraron en la biblioteca. El inspector se sentó delante de una mesa, y Cayley se ubicó junto a él, en una silla. Antonio se repantigó en un buen sillón y así instalado, aguardó el interrogatorio.

—Comencemos por la víctima —continuó el inspector—. ¿Su nombre, decía usted, es Robert Ablett? —Sacó de su bolsillo su libreta de notas.

—Sí, hermano de Marc Ablett, que vive aquí.

—¡Ah! —y comenzó a afilar un lápiz—. ¿Vive usted en la casa?

—Oh, no.

Antonio, que no conocía nada de Robert Ablett, escuchó con vivo interés las explicaciones que a ese respecto suministró Cayley.

—Ah, lo habían obligado a expatriarse como indeseable... ¿Qué tenían que reprocharle?

—No sé muy bien. Yo no tenía en ese entonces más que doce años, edad en que se nos prohíbe formular preguntas.

—Preguntas fastidiosas, al menos.

—Exactamente.

—De modo que no ha llegado usted a saber si era simplemente un indeseable o... ¿si tenían cosas más serias que reprocharle?

—No.

Cayley completó su pensamiento:

—El viejo Ablett era clérigo. Puede ocurrir que un clérigo juzgue severamente una falta que parecería trivial al común de los mortales.

—Es muy posible, señor Cayley —dijo el inspector sonriendo—. En todo caso, ¿preferían saberlo en Australia?

—Sí.

—¿Marc Ablett no hablaba jamás de él?

—Casi nunca. Tenía vergüenza y... estaba visiblemente satisfecho de que el otro estuviese en Australia.

—¿Le escribía algunas veces a Marc?

—Muy pocas. Quizá lo hizo tres o cuatro veces en el curso de los últimos cinco años.

—¿Pedidos de dinero?

—Es más que probable. No creo que Marc le haya jamás respondido. Que yo sepa, nunca le envió dinero.

—Ahora, ¿su opinión personal, señor Cayley? ¿Piensa usted que Marc se haya mostrado

injusto hacia su hermano exageradamente duro a su respecto, sin razón plausible?

—Aun de niños, jamás experimentaron ninguna simpatía, ningún afecto el uno por el otro. Ignoro de quién fue la culpa, o si fue de ambos.

—Pero ¿Marc hubiera podido ayudarlo un poco?

—Tengo entendido —dijo Cayley—, que Robert había pasado toda su vida solicitando ayuda de todos lados.

El inspector hizo una señal de asentimiento:

—Conozco esa clase de hombres. Ahora, volvamos a los acontecimientos de esta mañana. Esa carta que recibió Marc, ¿la vio usted?

—No enseguida. Me la mostró después.

—¿Llevaba dirección?

—No. Era una media hoja de papel... un papel bastante sucio.

—¿Dónde está ahora?

—No sé. En el bolsillo de Marc, supongo.

—Ah, bueno... ya nos ocuparemos después. ¿Puede recordar el texto de la misiva?

—Hasta donde me acuerdo, era algo así:

Marc:

Tu afectísimo hermano irá a verte mañana, después de haber atravesado expresamente la distancia que te separa de Australia. Te lo advierto para que puedas ocultar tu sorpresa, aunque no, así lo espero, tu alegría. Aguárdalo a eso de las tres.

El inspector sacó copia del texto con el mayor cuidado.

—¿Se fijó usted en la estampilla?

—La carta venía de Londres.

—¿Y cuál fue la actitud de Marc?

—De fastidio, de disgusto. —Cayley vacilaba.

—¿De aprensión?

—No exactamente, o, si quiere usted, la aprensión de un encuentro desagradable, pero no de consecuencias molestas para él mismo.

—¿Quiere usted decir que no parecía esperar violencias, extorsión o algo parecido?

—No tenía aspecto, no.

—Bien. ¿Robert llegó, dice usted, a eso de las tres?

—Sí, por ahí.

—¿Qué personas se hallaban en la casa en ese momento?

—Marc y yo y algunos criados, ignoro cuáles. Por otra parte, de seguro se ocupará usted de interrogarlos directamente...

—Así lo haré, con su permiso. ¿Ningún amigo, ningún huésped?

—Habían partido a jugar al golf, por todo el día —explicó Cayley—. Oh, a propósito, perdone

que lo interrumpa un momento, ¿necesita verlos? La estada aquí ya no será muy alegre para ellos, naturalmente. Por eso les he sugerido...

Se volvió hacia Antonio, que le confirmó con una señal de cabeza que todo se había arreglado según sus deseos.

—Supongo que querrán volver a Londres esta noche. No verá usted inconveniente en ello, espero.

—Me dará usted sus nombres y direcciones para el caso que necesite comunicarme con ellos.

—Por supuesto. Uno de ellos se quedará aquí. Podrá usted verlo más tarde, si desea; recién volvían del campo de golf en el momento en que atravesábamos el hall.

—Perfectamente, señor Cayley. Ahora, volvamos a las tres. ¿Dónde se hallaba usted cuando llegó Robert?

Cayley explicó que estaba sentado en el hall y que Audrey lo había abordado para preguntarle dónde se encontraba su patrón; le respondió él que la última vez que lo había visto, se dirigía al Templo.

—Partió ella, y yo continué mi libro. Un paso en la escalera me hizo alzar los ojos; percibí a Marc que descendía. Entró en el escritorio y reanudé mi lectura. Fui un momento a la biblioteca para buscar una referencia en otro libro y allí me encontraba todavía cuando oí una detonación, o al menos un ruido violento... No estaba seguro que fuese una detonación. Permanecí inmóvil, con el oído alerta. Luego me encaminé suavemente a echar una ojeada a la puerta. Regresé, vacilé un momento, usted comprenderá, y me decidí por último a entrar en el escritorio para asegurarme de que no había ocurrido nada de malo. Fue al intentar abrirla que descubrí que la puerta estaba cerrada con llave. Entonces sentí miedo, descargué puntapiés contra la puerta, grité y... en ese preciso momento fue cuando llegó el señor Gillingham.

Continuó explicando cómo habían hallado el cuerpo.

El inspector lo miró sonriendo.

—Está bien, señor Cayley. Por supuesto, tendrá usted que volver sobre ciertos puntos de su deposición para completar algunos detalles. Hablemos ahora del señor Marc. Creía usted que estaba en el Templo. ¿Habría podido regresar y subir después a su cuarto sin ser visto por usted?

—Hay escaleras de servicio. Pero no recurre ordinariamente a ellas. Por otra parte, yo no pasé toda la tarde en el hall. Muy bien pudo haber subido sin que yo lo viera.

—¿De modo que no se sorprendió usted al verlo descender?

—Oh, en absoluto.

—¿Y al pasar dijo algo?

—Dijo: "¿Robert está aquí?" o algo parecido. Supongo que había oído el timbre, o las voces en el hall.

—¿En qué dirección se abre la ventana de su cuarto? ¿Habría podido ver a su hermano llegar por la avenida de acceso?

—Sí, habría podido verlo.

—Bien, ¿y después?

—Entonces, le dije: "Sí"; tuvo como un encogimiento de hombros y me recomendó: "No te

alejes demasiado, que podría necesitarte". Luego, entró.

—Según usted ¿qué significaba esa recomendación?

—Oh, me consulta mucho. En cierto modo, soy para él su consejero oficioso.

—¿Se trataba de una entrevista de negocios más bien que de un encuentro fraternal?

—Estoy seguro que así lo consideraba.

—¿Al cabo de cuánto tiempo oyó usted la detonación?

—Fue muy rápido: dos minutos, quizá.

El inspector completó sus notas; permaneció pensativo, luego, volviéndose bruscamente hacia Cayley, le preguntó a boca de jarro:

—¿Cómo explica usted la muerte de Robert? —Cayley se encogió de hombros.

—Probablemente dispone usted de más experiencia que yo en esta clase de asuntos. Es su profesión. Yo no podría hablar sino como profano y como amigo de Marc.

—Con todo...

—Bueno, pienso que Robert vino aquí con la premeditada intención de provocar un escándalo, trayendo consigo un revólver que sacó enseguida. Marc debió tratar de arrancárselo. Hubo sin duda una corta lucha y el disparo partió. Viéndose con un arma en la mano y un hombre muerto a sus pies, Marc perdió la cabeza. Su única idea ha sido salvarse. Cerró la puerta con llave casi instintivamente y, cuando me oyó golpear, huyó por la ventana.

—En efecto, eso parece bastante razonable. ¿Qué dice usted, señor Gillingham?

—Que nunca es bueno perder la cabeza —respondió Antonio, abandonando su sillón para acercarse a ellos.

—En fin, comprenderá usted lo que yo quería decir: mi hipótesis explicaría ciertas cosas.

—Oh, evidentemente. Toda otra explicación complicaría mucho más las cosas.

—¿Tendría usted otra explicación que ofrecernos?

—¿Yo?, no.

—¿Y hay algún punto acerca del cual desearía rectificar las declaraciones del señor Cayley? ¿Algún detalle que hubiera él olvidado, concerniente a lo que ocurrió después de su llegada?

—No, su relato me ha parecido muy preciso.

—Hablemos un poco de usted, ahora. ¿No vive en esta casa si mal no he comprendido?

Antonio expuso en virtud de qué serie de circunstancias se hallaba allí.

—Bien. ¿Oyó usted el disparo?

Antonio inclinó la cabeza a un lado, como para escuchar.

—Sí, justo al llegar a la vista de la casa. No percibí la impresión en el momento, pero ahora lo recuerdo.

—¿Dónde estaba usted, exactamente?

—Subía por la avenida. Iba a alcanzar la casa.

—¿Nadie salió de la habitación por la puerta grande, después de la detonación?

Antonio cerró los ojos y se concentró antes de responder.

—No, nadie.

—¿Está seguro?

—Absolutamente seguro —confirmó Antonio en tono resuelto, como sorprendido de que hubieran podido suponer un error de su parte.

—Gracias. Si necesito de usted, ¿lo encontraré en la posada?

—El señor Gillingham habitará aquí hasta después del sumario —explicó Cayley.

—Bien. Y ahora, los criados...

V

EL SEÑOR GILLINGHAM ELIGE UNA NUEVA PROFESIÓN

Mientras Cayley se acercaba a la campanilla, Antonio se levantó, despidiéndose del inspector, y se dirigió hacia la puerta.

—Supongo que ya no me necesitará.

—No, gracias, señor Gillingham. ¿No se alejará, verdad?

—Claro que no. —El inspector vaciló.

—Creo, señor Cayley, que sería preferible que yo pudiera conversar sin testigos con los sirvientes. Ya sabe cómo son: cuanta más gente hay en su derredor, más se aturden. Llegaré más fácilmente a arrancarles la verdad si estoy solo frente a cada uno.

—Desde luego. Me preparaba, precisamente, a rogarle que me excusase. Me desagradaría que pareciese que descuido a mis huéspedes, por más que el señor Gillingham haya consentido tan amablemente...

Concluyó su frase con una sonrisa en dirección a Antonio, que lo esperaba cerca de la puerta.

—Ah, a propósito de sus huéspedes —continuó el inspector—, ¿no me dijo usted que uno de ellos permanecería aquí? ¿No era el señor Beverley, el amigo del señor Gillingham?

—Sí, ¿quiere verlo?

—Después, si puedo.

—Voy a prevenirles. Si necesita de mí, para lo que fuere, estaré en el piso superior en una pieza donde trabajo. Cualquiera de los sirvientes puede indicarle el camino. Ah, Audrey, el inspector Birch quisiera hacerle algunas preguntas.

—Bien, señor —respondió Audrey en un tono ceremonioso que no obstaba para que en el fondo se sintiese sumamente turbada.

Un eco de los últimos acontecimientos había resonado, naturalmente, en el *office*, y Audrey no se había dado punto de reposo refiriendo a cada uno lo que había dicho el hermano del señor Marc y lo que ella misma había respondido. Desde luego, algunos detalles quedaban por precisar, pero ciertos puntos importantes se daban ya como definitivamente sabidos: por ejemplo, que el hermano del señor Marc se había matado; que el señor Marc se había volatilizado, y que Audrey, al abrirle a aquél la puerta, enseguida advirtió a qué inquietante clase de individuo pertenecía. No omitió tampoco transmitirle enseguida la observación a la señora Stevens y ésta no había cesado de declarar que cuando los hombres parten así para Australia, es que tienen sus razones...

Elsie estaba de acuerdo con ambas, pero tenía una contribución suplementaria que aportar por

su propia cuenta: había positivamente oído al señor Marc, en el escritorio, amenazar a su hermano.

La segunda camarera había intentado poner en duda aquella declaración:

—¿Quiere usted decir que era el señor Robert quien amenazaba?

Mientras dormía una siestita en su pieza, la había despertado sobresaltada un gran ruido, una especie de sordo estallido.

—Pues no, era la voz del señor Marc —mantenía firmemente Elsie.

—¿Implorando gracia, entonces? —intervino con fuego la hija de la cocinera, que escuchaba a la puerta y a quien las otras hicieron comprender sin más tardanza que no le correspondía tomar parte en la deliberación. Pero ¡es tan penoso escuchar en silencio cuando tan bien se sabe, por la lectura de los folletines, cómo suelen pasar las cosas en tales casos!

—Tendré que enseñarle a esta chica indiscreta a guardar su lugar —había proclamado la señora Stevens—. Continúe, Elsie.

—Pues bien —dijo—, lo oí con mis propios oídos, que decía: "Ahora me ha llegado la vez", y pronunciaba estas palabras con aire de triunfo.

—Me parece que exagera usted calificando de amenaza esa frase...

Sin embargo, Audrey se acordó del relato de Elsie cuando se halló en presencia del inspector Birch. Aportó su propio testimonio con la soltura de quien lo sabe a conciencia por haberlo repetido ya veinte veces. El inspector la interrogó y volvió a interrogarla con gran minuciosidad. En varias ocasiones se sintió tentado de hacerle notar: "Lo que dijo usted al visitante no tiene ningún interés para mí". Pero se contuvo, pensando que era preciso pasar por ahí para saber exactamente de qué manera el visitante se había presentado. Audrey sentíase infinitamente halagada de las miradas y las palabras que le prodigaba el policía, pero parecía éste haberse hecho desde largo tiempo una idea exacta de lo insignificante de los informes que estaba ella en condiciones de darle.

—En suma, ¿no ha visto usted al señor Marc?

—No, señor, debió regresar antes que yo lo buscase y subir a su cuarto, o más probablemente entrar de nuevo por la puerta principal mientras yo salía por atrás.

—Bien. Creo que es todo lo que quería preguntarle. Le agradezco mucho. Ahora, los otros criados...

—Elsie oyó al señor Marc y al señor Robert que hablaban —continuó Audrey, presurosa— Decía... Quiero decir, el señor Marc...

—Más vale que sea Elsie misma quien me cuente lo que ha oído. Y esa Elsie, ¿quién es?

—Una de las camareras. ¿Hay que mandársela, señor?

—Sí, hágame el favor.

Elsie se alegró tanto más de aquella convocatoria cuanto que estaba en tren de recibir de parte de la señora Stevens una avalancha de reproches relativos a su conducta en el curso de la tarde. Pensó que habían escogido muy bien el momento de llamarla. De oír a la señora Stevens, el crimen cometido aquel mismo día en el escritorio no era nada comparado con el doble crimen imputable a la infortunada Elsie, que sólo demasiado tarde comprendió que hubiera hecho mejor

en no decir palabra de su presencia en el hall después del almuerzo. Pero era tan incapaz de callar la verdad como perspicaz la señora Stevens para descubrirla. Demasiado sabía la pobre chica, sin embargo, que nada tenía que hacer a semejante hora en la escalera principal. Qué pobre excusa explicar que salía del cuarto de la señorita Norris situado cerca de lo alto de la escalera, y que no había atribuido importancia a su acto puesto que no había nadie en el hall... El aplastante argumento permanecía en pie: ¿qué tenía ella que hacer en el cuarto de la señorita Norris? En vano habría invocado circunstancias atenuantes:

—No hice más que entrar para devolver una revista.

—¿Prestada por la señorita Norris? —preguntaría enseguida la voz acusadora.

—¿Prestada? No, no exactamente.

—¡Realmente, Elsie, semejantes cosas en una casa decente!

¿Qué habría ganado la culpable con precisar en su defensa que una nueva novela de su autor favorito estaba anunciada en la tapa, con una imagen representando al bandido rompiéndose el cuello contra las rocas?

—Así concluirás tú también, hija, si no quieres ser más seria —terminaría la señora Stevens en su más firme tono.

Por fortuna, no era cuestión de confesar todos sus crímenes al inspector Birch. Todo lo que podía interesarle era que al pasar por el hall había oído ella voces provenientes del escritorio.

—Entonces, ¿se detuvo usted para escuchar?

—De ningún modo —replicó Elsie en tono de dignidad ofendida. Decididamente, ¡nadie la comprendería jamás!

—Cruzaba simplemente el hall, como habría podido hacerlo usted mismo, sin suponer que tuvieran secretos que decirse. Desde luego, no me taponé los oídos, como sin duda hubiera debido hacerlo.

Dejó oír algunos suspiros, anunciadores de una crisis de lágrimas.

—Vamos, vamos —intervino el inspector, procurando calmarla del mejor modo posible—, no quise insinuar en absoluto...

—Todos son muy injustos conmigo —sollozó Elsie—. Cuando veo a ese pobre muerto acostado allá... Bueno, pues si fuera yo quien hubiera muerto, ahora lamentaría haberme hablado tan duramente como lo han hecho hoy...

—Pero no, no es razonable de su parte. Al contrario, vamos a estar orgullosos de usted. No me sorprendería que su testimonio adquiriese una importancia considerable. En suma, ¿qué es exactamente lo que oyó usted? Trate de recordar las palabras precisas.

—Algo a propósito de trabajar en un pasaje —respondió Elsie.

—¿Quién decía eso?

—El señor Robert.

—¿Cómo supo usted que era el señor Robert? ¿Había oído ante su voz?

—No llegaré a decir que podía reconocer al señor Robert; pero ¿no le parece?, como no era ni el señor Marc, ni el señor Cayley, ni ninguno de los otros señores, y como la señorita Stevens había hecho entrar al señor Robert en el escritorio no hacía aún cinco minutos...

—Perfectamente —interrumpió el inspector—. Era el señor Robert, muy probablemente. ¿Trabajar en un pasaje?

—Es lo que comprendí, señor.

—Trabajar para pagar su pasaje, quizá. ¿Cree usted que podía ser eso?

—Oh, sí, eso precisamente —confirmó vivamente Elsie.

—Sin duda; trabajó a bordo del buque para cubrir los gastos de la travesía. ¿Y después?

—Entonces, el señor Marc dijo muy fuerte, con una especie de acento de triunfo: "Ahora me ha llegado la vez: ¡espera un poco!"

—¿De triunfo?

—Sí, como para decir que al presente el momento favorable había llegado al fin para él.

—¿Es todo lo que oyó usted?

—Es todo, señor, porque no me detuve para escuchar; pasaba justamente por el hall como podía haberlo hecho en cualquier otro momento.

—Bien. Es muy importante, Elsie. Se lo agradezco.

No olvidó dirigirle su más amable sonrisa antes de retirarse y, muy tranquilizada, tornó a la cocina. Poco le importaban ahora las descorteses observaciones de la señora Stevens o de otros.

Entretanto, Antonio había emprendido algunas investigaciones por su cuenta. Un punto, en particular, continuaba intrigándolo. Se trasladó por el hall a la parte delantera de la casa y allí, de pie cerca de la puerta abierta, consideró la avenida de acceso. Cayley y él habían dado, corriendo, la vuelta de la casa por la izquierda; ciertamente, hubiera sido más corto tomar por la derecha. La puerta de entrada no estaba en medio del edificio, sino casi en la esquina. Pero quizá, a la derecha, estuviese el camino obstruido por un obstáculo, una pared... Se dirigió de aquel lado, halló un sendero que contorneaba la casa y llegó a la vista de la ventana del escritorio. ¡Muy sencillo, y casi dos veces más corto que por la izquierda! Avanzó todavía unos pasos y se encontró, apenas dejada atrás la ventana con los vidrios rotos, delante de una puerta que abrió sin esfuerzo. Daba a un corredor. Aquel corredor se terminaba por otra puerta que no opuso más resistencia que la precedente y que lo condujo derecho al hall.

Con toda evidencia, pensó, este camino es el más corto de los tres: atravesar el hall, salir por detrás, volver a la izquierda, y ya está. En vez de esto, es siguiendo el más largo que dimos la vuelta a la casa. ¿Por qué? ¿Era para dar a Marc más tiempo de escapar? Sólo que, en este caso, ¿por qué correr? Y luego, ¿cómo Cayley habría podido saber en ese momento que era Marc quien intentaba salvarse? Si adivinaba, o, digamos, más bien, si temía, que el uno hubiera muerto al otro, era mucho más probable que fuese Robert quien había matado a Marc. En realidad, bien reconoció después que tal era su pensamiento, puesto que sus primeras palabras, tan pronto volvió el cuerpo, fueron: "¡Gracias a Dios! ¡Temí que fuera Marc!" ¿Por qué, entonces, había querido procurar a Robert la posibilidad de huir y, una vez más, si su propósito era ganar tiempo, por qué correr?

Antonio fue a sentarse detrás de la casa, en un banco del césped, no lejos de la ventana del escritorio.

Veamos, reflexionó, tratemos de penetrar muy minuciosamente en el estado de espíritu de

Cayley y preguntémonos qué puede darnos ese estudio. Cayley está sentado en el hall, cuando introducen a Robert en el escritorio. La camarera sale en busca de Marc, y Cayley reanuda la lectura de su libro. Marc desciende la escalera, ruega a Cayley que permanezca cerca para el caso de que lo necesite y va a reunirse con su hermano. ¿Cuáles son las eventualidades que puede prever Cayley en ese instante? Puede que no recurran a él; puede que lo llamen para solicitarle consejo, a propósito del pago de las deudas de Robert, por ejemplo, o del mejor medio de asegurar su retorno a Australia; no es imposible que su fuerza muscular sea puesta a contribución para expulsar por la violencia a un Robert demasiado intratable. Permanece pues, ahí, sentado, algunos instantes, luego pasa a la biblioteca. ¿Por qué no? Todavía se mantiene lo bastante cerca como para intervenir al primer llamado. De pronto, oye un disparo. Y una detonación de revólver es lo último que se espera oír en una casa de campo. Es natural que en el primer instante no haya comprendido exactamente de qué se trataba. Escucha. No oye nada más. Quizá no fuera un disparo. Transcurren algunos segundos. Retorna a la puerta de la biblioteca. Ahora, aquel profundo silencio lo inquieta. ¿Era una detonación? ¡Es absurdo, verdaderamente! Empero, no habría ningún inconveniente en entreabrir la puerta del escritorio, bajo un pretexto cualquiera, simplemente para tranquilizarse. Ensaya. La puerta está cerrada con llave. ¿Cuáles son al presente sus emociones? La inquietud, la incertidumbre. Algo ocurre de anormal. Por inverosímil que parezca, quizá fuese, a pesar de todo, un disparo. Y helo aquí golpeando la puerta y llamando a Marc. No hay respuesta. ¿Inquietud? Sí, ciertamente. Pero ¿inquietud por la seguridad de quién? De Marc, sin duda alguna. Robert no es para él más que un extraño; Marc, su amigo íntimo. La carta de Robert recibida por la mañana es la de un hombre muy mal dispuesto. Robert tiene un carácter violento; Marc es un hombre de refinada civilización. Si una querella se ha producido entre ambos, es Robert quien ha matado a Marc. Sacude la puerta con renovado furor.

Desde luego, a Antonio, que se ha presentado inopinadamente, la conducta de Cayley ha parecido absurda. Pero ¡qué!, en el primer momento, Cayley perdió la cabeza. Eso hubiera podido ocurrirle a cualquiera. Por otra parte, tan pronto como Antonio le sugirió la idea de la ventana, Cayley comprendió que era lo único que quedaba por hacer y le mostró el camino. El camino más largo...

¿Por qué razón? ¿Para permitir al asesino alejarse? Si había pensado que Marc era el asesino, sí, quizá; pero debe, al contrario, estar convencido que es Robert. A menos que él mismo no quiera ocultar algo, no puede dejar de pensar eso. Además, esta idea concuerda con la palabra que pronuncia al comprobar que el cadáver es el de Robert: "¡Temí que fuese Marc!" No tenía ninguna razón, entonces, de querer perder tiempo. Al contrario, una fuerza instintiva debía normalmente impulsarlo a precipitarse en el cuarto por las vías más rápidas, para prender a Robert. A pesar de ello, adopta el circuito más largo en derredor de la casa. ¿Por qué? Y todavía, ¿por qué correr?

Se podría sostener, naturalmente, que Cayley no era más que un poltrón, que no sentía mucha prisa por acercarse al revólver de Robert y que procuraba a la vez dar la impresión de la más espontánea prisa. Sería una explicación. Pero obligaría a admitir que Cayley era un cobarde. ¿Lo era, realmente? En todo caso, fue el primero en aplicar animosamente su rostro a los vidrios. No, hacía falta una respuesta mejor que aquélla."

Permaneció sentado, tan sumido en sus reflexiones, que su pipa, que había olvidado encender, siguió fría entre sus dedos. Tenía todavía una o dos ideas en el fondo de su cerebro, dispuestas, si las evocaba, a dejarse examinar; pero no juzgó favorable el momento para hacerlas comparecer. Les llegaría más tarde el turno, cuando las necesitase.

De pronto, encendió su pipa y se echó a reír.

"¡Yo, que buscaba una nueva ocupación! Pues ya la encontré! ¡Antonio Gillingham, detective privado! No suena mal. Comienzo hoy mismo..."

Piénsese lo que se quiera de los títulos de Antonio para esta nueva profesión, debe reconocerse que estaba dotado de un espíritu vivo y claro, y este espíritu le mostraba que era él actualmente la única persona de la casa que se hallaba absolutamente libre de todo prejuicio para emprender la búsqueda de la verdad. El inspector había llegado en el momento en que se comprobaba la muerte de un hombre y la desaparición de otro. Era muy probable, sin duda, que el desaparecido hubiese asesinado al otro. Pero era más que muy probable, casi cierto, que, para el inspector, aquella muy probable solución sería considerada la única verdadera como punto inicial de sus indagaciones; tras de lo cual, no se sentiría dispuesto a encarar sin prevenciones otra explicación. En cuanto a los otros, Cayley, los invitados, los criados, ya tenían todos sus posturas adoptadas, o en favor de Marc o quizá contra Marc. Tenían motivos diversos para sostenerse o combatirse. De acuerdo a las conversaciones de la mañana, de acuerdo a lo que sabían de Robert, eran todos presa de opiniones preconcebidas. Ninguno de ellos estaba en condiciones de considerar aquel caso con espíritu enteramente imparcial. Antonio podía. De Marc no sabía nada, y tampoco de Robert. Lo había visto muerto antes mismo de saber su nombre, se había enterado de que una tragedia acababa de ocurrir antes de ser informado de que un hombre había desaparecido. Las primeras impresiones, que adquieren después una importancia decisiva, las había recibido de hechos escuetos; estaban fundadas en el testimonio directo de sus sentidos, no sobre sus emociones o las percepciones de otros testigos. Su situación para descubrir la verdad debía ser mucho mejor que la del inspector.

Quizá Antonio, al formularse a sí mismo esta animadora conclusión, no se mostraba muy justo con respecto al calificado representante de la autoridad. Desde luego Birch estaba dispuesto a creer que Marc había matado a su hermano (testimonio de Audrey); Marc había regresado para entrevistarse con él (testimonio de Cayley); los habían oído hablar (testimonio de Elsie) hubo un disparo (testimonio general); al entrar en la pieza, habían descubierto el cuerpo (testimonio de Cayley y de Gillingham), y Marc permanecía invisible. En apariencia, pues, Marc había matado a su hermano, o accidentalmente, como lo creía Cayley, o voluntariamente, como tendía a hacerlo creer la declaración de Elsie. No existía ningún interés en buscar para tal problema una solución difícil cuando la solución fácil no presentaba ninguna falla. Pero desde otro punto de vista, Birch hubiera preferido la solución difícil, por más brillante para su propio prestigio. El "sensacional" arresto de uno de los habitantes de la casa lo hubiera hecho más feliz que una vulgar persecución de Marc a través del campo. Era preciso encontrar a Marc, inocente o culpable. Mas no por ello quedaba menos en pie que otras soluciones podían ser también consideradas...

No hubiera carecido de interés para Antonio saber que mientras se entregaba a sus reflexiones

y regocijábase de su superioridad sobre un inspector trabado por ciertas prevenciones, ese mismo inspector acariciaba sin repugnancia la idea de una eventual relación a establecer entre el caso que lo ocupaba y la brusca aparición en la casa de un tal Gillingham. ¿Era realmente por efecto de una simple coincidencia que éste había surgido así en medio del drama? Las respuestas de Beverley, interrogado respecto a su amigo, fueron por demás sorprendentes. ¿Un comisionista de ventas de tabaco? ¿Un mozo de café? Curioso personaje, aquel señor Gillingham... A no perderlo de vista.

VI

¿EN EL EXTERIOR O EN EL INTERIOR?

Los huéspedes se habían despedido de Cayley, cada uno a su manera. El mayor, con brusquedad y sencillez: "Si me necesita, a sus órdenes. Todo lo que dependa de mí... hasta la vista"; Betty, silenciosamente simpática, con mil sentimientos que el temor impedía expresar, en sus grandes ojos; la señora Calladine, asegurando que le faltaban las palabras, mientras vertía un torrente de ellas la señorita Norris combinando tan variadas intenciones en un amplio gesto de desesperación, que el uniforme agradecimiento dirigido a cada uno por Cayley hubiese podido ser interpretado, en lo que a ella se refería, como la expresión de gratitud de un espectador después de una representación teatral.

Bill los había acompañado hasta el coche. Luego de haber participado en los adioses y estrechado la mano de Betty con particular solicitud, fue a reunirse con Antonio en el banco del césped.

—Bueno, pues vaya un extraño caso —dijo, sentándose junto a él.

—Muy extraño, William.

—¡Y tú llegaste justo para caer en medio!

—Exactamente —respondió Antonio.

—Lo que hará que puedas serme útil. Circulan diversos rumores; hay misterios, y ese buen inspector, en vez de responder a las preguntas que le hice acerca del crimen, acerca de lo ocurrido, buscaba por todos los medios volver la conversación a las circunstancias en que te había conocido y otros detalles igualmente inútiles. Pero cuéntame, ¿cómo ocurrió el drama?

Antonio le refirió con la brevedad posible lo que acababa de decir al inspector, subrayando Bill su relato con algunas exclamaciones.

—Todo esto va a hacer ruido. Pero me pregunto para qué me quieren en verdad... A los otros los han despedido con toda urgencia, excepto a mí, y heme aquí mezclado en el caso por ese inspector, como si yo estuviese particularmente al tanto...

Antonio lo calmó con una sonrisa.

—Oh, no tienes por qué atormentarte. Era natural que Birch quisiera ver a uno de ustedes para saber qué habían hecho durante todo el día; y Cayley, sabiendo que me conocías, tuvo la gentil idea de que podrías quedarte a acompañarme. Y luego... nada más.

—¡Te quedarás aquí! —exclamó Bill, encantado—. ¡Entonces, viejo, espléndido!

—¿Esto te consuela de la partida de ciertas personas?

Bill enrojeció y murmuró:
—Oh, de todos modos volveré a verle la semana próxima.
—Te felicito: una bonita mirada, un traje gris que me gustó; una mujer seria y agradable.
—¡Pero no, estúpido, me estás hablando de su madre!
—¡Oh, perdóname. En todo caso, Bill, te necesito más que ella en este momento. De modo que haz un pequeño esfuerzo para quedarte conmigo.
—¿En serio? —preguntó Bill, lisonjeado. Sentía una gran admiración por Antonio y estaba muy orgulloso de su amistad.
—Sí; mira, pronto ocurrirán aquí importantes acontecimientos.
—¿El sumario y las consecuencias?
—Quizá otra cosa antes. Hola, he aquí a Cayley.
Caminando hacia ellos a través del césped, se dibujaba, en efecto, una vigorosa silueta de anchos hombros, dominada por una cara cuidadosamente afeitada, pero demasiado maciza y de una fealdad demasiado interesante para que pudiera pasar inadvertida.
—No ha tenido suerte este pobre Cayley —observó Bill—. ¿Crees que debo expresarle mi pesar, mi simpatía? Corre riesgo de parecer tan mezquino en circunstancias tan excepcionales...
—En tu lugar, yo me dispensaría.
Cayley los saludó con un ademán y permaneció un momento de pie junto a ellos.
—Podemos hacerle sitio —dijo Bill, levantándose.
—Oh, no se moleste, gracias —continuó, dirigiéndose a Antonio—. Vine a decirles que la cocinera ha perdido la cabeza, naturalmente; lo que hará que no comamos antes de las ocho y media. ¿Dónde mando recoger sus equipajes?
—Me parece que lo mejor sería que Bill y yo fuésemos enseguida, paseando, hasta la posada, para ocuparnos de eso.
—El coche podría ir a buscarlos en cuanto regrese de la estación.
—Es usted muy amable, pero es preciso que yo vaya de todos modos para empaquetar mis efectos y pagar mi cuenta. Por otra parte, el tiempo está delicioso esta noche para un paseo, si Bill no ve inconveniente.
—No pido otra cosa.
—Entonces, deje su valija allá; el chófer la traerá un poco más tarde.
—Mil gracias.
Habiendo dicho todo lo útil que tenía que decir, Cayley permaneció allí, un poco embarazado, no decidiéndose ni a quedarse ni a alejarse. Antonio se preguntaba si sentiría deseos de hablar de los sucesos de la tarde o si era, por el contrario, éste el único tema que procuraba evitar; para romper el silencio le preguntó como al descuido si el inspector se había ido. Cayley hizo un signo afirmativo, luego explicó bruscamente:
—Pide una orden de arresto contra Marc.
Bill profirió el vago murmullo de simpatía que exigían las conveniencias y Antonio observó, encogiéndose de hombros:
—No podía obrar de otro modo, ¿no es cierto? No por ello ha de seguirse que... En fin, eso no

significa nada. Quieren, naturalmente, tenerlo a su disposición, inocente o culpable.

—¿Qué cree usted que sea, señor Gillingham? —preguntó Cayley, observándolo atentamente.

—¿Marc? ¡Pero es absurdo! —exclamó Bill con impetuosidad.

—Bill se muestra leal hacia su amigo, señor Cayley, ya lo ve.

—Mientras que usted, en este asunto, no tiene deberes de lealtad para con nadie.

—Exacto. Por eso mismo correría riesgo de ser demasiado franco.

Bill se había instalado en el césped. Cayley se dejó caer pesadamente en el sitio que aquél ocupara sobre el banco y permaneció allí, los codos en las rodillas, el mentón entre las manos, los ojos clavados en el suelo. Dijo al fin:

—Necesito precisamente que sea usted franco. Por mi parte, no puedo ser imparcial cuando Marc aparece comprometido. Por eso es que quisiera conocer su impresión respecto a la interpretación que he sugerido, la impresión de una persona como usted, que no tiene prevenciones ni en un sentido ni en el otro.

—¿Su interpretación?

—Si Marc mató a su hermano, eso debió ser puramente accidental, como ya le expuse al inspector.

—Quiere decir —intervino Bill, que alzó hacia ellos los ojos con interés—, que Robert, revólver en mano, quiso extorsionarlo, que hubo un principio de lucha y que el revólver se disparó; Marc perdió entonces la cabeza y huyó. ¿Es así?

—Exactamente.

—Me parece muy verosímil.

Se volvió hacia Antonio:

— ¿Ve usted algún defecto en esta explicación? Es la más natural cuando se conoce a Marc.

Antonio extrajo una bocanada de su pipa antes de responder lentamente:

—Supongo que tiene usted razón. Sin embargo, hay un detalle que me preocupa un poco.

—¿Cuál?

Bill y Cayley habían hecho la pregunta juntos.

—La llave.

—¿La llave? —interrogó Bill.

Cayley alzó la cabeza.

—¿Cómo? ¿Qué llave?

—Oh, quizá no tenga importancia; me pregunto solamente ... Admitamos que Robert haya sido muerto como dice usted y que Marc, enloquecido, sólo haya pensado en huir antes que nadie pudiera verlo. En ese caso, en efecto, aseguraría la puerta y se guardaría la llave en el bolsillo, maquinalmente, justo para ganar un instante.

—Este es el sentido de mi sugestión.

—Me parece muy natural —apoyó Bill—. De esas cosas que se hacen sin siquiera pensar. Y si se desea escapar, ese acto aumenta nuestras probabilidades.

—Con una condición, sin embargo: que la llave se encuentre ahí. Pero supongamos que no lo esté.


Esta suposición, emitida en el tono de una comprobación ya casi verificada, hizo trastabillar a los dos interlocutores de Antonio.

—¿Qué quiere usted decir? —inquirió Cayley.

—Todo estriba en saber dónde las personas ponen sus llaves. En los dormitorios, interesa poder cerrar la puerta en previsión del caso de que alguien tenga la idea de entrar en el momento en que no se ha puesto uno más que los calcetines. Fíjense en las piezas de cualquier casa y hallarán las llaves del lado de adentro, al alcance de la mano, para que se pueda cerrar en un segundo. En la planta baja, por el contrario, nadie tiene deseos de encerrarse, y, en verdad, nadie lo hace nunca. Bill, por ejemplo, nunca ha experimentado la necesidad de aislarse en el comedor, a solas con una botella de aguardiente, detrás de una puerta herméticamente cerrada. Por otra parte, todas las mujeres, las criadas en particular, sienten un terror pánico por los ladrones, y si un ladrón entra por la ventana, quieren que su actividad quede limitada a una sola pieza. Colocan así las llaves en el exterior de las puertas, y les dan una doble vuelta antes de subir a acostarse.

—¿Quieres decir —repuso Bill—, que la llave se hallaba del lado de afuera cuando entró Marc?

—Eso me pregunto.

—¿Se fijó usted alguna vez en la posición de las llaves en las otras piezas: la sala de billar, la biblioteca, etc? —preguntó Cayley.

—Recién se me ocurre pensar en ello. Pero usted, que vive aquí, ¿no ha observado nada al respecto? —Cayley reflexionó, con la cabeza inclinada.

—Mi respuesta puede parecerle absurda. No, jamás. —Se volvió hacia Bill—. ¿Y usted?

—¡Dios mío, no! Nunca me dio por ocuparme de semejante cosa.

—No lo dudo —continuó Antonio, riendo—. En todo caso, echaremos una ojeada al entrar. Si las otras llaves están fuera, concluiremos que también ésta lo estaba y el asunto se hace entonces más interesante.

Cayley no respondió. Bill, que mordisqueaba una brizna de hierba, se interrumpió para preguntar:

—¿Y por qué introduciría eso tanta diferencia?

—Lo que ocurrió se haría más difícil de comprender. Retomemos la hipótesis del accidente y veamos a dónde nos conduce. ¿Podría todavía ser cuestión de hacer girar maquinalmente la llave? Para eso, habría sido necesario que abriese la puerta, por consiguiente, que mostrase su cara a todo aquel que pudiera hallarse en el hall... a su primo, por ejemplo, de quien se separó dos minutos antes. Un hombre en el estado de ánimo de Marc, horrorizado de que pudieran verlo junto a un cadáver, ¿iría a correr semejante riesgo?

—No iba a tener miedo de mí —dijo Cayley.

—Entonces, ¿por qué no lo llamó? Lo sabía muy cerca. Le hubiera dado usted un consejo, y bien sabe Dios que lo necesitaba. Pero toda la hipótesis reposa en esto: tenía miedo de usted y de todo el mundo y su idea fija era salir solo del escritorio antes de su entrada o de la de los criados. Si la llave estaba en el interior, probablemente la habría hecho girar para cerrar la puerta; si estaba en el exterior, se habría cuidado de tocarla.

—Sí, creo que tienes razón —concedió Bill, pensativo—, a menos que al entrar no haya tomado consigo la llave para cerrar enseguida la puerta.

—Exacto. Pero, en tal caso, sería preciso imaginar una hipótesis enteramente nueva.

—¿Quieres decir que eso torna su conducta más premeditada?

—Sí, desde luego. Pero, sobre todo, nos haría considerar entonces a Marc como un verdadero idiota. Supongamos por un momento que en virtud de imperiosas razones que ignoramos en absoluto, hubiera resuelto librarse de su hermano. ¿Qué habrías hecho en su lugar? ¿Matarlo sin más ni más, y huir? Pues no. ¡Eso equivaldría prácticamente al suicidio, el suicidio de un loco! De querer desembarazarte de un hermano indeseable, obrarías un poco más hábilmente: comenzarías por tratarlo amistosamente para no dejar que sospechase, y una vez que lo hubieses matado, darías a su muerte todas las apariencias de un accidente, o de un suicidio, o de un crimen cometido por otro. ¿No es así que obrarías?

—¿Tu idea es que querrías al menos estar seguro, si así puede decirse, de salvar tu dinero?

—Precisamente hablamos del caso en que para matar deliberadamente, comenzarías... ¡por encerrarte con llave!

Cayley había guardado silencio, absorto al parecer en aquel nuevo problema. Sin alzar los ojos del suelo, dijo al fin:

—Me atengo a mi opinión de un accidente a raíz del cual Marc perdió la cabeza y huyó.

—Pero ¿y la lave? —insistió Bill.

—Nada ha probado aún que las llaves estén del lado de afuera. No concuerdo con el señor Gillingham cuando dice que las llaves de la planta baja están en el exterior. A veces lo están sin duda; pero me parece que vamos a poder comprobar que éstas de aquí están en el interior.

—Oh, en ese caso, su primera teoría vuelve a ser excelente. Como a menudo he visto las llaves fuera, me hice la pregunta. Eso es todo. Me ha rogado usted que me mostrara enteramente franco, ¿no?, y que le dijera lo que pensaba. Pero debe tener usted razón y seguramente, como dice, las hallaremos en el interior.

—Y aun cuando la llave esté en el exterior —replicó Cayley, que se obstinaba—, continuaré creyendo en un accidente: Marc habría podido tomar la llave al llegar, previendo que la entrevista iba a ser borrascosa y deseoso de que no lo interrumpieran.

—Pero justamente le pidió a usted que se quedase cerca para el caso que lo necesitara. Entonces, ¿por qué privarlo de los medios de entrar? Además, estoy convencido de que si un hombre ha de sostener una entrevista tormentosa con un pariente amenazador, lo último que haría es encerrarse por el interior con él. Más bien sentiría deseos de abrir todas las puertas y decirle: "¡Lárguese inmediatamente!"

Cayley permanecía silencioso, pero el pliegue de su boca señalaba obstinación. Antonio le sonrió a manera de excusa y se levantó:

—¿Vienes, Bill? Ya es hora de partir. —Tendió la mano a su amigo para ayudarlo a levantarse. Luego, volviéndose hacia Cayley, le dijo—. Perdone si he dejado a mis pensamientos tomar un curso demasiado libre. Consideraba la cuestión únicamente como simple espectador, como un problema abstracto en que para nada entra en juego la felicidad de uno de mis amigos.

—Completamente de acuerdo, señor Gillingham —dijo Cayley, levantándose también—. Soy yo, al contrario, quien debe rogarle que lo perdone... ¿Va directamente a la posada en busca de sus equipajes?

—Sí —respondió Antonio.

De una ojeada midió la altura del sol sobre el horizonte, bajó después la vista hacia el parque que se extendía en derredor de la casa, y, señalando al sur:

—Es en esa dirección, ¿no? ¿Se puede llegar al pueblo desde aquí o habrá que tomar un camino?

—Yo te indicaré, viejo —dijo Bill.

—Sí, Bill le indicará. El parque se extiende casi hasta el pueblo. Enviaré el coche dentro de una media hora.

—Gracias.

Cayley hizo una última señal de adiós y se volvió hacia la casa.

Antonio tomó el brazo de Bill y ambos se alejaron en la dirección opuesta.

VII

RETRATO DE UN CABALLERO

Marcharon algunos instantes en silencio, hasta que la casa y el jardín quedaron lejos a sus espaldas. Delante y a su derecha, el parque descendía al principio, luego volvía a alzarse lentamente, pareciendo querer aislarlos del resto del mundo; a la izquierda, una espesa hilera de árboles los separaba del camino principal.

—¿Has venido a menudo por aquí? —preguntó bruscamente Antonio.

—Sí, una docena de veces.

—Quiero decir justo aquí donde estamos. ¿O pasabas todo tu tiempo encerrado, jugando al billar?

—Dios mío, no.

—Tantas personas poseen espléndidos parques y descuidan todas las ocasiones de aprovecharlos, mientras que el pobre diablo que pasa por el camino polvoriento envidia su felicidad, imaginándose que tales paraísos han de ofrecer la más deliciosa de las existencias.

Señaló la derecha.

—¿Fuiste alguna vez por ahí?

Bill disimuló su turbación con una risita.

—Casi nunca. Generalmente he seguido este camino porque es el más corto para dirigirse a la ciudad.

—Ah... Bueno, háblame de Marc.

—¿Respecto a qué?

—Dime sobre él lo que se te ocurra; por ejemplo, cómo recibe a sus invitados; qué género de vida se hace en su casa, etc. No te preocupes de las convenciones de la cortesía y refiéreme sin ambages lo que piensas de él; si te agradaba la Casa Roja; cuántos pequeños rozamientos se produjeron esta semana en el grupo de los invitados; cuáles son tus relaciones con Cayley y otros detalles por el estilo.

Bill lo miró, intrigado:

—¿Tendrías por casualidad la pretensión de querer jugar al perfecto detective?

—A fe, que necesitaba una nueva profesión —respondió Antonio, sonriendo.

—De veras que la cosa es chusca.

Bill, un poco confuso, rectificó enseguida:

—No debí decir esto cuando hay un muerto en la casa y ayer todavía era yo el invitado de

alguien que...

Se interrumpió, sin hallar para concluir su frase más que esta exclamación:

—¡Dios mío, qué triste asunto!

—Bueno —dijo Antonio—, continúa. ¿Marc...?

—¿Lo que pienso?

—Sí.

Bill no sabía bien cómo traducir en palabras claras impresiones que nunca habían adquirido en su espíritu formas precisas. Viendo su vacilación, Antonio lo animó:

—Debí prevenirte que nada de lo que digas está destinado a un reportaje. De modo que no te preocupes si se deslizan algunos barbarismos; dime lo que quieras y como te venga en gana decirlo. Vamos, te pondré en camino: ¿qué prefieres: un fin de semana aquí o en casa de los Barrington, por ejemplo?

—Oh, eso depende.

—Supongamos que ella esté presente en ambos casos.

—¡Imbécil! —exclamó Bill, descargándole un codazo. Prosiguió:

—Naturalmente, es un poco difícil de decir. La verdad es que aquí reciben maravillosamente. No conozco ninguna casa donde el confort sea tan estrictamente observado. Dormitorios, comidas, bebidas, cigarros... En fin, hasta el menor detalle. ¡Y se ocupan de ti con un cuidado!

—¿De veras?

—Oh, sí, la pura verdad...

Repitió lentamente estas últimas palabras como si le sugiriesen alguna nueva idea.

—Se ocupan incesantemente de ti. Esto precisamente es lo que caracteriza a Marc. Una de sus pequeñas manías... una de sus debilidades: ocuparse de ti.

—¿Arreglar las cosas en tu lugar?

—Sí. La casa es deliciosa, llena de distracciones. Hay a tu disposición toda clase de juegos, todos los deportes imaginables y, como te digo, el trato es admirable. Mas, a pesar de todo esto, Antonio, se tiene siempre un poco la impresión... la impresión, si así puede decirse, de estar sometido a un orden riguroso. Estás obligado a hacer lo que te dicen.

—¿Cómo?

—Bueno, Marc se desvive por regentear. Arregla cada cosa y ya está convenido que sus huéspedes deben conformarse a los planes por él establecidos. Yo, por ejemplo, tenía el otro día que jugar un partido individual con Betty —con la señorita Calladine— antes del té. Tiene mucha habilidad en el tenis y me había apostado que me batiría sin que yo le diese ventaja. Soy un poco irregular como jugador. Marc nos vio salir con nuestras raquetas y quiso saber qué íbamos a hacer. Por su parte, había preparado para nosotros un pequeño torneo, después del té, con las ventajas establecidas por él, los reglamentos minuciosamente inscriptos por anticipado en negro sobre blanco, los premios ya preparados, unos premios muy bonitos, por otra parte. Había hecho cortar y marcar expresamente el césped. Por supuesto, Betty y yo no teníamos inconveniente alguno en participar en el torneo y no pedíamos sino jugar después del té una nueva partida con la ventaja que Marc le había asignado. A pesar de ello...

Bill se detuvo, encogiéndose de hombros.

—¿No fue posible?

—No, porque perjudicaba su torneo. Supongo que, en su opinión, nuestro *match* previo podía, por lo menos, atenuar un poco la impresión que esperaba habría de producir su plan. De modo que no pudimos ir a jugar. Arriesgábamos demasiado —añadió Bill, riendo.

—¿Quieres decir que no los hubiera invitado más?

—Probablemente. En fin, no estoy seguro. Al menos lo habría hecho por algún tiempo.

—¿De veras, Bill?

—Oh, sí, era increíblemente susceptible. Esa señorita Norris, que viste un momento, ahora está perdida. Apostaría cualquier cosa a que no vuelve a poner los pies aquí.

—¿Por qué?

—Ya verás —explicó Bill, riendo a su pesar—. Todos estamos comprometidos en el caso, al menos Betty y yo. Pretenden que visita la casa un fantasma: el de Lady Anne Patten. ¿Este nombre no te dice algo?

—No.

—Marc nos habló de eso una noche, en la comida. Afirmó que no creía en los fantasmas, pero que la idea de tener uno en la casa le divertía. Me parece que deseaba convencernos de que la cosa era seria, y, sin embargo, quedó contrariado al advertir que Betty y la señora Calladine creían por anticipado en los aparecidos. Un hombre extraño, como ves. En fin, sea lo que fuese, lo cierto es que la señorita Norris, que es actriz —¡y hay que ver qué actriz!—, se disfrazó de fantasma y se entregó a toda clase de fantasías y el pobre Marc se llevó un susto terrible; por un momento naturalmente.

—¿Y los otros?

—Betty y yo estábamos al corriente. Insistí mucho ante la señorita Norris diciéndole que iba a cometer una tontería. Conocía yo a Marc... La señora Calladine no estaba allí; Betty había preferido alejarse. En cuanto al mayor no sé qué sería necesario para asustarlo.

—¿Dónde apareció el fantasma?

—En el terreno del juego de bolos. Parece que es su sitio predilecto. Estábamos ahí al claro de luna entreteniéndonos en hacer como que lo esperábamos. ¿Conoces el cuadro de césped?

—No.

—Te lo mostraré después de comer.

—Con mucho gusto. ¿Marc quedó muy enojado?

—Oh sí. Anduvo enfurruñado un día entero.

—¿Les guardaba rencor a todos?

—Nos trataba de mal modo.

—¿Y esta mañana?

—No, se había recobrado. Como suele pasarle. Es bastan te niño. Sí, Antonio, en más de un aspecto obra como un chiquillo. Pero esta mañana se mostró muy bien.

—¿Y ayer?

—Ayer, muy bien, lo mismo. Todos nos decíamos que nunca lo habíamos visto tan en sus

cabales.

—¿Es accesible, generalmente?

—No es un compañero desagradable, a condición de saberlo llevar. Es vanidoso y pueril, como ya te dije, y compenetrado de su importancia, pero entretenido en su género y...

Confuso, Bill se detuvo bruscamente.

—La verdad, que voy demasiado lejos. Está mal de mi parte hablar tan libremente de un hombre que me ofrece tan generosa hospitalidad.

—No consideres las cosas desde ese ángulo. Piensa en él como en un posible asesino, contra quien se tramita una orden de arresto.

—Pero no, es absurdo.

—Los hechos son hechos, Bill.

—Insisto en que no pudo cometer el crimen. No sería capaz de asesinar a nadie. Puede parecer cómica la explicación, pero... no tiene talla para semejante acto. Hay en él manías y defectos, como en todos, pero no en tal proporción.

—Se puede matar a alguien en un acceso de cólera por motivos completamente pueriles.

Bill emitió un gruñido de asentimiento, pero no quedó convencido en lo que se refería a Marc:

—¿Él? No puedo creerlo capaz; de matar deliberadamente, quiero decir...

—Suponiendo que haya habido un accidente, como lo sostiene Cayley, ¿sería hombre de perder la cabeza al punto de huir?

Bill reflexionó un momento.

—Sí, es capaz. Casi huyó a la vista del fantasma. Evidentemente, la cosa es distinta.

—No tal. En ambos casos, se trata de obedecer a un impulso instintivo, antes que a su razón.

Habían abandonado el terreno descubierto para seguir a través de los árboles un sendero demasiado estrecho para que dos personas pudiesen marchar cómodamente de frente. Antonio pasó atrás y la conversación se reanudó cuando traspuesta la linde, se hallaron en el camino principal. Descendía éste suavemente hacia el caserío de Woodham, un grupo de techos rojos reunidos bajo la protección de una torre gris de iglesia que emergía de entre la verdura.

—Bueno —continuó Antonio, acelerando el paso—, ¿y Cayley?

—¿Cayley? ¿Qué es lo que te interesa respecto a Cayley?

—Quisiera representármelo. Gracias a tu excelente descripción, me he formado una idea bastante exacta de Marc. Hablemos del carácter de Cayley, Cayley visto desde adentro.

Bill dejó oír una risilla de embarazada satisfacción y protestó que nada tenía de común con esos brillantes novelistas que analizan las almas.

—Además —agregó—, con Marc es fácil, mientras que con Cayley... Es uno de esos hombres pesados y poco expansivos, cuyo estado de espíritu cuesta definir. Marc se entrega sin rodeos; pero él... ese mocetón tan feo, de mandíbulas macizas...

—Mujeres hay a quienes no desagrada esta clase de fealdad.

—Es verdad. Entre nosotros, conozco aquí mismo una que parece gustar bastante de él: una linda chica de Jallands.

Designó un punto hacia la izquierda.

—Un poco más abajo, por allá.

—Jallands, ¿qué es eso?

—Supongo que originariamente fue una granja cuyo propietario se llamaba Jallands. Hoy es una casa de campo que pertenece a la viuda de Norbuy. Marc y Cayley iban con frecuencia juntos a visitarla. La señorita Norbury, la hija, vino a jugar aquí al tenis una o dos veces. Parecía preferir a Cayley a todos los otros. Pero Cayley no tenía apenas tiempo para esa clase de ocupaciones.

—¿Qué clase de ocupaciones?

—Los paseos sentimentales en cuyo transcurso suele preguntarse a una bonita joven qué género de teatros prefiere. Casi siempre tenía él otra cosa que hacer.

—¿Marc lo tenía muy ocupado?

—Sí. Marc no se sentía verdaderamente feliz sino después de haberle encargado que le hiciese algo. Sin su ayuda, habría quedado totalmente perdido, desamparado. Y lo más curioso es que también Cayley parecía desorientado sin Marc.

—¿Lo quería, en el fondo?

—Sí, creo que sí, como se ama a alguien a quien se siente placer en proteger. Le conocía mejor que nadie: su vanidad, su egoísmo, sus manías de artista aficionado y todo lo demás; pero le agradaba ocuparse de él y sabía cómo había que tratarlo.

—¿En qué términos estaba con los huéspedes? ¿Contigo, con la señorita Norris y los otros invitados?

—Nos trataba con estricta cortesía y lo más a menudo se mostraba silencioso. Siempre muy reservado. Lo veíamos poco, fuera de las comidas. Nosotros estábamos en la caza para distraernos y... él no.

—¿Estaba presente la noche de la aparición del fantasma?

—No. Oí a Marc llamarlo en cuanto entró en la casa. Creo que Cayley halagó su amor propio para calmarlo y le explicó que no debía conceder importancia a las bromas femeninas... Ah, ya hemos llegado.

Entraron en la posada, y mientras Bill se dirigía galantemente a la posadera, Antonio subió a su cuarto. Los paquetes que declaró tener que hacer no debían ser muy importantes, pues apenas añadió algunos cepillos al contenido de su valija y hubo echado una rápida ojeada para asegurarse que nada había desaparecido, volvió a descender casi enseguida para arreglar su cuenta. Había resuelto conservar su pieza algunos días aun, en parte para evitarle al hotelero y a su mujer la decepción de perder tan bruscamente al locatario, en parte previendo el caso de que una prolongación de su estada en la Casa Roja se hiciese demasiado delicada; porque tomaba muy en serio sus funciones de detective (sin desconocer de ninguna manera el partido a sacar de su lado divertido), lo mismo que con cada una de las nuevas profesiones que adoptaba. Comprendía que momento habría de llegar, después del sumario, por ejemplo, en que le sería imposible, a menos de renunciar a la actitud independiente que había escogido frente a los últimos acontecimientos, permanecer en la Casa Roja como un simple amigo de Bill, aprovechando la hospitalidad de Marc o de Cayley. Actualmente su presencia se justificaba por su calidad de testigo indispensable, y, mientras se hallase a ese título, Cayley no podía impedirle mantener los ojos abiertos de par en

par. Pero, si luego del sumario había aún faena para un par de ojos independientes y perspicaces, debería entonces continuar sus indagaciones, costara lo que costase, ya fuese junto a Cayley y con su aprobación, ya desde otro observatorio situado en las proximidades, el George Hotel, por ejemplo, cuyo propietario era absolutamente neutral en el caso.

Para Antonio, una cosa, al menos, era segura: Cayley estaba más informado de lo que quería demostrar; dicho de otro modo, sabía ciertas cosas, pero no quería que otros se dieran cuenta que las sabía. Antonio era precisamente uno de esos "otros", y si se empeñaba en descubrir en qué consistían esos secretos que Cayley entendía reservarse, no era de esperarse que alentara éste sus esfuerzos. Antonio tendría siempre el recurso del "George" después del sumario.

¿Cuál era la verdad? No necesariamente deshonrosa para Cayley, por más que ocultase algo. Todo lo que podía decirse contra él, por el momento, era que había tomado el camino más largo para llegar al escritorio cerrado con llave... y esto no concordaba con lo que había declarado al inspector. Pero concordaba con la idea de que no había desempeñado más que un papel de cómplice y que habría querido, en tanto simulaba una gran prisa, dar a su primo el máximo de tiempo para escapar. Podía esta solución no ser la verdadera; al menos, era admisible. La teoría que había presentado Cayley al inspector era, en cambio, inadmisible.

Sea lo que fuere, un día o dos transcurrirían con el sumario. Antonio aprovecharía este tiempo, como así también su posición extremadamente favorable en el interior mismo de la Casa Roja, para aclarar esas turbadoras preguntas. El coche los esperaba a la puerta. Trepó con Bill; el hotelero colocó sus equipajes al lado del chófer y emprendieron el camino de regreso.

VIII

"¿ME SIGUES, WATSON?"

El cuarto de Antonio tenía vista al parque, detrás de la casa. Los postigos no estaban aún cerrados cuando principió a vestirse para la comida. En varias ocasiones, interrumpió su tocado para echar a la ventana una mirada distraída, tan pronto sonriente como frunciendo el ceño, únicamente enfrascado, a decir verdad, en sus reflexiones acerca de los extraños acontecimientos de aquel día. Sentado en mangas de camisa sobre su lecho, peinaba con un movimiento maquinal sus espesos cabellos negros pensando en otra cosa, cuando un llamado de Bill a través de la puerta, seguido de su entrada, lo volvió a la realidad.

—Vamos, viejo, apúrate, tengo hambre... —Antonio cesó de cepillarse y lo miró, preocupado.

—¿Dónde está Marc? —preguntó.

—¿Marc? ¿Quieres decir Cayley? —Antonio rectificó con una risita:

—Cierto, quise decir Cayley. ¿Bajó? No tardaré más que un segundo, Bill.

Se levantó y principió a vestirse rápidamente.

—A propósito —dijo Bill, tomando sobre el lecho el sitio que su amigo acababa de abandonar —, tu idea respecto a las llaves no vale absolutamente nada.

—Ah, ¿por qué?

—Acabo de dar expresamente una vuelta por abajo. La llave de la biblioteca está fuera, pero todas las otras están en el interior.

—Sí, ya sé.

—¿Cómo? ¡Diablo de hombre! Creía que no habías pensado en ello.

—Pues sí, Bill — respondió Antonio con el tono de quien se excusa humildemente.

—Vaya, vaya, esperaba tanto que te hubieras olvidado... En todo caso, esta comprobación derriba completamente tu teoría.

—Jamás tuve una teoría. Dije sencillamente que si las llaves estaban fuera, eso implicaría probablemente también que lo mismo sería con la llave del escritorio y que entonces la hipótesis de Cayley hacíase inaceptable.

—Sí, pero como no es el caso, no estamos más avanzados. Las unas están fuera, las otras dentro, y seguimos en lo mismo. Esto se hace mucho menos apasionante. Por tu modo de exponer la cuestión, hoy, en el césped, me dejé seducir por la idea de la llave colocada fuera, que Marc había tomado consigo al entrar...

—Esto promete ponerse bastante apasionante —dijo con suavidad Antonio, transfiriendo su

pipa y su tabaco al bolsillo de su smoking.

—Descendamos, heme aquí preparado.

Cayley los esperaba en el hall. Preguntó cortésmente a sus huéspedes si no carecían de nada en sus cuartos, y los tres se enzarzaron en una conversación relativa a las moradas en general y a la Casa Roja en particular.

—Tenía usted toda la razón acerca de las llaves —intervino Bill, en cuanto pudo aprovechar un momento de silencio.

Menos circunspecto que los otros dos, sin duda porque era el más joven, no podía soportar permanecer mudo acerca de un tema que constituía, a decir verdad, la gran preocupación de todos.

—¿Las llaves? —preguntó Cayley, sin parecer comprender.

—Nos preguntábamos si estaban fuera o dentro.

—Ah, sí.

Paseó una mirada circular sobre las diferentes puertas del hall, luego sonrió amistosamente a Antonio:

—Parece que los dos tenemos razón, señor Gillingham. Así que no podemos inferir nada.

—No, en efecto —dijo Antonio, encogiéndose de hombros—. Oh, me limité a plantear la cuestión. Pensé que ofrecía algún interés.

—Sí, sin duda. Pero de todas maneras no me habría usted convencido, como no me ha convencido el testimonio de Elsie.

—¿Elsie? —preguntó Bill con curiosidad. También Antonio lo interrogó con los ojos, no sabiendo quién era Elsie. Cayley explicó:

—Una de las camareras. ¿No oyeron hablar de lo que declaró al inspector? Evidentemente, como lo he dicho a Birch, las muchachas de esta clase son propensas a imaginarse toda clase de cosas. Pero, aun así, pareció tomar el relato bastante en serio.

—¿Qué dijo? —insistió Bill.

Cayley les repitió lo que Elsie pretendía haber oído a través de la puerta del escritorio, por la tarde.

—En ese momento estaba usted en la biblioteca —murmuró Antonio—; pudo atravesar el hall sin que usted la oyese.

—No tengo ninguna razón para dudar que haya estado ahí y que realmente haya oído voces, quizá hasta las palabras que refiere. Pero...

Se detuvo, para continuar luego en tono de impaciencia:

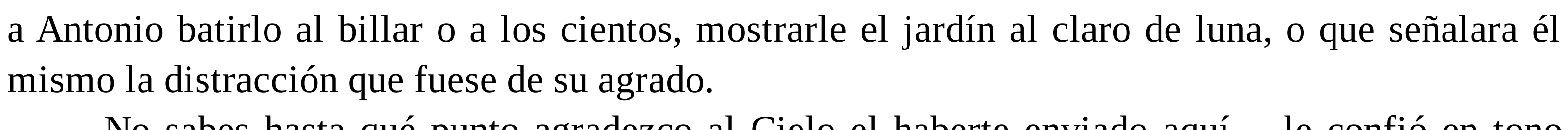
—Un accidente, les digo. Estoy seguro que el acontecimiento ha sido puramente accidental. ¿Para qué hablar como si Marc fuese un asesino?

La comida fue anunciada en ese momento y, cuando entraban, dijo todavía:

—¿Por qué perder tiempo en comentarios, cuando se llegará fatalmente a esa conclusión?

—Sí, ¿por qué? —repitió Antonio, y con gran desencanto de Bill, se habló de literatura y de política durante toda la comida.

Apenas encendidos sus cigarros, Cayley se excusó, invocando sus numerosas ocupaciones, de lo cual a nadie se le ocurrió asombrarse. Bill cuidaría de su amigo. No deseaba otra cosa. Ofreció


a Antonio batirlo al billar o a los cientos, mostrarle el jardín al claro de luna, o que señalara él mismo la distracción que fuese de su agrado.

—No sabes hasta qué punto agradezco al Cielo el haberte enviado aquí —le confió en tono conmovido—; jamás habría soportado permanecer solo.

—Salgamos, ¿quieres? —propuso Antonio—; hace tanto calor... Indícame un sitio donde podamos sentarnos, lejos de la casa. Quiero hablarte.

—Con mucho gusto. ¿Qué dirías del terreno de bochas?

—En efecto. Me habías prometido mostrármelo. ¿Y estaremos al abrigo de oídos indiscretos?

—El escondrijo ideal para las confidencias. Ya verás.

Saliendo por la puerta principal, se internaron hacia la derecha por la avenida. Era por el otro costado que Antonio, viniendo de Woodham por la tarde, había abordado la casa. El camino que acababan de tomar conducía, por el contrario, al extremo opuesto del parque, sobre la ruta de Stanton, pequeña ciudad distante unas tres millas. Atravesaron una barrera y una casilla de jardinero que señalaban los límites de lo que los tasadores llamaban "los terrenos de esparcimiento contiguos a la habitación". Luego el parque propiamente dicho se abrió ante ellos.

—¿Estás seguro que vas a encontrar un cuadro de césped por aquí? —preguntó Antonio.

El parque, apacible, se expendía a ambos lados de la senda bajo el claro de luna, desenvolviendo hasta donde alcanzaba la vista la uniformidad de su superficie, que un espejismo parecía hacer retroceder, más plana cada vez a medida que avanzaban.

—Curioso, ¿no? —dijo Bill—. Un curioso emplazamiento para un terreno de bochas. Supongo que lo han dejado ahí porque estaba desde tiempos muy antiguos.

—¿Que lo dejaron dónde? ¡Oh!

Era allí, en efecto. Sin ir hasta el camino que formaba un codo a su derecha, continuaron recto, siguieron una veintena de yardas por un sendero apenas abierto en la espesa hierba y se hallaron frente al sitio que buscaban: un campito a bajo nivel, que rodeaba completamente una zanja de unos diez pies de ancho y seis de profundidad, salvo en un costado, al que se llegaba por el sendero y algunos peldaños herbosos. Un gran banco de madera estaba destinado a servir de asiento a los espectadores.

—La verdad que está bien oculto —dijo Antonio—. ¿Dónde guardan las bochas?

—En una cabaña, ahí, al lado.

Costearon la zanja y llegaron a una pequeña construcción de madera establecida en un hueco de la pared.

—¡No está mal para una linda vista! —bromeó Antonio.

—Pero nadie se sienta ahí —respondió Bill riendo—. Su único objeto es preservar las cosas de la lluvia.

—Concluyamos de dar la vuelta por el terreno —insistió Antonio—; convendría asegurarse de que nadie se ocultó en la zanja.

Luego se sentaron en el banco.

—Ahora —dijo Bill—, henos aquí solos. Veamos, di.

Antonio permaneció un momento todavía sumido en sus reflexiones. Después extrajo una

última bocanada de su pipa, se volvió hacia su amigo y le preguntó:

—¿Te sientes dispuesto a convertirte en mi Watson?

—¿Tu Watson?

—Sí, ya sabes: el compañero, el confidente de Sherlock Holmes. "¿Me sigues, Watson?" ¿Estás dispuesto a oírme demostrarte con toda una retahíla de argumentos complicados las cosas más evidentes, a formularme toda clase de preguntas inútiles, a suministrarme ocasión de espetarte embustes, a hacer por ti mismo brillantes descubrimientos dos o tres días después que yo, y así sucesivamente? Todo esto, aunque en apariencia no conduzca a nada, es sumamente provechoso.

—¿Dudas de mi entusiasta aceptación? —respondió Bill, al que esta nueva perspectiva encantaba.

Como Antonio guardara silencio, continuó alegremente, por el placer de hablar:

—Las huellas de fresas que advierto en tu pechera me permiten concluir que tuviste fresas de postre... Holmes, ¡eres un hombre sorprendente! Basta de bromas. Conoces mi método: ¿dónde está el tabaco? No puede estar sino en la pantufla persa... ¿Crees que pueda abandonar a mi clientela durante toda una semana? No, ¿no es cierto? Pues bien, sí, puedo perfectamente.

Antonio, que se había puesto de nuevo a fumar, sonrió de buena gana; pero en vano aguardó Bill su respuesta. Después de dos minutos de silencio, continuó éste con voz firme:

—Bueno, Holmes, mi papel me obliga a preguntarte cuáles son tus conclusiones y, en particular, qué sospechas...

Antonio se resolvió por último.

—¿Recuerdas una de las preguntas embarazosas que Sherlock Holmes formuló a Watson? Se trataba del número de escalones a subir para llegar al departamento de Baker Street. El pobre Watson los había subido y bajado un millar de veces, pero nunca había pensado en contarlos, mientras que Holmes los contó y sabía que eran diecisiete. Aquí parecía residir la diferencia entre la observación y la no observación. Watson debió confesarse vencido una vez más y Holmes se le antojó más sorprendente que nunca. Pues bien, siempre he creído que en esa ocasión era Holmes quien se mostró ridículo y Watson quien dio pruebas de sentido común. ¿Qué interés puede haber en atiborrarse el cerebro con hechos tan insignificantes? Si necesitas conocer en cualquier momento el número de peldaños de tu escalera, siempre tienes el recurso de llamar por teléfono a tu portera para preguntarle. Yo he subido y bajado miles de veces la escalera del club, pero si quisieras que te dijese inmediatamente cuántos peldaños hay, te respondería que no lo sé. ¿Y tú?

—¿Yo? Ni lo sospecho.

—Empero, si te empeñas en que te suministre la indicación precisa —continuó Antonio con tan inesperado acento que su compañero lo miró sorprendido—, podría hacerlo sin tomarme el trabajo de telefonear al portero.

Bill se preguntaba qué tendrían que ver todas estas consideraciones acerca de la escalera del club; pero sintió que era su deber declarar que necesitaba a toda costa el número exacto de los peldaños.

—Espera —dijo Antonio—. Voy a decírtelo. Cerró los ojos y comenzó lentamente:

—Subo por la calle Saint James. Llego al club. Dejo atrás las ventanas del salón de fumar. Uno, dos, tres, cuatro pasos. Heme aquí en los peldaños. Giro. Comienzo a trepar... Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis. Un rellano... Siete, ocho, nueve. Otro rellano... diez, once... Ahí está, once, y entro: "Buen día, Rogers; otra tarde hermosa..."

Con un ligero sobresalto reabrió los ojos y volvió a tomar posesión del paisaje que lo rodeaba. Luego, volviéndose hacia Bill:

—Once, ya ves. Cuéntalos la próxima vez que vayas. Once... y ahora, confío olvidarlos. —Bill estaba vivamente interesado.

—Pero ¡si es extraordinario! Explícame.

—Casi no puede explicarse. ¿Es una particularidad de mi visión o un automatismo del cerebro? Tengo una curiosa facultad para registrar muchas cosas inconscientemente. Tú conoces ese juego que consiste en mirar durante tres minutos una bandeja llena de objetos menudos, y después, con la espalda vuelta, tratar de hacer una lista lo más completa posible. Esto exige un enorme esfuerzo de concentración a las personas ordinarias si no quieren cometer errores u omisiones. En cuanto a mí, por extraño que parezca, lo consigo sin siquiera tomarme el trabajo de concentrar mi atención. Quiero decir que mis ojos se encargan de la tarea, sin que mi cerebro tome conscientemente parte alguna. Podría, por ejemplo, mirar la bandeja y discutir de golf contigo al mismo tiempo sin que ello impidiera que mi lista fuese exacta.

—Debe ser una cualidad inapreciable para un detective aficionado. Hubieras debido abrazar antes esta carrera.

—En efecto, es bastante útil, y bastante sorprendente también para los que no están al corriente. ¿Quieres que la aprovechemos para tomar a Cayley desprevenido?

—¿De qué modo?

—Bueno, preguntémosle...

Un fulgor de malicia cruzó por la mirada que echó a Bill.

—Preguntémosle qué pensaba hacer con la llave del escritorio.

Bill no comprendió de inmediato.

—¿La llave del escritorio? ¿Por qué? No querrás decir... ¡Señor! ¿Crees que Cayley...? ¿Pero Marc, entonces?

—Ignoro dónde está Marc. Es otra cuestión que habrá que resolver a su tiempo; pero estoy seguro que no fue él quien se llevó la llave del escritorio, porque ha sido Cayley quien la tomó.

—¿Estás seguro?

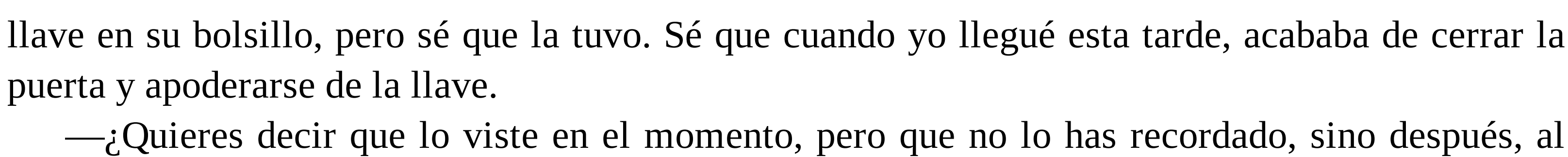
—Absolutamente.

—Por favor —declaró Bill en tono de cómica súplica—, no vayas a contarme que ves hasta en los bolsillos de las personas, que tus mágicos dones...

Antonio se echó a reír y negó con ardor.

—Entonces, ¿cómo sabes?

—Eres un excelente Watson, Bill. Desempeñas tu papel con toda naturalidad. A decir verdad, el mío consistiría en no explicar nada antes del último capítulo; pero siempre he encontrado este procedimiento desleal. Oye, pues. Desde luego, no afirmo que Cayley tenga en este momento la


llave en su bolsillo, pero sé que la tuvo. Sé que cuando yo llegué esta tarde, acababa de cerrar la puerta y apoderarse de la llave.

—¿Quieres decir que lo viste en el momento, pero que no lo has recordado, sino después, al reconstruir la escena en tu memoria por el procedimiento que hace un instante me explicabas?

—No, no es eso lo que vi, sino otra cosa: vi la llave de la sala de billar.

—¿Dónde?

—¿En el exterior? Pero si acabamos de comprobar que estaba en el interior...

—Precisamente.

—¿Quién pudo cambiarla de lado?

—Cayley, evidentemente.

—Pero...

—Remontémonos a esta tarde. No recuerdo haber prestado atención de momento a la llave del billar; debo haberlo hecho sin darme cuenta. Al ver a Cayley golpear tan duramente a la puerta, sin duda me pregunté, en la penumbra de mi subconsciente, si no serviría la llave de la puerta vecina. Algo así debió ocurrir en mi interior. Más tarde, sentado solo en el banco en que viniste a reunírteme, reviví en espíritu toda la escena, y allí, delante mío, vi con toda claridad la llave del billar fuera. Empecé entonces a preguntarme si la llave del escritorio no estaba también afuera. A la llegada de Cayley, les participé mi idea, que pareció interesarles a los dos, y hasta mostró Cayley una cierta excitación que no era enteramente normal... Oh, un matiz, que sin duda tú no advertiste.

—¡Es posible!

—Esto no probaba todavía nada y mi historia misma de la llave, tampoco, pues cualquiera que hubiera sido la colocación de las otras llaves, Marc podría haber experimentado de vez en cuando la necesidad de encerrarse en una pieza reservada a sus trabajos personales. Pero magnifiqué la cosa, afecté atribuirle una enorme importancia y, luego de haber hecho nacer una viva inquietud en el espíritu de Cayley, le anuncié que lo libraríamos de nuestra presencia durante una hora, que íbamos a dejarlo solo en la casa para que hiciese lo que le viniera en ganas. Tal como yo lo esperaba, no resistió a la tentación; cambió de lado las llaves y, con ese gesto, se traicionó.

—Pero la llave de la biblioteca, que ha quedado fuera, ¿por qué no la cambió también?

—No es tan tonto. Primero, el inspector había entrado en la biblioteca y no era imposible que hubiese notado la colocación de la llave. Después...

Antonio vaciló.

—¿Después?

—Esto lo adivino únicamente: me imagino que Cayley debió quedar trastornado por ese problema de las llaves que surgía de improviso. Se dio cuenta bruscamente que había cometido una imprudencia. Pero le faltaba tiempo para examinar la cosa bajo todos sus aspectos. Le pareció preferible no atarse las manos definitivamente por la comprobación de que las llaves estaban todas en el interior o en el exterior. Más valía permanecer en la vaguedad. La impresión era el medio más seguro.

—Sí, comprendo —dijo Bill lentamente.

Pero su pensamiento estaba en otra parte. La personalidad de Cayley acababa de plantearle un terrible interrogante. En fin, Cayley no era más que un hombre ordinario, como él mismo. A veces habían bromeado, a pesar de que Cayley no era inclinado, en general, a las chanzas. Se había sentado a la mesa junto a él, lo había tenido como compañero en el tenis; le había facilitado tabaco, en ocasiones sus palos de golf. Y he aquí que Antonio ya no veía en él... un hombre ordinario, ante todo, sino un hombre que ocultaba un espantoso secreto, quizá... un asesino. Oh, no, era imposible, ¡un asesino, no! Absurdo sencillamente absurdo. Desde que jugaron al tenis juntos...

—Vamos, Watson —continuó de pronto Antonio—, a ti te toca ahora hablar.

—Oye, Antonio, ¿pretendes... ?

—Pretendo, ¿qué?

—Respecto a Cayley.

—No pretendo sino lo que te he dicho, Bill.

—¿Y a dónde nos conduce eso, exactamente?

—Simplemente a esto: Robert Ablett ha muerto en el escritorio esta tarde y Cayley sabe con exactitud cómo ha muerto. Eso es todo. No se sigue que Cayley lo haya matado.

—No, no, por supuesto, no se sigue... —repitió Bill con un suspiro de alivio—. Sólo quiere proteger a Marc, ¿no?

—Está por verse.

—¿No es la explicación más simple?

—Es la más simple si por amistad hacia Cayley tú intentas particularmente limitar su papel en el caso. Pero yo no soy su amigo.

—¿En qué no es simple, dime?

—Veamos primero tu explicación; te daré después otra más simple. ¡Vamos! Solamente no olvides, para empezar, que la llave está en el lado exterior de la puerta.

—Bien. Esto no me inquieta. Marc entra para ver a su hermano; disputan; todo ocurre como lo dice Cayley. Cayley oye la detonación y, para dar a Marc el tiempo de huir, echa llave a la puerta, guarda la llave en su bolsillo y representa después una comedia para hacer creer que es Marc quien ha cerrado y que él mismo no puede entrar. ¿Qué dices?

—¡Lastimoso, Watson, lastimoso!

—¿Por qué?

—¿Cómo Cayley podía saber que fue Marc quien mató a Robert, y no a la inversa?

—Sí, es verdad —murmuró Bill, desconcertado.

—Entonces —prosiguió Antonio tras de reflexionar un momento—, di que Cayley comenzó por entrar en la pieza y vio a Robert en el suelo.

—¿Y luego?

—A eso vamos. ¿Piensas que haya podido decirle a Marc: "¡Qué deliciosa tarde!" O si no: "¿Tienes un pañuelo para prestarme?" ¿No le habrá preguntado más bien: "¿Qué ha pasado?"

—Sin duda que sí —concedió Bill a regañadientes.

—¿Y qué le responde Marc?

—Le explica que el revólver se disparó accidentalmente mientras luchaban.

—Entonces, Cayley no halla nada mejor para protegerlo que... ¿Qué medio encuentra, Bill? Lo anima a hacer la cosa más insensata que un hombre pudiera hacer, recurrir a la fuga, que es la más peligrosa de las confesiones de culpabilidad. La explicación es insostenible, reconócelo.

Bill buscó otra cosa.

—Bueno —continuó resignado—, supongamos que Marc haya confiado a Cayley que acababa de matar a su hermano.

—Esto ya es mejor, Bill. No tenias alejarte de la tesis del accidente. En suma, tu nueva teoría conduce a lo siguiente: Marc confiesa a Cayley que ha matado a Robert voluntariamente, y Cayley, a despecho del falso testimonio que habrá de suministrar bajo juramento ante la justicia, a despecho de todos los riesgos que pueden resultar para él mismo, decide ayudar a Marc a huir. ¿Está bien?

Bill hizo una señal de asentimiento.

—Ahora, quisiera formularte dos preguntas. Primero, ¿es posible, como lo subrayé antes de comer, que un hombre cometa deliberadamente un crimen tan tonto, un crimen que equivale a ponerse a sí mismo la cuerda al cuello? Segundo, si Cayley resolvió llegar hasta el perjurio por Marc —lo que ahora está obligado a hacer de todos modos—, ¿no sería más sencillo para él declarar que no había abandonado el escritorio y que fue testigo de la muerte accidental de Robert?

Bill sopesó con cuidado los argumentos de su amigo y se vio obligado a confesar:

—En efecto, mi explicación no sirve. Pero, al menos, hazme conocer la tuya.

Antonio no le respondió. Sus pensamientos acababan de tomar otra dirección.

IX

LA SORPRESA DE UN JUEGO DE CROCKET

—¿Qué tienes? —preguntó vivamente Bill. Antonio lo miró con los ojos dilatados por una súbita inspiración—. Acaba de ocurrírsete algo inesperado. ¿Qué puede ser?

Antonio rió.

—Mi querido Watson, te vuelves muy perspicaz. Pero, ya que no se te puede ocultar nada, me hacía algunas preguntas respecto a ese fantasma de que me has hablado. Tengo la impresión...

—¡Cómo! ¿No era más que eso? —repuso Bill, profundamente decepcionado—. ¿Qué quieres que el fantasma haga en todo esto?

—No lo sé —respondió Antonio, disculpándose—. Ignoro lo que tenga relación o no con el misterio que desearíamos aclarar. Busco. Pero tú mismo no me habrías conducido aquí de no haber deseado que ese espectro retuviese un instante mi atención. Fue aquí donde apareció, ¿no?

—Sí.

—¿Cómo?

—Pues... como aparecen todos los fantasmas, sin previo aviso. Uno advierte de pronto que están ahí...

—¿Una aparición que se produjo súbitamente en terreno descubierto?

—Era preciso que tuviese lugar aquí, en el sitio mismo en que, según se cuenta, siempre se manifestaron las apariciones de la verdadera aparecida, Lady Anne.

—Dejemos a Lady Anne tranquila. Sin duda nada es imposible a un fantasma auténtico. Pero ¿la señorita Norris? ¿Cómo pudo simular una aparición en semejantes circunstancias?

Bill permaneció boquiabierto, y luego tartamudeó:

—Yo... no sé. No se nos ocurrió pensar en eso.

—¿La habrían visto desde lejos, supongo, si hubiese tomado el camino por el que hemos venido?

—Seguro.

—Entonces, toda la combinación habría fracasado; hubieran tenido tiempo sobrado de reconocerla por el andar.

Bill sentía ahora despertarse en él un creciente interés.

—Es extraño, en efecto, Tony; ninguno de nosotros tuvo esta idea.

—¿Estás seguro que no había atravesado el parque mientras ustedes miraban hacia otro lado?

—Completamente seguro, porque Betty y yo, que estábamos prevenidos, la acechábamos con

la intención de ponernos otra vez a jugar con la espalda vuelta justo en el momento de su llegada.

—¿Jugabas con la señorita Calladine?

—En efecto. ¿Cómo lo sabes?

—Acostumbro a practicar el arte de las deducciones fulmíneas... ¿Entonces, bruscamente, la vieron?

—Sí, viniendo a través del césped, de ese lado. —Señalaba el borde opuesto, el más próximo a la casa.

—¿No habría podido estar escondida en la zanja, en... cómo le llaman a esa trinchera que rodea el terreno?

—Marc le da nombres pomposos para sugerir ideas de fortalezas. Entre nosotros, decimos simplemente la zanja. No, imposible: Betty estuvo conmigo antes que los otros y dimos la vuelta. La habríamos visto.

—Es preciso entonces que se haya ocultado en la cabaña.

—Tampoco; entramos para tomar las bochas y no estaba.

—¡Ah!

—Evidentemente, es bastante extraordinario —dijo Bill, después de un instante de reflexión— pero, en el fondo, ¿qué importancia puede tener esto? Ninguna relación, en todo caso, con la muerte de Robert.

—¿Estás seguro?

—¿Cómo? Crees... —preguntó Bill, cuya curiosidad crecía.

—No sé. Ignoro si las dos series de hechos son independientes o no; pero la señorita Norris aparece relacionada con una de ellas y es cosa de preguntarse...

Su frase no se concluyó.

—La señorita Norris...

—Existía entre ustedes, en cierto modo, una solidaridad que hace que si alguna cosa inexplicable ocurre a alguno de ustedes uno o dos días antes que otro acontecimiento aun más inexplicable sobrevenga a toda la casa, no puede uno menos de... de ponerse alerta.

Era una razón bastante plausible, pero no la que Antonio estuvo a punto de dar.

—Comprendo; pero ¿y qué más? —Antonio sacudió las cenizas de su pipa y continuó lentamente:

—Es preciso que hallemos por qué camino la señorita Norris pudo venir de la casa. —Bill se irguió, ávido de saberlo todo.

—¡Dios mío! ¿Quieres decir que habría un pasaje secreto?

—Un pasaje oculto, en todo caso; es necesario que exista uno.

—¡Cómo sería de divertido! Adoro los pasajes secretos. ¡Imagínate! Yo, que jugaba al golf, esta tarde todavía, como el más prosaico de los hombres... La vida está llena de maravillosas sorpresas. Los pasajes secretos, ¡qué encanto!

Descendieron a la zanja. Si existía una vía subterránea que condujese a la Casa Roja, la boca debía hallarse probablemente del lado más cercano a la vivienda. El sitio más indicado para empezar las investigaciones parecía ser la cabaña donde se guardaban las bochas; el interior

estaba limpio y despejado, como todo lo que pertenecía a Marc. Hallaron dos cajas de croquet. La tapa de una de ellas estaba abierta, como si las bochas, mazos y arcos, aunque perfectamente en orden, acabaran de ser usados. Una caja de bochas, una pequeña segadora, un rodillo, nada faltaba. El fondo de aquel pequeño cobertizo estaba ocupado por un banco sobre el cual podían los jugadores descansar cuando llovía.

Antonio probó con golpecitos la resonancia de la pared del fondo.

—Aquí es donde debía principiar el pasaje. Sin embargo, no da impresión de sonar a hueco.

—Nada prueba que comience aquí —dijo Bill, que encorvado bajo un techo demasiado bajo para su elevada estatura, daba vueltas por el reducto golpeando los otros tabiques.

—Habría al menos una razón para buscarlo aquí —dijo Antonio—, y es que su descubrimiento nos evitaría el trabajo de buscarlo por otro lado. ¿Supongo que Marc no los dejaba jugar al croquet sobre su trozo de césped?

—Hubo un período en que nos animó muy poco, pero este año había recobrado el gusto por el juego. No hay verdaderamente ningún otro sitio para jugar al croquet. Personalmente, detesto este juego. En cuanto a Marc, no le gustaba jugar a las bochas, pero se complacía en llamar a este césped el terreno de las bochas porque hacía efecto delante de los visitantes.

—Me gusta oírte hablar de Marc —le dijo Antonio riendo—, eres un retratista incomparable.

Se llevó la mano a su bolsillo para buscar su pipa y su tabaco; pero, sin concluir el gesto, se inmovilizó repentinamente en una actitud de extrema atención. Con la cabeza inclinada, el oído alerta, permaneció así un momento, un dedo levantado para recomendar silencio a su compañero.

—¿Qué hay? —murmuró Bill.

Antonio le hizo señas de callarse y tornó a escuchar. Con las mayores precauciones, se arrodilló para aplicar su oído a tierra. Después se levantó, sacudió rápidamente el polvo de sus ropas, se acercó a Bill y le cuchicheó el oído:

—Un ruido de pasos. Alguien viene. Cuando yo empiece a hablar, respóndeme.

Bill hizo que sí con la cabeza. Antonio le dio en el hombro una palmadita animadora y avanzó con paso firme hacia la caja de bochas, silbando alegremente. Sacó las bochas, dejó caer una de ellas con estrépito sobre el piso y dijo luego a su amigo:

—Después de todo, Bill, creo que no tengo muchos deseos de jugar esta noche.

—Entonces, ¿por qué dijiste que querías jugar una partida? —refunfuñó Bill.

Antonio le dirigió una sonrisa de felicitación, continuando:

—Es verdad, me sentía tentado cuando te lo dije; pero ya no.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer?

—Conversar, si quieres.

—Con mucho gusto —dijo Bill calurosamente.

—He visto un banco en el césped. Llevemos el material hasta ahí para el caso en que quisiéramos jugar a pesar de todo.

—Con mucho gusto —repitió Bill, satisfecho de esta palabra, que le evitaba comprometerse antes de saber cuál habría de ser su papel en el diálogo.

Mientras atravesaban el césped, Antonio dejó caer las bochas y sacó su pipa, preguntando en

voz alta:

—¿Tienes una cerilla?

Aprovechando el segundo durante el cual se inclinaba para tomar fuego, murmuró:

—Alguien va a escucharnos. Desenvuelve la tesis de Cayley. —Recobró enseguida su voz ordinaria para añadir:

—No son muy famosas tus cerillas, Bill. —Sentáronse en el banco.

—¡Qué deliciosa noche! —exclamó Antonio.

—Maravillosa, en verdad.

—¿Dónde podrá estar ahora el pobre Marc?

—Es un caso tan extraño...

—Tú eres de la opinión de Cayley. Crees en un accidente.

—Sí, porque conozco a Marc.

—¡Hum!

Antonio extrajo de su bolsillo un lápiz y una hoja de papel y escribió sobre su rodilla mientras continuaba hablando, explicando que pensaba que Marc había matado a su hermano en un acceso de cólera, que Cayley lo sabía o, por lo menos, lo sospechaba, y que había querido dar a su primo la posibilidad de escaparse.

—Nota bien, Bill, que encuentro que tiene razón. Es lo que cualesquiera de nosotros habría hecho en su lugar. En esto no cambiaré de opinión pero hay uno o dos detalles que me hacen creer que Marc mató a su hermano de otro modo que por accidente...

—¿Un asesinato, entonces?

—Un homicidio, más bien, sin premeditación. Puedo, por otra parte, equivocarme.

—¿En qué fundas tu opinión? ¿Es a causa de las llaves?

—Oh, mi opinión concerniente a las llaves está descartada. Era, es verdad, una brillante idea que se me ocurrió, y tú te hubieras visto obligado a darme la razón si todas las llaves hubiesen estado afuera.

Habiendo concluido de escribir, le pasó el papel a Bill. Las letras, cuidadosamente trazadas, se destacaban al claro de la luna con una nitidez perfecta, y no le costó a Bill esfuerzo leer lo que sigue: "Continúa hablando como si estuviese yo todavía junto a ti. Pasados uno o dos minutos, vuélvete como si yo estuviera sentado en la hierba a tus espaldas, pero sin dejar de hablar".

—Sé que no estás de acuerdo conmigo —prosiguió Antonio, mientras su amigo leía—; pero verás que soy yo quien tiene razón.

Bill lo miró, entusiasmado, e hizo señas de haber comprendido bien. El placer de la aventura había alejado de su espíritu el golf, Betty, todo lo que componía su universo habitual. Sólo contaba el instante presente: ¡era la verdadera vida!

Comenzó animosamente:

—Toda la cuestión, entiéndeme bien, consiste en que conozco a Marc, y puedo decirte que Marc...

Ya Antonio había abandonado el banco y se había dejado deslizar suavemente en la zanja para seguirla con prudencia hasta las cercanías de la cabaña. Los ruidos de pasos que había oído

parecían venir del subsuelo de la pequeña construcción: debía haber una trampa en el piso. El recién llegado, quienquiera que fuese, percibiría seguramente sus voces y se sentiría sin duda tentado de escuchar lo que decían. Si se contentaba, para tal propósito, con entreabrir la trampa sin mostrarse, Antonio descubriría la entrada sin correr ningún riesgo. Pero Antonio esperaba algo mejor aún: cuando Bill se volviera para hablar a su interlocutor, supuestamente ubicado detrás del banco, el misterioso auditor, según toda probabilidad, experimentaría la necesidad de asomar la cabeza por la trampa para continuar siguiendo la conversación, y entonces nuestro héroe tendría una oportunidad única de identificarlo; si, en fin, se arriesgaba a salir completamente de su escondrijo para espiarlos, quedaría convencido, puesto que Bill hablaba por encima del respaldo del banco, que Antonio estaba sentado en tierra detrás del asiento, balanceando sus piernas en la zanja.

Antonio recorrió rápidamente, pero sin el menor ruido, la mitad de la longitud del césped hasta el primer ángulo, lo contorneó con mil precauciones, y luego siguió el terreno en su anchura hasta el segundo ángulo. Desde allí, podía aún oír a Bill que invocaba su conocimiento del carácter de Marc para demostrar que esto y aquello no habían podido producirse sino de esta y aquella manera. Satisfecho de su alumno, no pudo menos que sonreír. Bill era decididamente un gran conspirador. ¡Valía cien, Watsons! Próximo a la segunda vuelta, disminuyó el ritmo de su avance e hizo las últimas yardas arrastrándose sobre las manos y las rodillas. Con el vientre a tierra ahora, ganando espacio pulgada por pulgada, arriesgó su cabeza más allá de la esquina, casi al ras del suelo. La cabaña no estaba más que a dos o tres pasos, a la izquierda, del otro costado de la zanja. Su mirada abarcaba casi completamente el interior, donde todo parecía haber quedado tal como lo dejara con Bill algunos momentos antes: las cajas de bochas, la máquina de cortar césped, el rodillo, la caja de croquet abierta, la...

—¡Misericordia! —exclamó Antonio, en un murmullo imperceptible— ¡esta vez, está claro!

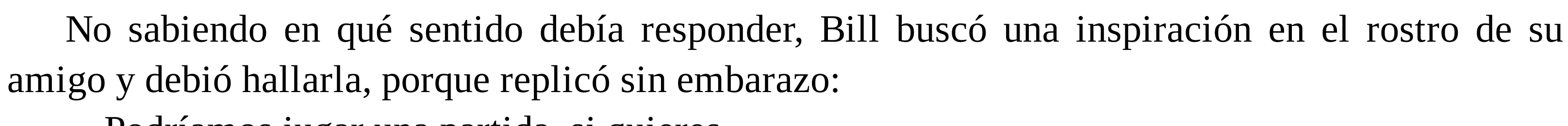
La tapa de la segunda caja de croquet también estaba abierta de par en par.

Bill se obstinaba en los raciocinios que repetía por vigésima vez; su voz hacíase menos perceptible. Sin embargo, algunas palabras llegaban todavía hasta Antonio: "Ya ves lo que quiero decir; no hay duda que si Cayley..."

Y he aquí que de la segunda caja surgió la negra cabeza de Cayley... Antonio sintió deseos de lanzar una exclamación. Todo se hacía luminoso, deslumbrador. Por un momento permaneció allí, dilatados los ojos de estupefacción, fascinado por aquella pelota de croquet de un nuevo género que emergía tan dramáticamente de la caja. Pero casi enseguida, aunque a su pesar, se preparó a batirse en retirada. Nada habría ganado y quizá perdido mucho, si tardaba en hacerlo, pues Bill principiaba a dar muestras de agotamiento.

Todo lo aprisa que pudo sin hacer ruido, Antonio se deslizó en derredor de la zanja y volvió a colocarse detrás de su amigo. Luego se levantó bostezando, se desperezó y declaró negligentemente:

—Bueno, no te tomes tanto trabajo, mi viejo Bill. Debes tener razón. Tú conoces a Marc; yo nunca lo he visto; de aquí proviene toda la diferencia. ¿Jugamos una partida o nos vamos a acostar?



No sabiendo en qué sentido debía responder, Bill buscó una inspiración en el rostro de su amigo y debió hallarla, porque replicó sin embarazo:

—Podríamos jugar una partida, si quieres.

—Vamos —dijo Antonio.

Pero Bill estaba demasiado excitado para dedicar la menor atención al juego; Antonio, en cambio, jugó con la mayor seriedad durante diez minutos, pareciendo no tener ninguna otra preocupación que la de ganar. Anunció después que se iba a acostar.

La mirada de Bill reflejaba la más viva curiosidad.

—Es cierto, Antonio —dijo riendo—. Podrás hablar todo lo que quieras una vez que hayamos vuelto las bochas a su sitio.

Regresaron juntos a la cabaña, y mientras Bill guardaba el material, Antonio procuró alzar la tapa de la segunda caja de croquet. Como lo esperara, estaba cerrada con llave.

—En fin —dijo Bill, mientras tornaban a la casa—, vas a poder contarme. Me muero de ganas de saber. ¿Quién era?

—Cayley.

—¡Dios! ¿Es posible? ¿Dónde estaba?

—En el interior de una de las cajas de croquet.

—No te burles de mí, hazme el favor.

—Es la pura verdad, Bill. —Le refirió lo que había visto.

—¿Por qué no ir enseguida a explorar? —preguntó Bill, decepcionado—. Ardo de deseos de comenzar. ¿Por qué esperar?

—Mañana. Por el momento, no tardaremos en ver a Cayley volver por aquí, supongo. Por otra parte, preferiría entrar en el pasaje por la otra extremidad, si es posible. No creo que podamos introducirnos por este lado sin traicionarnos. ¿Qué te decía? Ahí viene Cayley. —Acababan, en efecto, de percibirlo, marchando a su encuentro a lo largo del camino. Cuando estuvieron más cerca, le dirigieron algunos gestos de bienvenida, a los que respondió.

—Me preguntaba dónde estaban —dijo, abordándolos—; pensé que debían haber encaminado de este lado su paseo. Olvidan que es hora de dormir.

—A eso íbamos —dijo Antonio. Y Bill añadió:

—Hemos jugado a las bochas y charlado, y... jugado a las bochas. La noche está deliciosamente fresca, ¿no?

Mientras se dirigían los tres hacia la casa, Bill dejó a Antonio el cuidado de proseguir solo la conversación. Tenía, por su parte, demasiada necesidad de reflexionar. Un punto le parecía ahora fuera de duda: Cayley era un miserable. Jamás había vivido Bill hasta entonces en la intimidad de un bribón, y reprochaba a Cayley haber engañado así a sus amigos y traicionado su confianza. El mundo, pensaba, está verdaderamente poblado de personas curiosas... muchas de las cuales guardan secretos. Así, Tony, la primera vez que lo encontró en un comercio de tabacos, ¿no lo habría tomado buenamente por un auténtico comisionista? ¿Y Cayley? ¿Quién hubiera creído que no fuese un hombre como los otros? ¿Y Marc? ¡Al diablo, Marc! ¿Se podía, en tales condiciones, estar nunca seguro de lo que fuese nadie? ¿Y Robert? Él, era diferente. Todo el mundo lo había

considerado siempre como un individuo inquietante. En fin, ¿qué pito podría tocar la señorita Norris en todo este embrollo?

¿Cuál era el papel de la señorita Norris? Tal era también la pregunta que Antonio ya se había formulado por la tarde y que volvía a su espíritu ahora que creía haber hallado la respuesta. Fue un poco más tarde, bien extendido en su lecho, que reunió sus ideas y trató de poner un poco de orden en su obscuridad, a la luz de los últimos acontecimientos de la velada.

Desde luego era natural que Cayley hubiera deseado desembarazarse de sus huéspedes lo antes posible después del descubrimiento de la tragedia; era tan necesario a la tranquilidad de aquéllos como a la suya propia. Pero había estado demasiado pronto en sugerir la idea y más aún en hacerla ejecutar. No había perdido un instante para expedirlos. Por cierto que a él le incumbía imponer una decisión si se hacía indispensable, pero nada le impedía principiar por remitirse a la discreción de cada uno; de hecho, no les había dejado la menor libertad. Así, cuando la señorita Norris había hablado de no tomar el tren sino después de comer, con la evidente esperanza de sufrir antes de partir un interrogatorio sensacional por algún detective reputado, la había animado delicadamente, pero del modo más firme, a acompañar a los otros en el primer tren. Antonio habría pensado, más bien, que Cayley, en medio del drama que acababa de abatirse sobre la casa, sería igualmente indiferente a la presencia o la ausencia de la actriz algunas horas más. Pero había ocurrido lo contrario; Antonio, como era natural, dedujo que Cayley atribuía una gran importancia a su partida. ¿Por qué? La cuestión no pudo ser resuelta de inmediato en su espíritu; pero lo había incitado a interesarse en la señorita Norris y a prestar particular atención a la historia de su disfraz de fantasma que Bill le refiriera al azar. Había querido entonces saber un poco más acerca de ella y de su papel en la Casa Roja. Por una pura coincidencia, parecía, los acontecimientos se habían encargado de satisfacer plenamente su curiosidad: la señorita Norris fue despedida a toda prisa porque conocía la existencia del pasaje secreto. De modo que el pasaje se relacionaba con el misterio de la muerte de Robert. La señorita Norris lo había utilizado para llevar a efecto su fantástica aparición.

¿Lo había descubierto ella sola? ¿Marc se lo había mostrado un día, sin sospechar que lo emplearía para jugarle una mala pasada? ¿O bien sería Cayley quien, participando en la superchería, se lo habría enseñado para hacer que su aparición en el césped fuese aun más inexplicable y sobrenatural? Sea lo que fuere, estaba ella al corriente del pasaje secreto; era preciso alejarla lo más pronto posible. Si se quedaba, podía hablar y, hablando, hacer inocentemente alusión a lo que sabía. Esto, Cayley no lo quería a ningún precio. ¿Qué decir, sino que el pasaje, o aun la simple mención de su existencia, era susceptible de suministrar un hilo conductor de la mayor importancia?

—Me pregunto si Marc está oculto —pensó Antonio antes de dormirse.

X

EL SEÑOR GILLINGHAM DICE INSENSATECES

A la mañana siguiente, Antonio estaba de excelente humor cuando descendió al comedor. Cayley, llegado antes que él, interrumpió la lectura de su correspondencia para saludarlo.

—¿Sin noticias del señor Ablett... de Marc? —preguntó Antonio, sirviéndose una taza de café.

—No. El inspector quiere dragar el lago esta tarde.

—Ah, ¿hay un lago?

Una sonrisa casi imperceptible asomó al rostro de Cayley y desapareció enseguida.

—A la verdad, es en realidad un estanque, que aquí llaman "el lago".

"Este «llaman» no puede referirse sino a Marc", pensó Antonio, antes de añadir en alta voz:

—¿Qué espera hallar la policía?

—Birch imagina que Marc...

Cayley concluyó con un encogimiento de hombros.

—¿Que Marc pudo ir ahí a ahogarse, al comprender que no podía huir y que su tentativa de fuga ya lo había comprometido irremisiblemente?

—Sí, eso supone —respondió lentamente Cayley.

—Yo habría pensado más bien que habiendo asumido tales riesgos, hubiera al menos querido correr su suerte hasta el fin. Después de todo, tenía un revólver; siempre le quedaba el recurso de recurrir a él si estaba absolutamente decidido a no dejarse arrestar. Pero ¿no habría podido tomar un tren para Londres antes que la policía se pusiera en movimiento?

—Habría podido. Justamente había uno. En Woodham, naturalmente, lo hubieran identificado. Pero le bastaba combinar un plan para partir por Stanton, donde era menos conocido. Sin embargo, el inspector ha hecho investigar por allá: nadie parece haberlo visto.

—Se concluirá seguramente por hallar personas que dirán que lo han visto. Jamás se produce una desaparición sin que una docena de personas vengan a jurar que hallaron al desaparecido en una docena de sitios diferentes a la misma hora.

Cayley sonrió, respondiendo:

—Sí, es la pura verdad. En todo caso, el inspector quiere dragar el estanque, como primera medida —y añadió sentenciosamente—. En todas las novelas policiales que he leído, su primera preocupación es siempre comenzar por dragar los estanques.

—¿Es profundo?

—Bastante —dijo Cayley, levantándose.

A punto de abrir la puerta, se volvió hacia Antonio:

—Lamento mucho haberme visto obligado a retenerlo aquí de una manera tan imprevista; pero no será más que hasta mañana. El sumario está fijado para mañana por la tarde. Distráigase como quiera hasta entonces. Beverley lo ayudará.

—No se preocupe por mí. Todo irá bien. Gracias.

Antonio continuó su desayuno. Quizá fuera exacto que los inspectores pensaban siempre en dragar los estanques; pero la verdadera cuestión era, sobre todo, ésta: ¿le agradaría a Cayley, en ciertas circunstancias, que la policía dragase los estanques? ¿Estaba inquieto por el resultado, o indiferente? No parecía inquieto, pero no le era difícil ocultar sus verdaderos sentimientos tras su pesada y maciza cara... Era muy raro que el verdadero Cayley se revelase bajo aquella máscara impenetrable: a lo sumo, a veces, un fulgor de interés un poco acentuado pero, esta mañana, no se podía verdaderamente adivinar nada. Tal vez estuviese seguro de que el estanque no tenía ningún secreto que revelar... Bill entró ruidosamente. Su semblante, en el que se leía como en un libro abierto, reflejaba una viva excitación.

—Bueno —preguntó, sentándose a la mesa—, ¿qué vamos a hacer esta mañana?

—No hablar tan alto, para comenzar —repuso Antonio.

Bill, asustado, miró el derredor. ¿Estaría Cayley oculto bajo la mesa? Después de la noche última, no había que asombrarse de nada.

—¿Está...? —interrogó, enarcando las cejas.

—No, pero es innecesario gritar. No olvides, mi querido William, que siempre se debe, al hablar, fiscalizar la modulación de la voz con una lenta contracción de los músculos abdominales. Se evita así esas sonoras voces de pecho que han traicionado tantos secretos. En otros términos... alcánzame las tostadas.

—Pareces rebosante de salud esta mañana.

—Lo estoy, en efecto, al punto que Cayley lo observó. Me dijo: "Si no tuviera otra cosa que hacer, iría contigo a recolectar avellanas y muguetes. Danzaríamos con ardor sobre las hojas del moral y brincaríamos en medio de los fuegos fatuos. Pero las aguas del Jordán me rodean por todas partes y el inspector Birch acudirá a segar la fuente con su red de pescar. Mi amigo William Beverley vendrá a acompañarte. Buena suerte para todos los cazadores de avellanas". Se retiró entre bastidores... Escena segunda: entrada de William Beverley.

—¿Suele ocurrirte esto a la hora del desayuno?

—Casi siempre. Declara que quiere comer. Salida de William Beverley. Fin de la escena segunda.

—Una insolación, supongo —diagnosticó Bill meneando tristemente la cabeza.

—Es el sol, la luna y las estrellas, conjugando su acción sobre un estómago vacío. ¿Tienes algunas nociones de las estrellas, Beverley? ¿Sabes algo, por ejemplo, del Cinturón de Orion? ¿Y por qué no habría también una constelación llamada el Cinturón de Beverley? ¿O una novela? —Así se expresaba masticando. Regreso del señor Beverley, que surge de una trampa...

—¡Habla de trampas!

—No —dijo Antonio, levantándose—. Los unos hablan de Alejandro y los otros de Hércules,

pero nadie habla de... ¿Cuál es la palabra latina que significa trampa? Mensa, una mesa... podrían hallar una palabra derivada de ésta... Vamos, señor Beverley, hasta la vista —añadió, retirándose, no sin dar a su amigo, de paso, una cordial palmada en el hombro—. Cayley me aseguró que tú ibas a distraerme pero hasta ahora no me has hecho reír una sola vez. Ensaya en cuanto hayas terminado tu desayuno, y, por favor, busca un medio de ser más ameno. Pero no te apresures: concede a las mandíbulas superiores tiempo de cumplir su trabajo...

Pronunciando estas palabras, Gillingham se retiró a sus habitaciones. Bill continuó su comida con aire absorto. No sabía que Cayley estaba fumando un cigarrillo del otro lado de la ventana, justo detrás de él. ¿Escuchaba? ¿Podía oír? En todo caso, Antonio, que lo había visto, se cuidó de correr el menor riesgo.

Bill, que nada comprendió de toda aquella comedia, prosiguió su desayuno diciéndose que Antonio era un curioso muchacho y preguntándose si los sorprendentes acontecimientos de la víspera no habían sido un sueño más que una realidad.

Antonio subió a su cuarto en busca de su pipa. Halló a una camarera y se excusó cortésmente por interrumpirla en su trabajo; luego se acordó:

—¿No será usted Elsie, por casualidad? —le preguntó dirigiéndole una amable sonrisa.

Intimidada, pero llena de orgullo, le respondió ella enseguida:

—Sí, señor, soy yo.

—No abrigaba ninguna duda respecto a las razones que le valían tal notoriedad.

—Fue usted quien que oyó al señor Marc ayer, ¿no?. Espero que el inspector la haya tratado con delicadeza.

—Sí, gracias, señor.

—"Ahora me ha llegado la vez; espera un poco" —murmuró Antonio.

—Sí, señor, esas fueron las palabras que oí, dichas con impertinencia, como queriendo decir que, realmente, le había llegado la vez.

—Me pregunto...

—Es la verdad, señor, exactamente lo que he oído. —Antonio la miró meneando la cabeza.

—Sí... Me pregunto por qué.

—¿Por qué? ¿Respecto a qué señor?

—Oh, a propósito de una porción de cosas, Elsie... ¿Fue por el azar que estuvo usted ahí en ese momento?

Elsie enrojeció. Pesaban aún sobre su corazón los reproches de la señora Stevens.

—Completamente por azar, señor. Habitualmente paso por otra escalera.

—Naturalmente.

Antonio había encontrado su pipa y se preparó a descender. Elsie lo retuvo:

—Perdón, señor, ¿va a haber un sumario?

—Sí; mañana, creo.

—¿Tendré que testimoniar de nuevo?

—Por supuesto, pero no tiene por qué asustarse.

—Oí bien las palabras, señor; no he dicho más que la verdad.

—No lo dudo. ¿Quién pretende que no es la verdad?

—Ciertas personas: la señora Stevens y los otros.

—Es que tienen envidia —concluyó Antonio sonriendo.

Estaba contento de haber hablado con aquella muchacha, porque la importancia de su testimonio le había llamado la atención desde el principio. El inspector, sobre todo, debió atribuir a Marc, en vista de ello, una actitud de amenaza hacia su hermano. Para Antonio, su significado era diferente. Era el único testimonio que probaba que Marc se había trasladado realmente al escritorio antes del crimen.

En suma, ¿quién había visto la entrada de Marc? Nadie, salvo Cayley; pero si Cayley había falseado la verdad respecto a las llaves, ¿por qué no habría hecho otro tanto en lo que concernía a la entrada de Marc en el escritorio? Evidentemente, el testimonio de Cayley, en conjunto, era sospechoso. Debía haber en él algo de verdad; pero en sus declaraciones, esta verdad se mezclaba con falsedades subordinadas a sus fines personales. ¿En qué consistían estos fines? Antonio lo ignoraba aún. ¿Proteger a Marc? ¿Protegerse a sí mismo? ¿Traicionar a Marc? Una de estas tres hipótesis debía ser la verdadera; pero, puesto que su testimonio nada tenía de objetivo ni desinteresado, hacíase imposible colocarlo en el mismo plano que el de un testigo imparcial y digno de fe, como parecía ser Elsie.

Las declaraciones de Elsie parecían establecer de modo decisivo que Marc se había trasladado al escritorio para ver a su hermano; Elsie los había oído hablar; Cayley y Antonio habían hallado el cuerpo casi enseguida... y el inspector se preparaba a dragar el estanque.

Desde luego, el testimonio de la camarera no probaba más que la simple presencia de Marc en la pieza. "Ahora me ha llegado mi vez. ¡Espera!" Estas palabras no significaban una amenaza inmediata, sino más bien una amenaza para lo porvenir. Si Marc había matado enseguida a su hermano, era necesario que fuese por accidente, como consecuencia de una lucha provocada, por ejemplo, por aquel "tono impertinente". A nadie se le ocurriría decirle "Espera", a un hombre a quien va a matar al instante mismo. "Espera", significa: "Dejemos pasar un poco de tiempo y ya verás lo que te ocurrirá". El propietario de la Casa Roja estaba harto de las exigencias, del chantaje de su hermano. Ahora era él quien le dictaría la ley: que Robert esperase un poco y vería. La conversación sorprendida por Elsie podía significar algo así; no podía significar un asesinato, en todo caso el asesinato de Robert por Marc.

—¡Es extraño —pensó Antonio—, la única solución evidente es tan fácil y, no obstante, tan falsa! Tengo un centenar de ideas en la cabeza y no consigo formar un todo coherente; pero no nos olvidemos de esta tarde: eso hará la ciento una.

Encontró a Bill en el hall, y le propuso un paseo. Bill no deseaba otra cosa.

—¿Dónde quieres ir?

—No tengo preferencias. Muéstrame el parque.

—Como gustes.

Una vez alejados de la casa, Antonio continuó:

—Mi viejo Watson, haces mal en hablar tan alto en las habitaciones. Había un oyente del otro lado de la ventana, justo detrás de ti, durante todo nuestro desayuno.

—Oh, ¿de veras?, no sabía —dijo Bill, enrojeciendo—. ¡Me siento confundido! ¿Fue por eso por lo que te lanzaste a divagar?

—Sí, en parte, y en parte también porque me sentía particularmente bien esta mañana. Vamos a tener un día muy ocupado.

—¿De veras? ¿Qué vamos a hacer?

—Van a dragar el estanque... perdón: el lago. ¿De qué lado está?

—En la dirección en que caminamos. ¿Quieres verlo?

—Podemos echarle un vistazo. ¿Te paseas a menudo por los alrededores de ese lago, en tiempo ordinario?

—Oh, no, no hay nada interesante por ahí.

—¿Nunca te bañas en él?

—¡Gracias! Sus aguas son muy sucias.

—Sí... Es el mismo camino que tomamos ayer para ir al pueblo, ¿no?

—Exacto, pero ahora vamos a doblar un poco más a la derecha. ¿Por qué ese dragado?

—Marc.

—Oh —exclamó Bill, turbado.

Guardó silencio un momento; después el pensamiento de las apasionantes horas que se preparaban le hizo olvidar su emoción, y preguntó ávidamente:

—Dime, ¿cuándo vamos a explorar ese pasaje?

—No podemos hacer gran cosa mientras Cayley esté en la casa.

—¿Y por qué no esta tarde, mientras registran el estanque? Él irá, ciertamente. —Antonio sacudió la cabeza.

—Pienso hacer otra cosa esta tarde; naturalmente, es posible que dispongamos de tiempo para ambas.

—¿Hace falta que Cayley esté ausente para esa otra cosa?

—Sí, también.

—¿Es algo palpitante, todavía?

—No sé. Puede ser muy interesante. Quizá me sería posible hacerlo en otro momento, pero será mejor a las tres; he reservado especialmente este momento.

—¡Cómo será de entretenido! Tendrás necesidad de mí, ¿no?

—Por supuesto. Sólo, Bill, una vez más, que no hables de nada en el interior de la casa, a menos que yo asuma la iniciativa. Es el deber de un buen Watson.

—No lo haré más Tony; te juro que no lo haré más...

Llegados al estanque, al "lago" de Marc, dieron vuelta silenciosos en su derredor. Cuando volvieron a su punto de partida, Antonio se sentó en el césped y tornó a encender su pipa. Bill siguió su ejemplo.

—Marc no está ahí —dijo Antonio.

—No, sin duda. Pero no veo cómo sabes que no está.

—No lo sé, lo adivino —repuso vivamente Antonio—. Es mucho más fácil descerrajarse un tiro que ahogarse. Por otra parte, si Marc hubiera querido emplear el agua para matarse, en el

deseo de que no hallasen su cuerpo, habría llenado de gruesas piedras sus bolsillos. Y no hay piedras voluminosas sino al borde del agua, donde su substracción habría dejado señales. Como no he visto por ninguna parte huellas de este género, podemos desechar la hipótesis y... Y después, no hablemos más de este estanque; ya habrá tiempo de hacerlo esta tarde. Bill, ¿dónde comienza el pasaje secreto?

—He aquí, justamente, lo que debemos descubrir.

—Mira, mi idea es ésta.

Explicó las razones por las cuales pensaba que el secreto del pasaje guardaba relación con el secreto de la muerte de Robert. Después continuó:

—Mi teoría es que Marc descubrió el pasaje hace un año, aproximadamente, cuando fue presa de una pasión por el croquet. El pasaje conducía al piso de la cabaña, y es probablemente Cayley quien tuvo la idea de cubrir la trampa con una caja de croquet para disimularla más completamente. Ya sabes, una vez que has descubierto un secreto, siempre te parece que va a saltar a los ojos del primer venido. Me imagino qué feliz debía sentirse Marc de poseer un secreto para él solo; con Cayley, naturalmente, pero Cayley no contaba. Debieron divertirse en grande cuando hubieron puesto la caja y vieron a sus amigos circular en derredor sin sospechar la existencia del escondrijo. Después, cuando la señorita Norris forjó el proyecto de disfrazarse de fantasma, Cayley la puso al corriente. Debió comenzar por decirle que jamás podría ella atravesar el parque hasta el terreno de bochas sin ser reconocida. Es sin duda en ese momento que habrá dado a entender que existía un medio de llevar a bien su plan y que, de una manera o de otra, su interlocutora le habrá arrancado el secreto.

—Pero habría sido necesario que todo esto ocurriera en los dos o tres días que precedieron a la llegada de Robert.

—Necesariamente. No pretendo que el pasaje haya sido primitivamente asociado a algún mal designio.

"Tres días antes, no representaba para Marc más que un medio de saborear un poco de romanticismo y de aventura. Ni siquiera sabía todavía que Robert debía venir. Sólo más tarde el pasaje fue utilizado en relación con Robert. Quizá Marc lo haya aprovechado para huir; quizá esté oculto en él. Entonces, la única persona susceptible de traicionarlo habría sido la señorita Norris; traicionarlo con toda inocencia, desde luego, pues nada sabe del papel del pasaje en este asunto.

—De modo que era más prudente librarse de ella.

—Sin duda alguna.

—Pero, oye, Tony, ¿por qué devanarnos los sesos para adivinar dónde comienza el pasaje? Siempre podemos entrar por la otra extremidad, cerca del terreno de césped.

—Ya yo sé, pero en este caso nos veríamos obligados a desenmascarar abiertamente nuestras baterías y forzar la cerradura de la caja, lo que Cayley advertiría enseguida. Mira, Bill, si no conseguimos de aquí a uno o dos días aclarar este misterio por nuestros propios medios, daremos parte a la policía de lo que ya sabemos, y serán ellos entonces quienes explorarán el pasaje sin nosotros. Pero no quiero todavía llegar a esto.

—Oh, no, por favor.

—Más vale que continuemos secretamente nuestras pesquisas mientras podamos. Es el único medio. —Sonrió y añadió—: ¡Y el más divertido!

—Infinitamente más —confirmó Bill con una amplia sonrisa.

—Volvamos, pues, a lo que estábamos discutiendo: ¿dónde puede comenzar el pasaje secreto?

XI

EL REVERENDO TEODORO USSHER

—Hay una verdad de la que debemos compenetrarnos inmediatamente —explicó Antonio—: y es que si no hallamos la entrada con facilidad, ya no la encontraremos de ningún modo.

—¿Quieres decir que ya no tendremos tiempo?

—Ni tiempo ni ocasiones favorables, lo que en el fondo es un consuelo para un perezoso como yo.

—Pero así se hace mucho más difícil, si las circunstancias necesarias a nuestras pesquisas son de reunión tan complicada...

—Más difícil de hallar, sí; pero tanto más fácil de buscar. Suponte que el pasaje comience en el dormitorio de Cayley. De antemano sabemos que para nosotros no puede comenzar ahí.

—¡No lo sabemos en absoluto! —protestó Bill.

—Lo sabemos en relación a las posibilidades de investigación de que disponemos. No nos es posible buscar huellas en el dormitorio de Cayley y sondear el fondo de sus armarios. Por tanto, si nos quedan probabilidades de descubrir la entrada, debemos sentar en principio que no es ahí donde se encuentra.

—Ah, comprendo.

Bill masticó una brizna de hierba, meditando, antes de continuar:

—De todos modos, el pasaje no comenzaría en uno de los pisos altos, ¿no te parece?

—No, probablemente. Ya ves que progresamos.

—Puedes eliminar la cocina y todo el lado vecino —siguió Bill tras nueva reflexión—, porque no podemos ir allí.

—De acuerdo. Y también los sótanos, si hay.

—Después de esto no nos queda gran cosa.

—No, en efecto. Por supuesto, no tenemos más que una probabilidad de éxito, sobre cien. Lo que necesitamos es preguntarnos cuál sería el sitio más probable, entre los varios a donde podemos conducir nuestras pesquisas en paz y seguridad.

—Se reduce a las piezas de la planta baja: el comedor, la biblioteca, el hall, el billar y el escritorio.

—Sí, es todo.

—¿Las mayores probabilidades no estarán por el escritorio?

—Sí, salvo un punto.

—¿Cuál?

—El escritorio no está en buen lugar de la casa: han debido tratar de no prolongar inútilmente el subterráneo. ¿Por qué empezar por hacerlo pasar bajo el edificio?

—Es cierto. Entonces el comedor, o la biblioteca.

—Sí, la biblioteca, de preferencia; quiero decir en relación a nuestras comodidades. Siempre hay criados que van y vienen por el comedor: apenas tendríamos posibilidades de explorar convenientemente. Y luego, hay otra cosa que no debemos olvidar: Marc guardó el secreto durante un año. ¿Habría podido tomar durante todo ese tiempo las precauciones necesarias en un comedor? ¿La señorita Norris habría podido, con su disfraz, abrir una puerta secreta justo después de la comida, sin ser vista? No ha debido exponer su combinación hasta ese punto. —Impaciente, Bill se levantó:

—Vamos enseguida a examinar la biblioteca. Si aparece Cayley, fingiremos buscar un libro.

Antonio se levantó lentamente, lo tomó del brazo y se dirigió con él hacia la casa.

Aparte de toda cuestión del pasaje, la biblioteca era verdaderamente digna de una visita. Cuando Antonio concurría a casa de alguien la simple vista de los estantes cargados de libros constituía para él una tentación irresistible. Apenas llegado, ya estaba ocupado en recorrer los títulos para ver qué libros leía el propietario o, más probablorlos por el aire de dignidad que su sola presencia confería a la casa. En todo tiempo, Marc se había enorgullecido de su biblioteca. Había acumulado las más variadas obras: las unas herederas de su padre o de su bienhechora; otras, que había comprado porque le interesaban o porque, sin interesarle, tenían por autores a personas que le placía patrocinar; otras, todavía, porque había querido de ellas ejemplares suntuosamente encuadernados, mitad porque producían gran efecto en sus estantes, mitad porque eran de esas que todo hombre cultivado debe poseer. Ediciones antiguas o recientes, obras caras y publicaciones a bajo precio, había allí para todos los gustos.

—¿Qué género prefieres, Bill? —preguntó Antonio, echando una primera ojeada de conjunto —. ¿O bien estás constantemente ocupado en jugar al billar?

—Me ha ocurrido a veces abrir Badminton —respondió Bill—; está allí, en aquel rincón. Con un gesto señaló el sitio.

—Por aquí, dices —insistió Antonio, que ya lo buscaba.

—Sí.

Se rectificó enseguida:

—Oh, no, ya no está ahí. Ahora está allí a la derecha. Marc hizo sufrir a su biblioteca un cambio importante, hace cosa de un año. Nos refirió que este trabajo le había costado más de una semana. ¡Tiene tan formidable cantidad de libros!

—He aquí una indicación interesante —observó Antonio, sentándose para llenar otra vez su pipa.

No era exagerado hablar de una "cantidad formidable" de volúmenes. Las cuatro paredes estaban literalmente cubiertas de ellos, de arriba abajo, con la sola excepción de la puerta y de las dos ventanas que persistían en prodigar su aire y su luz, aun al visitante más iletrado. Desesperado, Bill tenía la impresión que buscar en tal sitio la abertura de un pasaje secreto

equivalía a querer descubrir una aguja en un pajar.

—Tendremos que bajar todos estos malditos libros —gimió—, uno por uno, antes de estar seguros de que no hemos pasado de lado.

—En todo caso —respondió Antonio—, si los bajamos uno por uno, nadie nos podrá atribuir designios sospechosos. Después de todo, ¿para qué iríamos a una biblioteca si no es para escoger libros?

—Sí, ¡pero hay tantos!

La pipa de Antonio tiraba ahora de un modo satisfactorio. Se incorporó y marchó sin prisa hacia la extremidad de la pared que daba frente a la puerta, diciendo:

—Veamos un poco si hay realmente tantos como dices. Ah, he aquí tu Badminton. ¿Lo lees a menudo, decías?

—Pues... cuando me ocurre, por azar, leer alguna cosa.

—Sí...

Inspeccionó los compartimientos de arriba abajo.

—Aquí Deportes y Viajes, principalmente. Adoro los libros de viajes, ¿Y tú?

—Son generalmente muy aburridos.

—Todos no son de tu opinión —repuso Antonio en tono de reproche, pasando al panel siguiente— El Drama, los Dramaturgos de la Restauración. La mayoría pertenece al género teatral, los que tendería a probar que hay todavía lectores que saben apreciarlos. Shaw, Wilde, Robertson... Siempre me ha gustado leer piezas de teatro, Bill; es un gusto bastante poco difundido, quizá, pero reservado a los espíritus superiores. Continuemos.

—Oye, disponemos de muy poco tiempo —hizo notar Bill, que se inquietaba.

—Por eso, en efecto, no perderemos un instante... Poesía. ¿Quién habla todavía de poemas, hoy en día? Bill, ¿cuándo leíste por última vez el *Paraíso perdido*?

—¡Si nunca lo he leído!

—Lo sospechaba. ¿Y cuándo oíste por última vez la lectura de *La excursión*, hecha en alta voz por la señorita Calladine?

—En efecto, Betty —la señorita Calladine— tiene una pasión por... ¿cómo se llama el autor?

—Poco importa su nombre. Ya has dicho bastante. Sigamos. —Se aproximó al siguiente compartimiento.

—Biografía. Oh, ¡qué cantidad! Soy un gran amante de la biografía. ¿Eres miembro del Johnson Club, Bill? Memorias de las Cortes de numerosos soberanos. Estoy seguro que la señorita Calladine lee esto. Hay muchas biografías tan interesantes como una novela; es indiscutible, e inútil, pues, que nos retardemos.

Llegado a la serie de compartimientos vecinos, dejó escapar un brusco silbido.

—¡He aquí! ¡He aquí!

—He aquí, ¿qué? —preguntó Bill, de bastante mal humor.

—Calma, Bill. Ha llegado el momento de contener a la multitud. El instante es decisivo: los Sermones. Tan cierto como que estamos aquí: los Sermones. ¿El padre de Marc era clérigo, o reunió esto por placer personal?

—Su padre era pastor, creo; sí, tengo seguridad de ello.

—Ah, entonces éstos son los libros de su padre, *Algunas horas en el Infinito.* Tendré que pedirle esto a mi librero, cuando regrese. *La Oveja descarriada. Meditaciones de Jones acerca de la Santa Trinidad. Las Epístolas de San Pablo explicadas.* Oh, Bill, ¡nos quemamos! El estrecho sendero reservado a los Elegidos, compilación de sermones por el reverendo Teodoro Ussher. ¡Henos aquí en pleno!

—Oye, Antonio, ¿qué tienes?

—William, me siento transportado por la inspiración. Ven en mi ayuda.

Tomó las obras del reverendo Teodoro Ussher, las contempló un momento con una sonrisa embelesada, se las alargó después a Bill:

—.Ten un segundo, ¿quieres? —Bill tomó dócilmente el volumen.

—Ahora devuélmelo, abre la puerta del hall y escucha si se oye a Cayley por los alrededores. Si está, no tendrás más que gritarme: "¡Alo!"

Bill salió vivamente, escuchó y regresó diciendo que todo iba bien.

—Perfectamente.

Antonio sacó de nuevo el libro del estante:

—Tenme otra vez este pobre Ussher, pero tómalo con la mano izquierda, de esta manera. Con la mano derecha empuñarás fuertemente el compartimiento, como voy a mostrarte. Ahora, cuando diga "tira", tirarás progresivamente, ¿comprendes?

Bill hizo seña que sí, con aire radiante. Antonio colocó su mano en el espacio que dejara el enorme Ussher y tocó con el dedo el fondo del compartimiento; después ordenó:

—¡Tira! Bill tiró.

— Prosigue ahora el mismo esfuerzo de tracción... un momento de paciencia... no demasiado fuerte, sin embargo...

Sus ágiles dedos reanudaron enseguida, contra la pared, un trabajo invisible... De súbito, todo el panel, de arriba abajo, giró suavemente y se abrió ante ellos...

—¡Santo Dios! —exclamó Bill, tan estupefacto que su mano soltó presa.

Antonio volvió a cerrar el panel, tomó el volumen de las manos de Bill y lo colocó otra vez en su sitio. Luego, tomando a Bill por el brazo, lo condujo al sofá y lo hizo sentar de un empujón. Entonces, de pie, delante de él, se inclinó gravemente:

—¡Juego de niños, Watson! ¡Un verdadero juego de niños!

—Cómo diablos has podido...

Antonio manifestó su alegría con una franca risa, sentándose junto a él.

—Sería en verdad inferirte un insulto explicártelo — añadió, aplicando a su amigo una vigorosa palmada en la rodilla—. Tú me haces la pregunta porque un Watson está hecho para preguntar. Es muy gentil de tu parte, rindo homenaje a tus cualidades profesionales.

—Te pido seriamente que me expliques, Tony.

—Ah, mi querido Bill...

Fumó algunos instantes en silencio y después continuó:

—Recuerda lo que te decía poco ha: un secreto no es tal más que hasta el momento en que se

lo descubre. En cuanto lo has hallado, te preguntas cómo el primer venido pudo pasar junto a él sin descubrirlo también, y cómo es posible que haya permanecido tanto tiempo secreto. El pasaje existe desde hace años, poniendo en comunicación la biblioteca con la cabaña del terreno de bochas. Un día Marc lo descubrió y al instante le pareció que todo el mundo iba a descubrirlo. Disimuló entonces el otro extremo, cubriéndolo con una caja de croquet, y éste... ¿haciendo qué, Bill?

Pero Bill, ateniéndose modestamente al papel de Watson, interrogó:

—¿Haciendo qué? Continúa.

—Evidentemente, procediendo a una distribución de sus libros. Un día, en que simplemente quiso tomar la *Vida de Nelson* o *iTres hombres en un bote* ,**[1]** o cualquier otro libro que se hallaba al alcance de su mano, dio inesperadamente con el secreto. Se dijo, como es natural, que cualquier otro podía, lo mismo que él, tener la idea de buscar la *Vida de Nelson* o *Tres hombres en un bote.* No menos naturalmente concluyó que, para que el secreto quedara guardado, era necesario que nadie jamás sintiera deseos de tocar ese compartimiento. Cuando tú me dijiste que toda la Biblioteca había sido cambiada hace un año, justo en el momento en que el croquet recobró preferencias, y la caja instalada allá, no tardé en adivinar por qué. No tenía entonces sino que buscar los libros más aburridos, aquéllos que nadie lee jamás. Con toda evidencia, la colección de sermones de un clérigo de mediados de la época victoriana representa el ideal del género.

—Sí, comprendo. Pero ¿cómo estabas tan seguro del sitio exacto entre toda la colección?

—Era preciso que Marc se sirviese él mismo de un libro para fijar el sitio. Pensé que el humorístico pensamiento que consistía en colocar el estrecho sendero reservado a los Elegidos justo delante de la entrada del pasaje debió seducirlo. Aparentemente ocurrió así.

Bill meneó varias veces la cabeza, reflexionando profundamente.

—Sí, está perfectamente claro —dijo al fin—. ¡Eres endiabladamente inteligente, Tony! —Antonio se echó a reír.

—Parece que me lisonjeas, lo que sería peligroso para mí, pero delicioso al menos.

—Entonces, ¿vienes? —preguntó Bill, levantándose.

—Ir, ¿a dónde?

—Pues a explorar el pasaje. —Antonio hizo que no con la cabeza.

—¿Por qué dices siempre que no?

—¿Qué esperas hallar?

—No lo sé. Pero ¿no decías tú mismo que podríamos descubrir alguna cosa que nos ayudaría?

—Suponte que hallemos a Marc —prosiguió tranquilamente Antonio.

—Oh, ¿piensas realmente que esté?

—Supongamos.

—En ese caso, habríamos alcanzado pleno éxito.

Antonio atravesó toda la pieza hasta la chimenea y sacudió las cenizas de su pipa; después se volvió hacia Bill y lo miró gravemente, sin hablar. Por fin se decidió.

—¿Qué le dirías?

—¿Cómo? ¿A quién?

—A Marc. ¿Piensas arrestarlo o ayudarlo a huir?

—Yo... yo... en efecto, yo... —tartamudeó Bill—. En fin, no sé.

—Precisamente, primero hemos de decidir lo que haremos. ¿Es también tu parecer?

Bill no respondió. Profundamente turbado, recorría nerviosamente la pieza, el ceño fruncido, deteniéndose de vez en cuando ante la abertura recientemente descubierta, como tratando de adivinar qué ocultaba el misterioso subterráneo. ¿Qué partido adoptaría si la necesidad lo obligaba a escoger? ¿El de Marc o el de la ley? Prosiguió Antonio, como si hubiera seguido punto por punto los pensamientos de su amigo:

—Ya ves que no bastaría, si tropezásemos con él, abrumarlo con exclamaciones de alegría o de sorpresa.

Bill alzó los ojos, parpadeando, mientras Antonio continuaba:

— ¿O bien, le dirías: "He aquí mi amigo, el señor Gillingham, que está instalado en su casa de usted y que acaba justamente de jugar un partido en su terreno de bochas"?

—Sí, es difícil. No sé qué le diríamos. La verdad es que me había olvidado completamente de Marc.

Se acercó a la ventana, bajo la cual se extendía el césped. Un jardinero se ocupaba en nivelar las orillas. ¿Por qué habría de descuidarse esta faena por el hecho de que hubiese desaparecido el dueño de casa? El día se anunciaba tan caluroso como el precedente. Era cierto, sí, que había olvidado completamente a Marc; pero ¿cómo pensar en él como en un asesino en fuga, como en un culpable que se substraía a la justicia, cuando cada cosa y las ocupaciones de cada cual seguían como la víspera, cuando el sol continuaba brillando exactamente lo mismo que cuando subieron al coche para ir hasta el golf, veinticuatro horas antes? ¿Cómo substraerse a la impresión de que no se trataba de una tragedia auténtica, sino de un ameno juego de detectives en que se complacía con Antonio? Bill se volvió hacia su amigo:

—Con todo, Antonio, tú querías hallar ese pasaje y ahora ya lo has encontrado. ¿No quieres absolutamente entrar?

Antonio lo tomó del brazo.

—Vamos a dar una vuelta por afuera. De todos modos, no podríamos entrar ahora. Sería demasiado peligroso, con Cayley en los alrededores. Experimento los mismos sentimientos que tú; pero, al mismo tiempo, siento un poco de miedo. ¿Miedo de qué? No lo sé. Ocurra lo que ocurra, tú deseas continuar, ¿no?

—Sí —respondió Bill con firmeza—; debemos hacerlo.

—Exploraremos, pues, el pasaje esta tarde, si encontramos un momento favorable; si no, probaremos esta noche.

Atravesaron el hall y salieron bajo un sol de fuego.

—¿Piensas realmente que descubriremos a Marc soterrado en su escondrijo? —preguntó Bill.

—Es posible —respondió Antonio—; o Marc, o... —Se detuvo en seco, murmurando—: Me resisto a encarar esta idea... Todavía no... ¡Sería demasiado horrible!

XII

UNA SOMBRA EN LA PARED

En el curso de las veinte horas a su disposición, el inspector Birch había desplegado una gran actividad. Había telegrafiado a Londres una filiación detallada de Marc y del traje de franela marrón que vestía la última vez que lo habían visto. Se había entregado a una investigación en Stanton para saber si un hombre respondiendo a tal y cual filiación no fue sorprendido partiendo en el tren de las 4 h. 20. Por más que los testimonios que había recogido fuesen bastante poco concluyentes, no autorizaban a desechar la hipótesis de que Marc hubiera tomado, en efecto, aquel tren y hubiese llegado a Londres antes que la policía, avisada, pudiera detenerlo. Además, su desaparición había coincidido con un día de feria en Stanton, y como en tales ocasiones los forasteros afluían a la población, era asaz improbable que la partida de Marc por el tren de las 4 h. 20 o la llegada de Robert por el de las 2 h. 10, hubiese sido objeto de particular atención. Como le había dicho Antonio a Cayley, nunca falta quien suministre a la policía un relato tan detallista como bien imaginado de las idas y venidas de la persona buscada. En lo que respecta a Robert, su llegada por el tren de las 2 h. 10 parecía más o menos segura; pero sería muy difícil obtener acerca de él informes más completos antes del sumario. Todo lo que se sabía en el pueblo donde se criara con Marc, confirmaba las declaraciones de Cayley: se había mostrado un mal hijo. Lo habían enviado a toda prisa a Australia y nunca desde entonces volvió a la población. El hermano menor, beneficiado con una cuantiosa herencia, se había organizado una cómoda existencia, mientras el primogénito permanecía pobre y exilado. Pero ¿había entre ellos motivos de querella más profundos? Se ignoraba, y el inspector pensó que continuaría ignorándose muy probablemente hasta el momento en que Marc fuese arrestado. Lo más importante, lo más urgente también, era hallar a Marc. El dragado del estanque podía no suministrar ninguna nueva indicación acerca del desaparecido, pero la operación tendría al menos la ventaja de dar al día siguiente al tribunal la impresión de que el inspector Birch se dedicaba con celo a su tarea. Con que se sacara a la superficie el revólver utilizado por el asesino, ya estimaría compensado su trabajo. "El inspector Birch ha puesto en manos de los jueces el arma del crimen". ¡Qué magnífica primera plana para los diarios locales!

Fue así que muy satisfecho de su idea, se dirigió el policía al estanque donde sus hombres ya habían dado comienzo a la tarea. Encontró a Gillingham y a Beverley, y su excelente humor se manifestó en la cordialidad con que los saludó, iniciando enseguida con ellos una amable charla.

—Buen día, señores —comenzó, sonriendo—. Apuesto a que han venido a ayudarme.

—No veo cómo podríamos serle útiles —dijo Antonio, que sonreía también.

—Vengan, si gustan.

Antonio se estremeció ligeramente.

—No, no, ya nos dirá usted después lo que haya encontrado. A propósito; espero que el dueño del George Hotel no le haya dado un informe demasiado malo de mí.

Sorprendido, el inspector lo miró.

—¿Cómo es que está usted al corriente? —Antonio se inclinó respetuosamente ante él:

—Porque he adivinado que es usted uno de los más eminentes representantes de la policía británica. —El inspector se echó a reír:

—Puedo decirle que los resultados de mi investigación no le han sido en absoluto desfavorables, sino al contrario. Pero comprenderá que era mi deber informarme.

—En efecto. Le deseamos buena suerte, por más que no creo que encuentre usted gran cosa en ese estanque; está muy alejado del camino que tomaría naturalmente un fugitivo.

—Es exactamente lo que hice notar al señor Cayley cuando llamó mi atención sobre el estanque. En todo caso, la búsqueda, aun infructuosa, no ofrece ningún inconveniente, y, en esta clase de asuntos, lo más inesperado es lo que se revela finalmente como lo más probable.

—Tiene mucha razón inspector. Pero no queremos retenerlo. Buenas tardes.

—Buenas tardes —repitió Bill.

—Hasta la vista, señores.

Silencioso, inmóvil, Antonio lo miró alejarse. Tanto se prolongó su meditación que Bill, impacientado, concluyó por sacudirlo del brazo, preguntándole con cierto mal humor la razón de su actitud.

Antonio meneó lentamente la cabeza antes de responder.

—No sé; verdaderamente, no sé. Lo que estoy pensando sería tan diabólico... No se puede llevar fríamente el cinismo hasta ese punto.

—¿Qué?

Sin responder, Antonio lo condujo otra vez al banco en el cual estaban instalados antes de la llegada del inspector. Se sentó y se tomó la cabeza entre las manos.

—Oh, espero que encuentren algo; sinceramente, lo espero.

—¿En el estanque?

—Sí.

—Pero ¿qué?

—No importa qué, Bill, cualquier cosa. —Bill lo juzgó fastidioso.

—De veras, Tony, eres insoportable. No debieras tomar siempre ese aire tan misterioso. ¿Qué te ha ocurrido de pronto?

Antonio, sorprendido, levantó los ojos hacia él.

—Pero ¿no has oído lo que dijo?

—¿Acerca de qué?

—Que la idea de dragar el estanque provenía de Cayley.

—¡Sí, comprendo!

La curiosidad de Bill se despertó.

— ¿Quieres decir que debió ocultar ahí alguna cosa, algún indicio destinado a lanzar a la policía en una falsa dirección?

—Quiero creerlo —dijo Antonio gravemente—, pero temo que... No concluyó.

—¿Temes qué?

—Que no haya nada oculto, que...

—Vamos, continúa.

—¿Cuál es el escondite más seguro para disimular un objeto muy importante?

—Aquel en que nadie vaya a buscar.

—Hay uno mejor todavía que éste.

—¿Cuál?

—Aquel en que todo el mundo ya haya buscado.

—¡Cielos! ¿Quieres decir que una vez dragado el estanque, Cayley ocultará en él alguna cosa?

—Sí, lo temo.

—¿Y por qué eso te impresiona tanto?

—Porque pienso que será algo muy importante, algo que no podría hacerse desaparecer fácilmente en ninguna otra parte.

—En fin, ¿qué? —preguntó ávidamente Bill. Antonio sacudió la cabeza.

—No, no quiero considerarlo por el momento. Esperemos. Veamos qué encuentra el inspector. No es imposible que descubra algún objeto, no sé qué, algo que Cayley haya arrojado para que se descubra. Si no, esto probará que Cayley se prepara a hacer desaparecer el objeto esta noche.

—Pero ¿qué? —insistió Bill.

—Lo que sea, Bill, ya lo verás, porque allí estaremos.

—¿Lo iremos a vigilar?

—Sí, si el inspector no encuentra nada.

—Perfectamente —dijo Bill.

Si era preciso elegir entre Cayley y la ley, su partido estaba tomado. Hasta la tragedia de la víspera, había estado siempre en buenos términos con uno y otro de los primos, sin llegar empero, a la intimidad. Entre los dos, quizá prefería en verdad el carácter del taciturno y sólido Cayley al género superficial, inconstante de Marc. Sin duda, hasta donde Bill podía darse cuenta, las cualidades de Cayley eran tal vez especialmente negativas; pero aunque su mérito no hubiera consistido más que en no dejar transparentar las debilidades que su naturaleza podía comportar, ya era mucho para un hombre cuya esencial función consistía en recibir (y a la vez en ser él mismo recibido con carácter de permanencia) en una casa donde había sin cesar invitados. Los aspectos débiles de Marc, al contrario, eran tan visibles, que Bill no ignoraba ninguno; se revelaban al primer contacto. Sin embargo, mientras que la perspectiva de tener que definir su posición frente a Marc lo había embargado esa misma mañana, no vacilaba esta vez en colocarse deliberadamente del lado de la ley contra Cayley. Marc, después de todo, nunca le había hecho nada, en tanto que Cayley los había ofendido de un modo imperdonable ocultándose para sorprender una conversación privada entre Tony y él. ¡Qué Cayley fuese ahorcado, si la ley lo exigía! Antonio


consultó su reloj y se levantó.

—Ven —dijo—, es hora de ponernos a la tarea de que te hablé.

—¿El pasaje? —preguntó Bill, lleno de ardor.

—No, la otra cosa de que he dicho que debía ocuparme esta tarde.

—Sí, en efecto, ¿qué es?

Sin responder, Antonio lo condujo a la casa y lo arrastró hasta el escritorio. Eran las tres, y fue a las tres, exactamente, la víspera, cuando Antonio y Cayley habían hallado el cadáver. Algunos minutos después de las tres, mirando por la ventana del cuarto contiguo, se había sentido súbitamente tan sorprendido de ver la puerta abierta y a Cayley en el umbral. Se había preguntado vagamente, en aquel momento, por qué esperó que la puerta estuviera cerrada; pero le faltaba tiempo para profundizar la cuestión y se había prometido volver sobre ello en cuanto se presentara la ocasión. Quizá el hecho no tuviese ningún sentido; quizá, de tenerlo, hubiera podido precisarlo visitando el escritorio por la mañana; pero se había dicho que tendría más probabilidades de reconstituir sus impresiones de la víspera haciendo una nueva experiencia en condiciones todo lo semejante posibles. Por eso había resuelto presentarse de nuevo en el escritorio justo a las tres. Cuando entró seguido de Bill, experimentó una vivísima emoción al no ver ya acostado allí, entre las dos puertas, el cuerpo de Robert. Sólo una mancha negra revelaba aún el sitio en que había reposado la cabeza del muerto. Antonio se arrodilló, como se había arrodillado veinticuatro horas antes.

—Quiero recomenzarlo todo desde el principio —dijo—. Tú representarás a Cayley. Cayley comenzó por decir que iba a buscar agua. Recuerdo haber pensado que el agua no sería de ninguna utilidad para un muerto, pero que para él constituiría una satisfacción hacer algo en vez de permanecer inactivo. Regresó con una esponja mojada y un pañuelo. Supongo que habrá tomado el pañuelo de un cajón de la cómoda. ¡Espera!

Se levantó y pasó a la habitación vecina. Arrojó una mirada circular, abrió algunos cajones y, luego de haber cerrado cuidadosamente todas las puertas, volvió al escritorio.

—La esponja está todavía allí, y hay dos pañuelos en el primer cajón de la cómoda, a la derecha. Ahora, Bill, haz como si fueses Cayley. Acabas de manifestar la intención de ir a buscar agua y te pones en pie.

Bill, que se había arrodillado un instante junto a su amigo, tuvo la clara impresión de que aquella comedia era un poco siniestra, pero se levantó dócilmente y partió. Antonio, como lo hiciera con Cayley el día antes, lo siguió con los ojos. Bill dobló hacia el cuarto de la derecha, abrió el cajón, tomó un pañuelo, mojó la esponja y regresó.

—¿Y qué? —preguntó.

Antonio meneó la cabeza, diciendo:

—No, es del todo diferente. Primero, has hecho un ruido del diablo mientras que ayer no oí nada.

—Quizá no escucharías en ese momento...

—No, cierto; pero no por eso hubiera dejado de oír si algo hubiera habido que se oyese, y lo recordaría después.

—Cayley pudo cerrar la puerta detrás de él.

—Espera.

Cerró los ojos, los mantuvo herméticamente en aquella actitud aplicando las manos e hizo un violento esfuerzo para concentrarse. La impresión que procuraba reproducir no era ya auditiva, sino visual. Esforzábase desesperadamente en apresar aquella fugitiva imagen entrevista la víspera en un relámpago... Cayley se le apareció, levantándose, abriendo la puerta de comunicación del escritorio, dejándola abierta, atravesando el corredor, doblando a la derecha, abriendo la puerta del cuarto, entrando, y luego... ¿Qué habían visto sus ojos después de eso? ¿Cómo obtener que tornaran a ver la misma cosa, una sola vez? De súbito brincó, el rostro iluminado, gritando:

—¡Ya estoy! ¡Lo encontré!

—¿Qué?

—La sombra en la pared. Era la sombra en la pared lo que yo miraba. ¡Oh, idiota! ¡Qué tonto soy!

Bill abrió tamaños ojos sin comprender.

Antonio lo tomó del brazo y señaló con el dedo la pared del corredor:

—Mira ahí esa mancha de sol: es porque dejaste la puerta del cuarto abierta. El sol que entra por la ventana viene a herir la pared. Ahora voy a cerrar la puerta. Observa. Fíjate cómo se desplaza la sombra. Es exactamente lo que yo vi: la sombra que se deslizaba mientras cerraba la puerta a sus espaldas. Bill, vas a entrar y a cerrar la puerta detrás de ti, con naturalidad.

Bill salió. Antonio, arrodillado, esperó ansiosamente. Pero, casi enseguida, exclamó:

—¡No, bien sabía yo que no fue eso!

—¿Qué hubo? —le preguntó Bill, que regresaba.

—Era fácil de prever: entró el sol, luego vino la sombra, todo en un solo movimiento.

—Y ayer, ¿qué ocurrió?

—Ayer, el sol quedó; después la sombra no volvió sino muy lentamente y no hubo ruido alguno de puerta que se cierra.

Bill le echó una mirada de susto:

—¡Dios! ¿Es posible? ¿Quieres decir que Cayley cerró la puerta después, como a consecuencia de una reflexión tardía, y muy suavemente para que no lo oyeses?

—Así es —repuso Antonio—. Eso explica mi sorpresa de hallar más tarde la puerta abierta a mis espaldas cuando entré en el cuarto. ¿Sabes cómo se cierran ciertas puertas provistas de un resorte?

—¿Como en las casas de esos ancianos que viven pendientes de las corrientes de aire?

—Sí. Al partir progresan imperceptiblemente; luego giran muy lentamente. Es de esta misma manera que la sombra se desplazaba e, inconscientemente, debí asociar su deslizamiento a la idea del movimiento de esa clase de puertas.

Se enderezó y continuó, quitando de una manotada el polvo que le quedara en las rodillas:

—Ahora, Bill, para estar completamente seguro, entra y cierra la puerta del mismo modo, como se hace una cosa de que se ha acordado uno después, y con mucha suavidad; que no se oiga

ningún ruido.

Bill hizo lo que le pedían, pero volvió a pasar enseguida curiosamente la cabeza para saber el resultado.

—Era esto —declaró Antonio con una convicción profunda—; exactamente lo que vi ayer.

Dejó el escritorio para ir a reunirse con Bill en el cuartito.

—Ahora —dijo—, trataremos de descubrir lo que hacía Cayley aquí, y por qué eran necesarias tantas precauciones para que no lo oyera su amigo Gillingham...

XIII

LA VENTANA ABIERTA

La primera idea de Antonio fue que Cayley debió querer ocultar un objeto, quizá un objeto comprometedor que habría hallado junto al cuerpo. Pero no, era absurdo. Con el poco tiempo de que disponía, no podía hacer otra cosa que arrojarlo en un cajón, donde habría estado mucho más expuesto a ser descubierto por Antonio que si lo hubiera guardado sencillamente en su bolsillo. En todo caso, lo habría retirado después para colocarlo en un lugar más seguro. Y entonces, ¿a qué tornarse el trabajo de cerrar la puerta?

Bill abrió uno de los cajones de la cómoda y examinó el contenido, preguntando:

—¿Crees tú que valga la pena registrar los otros? —Antonio miraba por encima de su hombro:

—¿Por qué guardaba tanta ropa en esta pieza? ¿Solía venir aquí para cambiarse?

—Pero, mi pobre Tony, tenía más ropa blanca y trajes que nadie en el mundo. Supongo que conservaba todo eso para el caso de que tuviera necesidad algún día. Cuando tú o yo abandonamos Londres para ir al campo, llevamos nuestros efectos en una valija. Es lo que Marc nunca hacía. En su departamento de Londres, tenía en duplicado el mismo vestuario que aquí; era su manía: coleccionar las prendas de vestir. Si hubiese tenido una media docena de casas, cada una habría estado provista de un surtido completo para la ciudad y el campo.

—Sí.

—Evidentemente, cuando trabajaba en su escritorio, podía serle útil tener aquí al alcance de la mano un pañuelo o un saco más confortable, sin tomarse la molestia de subir a buscarlos.

—Seguramente.

Mientras hablaba, Antonio recorría la pieza. Avistó, cerca del lavatorio, un canasto de ropa sucia, cuya tapa levantó.

—Se diría que han venido aquí recientemente para cambiarse de cuello. Bill se acercó. Un cuello yacía en el fondo del canasto.

—En efecto, habrá notado que el que llevaba le molestaba, o que estaba un poco sucio. Marc era increíblemente minucioso, sabes.

Antonio se inclinó para recoger el cuello, que examinó cuidadosamente antes de observar:

—Entonces es que le molestaba, porque difícilmente podría estar más limpio. Lo dejó caer y continuó:

—Esto prueba al menos que venía aquí algunas veces.

—Sí, bastante a menudo.

—Bien. Pero Cayley, ¿qué podía hacer aquí con tanto misterio?

—¿Por qué, sobre todo, tenía necesidad de cerrar así la puerta? —preguntó Bill, a su vez—. Es lo que no comprendo, porque, de todos modos, tú no habrías podido verlo.

—No, pero habría podido oírlo. Iba a hacer algo cuyo ruido yo no debía percibir.

—¡Dios! No hay duda que era eso —dijo Bill, que ardía en deseos de saber más. Pero fue Antonio que le preguntó:

—Bill, ¿qué podría ser?

La frente de Bill se plegó enérgicamente, pero ninguna inspiración acudió:

—Oh, respiremos un instante —exclamó, exhausto por el esfuerzo cerebral que acababa de hacer.

Fue a la ventana, la abrió y miró fuera. Luego, como un recuerdo acudiera bruscamente a su memoria, se volvió hacia Antonio para preguntarle:

—¿No crees que convendría echar un vistazo al estanque, para asegurarnos de que siguen allí? Porque...

La vista del rostro de Antonio, resplandeciente, transfigurado, detuvo en seco su explicación.

—Oh —exclamó Antonio—. ¡Oh, yo, el más incalificable de los imbéciles! ¡Oh, tú, Bill, el más excelente de los Watson, el más benigno de los salvadores, que salva hasta a este asno que se llama Gillingham!

—Pero ¿qué te pasa?

—¡La ventana! ¡La ventana! —exclamó Antonio, tendiendo las dos manos para señalarlas aún más vigorosamente.

Bill se volvió hacia la ventana, esperando casi oírle decirle alguna cosa. Como la ventana permaneciera muda, trasladó su mirada sobre Antonio, que le dio en dos palabras la explicación:

—Quería a toda costa abrir la ventana.

—¿Quién?

—Cayley.

Vuelto a la serenidad, prosiguió pausadamente:

—Fue para abrir la ventana que entró aquí. Fue para que no lo oyera yo, que atrajo la puerta detrás de él; y yo la encontré, enseguida, como él quería exactamente que yo la encontrase. Dije, al entrar: "Esta ventana está abierta. El maravilloso talento de observación de que estoy dotado me indica que el asesino debió escaparse por esta ventana". "¿Cree usted?", me respondió Cayley, abriendo tamaños ojos. "Sí, confirmé solemnemente, es indudable." "Tiene usted sin duda razón", me concedió al fin. ¡Oh, cernícalo sin nombre!

Varias cosas se explicaban ahora, entre ellas la que más lo había preocupado desde el principio, Trató de colocarse, con el pensamiento, en el lugar de Cayley, aquel hombre que Antonio veía entonces por primera vez y que golpeaba la puerta, tronando: "¡Ábreme! "¡Ábreme!" ¿Qué había ocurrido en el escritorio? ¿Quién era el asesino? Cayley lo sabía; sabía que Marc no estaba en el interior y que no había huido por la ventana. Pero el plan de Cayley, el de Marc, quizá, si los dos primos obraban en connivencia, exigía que todos admitiesen aquella explicación de su desaparición. Y he aquí que, mientras aporreaba aquella puerta con la llave echada (que

guardaba en su bolsillo), debió recordar (¡qué sacudida para sus nervios!), que había cometido un error de primera magnitud: ¡había olvidado dejar una ventana abierta!

Aquello había comenzado probablemente por una duda lacerante: "¿La ventana del escritorio está abierta? Sí, seguramente lo está. Pero, si a pesar de todo no estuviera abierta..." ¿Disponía aún de tiempo ahora para hacer funcionar la cerradura, deslizarse en el interior, reparar su olvido y volver a salir sin ser visto? No, los criados podían llegar de un momento a otro; era demasiado arriesgado; podía inclusive serle fatal, si era descubierto. Pero los criados son unos tontos, y ya se las compondría para ganar la ventana mientras hicieran ellos aspavientos en derredor del cadáver, sin fijarse en él. Era el mejor partido. En aquel preciso instante, ¡súbita aparición de Antonio! No era menuda complicación y he aquí, encima, que Antonio sugería casi inmediatamente ir a forzar una ventana. Pero lo que quería Cayley, sobre todo, era evitar que la atención recayera sobre las ventanas. Nada de extraño tenía que la sugestión lo hubiera aturdido.

Otro punto largo tiempo obscuro se aclaraba. Antonio comprendió al fin por qué habían tomado el camino más largo para dar vuelta a la casa y corrido, sin embargo. Era la última probabilidad que le quedaba a Cayley: adelantarse a Antonio, alcanzar él primero la ventana y obtener por un medio cualquiera que Antonio la hallase abierta cuando se le reuniera. Aunque esta solución fuera imposible, quería de todos modos ser el primero en llegar, así no fuese más que para adquirir una certidumbre. Quizá, después de todo, estuviese abierta. Era preciso superar a Antonio en velocidad y darse cuenta antes que él. Si estaba cerrada, cerrada sin remisión, dispondría al menos de algunos segundos de tregua, algunos segundos para imaginar otro plan y tratar de evitar la catástrofe que le amenazaba tan súbitamente.

Por eso había corrido con todas sus fuerzas. Pero Antonio no se dejó distanciar: habían derribado la ventana juntos, penetrado juntos en el escritorio. Empero, para Cayley, no todo estaba perdido. Quedaba la ventana de la piecita vecina, a condición de maniobrar con infinita suavidad para que Antonio no oyese nada. En efecto, Antonio no había oído nada. Y había participado en el juego de Cayley. No sólo había creído conveniente atraer su atención sobre la ventana abierta, sino que había explicado concienzudamente a Cayley por qué Marc escogió aquella ventana con preferencia a la del escritorio, y Cayley se había declarado convencido por su demostración. ¡Cómo debió reírse en su fuero interno de la candidez de su nuevo amigo! Sin embargo, enseguida experimentó un temor: que Antonio no fuese a examinar el bosquecillo. ¿Por qué? Evidentemente, porque no existía allí ninguna de las huellas que deja la huida precipitada de un hombre. No cabía duda que Cayley se proveyó después de las señales necesarias y hasta ayudó al inspector a descubrirlas. ¿Habría llegado al punto de preparar huellas de pasos? ¿Con los zapatos de Marc? El suelo estaba muy duro en aquella estación del año: quizá los pasos no fueron necesarios. Antonio no pudo menos de reír a la idea del enorme Cayley comprimiendo sus pies para hacerlos entrar a la fuerza en el calzado del esbelto y pequeñito Marc. Si se podía prescindir de las trazas de pasos, eso no debió desagradar a Cayley... En suma, la ventana abierta y algunas ramitas rotas debían bastar; sobre todo, la ventana abierta, pero muy suavemente. Lo esencial era que Antonio no oyese nada. Y Antonio no había oído... pero había visto la sombra en la pared.

Bill y Antonio habían regresado a sentarse en el césped y Bill escuchaba, boquiabierto, la

nueva interpretación que le daba su amigo de los acontecimientos de la víspera. El relato formaba un todo coherente, explicaba muchas cosas, pero, en el fondo, no resolvía las cuestiones esenciales. Apenas resultaba de él otra cosa, en opinión de Bill, que un nuevo misterio a develar.

—¿Qué misterio? —preguntó Antonio.

—Marc. ¿Dónde está Marc? Si no entró en el escritorio, ¿qué se hizo entonces de él?

—Nunca he dicho que no haya entrado en el escritorio; al contrario, debe haber ido. Elsie lo oyó... al menos, lo afirma. Pero si se halló allí, debió salir por la puerta.

—¿Y a dónde conduce esta comprobación?

—A donde debió dirigirse el mismo Marc: al pasaje.

—¿Quieres decir que continúa ocultándose?

No recibiendo ninguna respuesta, Bill repitió su pregunta. Sólo entonces Antonio se substrajo a su meditación y replicó:

—No sé. Trataré de darte una explicación plausible; ignoro si es la buena. Estoy asustado, Bill, asustado de lo que puede ocurrir, de lo que quizá vaya a ocurrir de un momento a otro. Sea lo que fuere, he aquí una explicación. Si la hallas defectuosa, me dirás de qué pie cojea.

Estiradas las piernas, las manos en los bolsillos, estaba medio extendido en el banco, clavados los ojos en el magnífico cielo cuya bóveda se extendía hasta el infinito por encima de sus cabezas, y, como si hubiese ido leyendo una reconstrucción figurada de los acontecimientos de la víspera, los evocó uno a uno, dando a cada cual su existencia y su sitio para que comprendiera Bill su encadenamiento preciso.

—Comencemos por el momento en que Marc asesina a Robert. Llamemos a esto un accidente; es lo más probable. En todo caso, Marc afirma que lo es. Está sobrecogido de pánico; pero no cierra la puerta con llave ni emprende la fuga, porque, por una parte, la llave se encuentra del lado exterior de la puerta, y, por otra, Marc no es tan tonto. Su situación no es menos trágica: todos saben que está en malos términos con su hermano; acaba justamente de dirigirle imprudentes amenazas que alguien puede haber oído. ¿Qué hacer? Se resuelve por la conducta más natural, la que un hombre como él no podía dejar de seguir en semejante circunstancia: consultar con Cayley, el inapreciable, el indispensable Cayley. Cayley está a su alcance, cerquita; ha oído seguramente el disparo de revólver. Le dará un consejo. Abre la puerta justo en el momento en que Cayley acude a ver qué ha ocurrido. Lo pone al tanto en dos palabras: "¿Qué puedo hacer, Cay? Es un accidente, te juro que es un accidente. Me amenazó. Me hubiera matado él si yo no lo hubiese abatido. Es preciso que encuentres algo, enseguida..." Cayley lo encuentra: "Confía enteramente en mí y no te preocupes de nada. Yo seré quien haya muerto a Robert, si quieres. Me encargo de explicarlo todo; pero ve a ocultarte. Nadie te ha visto entrar. ¡Pronto! ¡En el pasaje! Iré a reunirme contigo en cuanto pueda". Marc se siente aliviado: "¡Bravo, Cayley! ¡Fiel Cayley!" Recobra valor. Cayley va a arreglarlo todo. Cayley dirá a los criados que es un accidente. Telefoneará a la policía. A nadie se le ocurrirá sospechar de su buena fe: sábese que ningún motivo de querella tenía contra Robert. Cayley irá después al pasaje para anunciarle que todo marcha bien. Marc saldrá por el otro extremo y volverá tranquilamente a la casa, como quien regresa de paseo. Uno de sus criados le dará la noticia: ¡Robert muerto accidentalmente! ¿Qué dice? ¡Dios mío! ¿Es posible?"

Completamente tranquilizado, Marc gana la biblioteca. Cayley, por su parte, va a la puerta del escritorio y la cierra con llave, y descarga después en ella tremendos golpes, gritando: "¡Abre! ¡Ábreme!" —Antonio se calló. Bill lo miró meneando la cabeza:

—Sí, Tony, pero todo esto no nos aclara gran cosa las razones por las cuales Cayley habría obrado como lo supones.

Antonio se encogió de hombros sin responder.

— ¿ Y qué se habría hecho de Marc, después? —Antonio se contentó con un segundo encogimiento de hombros.

—En fin —prosiguió Bill—, cuanto antes exploremos el pasaje, mejor será.

—¿Estás dispuesto a ir inmediatamente?

—Completamente dispuesto —respondió Bill, sorprendido.

—¿Estás pronto a todas las eventualidades?

—Te vuelves terriblemente misterioso, mi viejo.

—Ya lo sé.

Dejó escapar una risita y prosiguió:

— ¿No seré, después de todo, sino un tonto que dramatiza las cosas más sencillas? Quisiera creer que es así...

—Me parece que estaremos tranquilos, ¿no? Deben estar ocupados con el estanque.

—Probablemente, pero sería preferible asegurarse. ¿Podrías ir a hacer un reconocimiento, Bill? Tendrás que deslizarte lo bastante cerca del estanque para asegurarte que Cayley sigue allí, sin que él te vea, por supuesto.

—Iré. Espera un poco. —Se levantó presuroso. Antonio enderezó bruscamente la cabeza:

—¡Oh, son exactamente las palabras que pronunció Marc!

—¿Marc?

—Sí, las palabras que oyó Elsie.

—¿Nada más que eso?

—Supongo que la muchacha no se ha equivocado y que era él, en efecto, quien hablaba.

—No ha podido engañarse acerca de su voz, si es lo que te preocupa.

—¡Ah!

—Marc tiene una voz extraordinariamente característica.

—¡Ah!

—Bastante aguda. Evidentemente, no es fácil de describir, pero...

—Continúa.

—Más o menos así, o quizá aún más aguda. —Pronunció estas últimas palabras con el diapasón elevado y un poco monótono que era el de Marc, luego, recobrando su voz natural, añadió riendo—. Es una buena imitación, sin jactancia.

Antonio pareció vivamente interesado.

—Verdaderamente...

Se levantó, asió a Bill por el brazo y le dijo:

—Vete a espiar a Cayley. Enseguida que lo hayas hecho pondremos manos a la obra. Me

encontrarás en la biblioteca.

—Entendido.

Bill se alejó en la dirección del estanque. Esta vez sí que la vida se ponía interesante. Concebir para el presente inmediato un programa más atrayente hubiera sido difícil. Ante todo, emboscarse para acechar los movimientos de Cayley. A un centenar de yardas del estanque se alzaba, poco más o menos a la misma altura, un pequeño tallar. Se introduciría por detrás, arrastrándose, sin hacer crujir la menor rama; luego, avanzando con el vientre a tierra hasta la linde, arriesgaría una ojeada para observar lo que ocurría abajo. Era así como solían proceder los héroes de las novelas que había leído. ¡Tan a menudo había sentido deseos de imitarlos! Pero hasta ahora las ocasiones no se le habían ofrecido. Al presente le había llegado la vez... ¡Qué júbilo! Después, cuando volviera a la casa sin ser visto y diera a Antonio cuenta de su expedición, irían a explorar el pasaje secreto. ¡Nueva alegría! Cierto que parecía indudable que no había probabilidad de descubrir un tesoro; pero podía haber indicios reveladores, sorpresas. Aun cuando no se hallase nada, un pasaje secreto, un misterioso lugar en que mil cosas extraordinarias pueden ocurrir. Después de eso, aquella magnífica jornada no habría aún concluido: irían al estanque, esa noche; verían a Cayley, al claro de luna, ocupado en hacer desaparecer en el silencio de las aguas... ¿qué? ¿Un revólver? U otra cosa. ¡No importaba! Estarían allí y lo sabrían. ¡Cómo sería de divertido!

Para Antonio, que era de más edad y comprendía mejor la gravedad de las circunstancias, no era "divertido" la palabra apropiada, sino más bien "maravillosamente interesante". Veía ahora con bastante claridad un cierto número de elementos del problema, pero uno por uno, sin llegar a reunirlos en un conjunto. Tenía esa impresión que se experimentaba cuando se quiere examinar un ópalo: vese a cada movimiento cambiar el color y nacer nuevos reflejos, pero no se consigue ver el ópalo mismo. Era como un hombre que quiere acomodar el centro de un aparato óptico a su campo visual y no da con el punto preciso. Siempre demasiado lejos o demasiado cerca, se fatiga los ojos en un esfuerzo excesivo, luego su vista se nubla, la acomodación se resiste. Su cerebro no asía el hilo que le hubiera permitido coordinar todos aquellos elementos fugitivos y dispares.

Empero, por momentos, le parecía tener casi la solución ... pero enseguida se le deslizaba ésta, se fundía, se evaporaba. Conocía la vida mejor que Bill; no obstante, hasta entonces, nunca se había visto mezclado a un caso criminal. El misterio, que ahora le obsesionaba, que lo espantaba a la vez que lo atraía, no era uno de esos crímenes vulgares que cualquiera puede cometer en un momento de cólera o de extravío; era algo mucho más horrible, demasiado horrible para ser real. Era menester, sin embargo, descubrir la verdad. Hizo un supremo esfuerzo... Pero no, aquella verdad se substraía a sus tentativas, la convergencia no se realizaba.

—Es inútil que me esfuerce así; renuncio a este método; por el momento al menos —dijo en alta voz, dirigiéndose a la casa—. Más vale que me contente con recoger hechos e impresiones sin pretender prematuramente coordinarlos. Quizá un solo hecho, surgiendo espontáneamente, baste para proyectar un haz de luz sobre todo el resto.

XIV

BEVERLEY SE REVELA UN GRAN ACTOR

Bill regresó sin aliento, después de haber comprobado que Cayley seguía junto al estanque.

—Parece que no han encontrado gran cosa, salvo cieno. He corrido a todo lo largo del camino para que nos quede disponible el mayor tiempo posible.

—Vamos, vamos —repuso Antonio—. Cuanto antes será mejor.

Una vez ante el compartimiento de los Sermones, Antonio bajó el famoso volumen del reverendo Teororo Ussher y buscó el resorte. Bill tiró. El panel se abrió.

—¡Señor! —exclamó Bill—, puede decirse que es verdaderamente un estrecho sendero...

Ante ellos bostezaba una abertura de una yarda de ancho, bastante parecida al hogar de un chimenea de ladrillos que hubieran suspendido a dos pies del suelo; pero el círculo de ladrillos de la entrada no parecía prolongarse en piso alguno: conducía al vacío. Antonio sacó de su bolsillo su lámpara eléctrica, la encendió y la hundió en aquel negro agujero.

—¿Ves? —le preguntó a Bill, que se consumía de impaciencia—; los peldaños comienzan seis pies más abajo.

Alzó su lámpara y observó, en el borde de ladrillos, una especie de empuñadura de hierro cuya forma recortaba la de un voluminoso pestillo.

—Te tomas de ahí y te dejas caer —dijo Bill—, al menos lo supongo. Me gustaría saber si este ejercicio fue del agrado de la señorita Norris.

—Cayley debió ayudarla... Asimismo, es gracioso.

—¿Quieres que yo descienda el primero? —preguntó Bill, ávido de acción. Antonio sacudió la cabeza sonriendo.

—Creo que más vale que sea yo, Bill, si no te contraría demasiado; justo para el caso...

—¿Qué caso?

—Bueno... en todo caso.

Bill hubo de contentarse con esta explicación. Por otra parte, estaba demasiado nervioso para profundizar su sentido. Continuó, simplemente:

—Pasa, entonces yo te sigo.

—Espera. Necesitamos asegurarnos primero de que podremos volver. Sería verdaderamente una pasada para el inspector permanecer aquí bloqueados por el resto de nuestros días. Ya bastante tiene con andar en busca de Marc. Si además se ve obligado a ponerse en nuestro seguimiento...

—Siempre podremos salir por el otro extremo del pasaje.

—Todavía no estamos seguros. Creo que haré mejor en entrar solo un momento justo el tiempo de bajar y volver a subir. Te prometo lealmente no emprender ninguna exploración.

—Como quieras.

Antonio se sentó en el borde de ladrillos, alargó los pies y permaneció un instante allí, balanceando sus piernas en el vacío. Proyectó en el tenebroso orificio los rayos de su lámpara para asegurarse del sitio donde comenzaban los peldaños, la volvió al bolsillo, asió la agarradera delante de él y se dejó deslizar. Sus pies alcanzaron el primer peldaño y se detuvieron.

—¿Todo va bien? —preguntó ansiosamente Bill.

—Muy bien. Iré únicamente hasta el pie de la escalera y regreso. Quédate aquí.

Su luz brilló más abajo. Su cabeza principió a desaparecer. Durante algunos segundos, Bill, tendido el cuello por encima de la abertura, pudo ver todavía algunos destellos luminosos y oír débilmente el ruido de un pie inseguro que tanteaba el piso; imaginó después, más bien que ver u oír, y al fin se halló solo.

¿Solo? De ningún modo. Un ruido de voces resonó súbitamente en el hall.

Bill se volvió con un movimiento brusco, como impulsado por un resorte.

—¡Misericordia! Es Cayley...

Si no tenía el espíritu tan vivo como Antonio, tenía al menos el gesto pronto cuando se trataba de obrar. Y era únicamente acción lo que exigían las circunstancias. Cerrar la puerta secreta sin dejar la menor huella ni producir el más leve ruido, volver a poner los libros en su orden habitual, correr a otro compartimiento para que lo sorprendieran profundamente sumido en el Badmiton o el Baedeker o cualquier otra obra que los dioses clementes enviaran en su ayuda... Lo difícil no era decidir lo que había de hacerse, sino ejecutarlo en cinco segundos, ni uno más...

—Ah, está usted ahí —dijo Cayley, desde la puerta.

—Así es —respondió Bill, con acento de sorpresa, apartando los ojos como a su pesar del cuarto volumen de *La vida y las obras de Samuel Taylor Coleridge*—. ¿Ya concluyeron?

—Concluido, ¿qué?

—Con el estanque —respondió Bill, preguntándose qué razón podría invocar para justificar una lectura de Coleridge con un tiempo tan magnífico.

Hizo un esfuerzo sobrehumano para dar con un buen motivo... ¿Verificar una cita? ¿Una discusión con Antonio? Sí, eso podía servir; pero ¿qué cita?

—Oh, no, todavía se encuentran allá. ¿Dónde está Gillingham?

"El antiguo marinero"... Agua, agua, agua por todos lados... Sí, había un verso así o parecido en aquel poema... Y le preguntaban dónde estaba Gillingham...

—¿Tony? Oh, no debe andar muy lejos. Nos disponíamos a dar una vuelta por el pueblo... Entonces, en el estanque, ¿dice usted que no han hallado nada?

—No. Pero esa búsqueda les interesa. En cuanto puedan decir que está hecha, ya no tendrán escrúpulos al respecto.

Bill, que había principiado a hojear sus poemas alzó los ojos para responder:

—Sí, en efecto.

Y reanudó su lectura.

—¿Qué lee? —preguntó Cayley, que, acercándose, inspeccionó con el rabillo del ojo el compartimiento de los Sermones.

Bill, que sorprendió esa mirada casi imperceptible, se estremeció. Explicó penosamente, buscando las palabras:

—Quería hallar una cita. He hecho una apuesta con Tony. Aquel verso... ejem... del agua, del agua, del agua por todas partes... y... ejem... ni una gota para beber, o algo parecido.

Pero aquello no bastaba; necesitaba a toda costa hallar en qué había consistido la apuesta misma.

—Y ni siquiera una gota para beber, si desea el texto exacto —precisó Cayley.

Bill quedó muy sorprendido. Después una sonrisa iluminó su rostro. Preguntó:

—¿Está seguro?

—Sí.

—Entonces, me evita usted una larga investigación. Fue precisamente respecto a esto que habíamos apostado.

Cerró ruidosamente el libro, lo volvió a su sitio y buscó su pipa y su tabaco, continuando:

—Fui un tonto en apostar con Antonio; él conoce todo esto mejor que yo.

Hasta ahora la cosa no iba del todo mal; sólo que Cayley seguía allí, en la biblioteca, y Antonio, sin recelar nada, podía salir de un momento a otro del pasaje. Ni siquiera sorprendería a Antonio, cuando quisiera volver, hallar la puerta cerrada, puesto que fue para ver si era posible abrirla fácilmente desde el interior que había descendido. En cualquier instante el panel podía girar sobre sus goznes y mostrar en la abertura la cabeza de Antonio. ¡Bonita sorpresa para Cayley!

—¿No quiere acompañarnos hasta el pueblo? —propuso Bill, a todo evento, frotando una cerilla.

Suspenso de los labios de Cayley, aspiró con insólito vigor la primera bocanada para ocultar su ansiedad.

—¡Imposible! Parto para Stanton.

Bill despidió una enorme bocanada de humo, a la cual su corazón entero añadió un profundo suspiro de alivio.

—Es una lástima. Tomará usted el coche, supongo.

—Sí, el auto va a estar inmediatamente preparado. Tengo justo el tiempo de escribir una carta.

Se sentó a la mesa y preparó una hoja de papel...

La puerta secreta estaba frente a él. Si se abría, no podía dejar de verla. A cada segundo la probabilidad de que la viera abrirse aumentaba.

Bill se dejó caer en un sillón e hizo un llamado a todos los recursos de su cerebro. Era necesario advertir a Antonio. Desde luego, pero ¿cómo? ¿Cuáles son los medios de transmitir una señal a alguien? ¿Los códigos convencionales? ¿El alfabeto Morse? Sí, quizá; pero ¿Antonio lo sabía? Bill mismo, ¿los sabía bastante? Había aprendido algunas nociones, en otra época, en el ejército; pero no las suficientes como para enviar un verdadero mensaje. De todos modos, un mensaje era imposible: Cayley oiría el ruido de su transmisión. Sería cosa, entonces, de no enviar

más que una letra. ¿Cuáles letras conocía? Y sobre todo, ¿qué letra podría tener el máximo de significación para Antonio?

Sus dientes apretaban el caño de su pipa, mientras sus ojos iban de Cayley, sentado ante la mesa, al reverendo Teodoro Ussher, encaramado en su estante. ¿Qué letra? Una "C", para significar Cayley. ¿Comprendería Antonio? Probablemente no. No importa, breve, larga, breve; un trazo, un punto, un trazo, un punto. ¿Sería así? Sí, estaba seguro. C: trra-ta-trra-ta.

Las manos en los bolsillos, se levantó y púsose a caminar de arriba abajo, canturreando, en la actitud de quien espera a un amigo que debe pasarlo a recoger para un paseo.

Llegó, como quien no quiere la cosa, a los libros colocados detrás de Cayley y comenzó a golpear maquinalmente sobre los compartimientos, al mismo tiempo que miraba los títulos.

Trra-ta-trra-ta.

Al principio, aquello no se parecía a nada; no conseguía atrapar la cadencia.

Trra-ta-trra-ta.

Ya iba mejor. Ahora había llegado otra vez frente a Samuel Taylor Coleridge. Pronto comenzaría Antonio a oírlo.

Trra-ta-trra-ta.

Justo el tamborileo sin objeto de un hombre que se está preguntando qué volumen se llevará para leer sobre el césped. ¿Percibiría Antonio la señal? De un departamento a otro, en todas las ciudades del mundo, nunca se deja de oír al vecino que golpea su pipa para vaciar el hornillo... ¿Antonio comprendería? Trra-ta-trra-ta. Antonio, ¡la C es por Cayley! ¡Cayley está aquí! ¡Por favor, escucha!

—¡Señor! ¡Sermones! —exclamó Bill, riendo. (Trra-ta-trra-ta.)— ¿Los leyó usted, Cayley?

—¿Cómo?

Cayley levantó bruscamente los ojos. La espalda de Bill se deslizaba lentamente a lo largo de los paneles, sus dedos batían la llamada sobre la madera a cada paso que daba.

—A fe que no —respondió Cayley con una risita. Bill tuvo la impresión de que aquella risa era forzada.

—Yo tampoco.

Ahora dejaba atrás los Sermones, la puerta secreta... pero seguía tamborileando, con el mismo gesto descuidado y automático.

—¡Por favor, siéntese! —estalló Cayley, exasperado—. O salga, si no puede estarse en un sitio. —Bill se volvió estupefacto.

—¿Cómo? ¿Qué hay?

Cayley se sintió un poco avergonzado de su movimiento de impaciencia.

—Discúlpeme, Bill. Tengo los nervios a flor de piel, hoy. Su modo de tocar el piano tan pronto sobre un compartimiento, como sobre otro, y de agitarse...

—¿Tocar el piano? —preguntó Bill con la mayor inocencia.

—Pues sí, tamborileaba usted canturreando. Perdone; de veras que eso me irritó los nervios.

—Mi querido amigo, lo lamento muchísimo. Salgo al hall.

—No, no, quédese, no es nada —respondió Cayley, reanudando su carta.

Bill se sentó. ¿Antonio habría comprendido? En todo caso no se podía hacer otra cosa que esperar la partida de Cayley.

"Si me preguntaran cuál es mi verdadera vocación, pensó Bill con orgullo, responderé que he nacido para el teatro. ¡Es en el escenario, que debiera yo estar, como actor completo!"

Un minuto, dos minutos, tres minutos... cinco minutos transcurrieron. La situación parecía salvada. Seguramente Antonio había adivinado.

—¿El coche está ahí? —preguntó Cayley, sellando su carta.

Bill dio algunos pasos por el hall, se volvió para gritar que el auto esperaba, y salió diciendo unas palabras al chófer. Cayley se le reunió. Estaban de pie uno al lado del otro en la escalinata cuando una voz bien conocida resonó detrás de ellos. Era Antonio.

—Siento haberte hecho esperar, Bill.

Bill hizo un inmenso esfuerzo para no manifestar su emoción y respondió un poco al azar que eso no tenía ninguna importancia.

—He de partir —dijo Cayley—. Van al pueblo, ¿no?

—Sí.

—¿Podrían hacerme el favor de depositar de mi parte esta carta en Jallands?

—Con mucho gusto.

—Mil gracias. Hasta la vista.

Les dirigió una última señal de despedida y subió al auto.

No bien estuvieron solos, Bill se volvió ávidamente hacia su amigo.

—Volvamos a la biblioteca, ¿quieres?

—Bien, ¿y qué? —le preguntó, una vez allí, muy nervioso. Jadeante, Antonio se dejó caer en un sillón.

—Déjame respirar un momento. ¡He corrido tan de prisa!

—¿Corrido?

—Naturalmente. ¿Cómo crees entonces que he vuelto?

—¿Quieres decir que saliste por el otro extremo del pasaje?

—Claro...

—Cuéntame: ¿me oíste tamborilear?

—Desde luego. Eres un hombre genial, Bill.

—Ya sabía que comprenderías —dijo Bill, enrojeciendo de placer—. ¿Adivinaste que quería señalar a Cayley?

—Fue lo menos que pude hacer después que te habías distinguido tan brillantemente. Debiste vivir momentos apasionantes.

—¿Apasionantes? ¡Dios todopoderoso! Sí, pero quizá no en el sentido que tú crees.

—Dime cómo ocurrió.

Todo lo modestamente que pudo, Beverley explicó la escena en cuyo transcurso sintió nacer y crecer en él una súbita vocación por el teatro.

—Querido —dijo Antonio, cuando el otro hubo concluido—, eres el más maravilloso Watson que nunca haya existido.

Se levantó, tomó en las suyas las manos de Bill y declamó en tono dramático:

—¡Bill, amigo mío, nada habría en el mundo que tú y yo no pudiéramos cumplir juntos, si quisiéramos tomarnos el trabajo de consagrarle nuestros talentos!

—¿Por qué haces el tonto? Ya sabes que me falta miga...

—Siempre respondes estupideces cuando te hablo seriamente. En todo caso, no sé cómo agradecerte lo que hiciste. Esta vez nos has salvado.

—¿Estabas a punto de subir?

—Sí. Vacilaba cuando te oí golpear. Me había sorprendido mucho encontrar la puerta cerrada. Evidentemente, mi expedición sólo había tenido por objeto ver si podía abrirla sin dificultad desde el otro lado; pero me dije que seguramente tú no la habrías empujado sino en el último momento, al verme regresar.

"Entonces, empecé a oírte golpear, y comprendí que algo debía ocurrir.

"Me senté y no me moví. Cuando la C se aproximó distintamente, pensé: "¡Cielos, es Cayley!" Brillante deducción, ¿no?... y huí como una liebre hasta el otro extremo del pasaje. Fuera, corrí a toda prisa, porque temía te hubieras ensarzado en laboriosas explicaciones si te preguntaban dónde estaba yo o algún otro detalle escabroso.

—¿No viste a Marc?

—No, ni Marc ni su... No vi nada.

—¿Qué ibas a decir? ¿Ni qué?

Antonio quedó un momento silencioso, luego prosiguió:

—No vi más que una cosa, Bill: una puerta en la pared, un armario cuya cerradura está asegurada. Si hay algo que encontrar, allí habrá que buscarlo.

—¿Marc podría estar oculto ahí?

—Lo llamé por el agujero de la llave, murmurando expresamente su nombre muy bajo para que creyese que era Cayley. No obtuve ninguna respuesta.

—Entonces volveremos a probar juntos. Ya encontraremos medio de abrir esa puerta. —Antonio hizo que no con la cabeza.

— No quieres que yo descienda —observó Bill, profundamente decepcionado.

Cuando Antonio habló, fue para dirigir otra pregunta:

—¿Cayley sabe conducir un automóvil?

—Ciertamente. ¿Por qué?

—¿Entonces podría fácilmente descender al chófer frente al pabellón que ocupa éste a la entrada de la propiedad y partir solo para Stanton o cualquier otro sitio?

—Sin duda, si necesita hacerlo. —Antonio se levantó:

—Escucha: hemos dicho que iríamos al pueblo, hemos prometido llevar esa carta; creo que es lo mejor que podríamos hacer.

—¡Oh! En fin, como quieras.

—¿Jallands? ¿Qué me contaste a propósito de Jallands? Ah, sí, la viuda Norbury.

—Eso es. Cayley parecía bastante enamorado de la chica. Es a ella que está destinada la carta.

—Entonces, vamos a llevarla. Es el partido más seguro. —Bill no estaba satisfecho.

—¿De modo que me conservarás completamente alejado de ese pasaje secreto, cuando tanto deseaba visitarlo? —protestó con cierta irritación.

—No hay en él absolutamente nada que ver, te lo aseguro.

—¡Siempre misterioso! Sin embargo, parecías turbado al volver. Estoy seguro que has visto algo.

—Sí, pero sólo lo que te he dicho.

—No me has dicho nada. No me hablaste más que de una puerta en la pared.

—Eso es lo que me inquieta, Bill; está cerrada y me espanta lo que pueda ocultar.

—Pero nunca sabremos lo que hay detrás si no vamos a cerciorarnos.

Antonio tomó a Bill por el brazo y lo arrastró hacia el hall, respondiendo:

—Ya sabremos esta noche de qué se trata, cuando nuestro querido amigo Cayley lo arroje al estanque bajo nuestros ojos.

XV

LA SEÑORA NORBURY HACE CONFIDENCIAS A GILLINGHAM

Dejaron la carretera y tomaron el caminito de suave pendiente que a campo traviesa conducía a Jallands. Antonio callaba, y como es difícil sostener largo tiempo una conversación con un hombre que no responde, Bill había concluido por guardar también silencio. Para desquitarse, canturreaba, golpeaba al azar las zarzas con su bastón y arrancaba a su pipa toda clase de ruidos incongruentes. Esto no le impedía observar la insistencia con que su compañero giraba constantemente la cabeza para mirar detrás de ellos, como si hubiera querido grabar en su memoria, para una ocasión ulterior, la topografía de los alrededores. Desde el sendero que seguían se podía percibir constantemente la carretera y, más allá, la clara proyección, sobre el cielo azul, de la cintura de árboles que bordeaba el muro del parque. Antonio, que acababa de volverse una vez más para observar atentamente, mostró de súbito a Bill un rostro sonriente.

—¿Por qué esa sonrisa? —preguntó Bill, feliz de ver a su amigo volverse más sociable.

—¡Cayley! ¿No has visto?

—Visto, ¿qué?

—Su coche, que acaba de pasar, allá, en el camino.

—¿Era eso lo que te preocupaba? Pues bien; querido, hace falta que tengas muy buenos ojos para reconocer a esa distancia un automóvil que no has visto más que dos veces desde tu llegada.

—Sí, tengo buenísimos ojos.

—Creí que iba a ir a Stanton.

—Eso es lo que él esperaba que tú creyeses... Es evidente.

—Entonces, ¿a dónde va?

—A la biblioteca, probablemente, para consultar con nuestro amigo Ussher, después de haberse asegurado que sus amigos Beverley y Gillingham están realmente en camino para Jallands, como lo anunciaron.

Bill se detuvo súbitamente en medio del sendero:

—¿Es posible? ¿Piensas verdaderamente que...? —Antonio se encogió de hombros.

—No me sorprendería en absoluto. Nuestra presencia, nuestra circulación por las diversas piezas de la casa debe molestarlo terriblemente. Tiene que aprovechar cada uno de los instantes en que está seguro de nuestra ausencia.

—¿Aprovechar para qué?

Para dar un descanso a sus nervios. Sabemos que está implicado en este asunto. Sabemos que oculta secretos. Aunque no nos sospeche de seguir su pista paso a paso, debe decirse que podemos en todo momento caer por azar sobre algún indicio revelador.

Bill emitió un gruñido de aprobación y reanudaron la marcha sin apresurarse.

—¿Y esta noche? —continuó Bill, después de un prolongado esfuerzo para soplar en su pipa obstinadamente taponada.

—Prueba con esto —dijo Antonio, tendiéndole una brizna de hierba.

Bill la introdujo en el tubo, sopló de nuevo, reconoció que la cosa iba mejor, volvió la pipa a su bolsillo y prosiguió:

—¿Cómo podremos salir sin que Cayley lo note?

—Esto exige reflexión. No será fácil... Lamento que no nos alojemos en la posada; todo habría sido mucho más sencillo... ¿No será esa la señorita Norbury?

Bill miró vivamente en la dirección indicada. Llegaban a Jallands. Era una vieja granja restaurada, que tras un sueño de siglos se había despertado en un mundo nuevo y tratado de manifestar su retorno a la juventud dando nacimiento a dos alas; pero alas de dimensiones tan reducidas que apenas habían modificado el carácter arcaico de la construcción. Aun con un cuarto de baño, Jallands continuaba siendo Jallands; en lo que se refiere al aspecto exterior, al menos, porque el interior exhibía, nítido, el sello de la señorita Norbury.

—Sí, es Ángela Norbury. No es fea, ¿no?

La joven que se mantenía delante de la pequeña barrera blanca merecía un calificativo más galante que el de "no fea". Pero, en esta materia, era para otra que Bill reservaba los superlativos. A sus ojos, todo lo que distinguía a una joven de la señorita Calladine, no podía ser sino severamente juzgado y condenado. Antonio, por el contrario, que no tenía razón alguna para embarazarse con normas de comparación tan relativas, la halló sencillamente arrebatadora.

—Cayley nos pidió que le entregáramos una carta, hela aquí —explicó Bill, una vez cambiadas algunas palabras de cortesía y terminadas las necesarias presentaciones.

—Dígale, le ruego, cuánto he sentido todo... todo lo que acaba de pasar. Parece imposible encontrar las palabras adecuadas, creer mismo en una cosa tan inesperada ... si lo que nos han referido es exacto.

Bill explicó sucintamente lo esencial de los acontecimientos de la víspera.

—¿Y todavía no han encontrado al señor Ablett?

—No.

La joven inclinó la cabeza con aire afligido.

—No consigo desechar la impresión de que esa desgracia le ha ocurrido a un extraño, a una persona a quien no conocemos.

Luego, con una sonrisa un poco grave todavía, añadió:

—Les ruego que pasen a tomar una taza de té.

—Muy amable de su parte, pero... —respondió Bill con alguna turbación.

—Pero aceptan, ¿no? —insistió la joven, dirigiéndose a Antonio.

—Con mucho gusto, gracias.

La señora Norbury quedó encantada de recibirlos, encantada como siempre que entraban en su casa hombres que parecían reunir las condiciones requeridas para una "candidatura eventual". Por fuerza tendría que llegar al fin el bendito día en que todo el esfuerzo de su vida se viera recompensado, un esfuerzo cuyo coronamiento se resumiría en estas palabras: "Se anuncia el próximo enlace de Ángela, hija del difunto John Norbury..." Después de lo cual, ella pronunciaría con gratitud un solemne *Nunc dimittis* y se iría en paz... por un mundo mejor, si así lo disponía el cielo, o, de preferencia a otra morada terrestre, donde un yerno de su agrado le ofrecería una existencia más digna y más confortable. Sin duda alguna, no le bastaba al candidato ser posible como marido; era preciso, además, que fuera deseable como yerno.

Por otra parte, no fue a título de "candidatos" que los visitantes provenientes de la Casa Roja recibieron tan amable acogida. Si les otorgó la sonrisa que no concedía habitualmente sino a los "posibles", lo hizo instintivamente, más que con premeditación. Todo lo que deseaba en aquellos momentos era noticias de Marc, de Marc ante quien muy próxima estaba a ganar la partida. Si hubiera sido de práctica hacer preceder la columna de los noviazgos oficiales que publica cada día el *Morning Post*, con una columna consagrada a los noviazgos inminentes como, en sentido inverso, se publican para los grandes personajes enfermos boletines de salud de más en más alarmante antes de hacer figurar su nombre en los "Avisos fúnebres", el número del día anterior habría triunfalmente gritado al mundo, o al menos a la parte del mundo al que aquella noticia podía interesar: "Un proyecto de matrimonio acaba de concertarse (por la señora Norbury) y va ciertamente a realizarse entre Ángela, hija única del difunto John Norbury, y Marc Ablett, de la Casa Roja". Bill, en busca de la página deportiva, al poner los ojos por casualidad en aquel anuncio, no habría quedado menos sorprendido, porque era su convicción que si uno de los dos sobrinos llegaba a ser el marido de Ángela, el tal no podía ser otro que Cayley. En cuanto a la joven, no deseaba a ninguno de los dos. Las maneras de su madre la divertían a menudo; más a menudo aún, sentíase desolada y hasta llena de vergüenza. Marc Ablett le era tanto más antipático, cuando que lo sentía unido con su madre contra ella. Otros pretendientes a quienes la señora Norbury había prodigado al principio sus sonrisas, pronto debieron apartarse ante el campeón preferido de la madre. Visiblemente, Marc contaba al menos tanto con aquella preferencia como con su propio poder de seducción, por elevada que fuese la idea que de sí mismo tenía. Los dos primos habían comenzado juntos a hacerle la corte, y la joven, defendiéndose como podía, pareció prestar oído más atento a los avances de Cayley, avances sin consecuencias y sin esperanza, porque a nadie se le habría ocurrido considerarlo seriamente como un posible candidato. ¡Ay! Cayley se había equivocado acerca de sus intenciones. Ángela jamás se imaginó que Cayley pudiera estar enamorado... jamás, hasta el momento en que tuvo que reconocerlo y tratar, aunque tarde, de detener su ímpetu. La necesaria explicación tuvo lugar precisamente cuatro días antes. No lo volvió a ver ella después, y he aquí que le enviaba él una carta. La sola idea de abrirla la espantaba. Experimentó un sentimiento de alivio al pensar que la presencia de extraños le suministraba un pretexto para diferir la lectura.

La señora Norbury se dio cuenta de inmediato que, de los dos visitantes, quien escucharía con mayor simpatía sus confidencias sería Antonio. En cuanto hubieron tomado el té, expidió a Ángela

y a Bill al jardín con la soltura de una mujer que tiene la costumbre de reservarse conversaciones particulares de este género, y Gillingham se halló sentado junto a ella en el sofá, enterándose de infinidad de detalles que le interesaban mucho más de lo que su huésped se hubiera atrevido a esperar.

—¡Es terrible! ¡Terrible! —repetía—; han llegado a insinuar que ese querido señor Ablett...

Antonio se limitaba a responder con algunos monosílabos aprobatorios.

—Usted mismo ha visto al señor Ablett. ¿Dónde se encontraría un hombre más amable y de más gran corazón?

Antonio explicó que jamás había visto al señor Ablett.

—Es cierto, lo olvidaba. Pero puede usted creerme, señor Gillingham; puede usted fiar, en este terreno, en la intuición de una mujer.

Antonio aseguró que no dudaba.

—¡Piense en lo que han podido ser mis sentimientos de madre!

Antonio pensaba en cuáles debían ser los sentimientos de hija de Ángela, y, sobre todo, en lo que habría podido decirse si hubiera adivinado que sus más íntimos intereses constituían el objeto de aquella conferencia con un desconocido. Pero ¿qué podía hacer él, sino escuchar y tratar de recoger al paso algunas de las indicaciones que necesitaba? ¡Marc prometido, o a punto de serlo! ¿Tendría esto relación con los acontecimientos de la víspera? Por ejemplo, ¿qué había pensado la señora Norbury de Robert, aquel pariente comprometedor, relegado hasta entonces al olvido? En la reaparición de Robert, ¿no habría una razón más para desembarazarse de él radicalmente?

—Siempre me ha desagradado, siempre...

—Ah, ¿la...? —Antonio se preguntaba de quién se trataría.

—Ese primo que vive con él: Cayley.

—¡Oh!

—Le pregunto, señor Gillingham: ¿soy mujer de ir a confiar mi hijita a un hombre capaz de matar a su hermano?

—Estoy segurísimo que no, señora.

—Si un crimen se cometió, ha sido por otro. —Antonio alzó hacia ella unos ojos interrogadores.

—Siempre me desagradó —continuó la señora Norbury en tono firme—; siempre.

"Sin embargo, pensó Antonio, esto no basta para probar que Cayley sea un asesino."

—¿La señorita Norbury mantenía buenas relaciones con él? —preguntó con prudencia.

—Nada había entre ellos —afirmó enérgicamente la madre—; nada. Lo repetiré a quien quiera oírme.

—Oh, disculpe. No tuve la intención de decir...

—Nada. Puedo asegurarlo en nombre de Ángela con una certidumbre absoluta. Si él hizo algunos avances... —Encogió sus rollizos hombros a modo de conclusión. Antonio esperaba ávidamente algunos detalles.

—Naturalmente, se veían. Quizá hasta... No sé. Pero mi deber de madre era claro, señor Gillingham.

Antonio manifestó su interés por un murmullo animador.

—Le hice comprender que... ¿Cómo diré? Que iba demasiado lejos; con todo el tacto necesario, por supuesto, pero muy claramente.

—Quiere usted decir —insistió Antonio, que se esforzaba en ocultar su emoción—, que le dio a entender que... que el señor Ablett y su hija...

La señora Norbury inclinó varias veces la cabeza en señal de asentimiento.

—Exactamente, señor Gillingham. Cumplí con mi deber de madre.

—Estoy segurísimo, señora, que nada le habría impedido cumplir con su deber. Pero eso debió ser bastante delicado, sobre todo, si no estaba usted completamente segura...

—Sufría la atracción de sus encantos, señor Gillingham, incontestablemente.

—¿Quién no la sufriría? —respondió Antonio con su más graciosa sonrisa—. Debió ser un rudo golpe para él, cuando...

—Por esta razón es que me felicité de haber hablado francamente. Me di cuenta enseguida que hubiera sido peligroso esperar un día más.

—La situación debió ser molesta cuando se encontraron después —sugirió Antonio.

—Naturalmente; no volvió aquí desde entonces. Pero un poco antes o un poco más tarde, una explicación tuvo sin duda lugar en la Casa Roja.

—Entonces, eso ha sido muy reciente.

—Con seguridad que la semana pasada.

—¡Ah! —dijo Antonio, que había retenido el aliento en la espera del tan deseado informe...

Ahora habría querido irse, sea para reflexionar tranquilamente en la nueva situación que acababa de serle revelada, sea para cambiar de interlocutora con Bill durante algunos minutos. La señorita Norbury, desde luego, no estaría tan dispuesta como su madre a confiarse a un extraño. Sin embargo, escuchándola, habría oído repicar la otra campana. ¿Por cuál de los dos se había sentido inclinada: ¿Cayley o Marc? ¿Amaba a éste? ¿O a su primo? ¿O a ninguno de ambos? El testimonio de la señora Norbury no era válido sino en lo concerniente a sus propios pensamientos y actos. Acerca de este punto, ya se había asegurado. Sólo la hija podía aún decirle algo nuevo. Pero la señora Norbury continuaba discurriendo infatigablemente.

—Las jóvenes son tan aturdidas, señor Gillingham... ¿Qué sería de ellas si no tuvieran madres que las guiaran? Me di tan claramente cuenta desde el principio que ese querido señor Ablett era exactamente el marido que necesitaba mi hija. ¿No llegó usted a conocerlo?

Antonio repitió que nunca lo había visto.

—¡Un verdadero caballero, de maneras encantadoras! Y un temperamento de artista; un verdadero Velázquez.. o más bien un Van Dyck... A Ángela se le había puesto en la cabeza que no se casaría jamás con un hombre que llevara barba, como si tuviera eso la menor importancia, cuando...

Se interrumpió y Antonio concluyó su pensamiento:

—La Casa Roja es una deliciosa morada.

—¿No es cierto? No es como si el señor Ablett hubiera tenido un físico desagradable o maneras vulgares. Al contrario, es tan distinguido... Estoy segura que esta es también la opinión

de usted.

Antonio explicó una vez más que no había tenido el placer de encontrarse con el señor Ablett.

—Sí, estaba en el centro del movimiento literario y artístico; en fin, tan deseable desde todos los puntos de vista.

Exhaló un profundo suspiro y se recogió algunos instantes para recobrar aliento. Antonio iba a aprovechar la ocasión para despedirse, pero la mujer prosiguió con renovada energía:

—¡Y su bribón de hermano! El señor Ablett quiso ser perfectamente leal conmigo, señor Gillingham. Me habló con mucha franqueza y yo le aseguré que eso en nada alteraría los sentimientos de mi hija a su respecto. Después de todo, ese hermano estaba en Australia.

—¿Fue ayer cuando le habló?

Antonio se decía que si Marc no se había decidido a hacer mención de su hermano sino después de recibir la noticia de su inminente llegada, su perfecta franqueza se unía a una buena proporción de sentido práctico.

—¡Ayer! ¿Cómo se le puede ocurrir? Era imposible, puesto que ayer... ¡ay!

Se estremeció meneando la cabeza.

—Pensé que hubiera podido pasar a verla por la mañana.

—Oh, no, señor Gillingham; hay casos en que más vale que un enamorado no se muestre demasiado asiduo. Por la mañana, no. Habíamos convenido juntos que por esta querida Ángela... No, en absoluto. Fue anteayer que vino a sorprendernos a la hora del té.

Antonio pensó que las últimas palabras de la señora Norbury no armonizaban con sus seguridades del principio, según las cuales Marc y su hija hubieran podido ser considerados como prometidos. Confesaba ahora que habría sido peligroso coaccionar a Ángela y que, en realidad, el corazón de la joven no suspiraba de ningún modo por esa unión.

—Anteayer. Se encontró con que Ángela estaba ausente. Por otra parte, esto no tenía importancia. Se dirigía en auto a Middleston y no tuvo sino el tiempo justo de tomar una taza de té. De modo que aun cuando ella hubiera estado aquí...

Antonio aprobó distraídamente. Acababa de saber algo nuevo. ¿Por qué Marc había estado en Middleston la antevíspera? Oh, después de todo, pudo decidirse por mil razones completamente independientes de la muerte de Robert.

Se levantó. Necesitaba estar solo, al menos, solo con Bill. La señora Norbury le había suministrado numerosos temas de reflexión; pero el hecho esencial que se desprendía de la conversación era éste: Cayley tenía un motivo para odiar a Marc. La señora Norbury había señalado claramente este motivo. ¿Odiarlo? Estar celoso, en todo caso, y era bastante.

—Mira —explicó a Bill, cuando tomaron el camino de vuelta—, sabíamos que Cayley no temió suministrar bajo juramento a la justicia un falso testimonio y comprometerse gravemente en este asunto. Nos decíamos que sólo podía obrar así por uno de los dos móviles siguientes: o para salvar a Marc, o para perderlo. Era preciso que estuviese con todo su corazón a favor de él o contra él. Pues bien, ahora sabemos que está contra él.

—No es seguro —protestó Bill—. No siempre se intenta labrar la ruina de un hombre porque se sea su rival en amor.

—¿Tú crees? —preguntó Antonio, sonriendo. Bill enrojeció, replicando:

—Quizá me equivoque. Quería únicamente decir...

—Tú no llegarías sin duda a suprimir a un rival, Bill; pero menos aún llegarías hasta cometer un perjurio para sacarlo de una situación peligrosa en que deliberadamente se hubiera colocado.

—¡Cierto que no!

—Entonces, de las dos alternativas, la otra es la más verosímil.

Habiendo transpuesto la empalizada del último campo que los separaba del camino, volviéronse y se apoyaron un instante para echar una última ojeada a la casa que acababan de dejar atrás.

—Linda casita, ¿no? —observó Bill.

—Muy bonita, pero bastante extraña.

—¿Extraña? ¿En qué?

—¿Dónde está la puerta de entrada?

—¿Cómo? Pero si acabas de pasar por delante...

—Entonces, ¿no tiene avenida de acceso, camino, nada? —Bill se echó a reír.

—No. Esto es lo que la hace atractiva para ciertas personas; lo que hace, también, que el alquiler sea tan poco elevado y no exceda los modestísimos recursos de los Norbury.

—Eso no debe ser cómodo para los equipajes, las entrega de los comerciantes y lo demás.

—Hay una pista para los coches, de ese lado (su dedo indicaba la dirección); pero los autos no pueden pasar del camino. Los millonarios que buscan villas de fácil acceso para sus *weekends* nunca vendrían aquí; o bien, tendrían que empezar por construir un camino, un garage y todo el resto.

—Sí —respondió distraídamente Antonio, prosiguiendo en dirección a la carretera.

Sólo más tarde fue que se acordó de esta conversación fortuita junto a la barrera de Jallands y que comprendió toda su importancia.

XVI

PREPARATIVOS PARA LA NOCHE

¿Cuál era aquel misterioso objeto que Cayley quería hacer desaparecer en el estanque durante la noche? Antonio creía saberlo ahora: debía ser el cuerpo de Marc. Desde el principio, esta respuesta había estado a punto de imponerse varias veces a su espíritu, pero la rechazaba con horror. Que Marc hubiera sido asesinado, quizá; pero ¡con tan fría premeditación! ¿Cayley era capaz de un acto semejante? Bill hubiera afirmado que no. ¡Vamos! ¡Cayley, su vecino de mesa en todas las comidas, el compañero con quien bromeaba en ocasiones, su compañero de juegos! Bill no podía admitir esta hipótesis porque él mismo jamás habría calculado y decretado así la muerte de quienquiera que fuese, y porque tenía por supuesto que la mentalidad de los otros se asemejaba a la suya. Antonio, en cambio, no se hacía tantas ilusiones. A diario se descubren crímenes. Un asesinato acababa de cometerse en la Casa Roja: el cadáver de Robert daba fe. ¿Por qué no se habría producido otro más?

¿Marc estaba realmente en el escritorio en el momento fatal? El único testigo que lo afirmaba (fuera de Cayley, que, evidentemente, no contaba), era Elsie. Elsie decía ciertamente haber oído su voz; pero Bill reconocía que era una voz muy particular, facilísima, por tanto, de imitar. Puesto que Bill lo imitó con éxito, ¿por qué Cayley no habría hecho otro tanto?

Tal vez, después de todo, el crimen no se habría cometido en condiciones tan cínicas. Supongamos que Cayley haya sostenido por la tarde con su primo una discusión a propósito de esa joven que ambos cortejaban. Supongamos que Cayley haya matado a Marc, o voluntariamente en un acceso de cólera, o accidentalmente queriendo sólo golpearlo para arrojarlo a tierra. Supongamos que esto haya ocurrido en el pasaje, a eso de las dos, sea que Cayley hubiera conducido allí de intento a Marc, sea que el propio Marc le propusiera dar una vuelta por el sitio (Marc debía hallarse prendado de aquel pasaje secreto y sin duda iba a menudo a contemplarlo por puro placer). Supongamos a Cayley con aquel cadáver a sus pies. Siente ya cerrarse en torno de su cuello la soga del castigo. Su pensamiento, enloquecido, se orienta en una dirección, luego en otra, buscando frenéticamente una salida. Repentinamente, sin establecer de momento relación alguna entre aquel recuerdo y su situación, se acuerda que Robert se ha anunciado para las tres. Maquinalmente, consulta su reloj... falta una media hora. Es preciso encontrar un medio, muy rápido, inmediatamente. ¿Enterrar el cuerpo en el pasaje y dejar creer que Marc ha huido, despavorido a la noticia de la llegada de su hermano? No. Todos los presentes en el desayuno comprobaron que Marc, aunque fastidiado por la reaparición de aquella oveja descarriada, no

estaba de ningún modo aterrorizado. La historia no cuajaba. La trama era verdaderamente demasiado frágil... Entonces, ¿pretender que Marc vio a su hermano y que se querellaron? Disponer todas las apariencias de modo de hacer creer que Robert mató a Marc.

Antonio se representaba a Cayley en el pasaje, de pie junto al cuerpo de su primo, torturándose el cerebro, concibiendo y desechando las más extravagantes soluciones. ¿Cómo hacer pasar a Robert por el asesino, si Robert permanece vivo para afirmar lo contrario...? Entonces, supongamos que Robert muere también...

Saca otra vez su reloj (¡nada más que veinticinco minutos!). Sí, veamos, supongamos que Robert haya muerto también. Robert muerto en el escritorio, y Marc en el pasaje... ¿Qué partido sacar de esta nueva situación? ¡Era cosa de volverse loco! Si, por una circunstancia cualquiera, ambos cadáveres fuesen hallados uno al lado del otro... ¿Hacer pasar la muerte de Robert por un suicidio? ¿Era posible? No... ¡era para volverse loco! Demasiado difícil (¡nada más que veinte minutos ahora!). Demasiado difícil para solucionarlo en veinte minutos. Era preciso renunciar al suicidio: aparato escénico demasiado complicado... (¡nada más que diecinueve minutos!)

Luego, ¡la súbita inspiración! El cadáver de Robert en el escritorio, el de Marc oculto en el pasaje... Imposible hacer pasar a Robert por el asesino, pero ¡cuánto más fácil atribuir este papel a Marc! ¡Robert muerto y Marc desaparecido! He aquí la solución perfecta, la que debió saltarle a los ojos desde el primer momento; Marc habrá muerto a Robert; accidentalmente, sí, eso será lo más verosímil; luego ha huido, presa del pánico (mira el reloj por última vez). Nada más que quince minutos. Ahora le basta con este tiempo. Todo se arregla por sí mismo.

¿Las cosas ocurrieron así? ¿Era la explicación que tanto había buscado Antonio? Concordaba con los hechos, tal como él los conocía; pero la otra hipótesis que expusiera a Bill por la mañana no concordaba menos bien con esos mismos hechos.

—¿Qué otra hipótesis? —preguntó Bill.

De vuelta de Jallands a través del parque, se habían sentado cerca del tallar que dominaba el estanque. El inspector y sus auxiliares, concluido su trabajo, se habían retirado.

Bill, boquiabierto, había escuchado a Antonio desarrollar su nueva teoría, sin interrumpirle de vez en cuando más que con una exclamación de sorpresa o de indignación. Por todo comentario, observó simplemente al final:

—¡Es verdaderamente diabólico, este Cayley! Pero ¿en qué difiere de éste tu teoría de esta mañana?

—Dije que Marc, habiendo muerto accidentalmente a Robert, habría llamado a Cayley en su ayuda, y que Cayley, después de haberlo enviado a ocultarse en el pasaje, habría cerrado con llave, desde el exterior, la puerta del escritorio antes de aporrearla reiteradamente.

—Sí, ya recuerdo. Te mostraste muy misterioso cuando te pregunté qué podía sacarse en conclusión. No quisiste precisar.

Bill reflexionó algunos instantes antes de continuar:

—¿Querías decir, supongo, que Cayley habría tratado deliberadamente de traicionar a Marc para intentar hacer creer que éste era el asesino?

—Quería sobre todo prepararte para la idea de que probablemente hallaríamos a Marc en el

pasaje, muerto o vivo.

—¿Ahora ya no lo crees?

—Continúo creyendo que está, pero muerto.

—¿Supones que Cayley bajó después para matarlo, sea luego de nuestra llegada, sea luego de la llegada de la policía?

—Es la idea ante la cual retrocedí, pero que me persigue. ¡Semejante acto, cumplido a sangre fría, sería odioso! Quizá Cayley no sea incapaz de hacerlo; por mi parte, rehuso detener en ello mi pensamiento.

—Pero me parece que las dos hipótesis son igualmente odiosas. La otra no supone una sangre fría menos sublevante. Según tú, Cayley entra en el escritorio con la firme resolución de matar a un hombre con quien no ha tenido ninguna diferencia, a quien no ve desde hace quince años.

—Sin duda, pero esta vez es para salvar su cabeza. Aquí está toda la diferencia. Admito en este caso que haya sostenido antes con Marc una discusión violenta respecto a la joven y que no haya muerto a su rival sino en un súbito acceso de cólera. Entonces, con Robert, habría obrado por instinto de conservación, por defender su propia vida. No pretendo que esto sea más excusable sino más comprensible. Pienso que el cadáver de Marc yace actualmente en el pasaje y que debe estar allí desde... digamos las dos y media de la tarde de ayer. Esta noche, Cayley va a arrojarlo al estanque.

Bill arrancó unos puñados de musgo que se hallaban al alcance de su mano y los echó a lo lejos, diciendo:

—Quizá tengas razón; sin embargo, todo esto no son más que hipótesis y suposiciones.

—Evidentemente, y nada más —respondió Antonio riendo—; pero esta noche sabremos si he adivinado con exactitud o no.

El rostro de Bill se iluminó súbitamente:

—¡Esta noche, es cierto! ¡Qué magnífica aventura! ¿Cómo nos las arreglaremos?

Antonio guardó un instante de silencio y después resolvió.

—Hay que avisar a la policía, por supuesto, para que vigile el estanque esta noche.

—Claro —aprobó Bill con una sonrisa forzada que mucho se parecía a una mueca de despecho.

—Pero me parece que es aún prematuro hacerla partícipe de nuestras sospechas.

—Sí, en efecto —repitió Bill en tono solemne. Antonio se echó a reír.

—¡Farsante! ¡Conseguí que te descubrieras!

—Entonces, ¡al diablo con la policía! El asunto quedará entre nosotros. No veo por qué nos privaríamos del placer de desempeñar nuestro pequeño papel, que no carecerá de atracción.

—Tampoco yo veo por qué. De modo, pues, que prescindiremos de la policía esta noche.

Dos problemas había que resolver: primero, salir de la casa a escondidas de Cayley; segundo, recoger lo que Cayley arrojara al estanque.

—Coloquémonos en el punto de vista de Cayley —comenzó Antonio—. Aun cuando ignore que lo vigilamos, no podrá menos que cuidarse de nosotros. Está obligado a desconfiar de todos los habitantes de la casa y en particular de nosotros, a quienes se presume más inteligentes que los

demás.

Se detuvo un segundo para encender su pipa. Bill se regodeaba, muy decidido a mostrar que era más inteligente que la señora Stevens.

—Como tiene que hacer desaparecer una cosa esta noche, sin duda redoblará las precauciones para asegurarse que no lo observamos. Sentado esto, ¿qué va a hacer?

—Verificar, antes de comenzar, si estamos bien dormidos.

—Sí, venir a visitarnos en nuestros lechos; en fin, ver si estamos cómodos y no carecemos de nada.

—Es bastante fastidioso —observó Bill—. Podríamos cerrar nuestras puertas con llave; no sabría si estábamos.

—¿Cerraste alguna vez con llave la puerta de tu cuarto?

—Jamás.

—No, y puedes apostar que Cayley lo sabe. En todo caso, golpearía y tú no responderías. ¿Qué crees que pensaría?

Bill, abrumado, no respondió. Por último, tras de una nueva reflexión, repuso:

—Entonces, no veo cómo solucionar la dificultad. Pasará evidentemente por nuestros cuartos justo antes de partir y esto no nos dejará tiempo de llegar al estanque antes que él.

—Pongámonos en su lugar —dijo Antonio, aspirando suavemente el humo de su pipa—. Guarda el cuerpo o cualquier otra cosa en el pasaje. No va a tomar ese objeto en sus brazos para subir la escalera e ir a ver a nuestros cuartos si estamos despiertos. Comenzará por averiguarlo y sólo después bajará a buscar el cuerpo, lo que nos concederá un poco de tiempo.

—Sí, pero será muy escaso —observó Bill, poco convencido—; tendremos bonitamente que apurarnos.

—Espera. Una vez que haya descendido al pasaje y tomado el cuerpo, ¿qué hará a continuación?

—Saldrá —respondió Bill, siempre dispuesto a ayudar a su amigo.

—Sin duda, pero ¿por qué extremo? —Bill se enderezó bruscamente:

—¡Dios! ¿Supones que saldrá por el otro lado, por el cuadro de césped?

—¿Cómo podría hacerlo de otro modo? ¿Te lo representas recorriendo el espacio al cual dan las ventanas de la casa, a medianoche, con un cadáver a cuestas? ¿Te das cuenta de la sensación que experimentaría en la nuca preguntándose a cada paso si alguno de los habitantes de la casa, sufriendo de insomnio, no habrá escogido precisamente ese momento para entreabrir su ventana y echar una ojeada a la noche? Los claros de luna son magníficos en esta época, Bill. ¿Irá a cruzar el parque bajo la luna, con todas esas ventanas desde cada una de las cuales alguien podría mirarlo? Ciertamente que no, si cabe evitarlo. Para ello, le bastará con salir por la cabaña de juego de bochas, desde donde puede ganar el estanque sin pasar un solo instante a la vista de la casa.

—Tienes razón. Eso nos dará el tiempo necesario. Bueno. Ahora, ¿cuál es tu segundo punto?

—El segundo punto es marcar el sitio preciso del estanque donde echará... lo que va a echar.

—¿Para que podamos pescarlo?

—Si tenemos la suerte de distinguir lo que es, no nos tomaremos ese trabajo; la policía se

encargará de ello mañana. Pero si es algo que no podamos identificar desde lejos, debemos entonces tratar de recogerlo, para ver si merece ser comunicado después a la policía.

—Desde luego —repuso Bill, cuya frente cruzó una arruga—; pero, en el agua, la dificultad proviene de que cada gota de agua se parece a su vecina como una hermana gemela. Ve, pues, a señalar un sitio con relación a los otros. Quizá no pensaste en esto.

Antonio sonrió:

—Pues sí, Bill. Ven a ver de más cerca, ¿quieres?

Ganaron la linde del tallar y sentáronse en tierra silenciosamente, los ojos clavados en el estanque que se extendía abajo de ellos.

—¿Ves algo? —preguntó al fin Antonio.

—¿Qué?

—La empalizada, del otro lado.

—¿Qué quieres decir?

—Que es muy útil, nada más.

—Declara Sherlock Holmes en tono enigmático —subrayó maliciosamente Bill. Antonio replicó riendo:

—Es cierto, me encanta jugar a los Sherlock Holmes, pero no está bien de tu parte que no te prestes lealmente a la partida.

—¿Por qué dices, entonces, que esa empalizada es muy útil, mi querido Holmes? —interrogó dócilmente Bill.

—Porque puede servirnos de "punto de referencia" para señalar una posición en el estanque. ¿Comprendes?

—Sí. Es inútil que pierdas el tiempo en explicarme cómo se marcaría esa posición.

—No tengo ese propósito. —Miró al aire y prosiguió:

—Estás extendido aquí bajo un pino. Cayley avanza en el bote y arroja al agua su paquete. Tiras una línea que va de aquí a la barca y prolongas esta línea recta observando en qué sitio de la empalizada va a dar: digamos, por ejemplo, que al quinto poste, partiendo de la izquierda. Por mi parte, tiro desde mi árbol (buscaremos enseguida uno para mí), una línea que pasa igualmente por la posición del bote en el momento interesante y que concluye, pongamos por caso, en el vigésimo poste. En el punto de intersección de las dos líneas, estará el sitio preciso donde habremos de buscar. Q. E. L. Q. D. D.[2] Y es en ese mismo punto, olvidaba decirlo, que el incomparable zambullidor Beverley ejecutará su famoso número, la célebre zambullida que noche a noche cumplen los grandes acróbatas del circo.

La mirada de Bill no reflejó el menor entusiasmo.

—¿Hablas en serio? Esa agua es de una suciedad repugnante, ¿sabes?.

—No osaría contradecirte, Bill.

—Bien sabía que uno de los dos tendría que sacrificarse, pero esperaba... En fin, por suerte no hace frío.

—La temperatura ideal para un baño —concluyó Antonio, levantándose—. Ahora, busquemos un árbol para mí.

Apenas hubieron descendido hasta el borde del estanque, se volvieron.

Inmenso, imposible de confundir, el árbol de Bill alzaba sus altas ramas hacia el cielo, a cincuenta pies por encima de sus vecinos. Otro formaba pareja con él, al otro extremo del tallar, un poco menos alto, quizá, pero igualmente fácil de reconocer.

—Allí me colocaré —declaró Antonio, mostrándoselo a Bill—. Ahora, por el amor de Dios, cuenta con atención tus postes.

—Gracias, tengo demasiado interés en no equivocarme —replicó Bill con convicción—. No me gustaría pasarme toda la noche zambulléndome.

—La caída del objeto provocará un remolino en el agua. Fija bien el poste al cual llegará la prolongación de la línea recta trazada entre tu árbol y ese remolino; luego cuenta los postes hacia atrás hasta el comienzo de la empalizada.

—Comprendido, viejo, confía en mí. ¡Es infantil! Lo haría cabeza abajo.

—Es precisamente en esa posición que tendrás que representar el último acto —bromeó Antonio, sonriendo.

Sacó un reloj. Advirtiendo que tenían apenas tiempo de vestirse antes de la comida, se levantaron para regresar.

—Un último detalle me inquieta —continuó Antonio—. ¿Dónde está situado el cuarto de Cayley?

—Justo al lado del mío —respondió Bill—. ¿Por qué?

—No es imposible que se le ocurra hacerte una segunda visita al regresar del estanque. No creo que se tomara ese trabajo si estuvieses en otra parte de la casa; pero pasando de todos modos por delante de tu puerta puede querer echar una ojeada.

—No me encontrará; estaré en el fondo del agua, ocupado en comer limo.

—Sí... ¿No crees que podrías dejar en tu cama alguna cosa que en la obscuridad tomaría él por ti: una almohada envuelta en un pijama, a modo de brazo fuera de la colcha, un par de calcetines y cualquier prenda para representar la cabeza?... Ya comprendes. Estoy seguro que volvería a partir satisfecho después de haber comprobado que no cesaste de dormir apaciblemente...

Bill rió de buena gana.

—Oh, tengo precisamente un talento particular para esta clase de farsas. Voy a hacer una buenísima jugarreta. Pero ¿y tú?

—Yo habito en el otro extremo de la casa. No es probable que se preocupe por mí una segunda vez. ¡Estaré tan profundamente dormido cuando su primera visita! Y después de todo, podré hacer como tú, lo que será más seguro todavía.

Al entrar hallaron a Cayley en el hall. Los saludó y miró la hora:

—¡Ya es tiempo de que suban a vestirse!

—A eso íbamos —respondió Bill.

—¿Se acordaron de mi carta?

—Sí, si hasta tomamos el té en Jallands.

—¡Ah!

Cayley miró hacia otro lado y preguntó como al descuido:

— ¿Cómo están por allí?

—Nos encargaron transmitirle toda su simpatía y... y mil amabilidades.

—Gracias.

Bill esperó la continuación; pero, como ésta no llegó, llamó a Antonio y los dos amigos subieron juntos. En lo alto de la escalera, Bill se volvió para preguntar:

—Tony, ¿va todo bien?

—Eso creo. Pasa a buscarme antes de bajar.

—Entendido.

Antonio cerró su puerta, entreabrió la ventana y miró fuera. Su cuarto estaba justo encima de la puerta trasera de la casa. A la izquierda se extendía el muro lateral del escritorio que, saliente con relación al resto, sobresalía sobre el césped. Se podía salir fácilmente por la ventana, asentar el pie en el coronamiento de la puerta y, de aquí, deslizarse hasta el suelo. El regreso por el mismo camino no sería mucho más difícil; bastaría recurrir a la ayuda de un caño del agua situado precisamente en buen lugar.

Acababa Antonio de cambiarse, cuando entró Bill.

—¿Tus últimas instrucciones? —preguntó sentándose en el lecho—. A propósito, ¿con qué nos entretendremos después de la comida? Quiero decir inmediatamente después de la comida. ¿Con el billar?

—Con lo que quieras. Pero no hables tan alto —recomendó Antonio, bajando la voz—. Nos encontramos aquí más o menos encima del hall, y Cayley puede estar ahí.

Arrastró a su amigo hasta la ventana:

—Por aquí es por donde pasaremos esta noche. Por la escalera sería demasiado arriesgado. Acá es fácil. Ponte zapatos de tenis.

—Dime, para el caso en que no tenga ocasión de hallarme a solas contigo, ¿qué debo hacer cuando venga Cayley a... a abordarme en mi lecho?

—No es posible resolver estas cosas por anticipado. Sé todo lo natural posible. Si se contenta con golpear suavemente y entreabrir la puerta para mirar, hazte el dormido, sin exagerar los ronquidos. Si, por el contrario, arma escándalo, despiértate, restrégate los ojos y pregúntale qué lo conduce a tu cuarto a semejante hora. ¿Comprendes?

—Sí. ¿Y el maniquí? Principiaré a fabricarlo en cuanto suba y lo ocultaré bajo mi lecho...

—Eso es... Creo que nosotros mismos haríamos mejor en acostarnos completamente. No necesitaremos mucho tiempo para vestirnos, y eso le permitirá ganar el pasaje sin inquietud. Tú pasarás a recogerme a mi cuarto.

—Perfectamente. ¿Estás pronto?

—Sí.

Descendieron juntos.

XVII

BEVERLEY PRACTICA LA HIDROTERAPIA

Nunca les había testimoniado Cayley tanta amistad como aquella noche. Concluida la comida, les propuso un paseo. Caminaron juntos por delante de la casa, cambiando palabras insignificantes, hasta el momento en que Bill ya no se contuvo. A cada una de las veinte vueltas, había aminorado el paso frente a la puerta, esperando que aquella discreta señal sería comprendida. Pero sus compañeros no se daban por aludidos e, interminablemente, una nueva vuelta principiaba. Se resolvió por una actitud más firme y propuso, apartándose resueltamente algunos pasos:

—¿Si jugásemos al billar?

—¿Quiere? —preguntó Antonio a Cayley.

—Gracias, prefiero asistir a la partida de ustedes como espectador.

Efectivamente, sin separarse, permaneció allí, mirándolos jugar una primera partida, luego una segunda. Tras de lo cual fueron a tomar refrescos al hall.

—A esta hora, nada vale lo que la blandura de un buen lecho —dijo Bill, depositando su vaso —. ¿Vienes?

—Sí —respondió Antonio.

Concluyó su bebida y miró a Cayley.

—Tengo todavía una o dos cosas que hacer —explicó éste—; no tardaré después en imitarlos.

—Entonces, buenas noches.

—Buenas noches.

—¡Buenas noches! —gritó Bill, ya en medio de la escalera—. Buenas noches, Tony.

Bill sacó su reloj. Las once y media. No era probable que ocurriese algo antes de una hora, por lo menos. Abrió un cajón preguntándose cómo iría a vestirse para la expedición. ¿Camisa de franela, pantalón gris de franela, saco negro? Quizá un impermeable: era posible que tuviesen que estar extendidos en la tierra húmeda algún tiempo, entre el tallar, y... ¡buena idea!, una toalla; no la necesitaría sino al final, pero la enrollaría en derredor de su cintura... Zapatos de tenis... Bien, todo estaba pronto. ¡Ahora, a la preparación del maniquí!

Antes de meterse en la cama, consultó su reloj: las doce y cuarto. ¿Cuánto habría que esperar antes del pasaje de Cayley? Apagó la luz y de pie, en pijama, cerca de la puerta, dejó sus ojos acostumbrarse a la obscuridad. Percibía apenas el rincón de la pieza donde se hallaba la cama. Si Cayley, mirando desde la puerta, quería asegurarse de que el lecho estaba, en efecto, ocupado,

necesitaría más luz. Bill abrió un poco las cortinas. Ahora, aquello estaba más o menos bien. Echaría una última ojeada un poco más tarde, cuando el monigote de trapo estuviera instalado en la cama.

¿Dentro de cuanto tiempo vendría Cayley? En el fondo, para realizar su trabajo en el estanque, no necesitaba que sus amigos Beverley y Gillingham estuviesen dormidos: todo lo que le hacía falta era la certidumbre de que estaban tranquilamente en sus habitaciones. La expedición de Cayley no debía causar ningún ruido, no se señalaría por nada que pudiese atraer la atención del más desvelado de los huéspedes de la casa, a condición, precisamente, de que cada uno de éstos permaneciese en reposo en el interior. Pero, para asegurarse que nada tenía que temer de Antonio o de él, entraría en sus piezas y, para no ser notado, esperaría a que durmiesen bastante profundamente. En realidad, siempre se volvía a lo mismo. Así que esperaría a que estuviesen dormidos... que estuviesen dormidos... dormidos...

En un sobresalto de voluntad, Bill recobró el dominio de sus pensamientos vacilantes y consiguió despertarse. A ningún precio debía amodorrarse. Todo fracasaría si el sueño era el más fuerte... el sueño... sí, el sueño...

Algunos segundos más tarde, Bill recobró su completa lucidez y se puso a reflexionar intensamente. ¡Si Cayley no viniera! Si enseguida que los vio ganar otra vez sus cuartos, Cayley, considerando no tener razón alguna para desconfiar, se había puesto inmediatamente a la obra... Quizá en aquel mismo momento estuviese en el estanque, ocupado en hacer desaparecer su secreto. ¡Dios! ¡Cómo habían sido de estúpidos! ¿Cómo Antonio había aceptado semejante riesgo? Ponerse en el lugar de Cayley, como él decía... Pero si era imposible; no estaban en la piel de Cayley. Cayley estaría ahora en el estanque y no sabrían jamás lo que había arrojado...

¡Oh! ¿Qué era aquello? Un crujido... ¡Alguien se hallaba ahora en la puerta! Bill dormía, en una posición completamente natural. Una respiración un poco fuerte, en demanda, quizá; en fin, dormía... La puerta se abría. La sentía a sus espaldas que se abría... ¡Misericordia! Admitamos que Cayley sea un asesino; ahora también podría... No, era preciso no pensar en eso... Si Bill no alejaba inmediatamente este pensamiento, se volvería. No debía volverse. Estaba dormido, apaciblemente dormido. Pero ¿por qué aquella puerta no se cerraba? ¿Dónde estaba Cayley, ahora? Justo detrás de él... y al alcance de su mano... No, no debía pensar en eso, a ningún precio. Dormía. ¡Y aquella puerta que no se cerraba más!

Sí. La puerta volvía a cerrarse. El durmiente dejó escapar, por cierto que involuntariamente, un suspiro de alivio, pero un suspiro cuyo son nada ofrecía de anormal, la expiración de un hombre en pleno sueño. Añadió otro, para hacerlo más natural aún. Esta vez, la puerta estaba cerrada.

Bill contó lentamente hasta cien antes de levantarse. Tan rápida y silenciosamente como pudo, se vistió en la obscuridad. Instaló el maniquí en el lecho, arregló las frazadas para dejar una parte de él al descubierto, pero lo justo, no demasiado; luego fue a colocarse junto a la puerta para juzgar el efecto. Para cualquiera que se contentara con echar una ojeada al pasar, aparecía lo suficientemente visible en la sombra. Con mucha suavidad, calculando cada uno de sus movimientos, abrió la puerta. Todo estaba tranquilo. Ninguna luz se filtraba por debajo de la puerta de Cayley. Redoblando las precauciones para deslizarse a lo largo del corredor hasta el

cuarto de Antonio, entró.

Antonio se hallaba todavía acostado. Bill avanzó a través de la pieza para ir a despertarlo; pero el estupor lo clavó en el sitio, mientras su corazón latía desacompasadamente... Otra persona estaba en el cuarto.

—¡Todo va bien, Bill! —murmuró una voz junto a él.

Antonio, apartando las cortinas que lo ocultaban, apareció estupefacto, Bill lo miró con fijeza, sin hallar palabras.

—Está bastante bien logrado, ¿no? —dijo Antonio, señalando el lecho—. Ahora ven. Más vale que estemos en nuestro puesto lo antes posible.

Antonio dio el ejemplo, descendiendo él primero por la ventana; en el mayor silencio, Bill lo siguió. Luego de alcanzar el suelo sin ruido ni tropiezo, atravesaron el césped, y transpuesta la verja, se hallaron en el parque. Bill no se atrevió a hablar sino cuando estuvieron bastante lejos de la casa.

—¡Verdaderamente, creí que estabas en el lecho!

—Esperaba que lo creyeras. Me desagradaría ahora que Cayley no volviese. Sería una lástima haberse tomado tanto trabajo para nada.

—¿Todo pasó bien con él, hasta ahora?

—Sí, muy bien. ¿Y contigo?

Bill describió a su amigo, en términos emocionados, el temor que había experimentado cuando entró Cayley.

—No habría ganado mucho con matarte —observó prosaicamente Antonio—, sin contar los riesgos.

—Oh —dijo Bill—, ¡yo que creía que era su afecto por mí lo que se lo impidió!

—Lo dudo —concluyó Antonio, riendo—. A propósito, ¿no encendiste la luz para vestirte?

—Claro que no. ¿Hubieras querido que la encendiese? —Antonio se echó a reír y lo tomó por el brazo:

—Eres un espléndido conspirador, Bill. Tú y yo asociados conduciríamos a bien las más difíciles empresas.

El estanque parecía esperarlos. Bajo el claro de luna, su majestad era mayor; y los árboles que lo bordeaban, en la otra orilla, más plenos de misterio. Impresionado por aquel aplastante silencio, Antonio, casi sin darse cuenta, no se atrevió a hablar sino cuchicheando:

— He aquí tu árbol; allá está el mío. Mientras no te muevas, no hay peligro de que te vea. Cuando parta, no te incorpores antes de verme hacerlo a mí. No estará aquí antes de un cuarto de hora; no te impacientes.

—Entendido —murmuró Bill.

Antonio le dirigió sonriendo un último gesto animador y cada cual se instaló en su puesto.

Los minutos se deslizaron lentamente. Antonio, acurrucado entre las altas hierbas, al pie de su árbol, se planteaba un nuevo problema: ¿y si Cayley tenía que hacer esa noche más de un viaje? Al volver, los sorprendería en el bote, o, más exactamente, uno de ellos en el bote y el otro en el agua. Les quedaba el recurso de permanecer ocultos después de su partida, en previsión de un

posible retorno; pero, entonces, ¿cuánto tiempo sería necesario aguardar antes de asegurarse de que no volvería? Quizá fuera lo mejor dar una vuelta para situarse delante de la casa y esperar, para emprender sus búsquedas en el agua, que una luz hubiera recomenzado a brillar en su cuarto. Pero, procediendo así, ¿no corrían juntamente riesgo de estar ausentes durante su segunda visita al estanque, si en realidad la efectuaba? Era un dilema.

Antonio no apartaba sus ojos del bote, mientras examinaba en su espíritu los diversos aspectos de la situación. Y de pronto, como materializado en el sitio sin haber salido de parte alguna, Cayley estuvo allí, de pie, junto al bote, sosteniendo en la mano una bolsita marrón...

Cayley colocó la bolsa en el fondo del bote, montó él mismo y, apoyándose en la orilla con el remo, empujó suavemente para apartarse; luego, sin el menor ruido, bogó hacia el centro del estanque.

Ahora había llegado. La extremidad de los remos flotaba a sus costados. Separó las piernas para asir más fácilmente la bolsa, se inclinó sobre la proa del bote y mantuvo ligeramente sobre el agua el precioso bulto; después lo dejó lentamente hundirse. Permaneció todavía algunos momentos en observación, temiendo quizá que el saco subiese a la superficie.

Antonio comenzó a contar.

Ahora, Cayley había vuelto a su punto de partida. Ató de nuevo el bote, miró con precaución en derredor para asegurarse que no había dejado ninguna huella detrás de él, luego se volvió una vez más hacia el agua. Durante un tiempo que pareció larguísimo a los dos espectadores mudos que lo observaban, se mantuvo de pie sobre la orilla en medio de un silencio impresionante, destacándose su inmensa sombra bajo la luna. Al fin pareció satisfecho: su secreto, cualquiera que fuese, estaba sepultado para siempre. Con un suspiro cuyo significado fue para Antonio tan claro como si hubiera podido realmente oírlo, Cayley dio media vuelta y se desvaneció en la sombra con la misma discreción con que viniera.

Después de haberle concedido tres minutos para alejarse, Antonio salió del tallar y esperó a que Bill viniera a reunírsele.

—El sexto —murmuró Bill.

Antonio aprobó con un gesto y dijo enseguida:

—Voy a dar una vuelta por delante de la casa. Tú vuelve a tu árbol y vigila para el caso en que regrese Cayley. Tu cuarto es el último de la izquierda, ¿no? ¿Y el de Cayley el penúltimo?

—Sí.

—Bien. Quédate oculto hasta que yo vuelva. No sé cuánto tiempo necesitaré; te parecerá más largo de lo que será en realidad.

Aplicó a Bill una amistosa palmada en el hombro y se separó de él sonriendo.

¿Qué contenía el saco? ¿Qué otra cosa además de una llave o un revólver podía ocultar Cayley en él? Las llaves y los revólveres se sumergen por sí mismos; ninguna razón hay para encerrarlos en una bolsa. De modo que el saco debía contener algo que, abandonado en el agua, sobrenadaría; algo cuyo peso era necesario aumentar con piedras para que el paquete se hundiera a plomo.

Este misterio pronto quedaría aclarado. Por el momento estaba de más estrujarse el cerebro a su respecto. Bill tendría esa noche a su cargo una importante faena. Pero ¿dónde estaba el cadáver

cuya llegada esperó Antonio con tanta confianza? O bien, si no había cadáver, ¿dónde estaba Marc?

Otra pregunta, sin embargo, se planteaba con mayor urgencia: ¿dónde estaba Cayley? Tan pronto como pudo, Antonio había llegado delante de la fachada de la casa. Con el vientre a tierra en el bosquecillo que bordeaba el césped, esperaba el momento en que una luz se mostrara en la ventana de Cayley. Si la luz aparecía en la ventana de Bill, era que estaban descubiertos; eso significaría que Cayley había entrado a echar una ojeada en el cuarto de Bill, que el maniquí en el lecho no había bastado para engañarlo y que había hecho girar el conmutador para terminar de darse cuenta. Entonces, sería la guerra entre ellos. Al contrario, si era el cuarto de Cayley que se iluminaba...

Una luz brilló. Antonio se estremeció presa de violenta emoción. Era en el cuarto de Bill... ¡La guerra!

La luz persistió, tanto más viva cuanto que un cambio de dirección en el viento acababa de interponer bajo la luna una pantalla de nubes que sumía en la sombra todo el resto de la casa... ¿Bill había dejado, pues, sus cortinas abiertas? ¡Grave descuido! La primera falta que cometía, pero...

La luna resurgió y resplandeció de nuevo... En el ramaje bajo el cual estaba a medias oculto, Antonio rió por lo bajo: ahora percibía únicamente otra ventana más allá de la de Cayley, la ventana de Bill, que permanecía sumida en las tinieblas. La declaración de guerra quedaba diferida.

Antonio continuó extendido en tierra, vigilando el acostarse de Cayley. Después de todo, no era más que un simple deber de cortesía devolverle la solicitud que les había testimoniado al comienzo de la noche. ¿Habría sido cortés de su parte ir a entretenerse al estanque sin esperar a que su fatigado amigo estuviese cómodamente instalado en su lecho?

Durante este tiempo, Bill, que seguía esperando, perdía la paciencia. Su gran temor era echarlo todo a rodar olvidando la cifra seis, el sexto poste. Arrancó una ramita y la dividió en seis trozos que dispuso delante de él, en el suelo. Miró el estanque, contó los postes hasta el sexto y repitió en voz baja: "seis". Luego tornó a sus ramitas: uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete... ¡Siete! ¿Era el séptimo, entonces? ¿O bien la séptima ramita se hallaba por casualidad en tierra al lado de las otras? No, ciertamente que era el sexto poste. ¿Había dicho "seis", en efecto, a Antonio? Si era así, Antonio se acordaría y eso bastaba. Sí, seis. Arrojó a lo lejos la séptima rama y reunió las otras seis. Mejor sería que las pusiera en seguridad en su bolsillo. Seis: la altura de un hombre de elevada talla, su propia altura... seis pies, sería ese el mejor medio de acordarse.

Un poco más tranquilo respecto a este punto, principió a preguntarse qué podía contener el saco, y lo que pensaría Antonio; después se inquietó por la probable profundidad del agua y el cieno acumulado en el fondo. Continuó planteándose estos interrogantes y acababa de interrumpirse para exclamar: "¡Dios mío! ¡Qué vida!", cuando Antonio reapareció. Se levantó y descendió el talud a su encuentro, y sin darle tiempo al otro para abordarlo, le dijo en tono firme:

—Seis, el sexto poste a partir del extremo de la izquierda.

—Perfectamente —respondió Antonio sonriendo—. El mío es el décimo octavo, un poquito

más allá.

—¿De dónde vienes?

—Fui a ver a Cayley acostarse.

—¿Todo quedó bien?

—Sí. Si cuelgas en el sexto poste tu saco, lo reconoceremos más fácilmente desde lejos. Yo colgaré el mío en el décimo octavo. ¿Te desvistes aquí o en el bote?

—Comenzaré aquí y concluiré en el bote. ¿Estás seguro que no preferirías encargarte tú mismo de sumergirte?

—Completamente seguro. Gracias.

Contornearon a pie el borde del estanque para ganar el otro lado. Llegado al sexto poste de la empalizada, Bill se quitó su saco y lo suspendió bien a la vista, mientras Antonio hacía otro tanto para señalar el décimo octavo. Ocuparon después el bote, Antonio a cargo de los remos.

—Ahora, Bill, avísame en cuanto esté en la línea recta de tus dos señales.

Dirigió lentamente la embarcación hacia el medio del estanque.

—Ya están, más o menos —dijo por último Bill. Antonio cesó de remar y miró en derredor de sí.

—Sí, aquí me parece bien.

Hizo virar el bote sobre el sitio para apuntar la proa exactamente hacia el pino que había servido de escondrijo a Bill:

— ¿Ves mi árbol y el otro saco?

—Sí —respondió Bill.

—Bien. Ahora, voy a remar suavemente a lo largo de esta línea hasta que alcancemos su punto de intersección con la otra. Procura llegar a un resultado lo más preciso posible... Ganarás con ello.

—¡Alto! —ordenó Bill, después de unos instantes—. Un poco más atrás... un poco más... demasiado... avanza de nuevo ahí, está bien.

Antonio soltó los remos y verificó la posición. Hasta donde podía darse cuenta, estaba rigurosamente en el punto de intersección de las líneas que unían dos a dos los cuatro puntos señalados.

—Ahora, Bill, para ti el honor.

Bill se quitó su camisa y su pantalón y se preparó a saltar. Antonio lo retuvo:

—Por favor, viejo, no te zambullas desde el bote, le harías perder su posición. Déjate deslizar suavemente.

Bill entró en el agua sin provocar la menor sacudida y comenzó a nadar.

—¿Qué impresión te produce? —le preguntó su amigo.

—¡Está fría! ¡Tanto peor, ahora que ya estoy! Confiemos en Dios...

Dio un gran puntapié, se agitó un instante y desapareció en las profundidades. Antonio mantenía el bote y verificaba sin cesar su posición con relación a los puntos de mira.

Bill emergió ante él con un ruido de explosión. Casi enseguida protestó:

—¡Hay un lodo infernal!

—¿Hierbas, también?

—No, por suerte.

—Prueba de nuevo...

Como la primera vez; Bill descargó un puntapié en el agua y se sumergió, mientras Antonio rectificaba la posición de la embarcación. Proyectado como un tronco, el nadador reapareció, a proa esta vez.

Antonio le gritó, riendo:

—Estaba precisamente pensando que si te echase una sardina, serías muy capaz de atraparla al vuelo, con la boca.

—La verdad es que es muy fácil mostrarse espiritual cuando se está... donde estás tú. ¿Cuánto tiempo habré de continuar todavía?

Antonio sacó su reloj:

—Unas tres horas. Estamos obligados a encontrarlo antes del día. Pero apúrate, si puedes, porque no me siento muy calentito que digamos, sentado aquí esperándote...

Bill le arrojó a la cabeza un poco de agua y tornó a sumergirse. Esta vez permaneció en el fondo cerca de un minuto; pero cuando volvió a la superficie, una sonrisa iluminaba su rostro, todavía contraído:

—¡Lo tengo! Pero tiene un peso formidable; temo no ser lo bastante fuerte para subirlo yo solo.

—No te inquietes —dijo Antonio.

Sacó de su bolsillo un rollo de gruesa cuerda:

—Pasa esto por la manija del saco, si puedes. Después tiraremos los dos.

—¡Admirable! Piensas en todo.

Bill braceó para acercarse, atrapó un extremo de la cuerda y volvió a hundirse, gritando:

—¡Esta vez es la última, y es la vencida!

Dos minutos más tarde, la bolsa estaba segura en el bote. Bill trepó a bordo y Antonio remó hacia la orilla. Al llegar, dijo sencillamente:

—Hiciste un buen trabajo, Watson.

Fueron a recobrar sus sacos y Antonio, manteniendo en sus manos el de Bill, esperó a que éste se hubiera secado y vestido. Luego lo tomó del brazo, lo condujo hasta el tallar, depositó la bolsa y buscó en sus bolsillos.

—Me gustaría encender una pipa antes de empezar el inventario. ¿A ti no?

—Pues sí, a mí también.

Muy concienzudamente, se tomaron el tiempo de llenar sus pipas y encenderlas. La mano de Bill temblaba un poco. Antonio lo advirtió y le dirigió una sonrisa particularmente cordial para reconfortarlo.

—¿Estás pronto?

—Sí.

Sentáronse. Sujetando el bulto entre sus rodillas, Antonio manipuló con el cierre. El saco se abrió.

—¡Ropas! —exclamó Bill.

Antonio sacó la primera prenda y la sacudió para desplegarla: era un traje de franela marrón, todo mojado aún.

—Bill, ¿lo reconoces?

—Sí, el traje de franela marrón de Marc.

—¿El que su filiación indica como llevándolo puesto cuando huyó?

—Sí, así parece. Pero, ya te dije, poseía un número espantoso de trajes.

Antonio introdujo la mano en el bolsillo interior del saco y extrajo algunas cartas que consideró un instante, vacilando:

—Creo, sin embargo, que haría mejor en leerlas, justo para ver...

Bill, al que consultó con la mirada, hizo un gesto afirmativo. Antonio dirigió los rayos de su lámpara sobre los papeles y comenzó el examen. Bill esperaba ansiosamente.

—Sí, pertenecen a Marc. Oh, mira, mira...

—¿Qué encontraste?

—La carta cuyo texto indicó Cayley al inspector, la carta de Robert: "Marc, tu afectísimo hermano irá a verte..." Sí, creo que debo guardarla. De modo que era efectivamente su traje. Veamos el resto.

Sacó de la bolsa las prendas restantes y las extendió en tierra, entre ambos.

—Está absolutamente todo —observó Bill—: camisa, corbata, calcetines, hasta la ropa blanca y el calzado... un vestuario completo.

—¿Todo lo que llevaba ayer?

—Sí.

—¿Cómo lo explicas?

Bill meneó la cabeza y respondió con otra pregunta:

—¿Era un hallazgo de este género, lo que esperabas?

Antonio se echó a reír, exclamando:

—¡Oh, no, Bill, es verdaderamente demasiado absurdo! Esperaba... tú sabes bien lo que yo esperaba: un cuerpo. Un cuerpo con sus ropas. Que alguien haya tenido la idea de ocultar separadamente el contenido y la envoltura, pase aún: el cuerpo aquí, y las ropas en el pasaje, donde nada habría traicionado su presencia. Pero es justamente lo contrario. Se toma un trabajo infinito para hacer desaparecer aquí las vestimentas y no parece preocuparse lo más mínimo del cadáver. Antonio meneó la cabeza, prosiguiendo:

—Por el momento, estoy un poco desorientado, Bill; es todo lo que puedo decirte.

—¿Hay otra cosa? —Antonio buscó en la bolsa.

—Piedras, y... sí, he aquí todavía otra cosa. Sacó un objeto y observó, mostrándoselo a Bill:

—Mira.

Era la llave del escritorio.

—¡Cielos!, tenías razón...

Antonio volcó la bolsa sobre la hierba. Cayeron una docena de piedras y... otra cosa más. Bajó su lámpara:

—Otra llave, Bill.

Puso las dos llaves en su bolsillo y permaneció allí largo tiempo, silencioso, sumido en laboriosas reflexiones. Bill callaba también, para no turbar sus meditaciones. Empero, al fin, se resolvió a preguntar:

—¿Quieres que vuelva a poner todo en la bolsa? —Antonio, cuyo espíritu estaba lejos, volvió en sí con un estremecimiento.

—¿Cómo? Esas prendas... Ah, no, voy a ponerlas yo mismo; tú dame fuego, hazme el favor.

Muy lentamente, con una extrema atención, volvió a colocarlo todo en el saco, deteniéndose para examinar minuciosamente cada pieza con la certidumbre (tal fue, al menos, la impresión de Bill), que cada una debía tener algo que revelarle si lograba descifrar su secreto. Concluido este trabajo, Antonio ni se incorporó; con las rodillas en tierra, prosiguió absorto en sus pensamientos.

—¿Está todo? —preguntó Bill.

—Sí, todo —replicó Antonio—, y es precisamente lo que encuentro tan extraño. ¿Estás seguro que no falta nada?

—¿Qué quieres decir?

—Pásame la lámpara un instante.

Tomóla y la paseó por el suelo en derredor de ellos:

—Sí, está todo. Es curioso.

Se incorporó, sosteniendo la bolsa:

—Busquemos un sitio donde esconder nuestro tesoro y después...

No dijo más, pero empezó a caminar a través de los árboles. Bill lo siguió dócilmente.

Apenas desembarazados del saco, salieron del tallar, y Antonio, sacando del bolsillo las dos llaves, hízose más comunicativo:

—Una debe ser la del escritorio, supongo, y la otra la del armario del pasaje. Pienso entonces que podríamos ir a visitar el armario.

—¿Crees que esa sea verdaderamente la llave?

—Sí, porque de otro modo no veo de dónde podría provenir la segunda.

—Pero ¿por qué Cayley habrá querido deshacerse de ella?

—Porque, cualquiera que sea el servicio que ese armario le haya prestado, ahora ha concluido de llenar su oficio y porque nuestro amigo experimenta la necesidad de desinteresarse de todo lo que concierna al pasaje. Lo arrojaría al fondo del agua, si pudiese. Pienso que de una manera o de otra, al presente ya no tiene más interés para él; ni tampoco para nosotros, porque es poco probable que hallemos alguna cosa, lo que no nos impide ir a ver.

—¿Crees todavía que el cadáver de Marc pueda estar ahí?

—No. Y sin embargo, ¿en qué otro lugar iría a ponerlo? ... A menos que no me haya yo equivocado de medio a medio y que Cayley no haya matado jamás a nadie...

Bill había concebido ahora una hipótesis, pero vacilaba en someterla a su amigo:

—Quizá pienses que razono como un adoquín...

—Mi querido Bill, me siento yo mismo tan estúpido, que me consolaría comprobar que no soy el único.

—Entonces, me arriesgo. Supón que, como lo creímos al principio, Marc haya matado a Robert y que Cayley lo haya ayudado a escapar. No olvido que después me demostraste que no era posible. Supón, sin embargo, que haya ocurrido, de un modo que no sabemos y por razones que también ignoramos. Después de todo, en semejante enredo...

—Sí. Sigue...

—Estas prendas en cuya presencia nos hemos hallado de manera tan imprevista, ¿no crees que robustecen la teoría de la huida de Marc? El traje marrón de Marc estaba señalado por la policía. ¿Cayley no le habría traído otro al pasaje para que se lo pusiera antes de partir? Tras de lo cual Cayley, no sabiendo qué hacer del traje marrón, habría hallado lo más seguro arrojarlo al estanque.

—Sí —le respondió Antonio, que seguía su explicación con una atención extrema—. Continúa.

Animado, Bill prosiguió con más aplomo:

—Observa que esto parece concordar con lo que sabemos, y también con nuestra primera teoría según la cual, Marc, habiendo muerto accidentalmente a Robert, habría pedido consejo a Cayley. Naturalmente, si Cayley hubiera jugado limpio, hubiese hecho todo lo posible para tranquilizarlo. Pero no juega limpio: quiere apartar a Marc del camino que lo conduciría a él mismo hasta la joven que ama. Una ocasión única se le ofrece: traza a Marc un cuadro sombrío de los peligros que lo amenazan, lo enloquece, consigue convencerlo, que su única esperanza de salvación está en una huida secreta e inmediata. Por supuesto, hace todo lo que puede para que la desaparición de su primo se realice planamente porque, si dan con Marc, la trama de la traición de Cayley se pondría al mismo tiempo en evidencia.

—Bien. Pero ¿no exagera obligando a Marc a cambiarse de pies a cabeza, lo que representa una gran pérdida de tiempo?

Falto de explicaciones, Bill, muy decepcionado, dijo sencillamente:

—Oh, ¡es una lástima! —Antonio sonrió.

—Pero no, Bill, espera. Tu argumentación no es tan mala; hasta creo que el cambio de traje y de todas las demás prendas sería posible de explicar. Pero la verdadera dificultad está en otra parte: ¿qué necesidad tenia Marc de quitarse un traje marrón para ponerse otro azul (o de cualquier otro color, poco importa), si Cayley era la única persona que lo había visto de marrón?

—Su filiación, propalada por la policía, precisa que lleva un traje marrón.

—Sin duda; pero fue Cayley quien dio el informe a la policía. Mira, aunque Marc hubiera bajado a desayunarse con su traje marrón y los criados lo hubiesen visto, siempre habría podido Cayley afirmar que se había cambiado después del desayuno para vestirse de azul, puesto que Cayley fue el único que lo vio después. Así, con declarar Cayley al inspector que Marc estaba de azul en el momento de su desaparición, Marc no habría tenido más que huir tranquilamente con su traje marrón, sin tomarse el trabajo de cambiar de ropa.

—Pero, Tony, si es precisamente lo que hizo —exclamó Bill con acento de triunfo—. ¡Somos unos tontos!

Sorprendido, Antonio lo miró, luego meneó la cabeza:

—Sí, sí —insistió Bill—. Es evidente, ¿no lo ves? Marc había cambiado de traje después del

desayuno. Para facilitar su huida, Cayley mintió diciendo que conservó el traje marrón que los criados le vieron puesto. Después, temió que la policía, buscando entre los trajes de Marc, hallase el marrón; entonces lo ocultó y por fin lo arrojó al estanque.

Ansioso por conocer la opinión de su amigo, se volvió hacia él; pero Antonio no respondió. Disponíase Bill a continuar sus comentarios, cuando Antonio lo detuvo:

—¡Ni una palabra más, viejo, te lo suplico! Me has dado ya más materia de reflexión de la que puedo absorber de una sola vez. Cesemos de atormentarnos con todo esto hasta que hayamos dormido un poco. Vamos a ver ese armario y nos meteremos después en la cama.

El armario no les enseñó gran cosa. Aparte de algunas viejas botellas; estaba vacío.

—Henos aquí informados —concluyó Bill.

Pero Antonio, arrodillado en tierra, continuó paseando su lámpara por todos lados, en busca de alguna cosa.

Bill esperó, luego se resolvió a preguntarle:

—¿Qué esperas encontrar?

—Un objeto que no está aquí —respondió Antonio, que se incorporó quitándose el polvo del pantalón. Volvió a cerrar con llave el armario.

XVIII

DEDUCCIONES Y CONJETURAS

El sumario estaba fijado para las tres de la tarde. Tras de lo cual, no habría razón alguna para que la Casa Roja continuara ofreciendo su hospitalidad a Antonio. No corría este riesgo de que lo tomaran de sorpresa, porque a las diez de la mañana ya estaba cerrada su valija, pronta para ser expedida al George Hotel. Cuando Bill, después de un desayuno un poco más prolongado que de costumbre, entró en la habitación de su amigo, quedó no poco sorprendido por aquella prisa matinal.

—¿Por qué te has apurado tanto?

—No, si he hecho las cosas con toda tranquilidad; pero me parece inútil que regresemos aquí después del sumario. Prepara tú también ahora tus equipajes; después dispondremos de nuestra mañana.

—Como quieras.

Bill tomaba la dirección de su cuarto, cuando se volvió:

—¿Debemos decirle a Cayley que partimos para instalarnos en el George?

—Pero tú no vas a instalarte en el George, Bill, al menos oficialmente. Tú regresas a Londres.

—¡Ah!

—Sí. Pídele a Cayley que haga llevar tu valija a Stanton, para que la encuentres allí a la salida del tren, enseguida que haya tenido lugar el sumario. Puedes decirle que estás obligado a ir a ver con toda urgencia al obispo de Londres. El hecho de que tengas que regresar inmediatamente a Londres para recibir la Confirmación le hará encontrar más natural que yo reanude, solo en el George, después de tu partida, mis interrumpidas vacaciones.

—Entonces, ¿dónde voy a acostarme esta noche?

—Oficialmente, supongo, en el Fulham Jalace; en realidad, presumo que en mi lecho, a menos que la posada disponga de otra cama libre. He puesto tu ropa de Confirmación —entiéndase tu pijama, tus cepillos y lo esencial de tus cosas— en mi valija, a tu disposición. ¿Hay otra cosa que quisieras saber? ¿No? Entonces, ve a empaquetar el resto. Me encontrarás a las diez y media bajo la vieja encina hueca, en el hall, o en cualquier parte por ahí. Necesito hablar, hablar, hablar indefinidamente, y, para ello, me hace falta mi Watson.

—A tu disposición —dijo Bill, separándose de él para volver a su pieza.

Una hora más tarde, después de comunicarle a Cayley la versión oficial de sus proyectos, salieron al parque y no tardaron en encontrar un árbol a cuya fresca sombra sentáronse a sus

anchas.

Bill inició la conversación.

—Ahora, hazme el favor de participarme tus reflexiones.

—He tenido una multitud de brillantes ideas esta mañana, mientras tomaba el baño —comenzó Antonio—. La más brillante de todas es la de que hemos sido unos tontos y que, hasta ahora, planteamos al revés nuestro problema.

—Muy animador.

—Nada más difícil que actuar como detective cuando no se conoce nada de la profesión, cuando no se puede decir a nadie la actividad a que nos entregamos, cuando no se dispone de la facultad de convocar a las personas para interrogarlas y cuando no se tiene ni la energía ni los medios de hacer las pesquisas necesarias; cuando, en una palabra, se trabaja al azar y puramente como un aficionado.

—Pero —protestó Bill—, para ser aficionados, me parece que no nos hemos portado mal.

—Como aficionados, no. Sin embargo, creo que si hubiéramos sido profesionales, habríamos emprendido la solución de este caso partiendo del otro extremo: habríamos partido de Robert. No hemos cesado de interrogarnos acerca de Marc y de Cayley. Es la situación de Robert lo que habría que examinar.

—Lo que sabemos de él se reduce a tan poco...

—Veamos lo que sabemos. En primer lugar, que era un mal sujeto, la clase de hermano al que se esfuerza uno en imponer silencio en presencia de las personas bien educadas.

—Sí.

—Sabemos que avisó su inminente llegada a Marc en una carta bastante desagradable, ésta que tengo en mi bolsillo.

—Además, conocemos también un curiosísimo detalle: sabemos que Marc anunció a todos ustedes la venida de la oveja descarriada. ¿Por qué informarlos así?

—Era, sin duda —repuso Bill, tras un momento de reflexión—, que no podía evitar que viésemos a su hermano y que el mejor medio, en tales condiciones, venía a ser tomar francamente la delantera.

—¿No podía verdaderamente evitar que lo reconocieran? Ustedes estarían ausentes, jugando al golf.

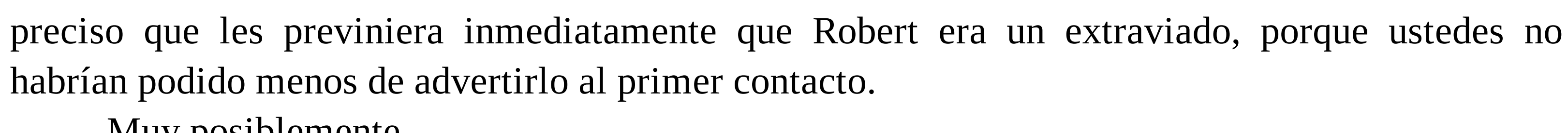
—Necesariamente debíamos verlo si se quedaba en la casa hasta el día siguiente.

—Muy bien. He aquí un descubrimiento interesante. Marc sabía que Robert pasaría la noche en su casa; o, si lo prefieres, sabía que no tenía probabilidad alguna de obtener la inmediata partida de Robert.

La curiosidad de Bill se despertaba. Miró atentamente a su amigo, diciéndole:

—Continúa, que esto se pone interesante.

—Marc sabía aún otra cosa —prosiguió Antonio—: sabía que Robert no dejaría de manifestar ante ustedes su verdadero carácter al primer encuentro. Imposible hacerlo pasar sencillamente, a ojos de sus huéspedes, por un hermano apasionado de los viajes, matizado todo lo más con un ligero acento exótico, que su prolongada estada en los Dominios habría bastado para explicar. Era


preciso que les previniera inmediatamente que Robert era un extraviado, porque ustedes no habrían podido menos de advertirlo al primer contacto.

—Muy posiblemente.

—Por otra parte, ¿no te sorprendió la rapidez con que Marc tomó sus decisiones?

—¿Qué quieres decir?

—Abre esa carta durante el desayuno; la lee; apenas ha concluido de enterarse de su contenido, cuando les hace a todos confidencia de la noticia. Así, en poco más de un segundo, encara toda la cuestión y adopta una decisión, puede decirse que dos decisiones: examina la posibilidad de desembarazarse de Robert antes del regreso de ustedes y concluye que es imposible; se pregunta si Robert sería capaz de conducirse en público como un hombre conveniente, y concluye que es muy improbable. Llega a estas dos decisiones instantáneamente, al mismo tiempo que lee la carta. ¿No es un trabajo harto rápido?

—¿Qué explicación ves tú a todo esto? —Antonio aguardó a llenar y encender su pipa antes de responder:

—¿La explicación? No nos ocupemos de ella por el momento. Consideremos únicamente los dos hermanos, los dos hermanos en conexión esta vez con la señora Norbury.

—¿La señora Norbury? —interrumpió Bill, sorprendido.

—Sí. Marc esperaba casarse con la señorita Norbury. Si Robert representaba verdaderamente una tara para el honor de la familia, Marc no podía obrar sino de dos modos: u ocultar a las Norbury todo cuanto le concernía o, al contrario, si estaban llamadas a saberlo tarde o temprano, ponerlas al corriente él mismo, sin esperar a que fueran informadas de la situación. Tomó el partido de hablarles. Pero lo más curioso es que les habla la víspera misma del día en que recibe la carta de Robert. Robert llega y es muerto anteayer, martes. Y es el lunes que Marc habla de su hermano a la señora Norbury. ¿Cómo se entiende esto?

—Una coincidencia —apuntó Bill, tras un sincero esfuerzo para hallar otra interpretación—. Siempre había tenido la intención de decirlo todo. La corte que hacía a la joven parecía al fin rendir sus frutos; pensó que había llegado el momento de poner las cosas en claro. Fue el lunes que se le presentó la ocasión. Al recibir el martes la carta de Robert, quedó satisfecho de haberlo hecho tan a tiempo.

—No es imposible, pero no por ello sería la coincidencia menos curiosa. Y hay algo más, que la hace todavía más curiosa. No se me ocurrió sino esta mañana, al tomar mi baño; nada es tan propicio a la inspiración como un cuarto de baño. Me acordé que Marc se dirigía en auto a Middleston el lunes por la mañana, cuando estuvo a ver a la señora Norbury para hablarle de su hermano.

—Sí, ¿y qué?

—¿No ves?

—No. Perdona Tony, tengo el cerebro un poco pesado esta mañana.

—En coche, Bill. ¿Hasta qué distancia de Jallands puede llegar un auto?

—Unas seiscientas yardas.

—Sí. De modo que, en camino para Middleston, donde tiene algo que hacer, Marc detiene el

auto, cubre seiscientas yardas a pie, descendiendo la colina hasta Jallands, y dice a la señora Norbury: "Oh, a propósito, creo que nunca le dije que tengo un hermano poco recomendable, llamado Robert"; después de lo cual rehace en sentido inverso las seiscientas yardas, vuelve a ocupar su sitio en el coche y continúa hacia Middleston. ¿Es verosímil?

Bill frunció el ceño.

—Sea, pero no veo del todo a dónde quieres ir a parar. Verosímil o no, poco importa, puesto que sabemos que es exactamente lo que hizo.

—Evidentemente, lo ha hecho. Pero lo que quiero subrayar es que, para obrar así, debía estar impulsado por alguna razón poderosa y urgente. Esta razón por la cual fue a decírselo todo a la señora Norbury sin perder un instante, me siento tentado a creer que fue la siguiente: sabía ya esa mañana —el lunes, por consiguiente, y no el martes— que Robert iba a venir a verlo y quería pasar por Jallands antes que llegara allí la noticia.

—Pero... pero...

—Y esto explicaría también el otro punto: su decisión instantánea de hablarles a todos de su hermano en el desayuno; decisión que cesa desde entonces de ser instantánea, puesto que sabía el lunes la venida de Robert y tuvo tiempo de decidirse antes de hablarles.

—Entonces, ¿cómo explicas la carta?

—Veamos otra vez la carta.

Antonio la sacó de su bolsillo y la desplegó entre ellos, sobre el césped.

Marc:

Tu afectísimo hermano irá a verte mañana, después de haber recorrido expresamente la distancia que te separa de Australia.

Te lo aviso para que puedas ocultar tu sorpresa, pero no, espero, tu placer.

Aguárdame a eso de las tres.

—Dice "mañana" sin mencionar fecha —observó Antonio.

—Pero Marc la recibió el martes.

—¿Estás seguro? ..

—Fue el martes que nos la leyó.

—Que la leyó a ustedes, sí...

Después de leerla una vez más. Bill examinó el reverso, que no le enseñó nada nuevo.

—¿Y el timbre? —preguntó.

—No tenemos el sobre, por desgracia.

—¿Supones entonces que la recibió el lunes?

—Me siento inclinado a creerlo, Bill. En todo caso, supongo y hasta estoy casi seguro, que estaba prevenido desde el lunes de la llegada de su hermano.

—¿Esto nos ayudará mucho?

—No, al contrario, torna el problema aun más difícil. Hay decididamente en todo este caso

algo que no es natural, y que se me escapa.

Guardó un instante de silencio, luego añadió:

—Me pregunto si el sumario nos traerá alguna luz.

—¿Y nuestro trabajo de esta noche en el estanque? Estoy impaciente por saber el resultado de tus reflexiones.

—¡Anoche! —exclamó Antonio en tono grave, como si hablase consigo mismo—. Sí, merece algunas explicaciones.

Bill esperaba evidentemente explicaciones. Por ejemplo, ¿qué era lo que Antonio se quedó buscando en el armario?

—Creo —continuó Antonio lentamente— que después de esta noche pasada, tenemos que abandonar la idea de que Marc haya sido muerto; muerto por Cayley, quiero decir. No concibo que un asesino se tome tanto trabajo para ocultar unas ropas cuando, por otro lado, carga en sus brazos con un cadáver. La desaparición del cadáver sería, para él, lo primordial. Debemos pues considerar que esas prendas eran todo lo que Cayley habría de ocultar.

—Pero ¿por qué no las guardó en el pasaje?

—El pasaje no le parecería bastante seguro. La señorita Norris conocía su existencia.

—¿Por qué no, entonces, en su cuarto, o aun en el de Marc? Por lo que todos sabían de Marc, nadie se hubiera sorprendido de que hubiese tenido dos trajes marrones. Estoy casi seguro de que en realidad los tiene.

—Probablemente. Pero dudo que esto haya bastado para tranquilizar a Cayley. El traje marrón estaba en la base de un secreto, motivo suficiente para hacerlo desaparecer a toda costa. En teoría, el escondrijo más seguro es el más visible; pero, en la práctica, pocas personas tienen los nervios bastante sólidos para correr el riesgo.

Bill ya no intentaba ocultar su desilusión:

—En suma, henos aquí exactamente de regreso a nuestro punto de partida: Marc mató a su hermano y Cayley lo ayudó a escapar por el pasaje, sea para comprometerlo, sea porque ninguno de los dos disponía de otro medio para salir del atolladero. Continuó ayudándolo mintiendo a propósito del traje marrón.

Antonio sonrió maliciosamente. El súbito descorazonamiento de Bill lo divertía mucho. Díjole en su tono más compasivo:

—No tenemos suerte, mi pobre Bill. He aquí que no nos queda más, en todo y por todo, que un solo asesinato. No puedes imaginarte hasta qué punto lo lamento. Hice mal en darte esperanzas...

—Cállate. Bien sabes que no es eso lo que quise decir.

—¡Ah!, parecías tan decepcionado... —Bill no respondió enseguida. Se echó al fin a reír y confesó, como para excusarse:

—Es cierto: ayer todo esto era tan apasionante... Parecía que llegábamos al final, descubrimos las cosas más extraordinarias. Y ahora...

—¿Ahora?

—Ha vuelto a ser vulgarísimo. —Antonio rompió a reír.

—¡Vulgar! —exclamó—. ¡Vulgar! ¡Qué me ahorquen si todo lo que está ocurriendo es

ordinario! Pero Bill, si una sola de estas cosas que nos hemos tomado tanto trabajo en dilucidar fuese vulgar, la habríamos aclarado definitivamente, o al menos la comprenderíamos. Al contrario, todo lo que pasa aquí es más que extraordinario, es ridículo.

Bill se serenó.

—¿Ridículo? ¿En qué?

—De uno a otro extremo. ¿No son ridículas esas prendas frente a las cuales nos hallamos bruscamente anoche? Y aunque se pudiera explicar lo del traje marrón, ¿por qué la ropa blanca? Puedes hallarle una explicación extravagante, si te empeñas: decir, por ejemplo, que Marc cambiaba de ropa blanca cada vez que tenía una entrevista con un viajero proveniente de Australia... Pero he de preguntarte esto, mi querido Watson: ¿por qué, en tal caso, Marc no cambió de cuello?

—¿De cuello? —repitió Bill, estupefacto.

—Sí, de cuello de la camisa, Watson.

—No comprendo.

—Ah, ah, ¡vulgarísimo! —se burló Antonio.

—Perdón, Tony... Explícame lo del cuello.

—Muy sencillo, Bill. No había cuello de camisa en la bolsa, anoche. Una camisa, calcetines, una corbata... todo, salvo el cuello. ¿Por qué?

—¿Era eso entonces que buscabas en el armario? —se apresuró a interrogar Bill.

—Desde luego. Enseguida me hice la pregunta: "¿Por qué no hay cuello?" Por alguna razón, muy importante para él, ciertamente, Cayley juzgó indispensable hacer desaparecer la vestimenta completa de Marc, no sólo su traje, sino todo lo que llevaba —o que presumimos que llevaba— en el momento del crimen. Cayley no ha hecho desaparecer el cuello, con el resto. ¿Por que? ¿Fue por error? Esperaba saberlo buscando en el armario. No estaba. ¿Sería que expresamente lo había guardado aparte? Pero ¿por qué? ¿Dónde podía estar el cuello? Comencé, naturalmente, por preguntarme: "¿Dónde he visto un cuello recientemente? ¿Un cuello sólito?" Y me acordé... ¿Me acordé de qué, Bill?

Bill se concentró en un esfuerzo intenso para hallar una respuesta; mas, impotente, meneó la cabeza:

—No me preguntes semejantes cosas, Tony; no puedo... ¡Oh, bendición! —Se enderezó repentinamente.

—Ya di: en el canasto de la ropa sucia del cuarto que está al lado del escritorio.

—Exactamente.

—¿Y era ése?

—¿El que faltaba entre las prendas? No sé, pero es probable. De otro modo, ¿dónde estaría? Pero si lo era, ¿por qué enviarlo negligentemente a la lavandera por la vía ordinaria, mientras se toma tanto trabajo para ocultar las otras piezas de ropa blanca llevadas al mismo tiempo por Marc? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?

Apretados los dientes en torno de la pipa, Bill se torturaba en vano el cerebro para hallar una respuesta.

Antonio se levantó. Necesitaba caminar para distender sus nervios.

—Sea lo que fuere — concluyó—, estoy seguro de una cosa: Marc sabía desde el lunes que Robert iba a venir aquí.

XIX

EL SUMARIO

Después de algunas observaciones poco originales acerca del espantoso carácter de la tragedia sometida al examen de los jurados, el coroner comenzó por explicarles los hechos esenciales. Citaríanse testigos para identificar la víctima y certificar que ésta era Robert Ablett, hermano de Marc Ablett, propietario de la Casa Roja. Se establecería que el muerto tenía reputación de mal sujeto, que había pasado la mayor parte de su vida en Australia y que había anunciado su visita a su hermano, el día mismo en que tuvo lugar el drama, por medio de una carta que podía casi ser considerada como amenazante. Los testigos precisarían las circunstancias de su llegada, de su introducción por la camarera en el escenario del crimen —una pieza de la Casa Roja llamada comúnmente el escritorio— y de la entrada de su hermano en dicha pieza. El jurado tendría que formarse una opinión acerca de lo que había ocurrido después, o puede decirse que casi instantáneamente. Los testimonios mostrarían, en efecto, que menos de dos minutos después de la entrada de Marc Ablett, un disparo fue oído y que, alrededor de cinco minutos más tarde, habiendo sido la pieza abierta por la fuerza, hallóse el cadáver de Robert Ablett extendido sobre el piso. En cuanto a Marc Ablett, nadie lo había vuelto a ver a partir del momento en que penetró en el escritorio; pero la instrucción establecería que llevaba bastante dinero consigo para ir a refugiarse en alguna provincia alejada, y que un hombre que respondía a su filiación fue advertido en el andén de la estación de Stanton, pareciendo esperar el tren de las 3 h. 55, para Londres. El jurado no ignora que estas identificaciones fortuitas a cargo del público suelen estar sujetas a caución y que a veces ocurre que un fugitivo sea visto al mismo tiempo en una docena de sitios diferentes. En todo caso, un hecho capital queda fuera de duda, a saber: que, actualmente, Marc Ablett ha desaparecido. Antonio murmuró al oído de Bill:

—Este hombre parece lleno de sentido común. Evita aventurarse en los detalles.

Antonio no esperaba que la instrucción le hiciera saber gran cosa, conocía ya los hechos mejor que nadie. Se preguntaba solamente si el inspector Birch habría llegado, por su parte, a nuevas comprobaciones. Si así era, se reflejaría en la conducción de los interrogatorios por el coroner a quien la policía no habría dejado de aleccionar, señalándole los hechos más importantes a destacar en cada testimonio.

Bill fue el primero a quien llamaron. Cuando la parte principal de su deposición quedó terminada, le preguntó el coroner:

—Esa carta, señor Beverley, ¿la vio usted?

—Marc no nos mostró el texto. No vi más que el revés, mientras la sostenía en la mano levantada, hablándonos de su hermano.

—Entonces, ¿ignora usted lo que contenía?

Bill sufrió una conmoción. Había leído la carta la mañana misma, conocía perfectamente el texto; pero no quería confesarlo, ni mentir. A punto de cometer un perjurio, recordó lo que Antonio había oído a Cayley responderle al inspector:

—Vine a saberlo después, por lo que me ha sido referido; pero Marc no nos la leyó en el desayuno.

—¿Comprendió usted, sin embargo, que era una carta desagradable?

—Oh, sí.

—¿Cree usted que Marc Ablett se haya atemorizado?

—No. Más bien... diría que más bien pareció experimentar una mezcla de amargura y de resignación, como si hubiera pensado: "¡Señor!, no teníamos verdaderamente necesidad de él..."

Risas ahogadas dejáronse oír aquí y allá en la sala. El propio coroner sonrió; mas, confiando en que nadie lo hubiera advertido, recobró un aire más grave aun.

—Gracias, señor Beverley.

El siguiente testigo fue llamado bajo el nombre de Andrés Amos. Antonio lo miró con interés, preguntándose quién era.

—Habita en el pabellón interior a la entrada de la propiedad —le explicó Bill en voz baja.

Todo lo que sabía Amos era que, la tarde en cuestión, un extraño había pasado delante del pabellón un poco antes de las tres y le había hablado. Reconoció al desconocido en el cadáver que le habían mostrado más tarde.

—¿Qué le dijo ese hombre?

—Me preguntó: "¿Es éste el camino para la Casa Roja?", o algo por el estilo.

—¿Qué le respondió usted?

—Le dije: "Es aquí la Casa Roja. ¿A quién quiere ver?" Tenía aire rústico, y me pregunté qué hacía allí.

—¿Y luego?

—Me preguntó entonces: "¿El señor Marc Ablett vive aquí?" Repetidas por mí, estas palabras parecen naturales; pero las pronunció en un tono que no tenía nada de amistoso. Así que me planté delante de él, interrogando: "¿Qué desea?" Rió en son de burla y me respondió: "Quiero ver a mi querido hermano Marc". Lo miré más atentamente y observé que bien podría ser verdaderamente su hermano. Repuse: "Si quiere seguir la avenida, señor, llegará directamente a la casa. Pero no puedo decirle si el señor Ablett está en este momento". Después de reír otra vez con malignidad, comentó: "¡Marc Ablett ha encontrado aquí un lindo nido! No se priva de nada. No le falta el dinero, eh!" Bastante confuso, principié a examinarlo, pues su lenguaje no era el de un caballero y verdaderamente si era el hermano del señor Ablett... Pero antes que yo pudiera decidirme, siguió su camino. Es todo cuanto puedo decir. —Andrés Amos abandonó la barra y volvió al fondo de la sala. Pero Antonio no lo perdió de vista hasta no haberse asegurado de que no manifestaba ninguna intención de salir antes del término de la sesión.

—¿A quién habla Amos en este momento? —murmuró, dirigiéndose a Bill.

—A Parsons, uno de los jardineros. Habita el pabellón exterior, sobre el camino de Stanton. Todos están hoy aquí: es como un consejo para ellos.

"Me gustaría saber si también lo llamarán a testimoniar", pensó Antonio.

Parsons fue llamado, en efecto, poco después de Amos. Mientras trabajaba en el césped, delante de la casa, había presenciado la llegada de Robert Ablett. Un poco sordo, no había oído la detonación, o al menos no la advirtió. Vio llegar también a un señor, unos cinco minutos después de Robert.

—¿Ve usted a ese señor en la sala? —preguntó el coroner.

Parsons buscó atentamente en derredor. Antonio le sostuvo la mirada y sonrió.

—Allí está —dijo Parsons, señalándolo. Todos los ojos se clavaron en Antonio.

—¿Fue cinco minutos después?

—Sí, aproximadamente.

—¿Salió alguien de la casa antes de la llegada de este señor?

—No, o mejor dicho, yo no vi a nadie.

Audrey Stevens vino después. Repitió lo que ya había dicho al inspector y su testimonio no aportó nada de nuevo. Luego le llegó el turno a Elsie. Por primera vez desde la apertura de la sesión, los reporteros que garrapateaban las palabras que decía haber oído, añadieron entre paréntesis: "Viva sensación entre la asistencia".

—¿Cuánto tiempo después de oír esas palabras resonó el disparo de revólver? —preguntó el coroner.

—Casi inmediatamente.

—¿Un minuto?

—No puedo decirlo con exactitud. Fue tan rápido...

—¿Estaba usted todavía en el hall?

—Oh, no, señor; llegaba a la puerta de la señora Stevens, el ama de llaves de la casa.

—¿No pensó usted en volver al hall para ver lo que había ocurrido?

—No, señor; entré enseguida en la habitación de la señora Stevens. "Oh"; me dijo, muy asustada. "¿Qué es eso?" "Es en la casa, señora Stevens", le respondí, "estoy segura. Parece como algo que hubiera estallado."

—Gracias —dijo el coroner.

Hubo todavía un vivo movimiento en la sala cuando Cayley avanzó hacia la barra; no una "sensación", esta vez, sino más bien un interés curioso y, parecióle a Antonio, simpático. Llegaban al corazón mismo del drama.

Cayley depuso pausadamente, sin emoción, mezclando lo falso con lo verdadero con la misma resolución calma. Antonio lo observaba con la mayor atención, preguntándose por qué una extraña seducción parecía emanar de aquel hombre. Antonio sabía que estaba mintiendo y que muy probablemente mentía por su propia cuenta, no para hacerle un servicio a Marc. A pesar de ello, no podía menos de participar en cierto modo, a su respecto, de la simpatía general.

—¿Marc Ablett tenía siempre un revólver al alcance de la mano? —preguntó el coroner.

—Que yo sepa, no. Pero creo que si lo hubiera tenido, yo habría estado al tanto.

—¿Se quedó usted solo con él toda la mañana? ¿Habló de la visita que Robert Ablett iba a hacerle?

—Casi no lo vi en toda la mañana. Estuve continuamente ocupado en mi cuarto o en otro lado. Desayunamos juntos. En ese momento, habló un poco.

—¿En qué términos?

—Bueno...

Vaciló antes de continuar:

—Con mal humor, no encuentro otra expresión más exacta. Tan pronto decía: "¿Qué crees que pretende?", como: "¿Por qué no se habrá quedado donde estaba?", o si no: "No me gusta el tono de su carta; ¿piensas que intenta provocar un incidente?" Ahí tiene.

—¿Se mostró sorprendido de saber que su hermano estaba en Inglaterra?

—Creo que siempre temió verlo regresar un día.

—¿No oyó usted nada de la conversación de los dos hermanos cuando estuvieron juntos en el escritorio?

—No. Tuve necesidad de ir a la biblioteca enseguida de la llegada de Robert y me quedé después allí.

—¿La puerta de la biblioteca estaba abierta?

—Oh, sí.

—¿Vio usted u oyó en ese momento al testigo precedente?

—No.

—Si alguien hubiera salido del escritorio mientras estuvo usted en la biblioteca, ¿lo habría oído?

—Supongo que sí, a menos que de propósito no haya salido muy despacio.

—Sí... ¿Considera usted a Marc como un hombre muy impulsivo?

Cayley pesó con cuidado la pregunta antes de responder:

—Es de carácter impulsivo; sí; pero no violento.

—¿Era musculoso, activo, pronto en sus gestos?

—Activo y pronto, sí; no fuerte, físicamente.

—Una pregunta todavía: ¿tenía Marc costumbre de llevar consigo una gruesa suma de dinero?

—Sí, llevaba siempre un billete de cien libras y quizá diez o veinte libras más.

—Gracias, señor Cayley.

Cayley tornó a su sitio con pesado paso.

—¡Es increíble! —pensó Antonio—, ¿quién me dirá por qué siento inclinación, a pesar de todo, hacia este muchacho?

—¡Antonio Gillingham!

De nuevo, la asistencia manifestó un vivo interés. ¿Quién era aquel desconocido tan misteriosamente mezclado al asunto?

Antonio sonrió a Bill y se aproximó para aportar su testimonio. Explicó cómo había venido a Woodham a pasar una temporada en el George Hotel, cómo había sabido que la Casa Roja se

encontraba en las cercanías, cómo vino a ver a su amigo Beverley y llegó justo después de la tragedia. Por los recuerdos que acudieron después a su memoria, estaba seguro de haber oído el disparo; pero no tuvo conciencia de ello en el momento. Como abordó la casa por el lado de Woodham, no podía encontrarse con Robert Ablett, quien, por otra parte, había llegado unos minutos antes que él. A partir de ese instante, el resto de su declaración coincidía con la de Cayley.

—¿Usted y el testigo precedente llegaron juntos a la puerta-ventana y la hallaron cerrada?

—Fue entonces que forzaron ustedes esa ventana y se hallaron en presencia del cuerpo. Naturalmente ¿no tenía usted ninguna idea acerca de su identidad?

—No.

—¿Dijo el señor Cayley alguna cosa?

—Volvió el cuerpo, justo para ver el rostro; después de haberlo visto, dijo: "¡Gracias a Dios!"

Por segunda vez, los reporteros escribieron: "Viva sensación".

—¿Comprendió usted lo que significaban esas palabras?

—Le pregunté quién era el muerto. Me respondió que Robert Ablett. Después me explicó que había temido en el primer instante que fuese Marc, el primo con quien vivía.

—Sí. ¿Parecía muy turbado?

—Muy turbado, al principio; menos, cuando advirtió que no se trataba de Marc.

En aquel momento, un espectador enervado, oculto en el fondo de la sala, lanzó algunos cloqueos de una risa ahogada. El coroner se puso sus lentes e inspeccionó con aire severo en la dirección de donde venía el ruido. El espectador enervado juzgó más prudente bajarse para anudar, sin pérdida de momento, la cinta de su zapato. El coroner depositó sus lentes y continuó:

—¿Salió alguien de la casa mientras avanzaba usted por la avenida?

—Nadie.

—Gracias, señor Gillingham.

El inspector sucedió a Antonio en la barra. Birch, comprendiendo que aquella tarde del crimen era de su pertenencia profesional y que los ojos del mundo entero estaban puestos en él, comenzó por presentar un plano de la casa, explicando la ubicación de las diferentes piezas. Este plano fue entregado después al jurado.

El inspector, no podía el mundo ignorarlo por más tiempo, había llegado a la Casa Roja, la tarde en cuestión, a las 4 h. 42. Fue recibido por el señor Mateo Cayley, que le dio un suscinto informe de los acontecimientos, y al punto procedió a un examen del lugar del crimen. La puerta-ventana había sido forzada desde el exterior. La puerta que conducía al hall estaba cerrada con llave. Revisó a fondo el escritorio sin hallar ningún rastro de llave. En el dormitorio contiguo al escritorio, estaba abierta una ventana. No encontró huellas en el borde de la ventana; pero era ésta tan baja que, según hiciera él mismo la prueba, se la podía fácilmente trasponer sin tocar el borde con los zapatos.

A algunas yardas de la ventana se alza un bosquecillo. No había trazas recientes de pasos entre la ventana y el bosque; pero debía tenerse en cuenta el hecho de que el suelo estaba sumamente duro en razón de la sequía. En el bosque, sin embargo, el inspector había hallado en el suelo

numerosas ramitas recientemente quebradas y algunos otros indicios reveladores de que alguien debió abrirse paso por allí. Había interrogado a todas las personas de la casa o que trabajaban en la propiedad: ninguna había penetrado recientemente. Deslizándose en la espesura del bosquecillo, es posible dar a distancia la vuelta de la casa y alcanzar la salida del parque, del lado de Stanton, sin pasar en momento alguno a la vista de la casa.

El inspector no había descuidado las investigaciones concernientes a la víctima. Robert había partido para Australia, hacía unos quince años, a consecuencia de dificultades financieras. Dejó una mala reputación en el pueblo de que él y su hermano eran originarios. Nunca los dos hermanos habían estado en buenos términos, y el súbito enriquecimiento de Marc fue una nueva causa de animosidad entre ambos. Era poco después que Robert se embarcó para Australia.

El inspector había investigado también en la estación de Stanton. El día del crimen, hubo feria en Stanton, y fluyeron a la estación muchos más pasajeros que de costumbre. Como las llegadas fueron particularmente numerosas, esa tarde, en el tren de las 2 h. 10, en el cual vino seguramente Robert Ablett de Londres, nadie advirtió su presencia. Por otra parte, un testigo, sin embargo, declararía dentro de poco, que había notado en la estación, ese mismo día, a las 3 h. 53, a un hombre que se parecía a Marc Ablett. Ese hombre había tomado el tren de las 3 h. 55 para Londres.

Había un estanque en los terrenos pertenecientes a la Casa Roja. El inspector lo había hecho dragar, sin resultado...

Antonio lo escuchó sin prestarle mucha atención, absorto como estaba en sus propios pensamientos.

Siguió la deposición de los médicos. No aportó nada nuevo. Antonio se sentía tan cerca de la verdad... En cualquier momento, una indicación insignificante en apariencia podía situar su cerebro en la vía del último detalle que aún le faltaba para adueñarse de la solución del problema. El inspector Birch limitaba sus pesquisas a la esfera de lo ordinario. Y cualquiera que fuese aquella solución del enigma, salía ciertamente de lo ordinario. Había en todo aquello algo extraño, excepcional...

Oían ahora la declaración de John Borden. Estaba en el andén, el martes por la tarde, acompañando a un amigo al tren de las 3 h. 55. Su atención se vio allí atraída por un hombre cuya solapa estaba levantada y cubierta la parte inferior de la cara por una bufanda, lo que parecía muy extraño en un día tan caluroso. El hombre parecía esforzarse en pasar inadvertido. Apenas detenido el tren, se había precipitado en el vagón...

"Siempre hay un John Borden en todos los procesos criminales", pensó Antonio.

—¿Había visto usted antes a Marc Ablett?

—Una o dos veces.

—¿Era él?

—No examiné a ese hombre verdaderamente de cerca. Con su solapa levantada, su bufanda y lo demás, casi no se distinguían sus rasgos. Sólo cuando oí hablar de este triste caso y supe la desaparición del señor Ablett le dije a mi mujer: "Me pregunto si no sería él a quien vi en la estación". Discutimos la situación y resolvimos que más valía que yo fuese a poner al inspector

Bich al corriente. En todo caso, el hombre que yo vi era de la misma altura que el señor Ablett.

Antonio tornó a sumirse en sus meditaciones.

El Coroner resumió la situación. El jurado, dijo, ha oído todos los testimonios y debe ahora tomar una decisión. ¿Cómo la víctima halló la muerte? El jurado considerará probablemente como probatorio el informe de los médicos, atribuyendo la muerte de Robert Ablett a la herida causada por una bala en la cabeza. ¿Una bala disparada por quién? Si por Robert mismo, los jurados emitirían evidentemente un veredicto de suicidio; pero, en tal caso, ¿dónde estaría el revólver y qué se había hecho Marc Ablett? Si el jurado rechaza la eventualidad de un suicidio, ¿qué queda? ¿La muerte accidental, el homicidio justificable, o el asesinato? ¿La víctima pudo haber sido muerta accidentalmente? Era posible. Mas, si fuera así, ¿Marc habría huido? El argumento que suministra contra él su fuga enseguida del crimen, tiene una fuerza indiscutible. Su primo lo vio entrar en el escritorio; la criada Elsie Wood lo oyó reñir con su hermano en esa misma pieza; la puerta estaba cerrada con llave desde dentro; la ventana estaba abierta, y, en el exterior, aparecen en el bosquecillo rastros recientes. Fuera de Marc, ¿quién podría ser acusado? Alguien atravesó el bosque. ¿Quién sería, sino Marc? El jurado considerará si, inocente de la muerte de su hermano, Marc habría emprendido así la fuga. Evidentemente, ocurre a veces que los inocentes pierdan la cabeza. No es imposible que después se pruebe que Marc mató a su hermano en circunstancias que justificarían su acto; que, por consiguiente, cuando enloqueció al punto de abandonar así el cuerpo de su hermano, no tenía, en realidad, nada que temer de los rigores de la ley. A este respecto, apenas es necesario recordar al jurado que no constituye sino una primer tribunal y que, si declara a Marc culpable de asesinato, su decisión no prejuzga en nada las decisiones finales del proceso que podrá tener lugar en el sitio en que Marc sea arrestado, si lo es... Ha llegado el momento, para el jurado, de dictaminar qué veredicto entiende emitir.

Tras maduras deliberaciones, el jurado declaró que la víctima había muerto de una herida causada por una bala, y que el disparo había sido hecho por su hermano: Marc Ablett.

Bill se volvió hacia Antonio, a quien creía aún sentado junto a él; pero Antonio había partido. En el fondo de la sala percibió a Andrés Amos y Parsons, que salían juntos. Antonio marchaba entre ellos.

XX

BEVERLEY DA PRUEBAS DE DIPLOMACIA

El sumario había tenido lugar en la gran sala de la Posada del Cordero, en Stanton. Era también en Stanton que Robert Ablett debía ser enterrado al día siguiente.

Una vez traspuesta la puerta, Bill esperó a su amigo, preguntándose dónde habría ido. Después recordó que Cayley iba a salir en busca de su coche, y poco deseoso de mantener con él una última conversación que no dejaría de ser asaz embarazosa, dio la vuelta a la casa y se halló detrás, en el patio de la posada. Allí encendió un cigarrillo y se detuvo para mirar un viejo cartel desgarrado, roído por la intemperie, algunos de cuyos trozos permanecían pegados aún a la pared de la caballeriza. En lo que subsistía, podía leerse: "Gran Representación Tetra... se efectuará el miérc... diciem...". Bill sonrió de buena gana contemplando aquel documento, porque recordaba que el papel de Joe, un comerciante notable por su locuacidad, fue encarnado en la pieza por un tal "William Beverl...", según daban fe los últimos vestigios del cartel. Verdad es que Bill había estado mucho menos locuaz de lo que el autor habría querido, pues la memoria le jugó una mala pasada a último momento. Pero, asimismo, aquello fue bastante divertido. Cesó de sonreír al pensar lo que se había hecho ahora de las diversiones organizadas por la Casa Roja.

—Perdóname que te haya hecho esperar —dijo la voz de Antonio a sus espaldas—. Mis viejos amigos Amos y Parsons insistieron en ofrecerme un vaso.

Deslizó su mano bajo el brazo de Bill y le sonrió con aire embelesado.

—¿Por qué te has ocupado tanto de ellos? —preguntó Bill, no sin cierto despecho—. Me estrujaba el cerebro para adivinar qué te habría ocurrido...

Antonio no respondió. Se había detenido frente al cartel. Preguntó:

—¿Cuándo fue eso?

—¿Qué?

Antonio señaló los restos del anuncio.

—Ah, ¿eso? En la última Navidad. Una cosa graciosísima. —Antonio se echó a reír:

—¿Estuviste bien?

—Detestable. No tengo la pretensión de creerme actor.

—¿Y Marc?

—¿Marc? Bastante aceptable. Adora todo esto.

—"Reverendo Enrique Stutters: Mateo Cayley" —leyó Antonio—. ¿Era nuestro amigo Cayley?

—Sí.

—¿Cómo se portó?

—Bastante mejor de lo que hubiera yo creído. No estaba muy decidido a aceptar, pero Marc lo impulsó.

—No veo el nombre de la señorita Norris. ¿No tomó parte?

—Mi querido Tony, es una profesional; no queríamos saber nada de ella. —Antonio rió de nuevo:

—¿Y obtuvieron mucho éxito?

—Sí, bastante.

—¡No soy más que un idiota! ¡El último de los idiotas! —declaró Antonio en tono solemne—. ¡El último de los idiotas! —repitió, en voz baja esta vez, arrastrando a Bill lejos del cartel para hacerlo salir del patio en la dirección del camino.

Añadió todavía:

—¡Un completo idiota! Aun ahora...

Sin concluir su frase, preguntó súbitamente a Bill:

— ¿Marc sufría a menudo de los dientes?

—Iba a su dentista con bastante frecuencia. Pero ¿qué diablo puedes...?

Por tercera vez Antonio se echó a reír y exclamó:

—¡Qué suerte! ¿Cómo lo sabes?

—Concurríamos al mismo dentista. Fue Marc quien me lo recomendó; se llama Cartwright y habita en Wimpole Street.

—Cartwright, Wimpole Street —repitió lentamente Antonio—. Bien. Está grabado en mi memoria. Cartwright, Wimpole Street. ¿Cayley iba también al mismo, por casualidad?

—Supongo. Sí, en realidad sé que iba. Pero en fin, me dirás por qué...

—¿Cuál era el estado de salud de Marc, en general? ¿Consultaba a menudo con los médicos?

—Casi nunca; creo. Hacía por la mañana muchos ejercicios gimnásticos con objeto de adquirir una amplia provisión de ánimo y de energía para el resto de la jornada y que, sin realizar ese milagro, parecían al menos mantenerlo ágil y dispuesto. Tony, quisiera que me... —Antonio levantó la mano para imponerle silencio.

—Una última pregunta: ¿le gustaba a Marc la natación?

—Oh, no, la detestaba. Creo que ni sabía nadar. Tony, ¿te has vuelto loco? ¿O lo estoy yo? ¿O es un nuevo juego?

Antonio le oprimió el brazo, respondiendo:

—Mi querido Bill, sí, es un juego, ¡y qué juego! La respuesta es: Cartwright, Wimpole Street.

Siguieron en silencio el camino hacia Woodham, durante más de un cuarto de milla. Dos o tres veces, Bill trató de hacer hablar a su amigo, pero éste respondía con algunos vagos gruñidos. Iba a hacer una nueva tentativa cuando Antonio, deteniéndose repentinamente, se volvió ansioso hacia su amigo:

—¿Querrías hacer algo por mí? —le preguntó con una expresión de duda en la voz.

—¿Qué?

—Es sumamente importante. El último elemento que me falta ahora.

Bill recobró inmediatamente su entusiasmo.

—¿Es posible? ¿Aclaraste verdaderamente todo el resto? —Antonio hizo un signo afirmativo.

—Al menos, estoy muy cerca de ello, Bill. Sólo necesito ahora una cosa. Para eso, será preciso que te pida que vuelvas a Stanton. No será demasiado largo; no estamos todavía muy lejos. ¿Te molestaría mucho?

—Mi querido Holmes, estoy enteramente a tu disposición.

Antonio le dirigió una amable sonrisa y reflexionó algunos momentos antes de responder:

—¿Hay en Stanton otra posada, cerca de la estación?

—Sí. Los Caballos de Labor, justo en el último recodo del camino antes de llegar a la estación. ¿Es éste?

—Debe ser. Podrías ir y tomar un refresco, ¿no?

—Desde luego —respondió Bill, sonriendo encantado.

—Bien. Toma uno, entonces, o dos, si quieres, y entabla conversación con el patrón, o la patrona, o la persona que te sirva. Quisiera que averigües si alguien pasó la noche del lunes al martes en la posada de Los Caballos de Labor.

—¿Robert? —preguntó Bill con curiosidad.

—No he dicho que se tratase de Robert —rectificó Antonio sonriendo—. Quisiera solamente que te enteraras si les llegó un desconocido para pernoctar allí, el lunes a la noche. Si es así, obtén todos los detalles que puedas, sin dejar adivinar que efectúas una investigación.

—Confía en mí —interrumpió Bill—. Comprendo exactamente lo que quieres.

—No partas de la idea de que debe ser Robert, o una persona determinada. Déjalos describir al visitante, sin correr riesgo de influenciarlos suponiendo tú mismo que es alto o bajo, como éste o como aquél. Hazlos hablar, simplemente. Si es el propietario, harás bien en ofrecerle un vaso o dos.

—No temas —afirmó Bill con confianza—. ¿Dónde te encontraré después?

—En el George, probablemente. Si llegas antes que yo, puedes pedir la comida para las ocho. De todos modos, nos reuniremos a las ocho, quizá antes.

—Entendido.

Bill hizo un signo amistoso a Antonio y volvió a emprender el camino de Stanton.

Divertido del entusiasmo con que partía a cumplir su misión, Antonio lo miró alejarse. Luego pareció buscar en derredor alguna cosa que halló casi enseguida. A alguna distancia hacia la izquierda se abría un sendero en cuyo lado derecho se alzaba una pequeña barrera de corta altura. Antonio se aproximó llenando su pipa, se sentó, encendiéndola, y dejó descansar la cabeza entre las manos. Dijo después a media voz:

—Ahora, comencemos por el comienzo.

Eran cerca de las ocho cuando William Beverley, el sabueso, entrando tan fatigado como cubierto de polvo, halló a Antonio que, fresco y dispuesto, lo esperaba con la cabeza al aire ante la puerta del George.


Las primeras palabras de Bill fueron para inquirir si la comida estaba pronta.

—Sí —respondió Antonio.

—Subo a lavarme. ¡Dios! No puedo más...

—No hubiera debido imponerte una marcha tan larga —dijo Antonio en tono contrito.

—No es nada. Regreso dentro de un instante. —Ya en la escalera, se volvió para preguntar:

— ¿Estoy en tu cuarto?

—Sí, ¿sabes dónde es?

—Sí. Comienza a cortar la carne, ¿quieres? Y sobre todo, ¡toneles de cerveza!

Desapareció en lo alto de la escalera, mientras Antonio entraba sin apresurarse.

Cuando las exigencias de su apetito principiaron a apaciguarse, Bill, entre dos bocados, empezó a dar cuenta a su amigo del resultado de su expedición. El propietario de Los Caballos de Labor le produjo al principio la impresión de que no llegaría a hacerlo hablar, pero Bill se mostró fino, diplomático. ¡Ah, Señor, qué tesoros de diplomacia debió prodigar!

—Hablaba indefinidamente del sumario de esta tarde y de lo extraño de todo este caso. Después se embarcó en los recuerdos, en los de una investigación que tuvo lugar en otro tiempo en la familia de su mujer. Lo más notable es que parecía orgulloso de ello. Yo volvía a cada momento a mi pregunta: "Debe estar usted muy ocupado en este momento. ¿Los negocios marchan bien?" Me respondía: "Medianamente". Y reanudaba enseguida sus relatos a propósito de Susana y de la investigación de que había sido heroína. No sabía hablar absolutamente más que de eso, como si hubiera sido en él una obsesión. Yo volvía a la carga: "Los tiempos son duros, actualmente. ¿No le parece?" Respondía invariablemente: "Medianamente, sabe usted". Llegado el momento de ofrecerle un segundo vaso, no estaba yo más adelantado que al primero. Pero concluí por hacerlo caer, sin embargo. Se me ocurrió preguntarle si conocía a John Borden, el hombre que creía haber visto a Marc en la estación. Lo conocía, lo mismo que a su familia. Me habló interminablemente de todos los parientes de la mujer de Borden y particularmente de uno de ellos, que murió de quemaduras. Durante todo este tiempo continuábamos trincando: "Después de usted". "A su salud". "Gracias"... En fin, observé como al descuido que debía ser sumamente difícil, cuando no se ha visto a una persona más que una sola vez, guardar un recuerdo bastante exacto para identificarlo después; reconoció que era "medianamente difícil". Entonces...

—Déjame adivinar el fin —interrumpió Antonio—. Tú le preguntaste si sería capaz de reconocer todas las personas que pasaron por su posada.

—Así es. Genial, ¿no?

—Completamente. ¿Y cuál fue el resultado?

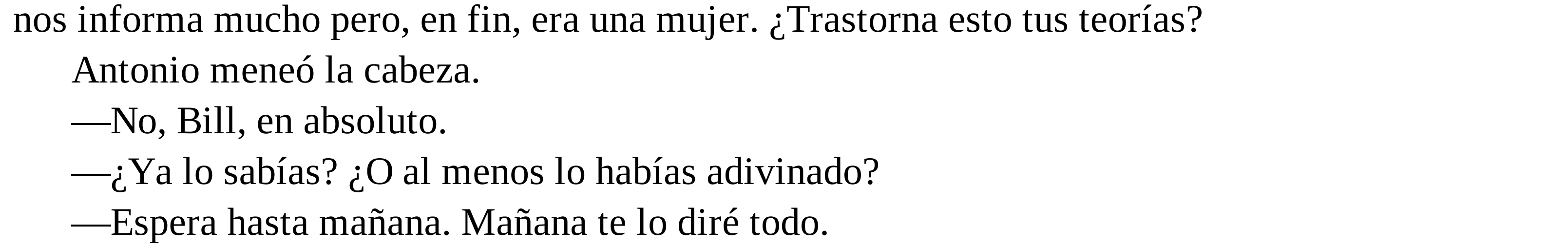
—El resultado fue una mujer.

—¿Una mujer? —insistió vivamente Antonio.

—Una mujer —repitió Bill con énfasis—. Naturalmente, yo esperaba que fuese Robert. Tú también, ¿no? Pues bien, no, era una mujer que llegó muy tarde en auto el lunes por la noche, conduciendo ella misma, y que volvió a partir muy temprano a la mañana siguiente.

—¿Te la describió?

—Sí, "mediana" en todo: estatura mediana, edad mediana, y el resto en proporción. Esto no



nos informa mucho pero, en fin, era una mujer. ¿Trastorna esto tus teorías?

Antonio meneó la cabeza.

—No, Bill, en absoluto.

—¿Ya lo sabías? ¿O al menos lo habías adivinado?

—Espera hasta mañana. Mañana te lo diré todo.

—¡Mañana! —dijo Bill, sin tratar de ocultar su decepción.

—Mira, voy a confesarte algo ahora mismo, a condición de que prometas no hacerme más preguntas hasta mañana. Pero lo que puedo decirte, probablemente lo sabes ya...

—¿Qué es?

—Esto: Marc Ablett no mató a su hermano.

—¿Y fue Cayley quien lo mató?

—Esta ya es otra pregunta, Bill. Sin embargo voy a responder: Cayley tampoco lo mató.

—Entonces, ¿quién de...?

—¿Un poco más de cerveza? —propuso Antonio, sonriendo.

Bill no obtuvo nada más de él esa noche.

Subieron a acostarse muy temprano. Ambos estaban muy fatigados. Bill se durmió con un sueño tan profundo, que parecía casi un desafío a Antonio, a quien mantenía despierto el intenso trabajo que se proseguía en su cerebro. ¿Qué ocurría en esos momentos en la Casa Roja? Lo sabría quizá por la mañana, si recibía una carta. Una vez más, repasó todo el caso desde el comienzo. ¿Subsistía alguna posibilidad de error de su parte? ¿Qué haría la policía? ¿Descubriría jamás toda la verdad? ¿Habría debido mantenerla al corriente? Después de todo, que continuara investigando: era su misión.

En cuanto a él, esta vez no había podido cometer error, ciertamente que no. ¿Para qué continuar planteándose ahora todas estas preguntas? Por la mañana lo sabría todo, definitivamente.

Al día siguiente por la mañana, en efecto, recibió una carta.

XXI

EL ALEGATO DE CAYLEY

"Querido señor Gillingham:

No dudo, después de su carta, que ha hecho usted ciertos descubrimientos. Sé que puede usted considerar de su deber comunicarlos a la policía y que en tal caso, mi arresto bajo inculpación de asesinato sobrevendría inevitablemente. Por qué, sabiendo lo que usted sabe, ha preferido usted advertirme y manifestarme en detalle sus intenciones, lo ignoro. Quizá se deba a que a pesar de todo ha conservado hacia mí cierta simpatía. Simpatía o no, tiene usted necesidad de conocer— y yo de que las conozca— las circunstancias exactas en que murió Marc Ablett, lo mismo que las razones que hacían necesaria su muerte. Si la policía debe ser puesta al corriente, prefiero que sepa también íntegra la verdad. Podrá entonces, usted también quizá, calificar mi gesto de asesinato. Como en esos momentos yo ya no estaré allí para emocionarme, que lo llamen como les parezca.

"Remitámonos al principio, si le parece a usted bien, a un día de verano hace quince años. Yo era entonces un niño de trece años y Marc un joven de veinticinco. Toda su vida no ha sido más que un histrión. En aquel momento representaba el papel de filántropo. Vino a sentarse en nuestro saloncito, haciendo chasquear sobre el revés de su mano izquierda, con gesto desenvuelto, el par de guantes que balanceaba en la otra mano, mientras mi madre, alma simple, se extasiaba ante las elegantes maneras de aquel noble caballero, y Felipe y yo, presurosamente lavados y engolados en nuestros cuellos almidonados, permanecíamos en pie delante de él, codeándonos, descargándonos pequeños puntapiés en los tobillos y maldiciendo en nuestro interior su venida que interrumpía nuestros juegos. ¡Es que había decidido adoptarnos a uno de nosotros dos, el amable primo Marc! Sabe Dios por qué fui yo el elegido. Felipe no tenía más que once años; dos años más a esperar: sin duda por eso es que me prefirió.

"Marc aseguró mi educación. Me envió al colegio, después a Cambridge. Luego me convertí en su secretario, en algo más que un secretario, como ha podido decírselo su amigo Beverley: fui su administrador, su consejero financiero, su embajador, mil otras cosas todavía; pero, por encima de todo... su oyente. Marc no podía vivir solo. Siempre necesitaba de alguien que lo escuchase. Creo que en el fondo de su corazón contaba conmigo para ser un Boswell.[3] *Un día me anunció que había hecho de mí el ejecutor de su testamento literario. ¡Pobre hombre! Cuando no estaba con él, me escribía cartas tan largas como absurdas, que yo me apresuraba a romper después de haberlas leído. ¡Un hombre fútil y sin la menor consistencia!*

"Hace tres años, Felipe se encontró en dificultades. De la escuela, un establecimiento de segundo orden, lo habían precipitado prematuramente en un escritorio, en Londres, y pronto se dio cuenta que la vida de un empleado, solo en el mundo, con dos libras de sueldo por semana, nada tenía de atrayente. Un día recibí de él una carta desesperada: necesitaba cien libras inmediatamente; sólo esta suma, decía, podría evitarle un desastre. Pedí ese dinero a Marc; solamente prestado, ¿entiende usted? Me pagaba un salario elevado: hubiera yo podido reembolsarlo en tres meses. Pero no, no vio ningún interés para él, supongo; no habría aplausos ni admiración pública. La gratitud de Felipe iría a mí, no a él. Le supliqué, lo amenacé, tuvimos vivas discusiones, y mientras discutíamos, Felipe fue arrestado. Mi madre murió del disgusto. Felipe siempre había sido su preferido. Marc, como de costumbre, dio al acontecimiento una interpretación favorable a su vanidad: no vio sino un homenaje rendido por las circunstancias a sus dones de psicólogo perspicaz que supo elegir doce años antes al mejor de los dos hermanos.

"Un poco más tarde, me disculpé con Marc de las palabras bastante duras que me dejé arrastrar a decirle Representó, con su charlatanismo habitual, el papel del protector magnánimo que consiente en perdonar.

Pero, aunque exteriormente nada cambió entre nosotros, aunque su vanidad no le permitió darse cuenta de ello, lo cierto es que yo me convertí, a partir de ese día, en su mortal enemigo. Mas, a no haber mediado otras cosas, no sé, empero, si hubiera llegado a matarlo. Es peligroso vivir en la intimidad de un hombre a quien se odia... Su ciega fe en la reconocida admiración de su protegido y en sus derechos de benefactor lo dejaría en lo sucesivo completamente inerme a mi merced. Podía tomarme mi tiempo y elegir mi momento. Quizá no lo hubiera matado; pero me había jurado a mí mismo concederme mi desquite... Estaba a mi alcance, pobre fantoche hinchado de vanidad, enteramente en mi poder. No había razón para apresurarme.

"Dos años más tarde, debí encarar la situación bajo un nuevo aspecto, porque mi venganza corría riesgo de escapárseme. Marc se había entregado a la bebida. ¿Hubiera podido yo arrancarlo al vicio? No lo creo. En todo caso, ante mi propio asombro, no pude menos de probar. ¿Era pura reacción instintiva? ¿O bien me dije que si se convertía en un beodo hasta el punto de sucumbir al vicio, perdería yo la ocasión de vengarme? Con franqueza, no sabría decirlo. Sea lo que fuere, hice sinceros esfuerzos por apartarlo de su pasión por la bebida. ¡El alcoholismo, en sí, es una cosa repugnante!

"No llegué a curarlo, pero, al menos, a mantenerlo dentro de ciertos límites, de suerte que nadie aparte de mí conoció su secreto. Sí, conseguí hacerle guardar exteriormente una actitud decente. Quizás, obrando así, no hacía yo más que imitar al caníbal, que, en su propio interés, conserva en buen estado su futura presa. Yo también me había habituado a mirar a Marc como a la víctima que me había sido prometida, a deleitarme con la idea de que únicamente de mí dependía arruinarlo cuando así me pareciera, financieramente, moralmente, en fin, del modo que me proporcionara, llegado el momento, el máximo de satisfacción. No tenía mi mano sino que cesar de sostenerlo, y zozobraría. Pero, repito, nada me obligaba a apresurarme.

"Fue él mismo quien precipitó su muerte. Aquel frívolo borrachín, roído por el egoísmo y la vanidad, concibió el monstruoso designio de unir su ser bestial a la criatura más pura, más

angelical que jamás haya habido sobre la tierra. Esa deliciosa joven, usted la ha visto, señor Gillingham; pero no conoció usted nunca a Marc Ablett. Aun cuando no hubiese sido un borracho, jamás hubiera tenido ella la menor probabilidad de ser feliz junto a él. En todos los años que lo he conocido, no le he visto experimentar, ni una sola vez, un sentimiento generoso.

La vida con ese hombre seco y mezquino habría sido un infierno para ella y un infierno mil veces peor aún desde que bebía.

"Así, pues, era preciso eliminar a este hombre; yo era el único que podía protegerla, porque su madre conspiraba su pérdida con Marc. ¡Por ella, yo habría matado abiertamente a Marc, si hubiese sido necesario, y con qué júbilo! Pero ¿por qué sacrificarme al mismo tiempo, si no era indispensable? Marc estaba en mi poder. Por la lisonja, estaba seguro de conducirlo a hacer todo lo que yo quisiera. No me seria difícil, seguramente, dar a su muerte las apariencias de un accidente.

"No abusaré de su tiempo explicándole todos los planes que sucesivamente concebí y rechacé. Casi me había decidido por un proyecto de accidente en el estanque: un paseo en bote, Marc pésimo nadador, yo, volviendo casi exhausto después de un valiente esfuerzo para salvarlo... Pero fue él mismo quien se encargó de suministrarme una idea todavía mejor. Fue él quien, merced también un poco a la señorita Norris, vino a entregarse a mí en condiciones que no implicaban ningún riesgo; al menos, así lo creí, hasta el momento en que me hizo saber usted que lo había descubierto todo...

"Un día, en la mesa, nos pusimos a hablar de fantasmas. Marc se mostró aún más vano, más presuntuoso y estúpido que de costumbre y yo noté que su actitud había irritado a la señorita Norris. Después de la comida, nos participó su idea de disfrazarse de fantasma para asustarlo. Creí mi deber advertirle que Marc tomaba muy a mal las bromas de que era objeto; mas no cedió ella en su decisión y, a pesar mío, debí ceder. A mi pesar, también, le confié el secreto del pasaje. Existe un pasaje subterráneo que va de la biblioteca al cuadro de césped. Debería usted ejercer su ingenio, señor Gillingham, en tratar de descubrirlo. El propio Marc lo descubrió enteramente por azar, hace alrededor de un año. Fue una ganga para él: pudo beber con mayor secreto que en la casa. No pudo menos que hacerme partícipe de su hallazgo: aun para sus vicios, le hacía falta un espectador.

"Me resigné a hablar del pasaje a la señorita Norris, pensando que era necesario a mis planes que Marc fuera atemorizado todo lo posible. Sin el subterráneo, ella jamás habría podido llegar lo bastante cerca del terreno de bochas para asustarlo verdaderamente. Al contrario, su aparición, tal como lo habíamos combinado, fue todo lo impresionante que era de desear y sumió a Marc exactamente en el estado de cólera y de rencor que quería yo provocar. La señorita Norris, como lo sabrá usted sin duda, es una actriz profesional. No necesito añadir que no me creyó animado de ningún otro sentimiento que un juvenil deseo de jugar una broma dirigida tanto contra los otros como contra Marc.

"Vino en mi busca esa noche, tal como yo lo esperaba, temblando aún de furor: la señorita Norris no volvería a ser invitada aquí, debía yo anotarlo especial y definitivamente; nunca más. Ella lo había ultrajado. No deseaba adquirir la reputación de un huésped que soporta un

escándalo en su casa. Al día siguiente la pondría en la puerta de la calle. En fin, quedó; las reglas elementales de la hospitalidad no permitían obrar de otro modo. Pero me repitió que no volvería a invitarla. Estaba absolutamente decidido. Lo calmé como quien calma a un niño, con halagos y buenas palabras. Sí, la señorita Norris había obrado muy mal, tenía él razón, pero más valía que no le dejara ver que se había sentido herido por su impertinencia. Evidentemente, era necesario que no volviera más.

"Luego, de pronto, me eché a reír. Me miró indignado, preguntándome fríamente:

"—¿Te parece la cosa divertida?

"—Estaba pensando que sería muy gracioso si... si tú pudieras tomar tu desquite.

"—¿Mi desquite? ¿Qué quieres decir?

"—Bueno, pagarle en la misma moneda.

"—¿Tratar a mi vez de asustarla?

—"No, no, disfrazarte a tu vez y, como suele decirse, hacerla bailar en la cuerda floja, ponerla en ridículo en presencia de los otros... y cobrarte ampliamente.

"Muy excitado, casi se puso a saltar de alegría, exclamando:

"—¡Maravilloso, Cayley! ¡Si pudiese! Pero ¿cómo? Es preciso que des con un medio.

"No sé si Beverley le ha hablado a usted de las pretensiones teatrales de Marc. En todas las artes, tenía la más elevada idea de su talento; pero es como actor que se hallaba más admirable. Verdad es que era capaz de hacer bastante buena figura en un escenario, a condición, sin embargo, de tener la escena para sí y representar ante un público ya dispuesto a aplaudirlo. Como actor profesional, en un papel secundario, hubiera estado lamentable; como aficionado, en el papel principal, merecía, en suma, los elogios que le dirigían los diarios locales. De modo que la idea de proporcionarnos una representación privada dirigida contra una actriz profesional que se había burlado públicamente de él, halagó a la vez su vanidad y su rencor. Si él, Marc Ablett, conseguía, gracias a su prestigioso talento, ridiculizar a Ruth Norris ante el mundo, a engañarla hasta el último momento, luego, unir triunfalmente su risa a las risas de los que se burlarían de ella, hubiera sido un desquite digno de él. (Todo esto debe parecerle muy infantil, señor Gillingham. ¡Ah!, es que no conoció usted a Marc Ablett).

"—¿Cómo hacer, Cayley? —me preguntaba.

"—Todavía no he tenido tiempo de reflexionar — respondí—. Es una idea que se me acaba de ocurrir.

"Pero él principió a buscar:

"—Podría hacerme pasar por un director teatral venido expresamente a verla... Pero no: supongo que los conoce a todos. O bien, ¿si llegase a pedirle una interview?

"—Sería difícil —le respondí con aire pensativo—. Tienes una fisonomía muy característica, y tu barba...

"—Me la haré afeitar...

"—¡Mi querido Marc!

"Desvió los ojos y murmuró:

"—Ya había pensado desembarazarme de ella de todos modos. Y después, si emprendo esté

asunto, quiero realizarlo con todas las garantías de éxito.

"—Sí, siempre fuiste un gran artista —le dije, contemplándole con admiración.

"Estaba loco de alegría. Ser calificado de gran artista era lo que más apetecía en el mundo. Ahora, sentí que lo tenía en mis manos.

"—Con todo —continué—, aun sin barba ni bigote, podrías todavía ser reconocible, a menos que...

"—¿A menos qué...? Di, pronto...

"—Que te hagas pasar por Robert.

"Echándome a reír, insistí:

"—Pues sí, no sería en verdad una mala idea: hacerte pasar por Robert, tu aventurero hermano, y jugarle una pasada a la señorita Norris: pedirle prestado dinero o algo así.

"Me miraba con sus vivos ojillos, aprobando entusiasmado el proyecto.

"—¿Robert? Sí, pero ¿cómo arreglarnos?

"Robert ha existido verdaderamente, señor Gillingham, como no dudo que usted mismo y el inspector han debido asegurarse. Es también exacto que llevó una vida de perdulario y se embarcó para Australia. Pero es falso que haya venido a la Casa Roja el martes a la tarde. No habría podido, porque murió (sin que nadie lo lamentara), hace tres años. Sólo que nadie lo sabía, fuera de Marc y de mí. Marc era el único sobreviviente de su familia, después de la muerte de su hermana, el año pasado. Ni siquiera creo que esa hermana se haya preocupado de saber si Robert vivía o estaba muerto. Nunca se hablaba de él.

"Nos pasamos los dos días siguientes, Marc y yo, trazando nuestros planes. Ya habrá usted comprendido que nuestros propósitos no eran idénticos: Marc preparaba su comedia para una parte de la tarde, digamos las dos; pero yo organizaba esa misma comedia para que se prolongase hasta en su tumba. A él, le bastaba engañar a la señorita Norris y a los otros invitados; yo debía engañar al mundo entero. Cuando se hubiera transformado al punto de no podérsele distinguir de Robert, lo mataría. Entonces, muerto Robert y Marc desaparecido, ¿qué otra cosa podrían creer, sino que Marc había matado a Robert? Ve usted cuan importante era para mí que Marc encarnase a fondo su nuevo (y último) personaje. Medidas insuficientes lo habrían perdido todo.

"Pensará usted quizá que era imposible llevar la cosa lo bastante lejos para que fuese verosímil. Vuelvo a responder; no conoció usted a Marc. Iba a poder mostrarse lo que más deseaba ser: un artista. Ningún Otelo se habría retocado de pies a cabeza con un entusiasmo comparable al que puso Marc en hacerse irreconocible. Se afeitó la barba. Quizá una observación casual que hiciera un día la señorita Norbury contribuyó a ello: no le gustaban a ella los hombres que llevaban barba. Era importante también para mí que el muerto no confiara a la manicura el cuidado de sus manos. Obrando sobre la cuerda sensible de su vanidad de artista, gané la causa: se dejó crecer las uñas y después las cortó torpemente con unas tijeras ordinarias.

"—La señorita Norris notaría inmediatamente tus manos —le dije—. Además, un verdadero artista...

"Lo mismo con su ropa interior. Apenas fue necesario darle la idea de hacer que sus calzoncillos sobrepasasen el bajo del pantalón. Como artista, ya había encarado todos los

detalles del traje de Robert. Yo me encargué de comprar las prendas en Londres. Aunque yo no hubiese cuidado de quitar todas las etiquetas, él lo habría hecho por instinto. Como australiano y como artista, no hubiera soportado conservar en una ropa interior la dirección de un comerciante londinense. Sí, ambos entendíamos hacer seriamente las cosas: él, como artista, yo, como... diga usted como un asesino, si quiere; ahora me es indiferente.

"Nuestros planes estaban minuciosamente trazados. De Londres, a donde me trasladé el lunes, escribí a Marc la carta de Robert (siempre el mismo deseo artístico de la perfección). Al mismo tiempo, compré un revólver.

El martes por la mañana, Marc anunció, en el desayuno, la llegada de Robert. Ahora Robert estaba vivo: éramos seis testigos para probarlo, seis testigos que sabían que debía venir a la tarde. Habíamos convenido entre nosotros dos que Robert se presentaría a las tres, algún tiempo antes del regreso de los jugadores de golf. La camarera buscaría a Marc, y, no hallándolo, regresaría al escritorio, donde me vería conversando con Robert en ausencia de Marc. Explicaría que Marc había salido y yo mismo presentaría al poco presentable hermano en la mesa del té. La ausencia de Marc no suscitara ningún comentario, porque todo el mundo se diría (Robert, por otra parte, no dejaría de subrayarlo), que no sentía grandes deseos de encontrarse con el visitante. Entonces Robert se mostraría cómicamente agresivo hacia todos los huéspedes de la casa y en especial, por supuesto, hacia la señorita Norris, hasta el momento en que juzgara que la broma ya había ido bastante lejos.

"Era éste nuestro plan secreto, o más exactamente, el de Marc, porque el mío difería.

"El anuncio de la noticia, en el desayuno, tuvo pleno éxito. Después de la partida de los golfistas, empleamos la mañana en dar la última mano a nuestros preparativos. Mi principal preocupación era que Marc adquiriese al máximo la identidad de Robert. Por esta razón, le sugerí la idea de utilizar, cuando estuviese vestido, el pasaje secreto que conducía al cuadro de césped, y regresar después por la avenida de acceso, sin olvidar de entrar en conversación con el guardián. Tendría yo así dos testigos más para atestiguar la llegada de Robert: primero, el guardián de la portería; después, uno de los jardineros, que yo haría trabajar en el césped, delante de la casa. Marc, naturalmente, se mostró dispuesto a seguir mis consejos. Podría así comenzar a hacer, con el portero, la prueba de su acento australiano. Era verdaderamente divertido ver con qué entusiasmo se acogía cada una de mis sugestiones. Jamás asesinato alguno fue tan cuidadosamente preparado... por la víctima.

"Cambió de ropas en el cuarto contiguo al escritorio. Era el sitio más seguro... para los dos. Cuando estuvo pronto, me llamó para una última inspección. Quedé estupefacto de ver hasta qué punto ofrecía realmente la apariencia de su personaje. Supongo que los estigmas de su depravación debían estar ya impresos en su rostro desde hacía algún tiempo, pero con su barba y su bigote los había ocultado hasta entonces. Ahora que estaba afeitado, los signos de su vergüenza aparecían a plena luz; ninguna de las personas a quienes los habíamos disimulado con tanto cuidado podría en lo sucesivo engañarse. Era en verdad el descarriado cuyo papel desempeñaba.

"—¡Increíble! ¡Verdaderamente prodigioso! —le dije.

"Sonrió con su afectación habitual y atrajo mi atención sobre algunos detalles artísticos que podía yo no haber notado.

"Fui a echar un vistazo al hall. Estaba vacío. Lo atravesamos corriendo para ganar la biblioteca. Marc descendió al pasaje y se alejó. Regresando al cuarto, reuní todas las ropas que acababa de quitarse e hice con ellas un envoltorio que llevé al pasaje. Después fui a sentarme al hall y esperé:

"Usted ha oído la declaración de Audrey Stevens, la camarera. En cuanto se alejó en dirección al Templo, en busca de Marc, entré en el escritorio. Mi mano derecha, sepultada en mi bolsillo, empuñaba un revólver.

"Marc comenzó enseguida a representar su papel de Robert en un informe galimatías, donde explicaba que vino de Australia trabajando a bordo para pagar su pasaje, primer ensayo que hacía para mi edificación personal. Luego, saboreando por anticipado su tan bien combinado desquite contra la señorita Norris, exclamó, ya con voz natural:

"—¡Ahora me ha llegado mi vez! Espera".

"Estas fueron las palabras que oyó Elsie. No tenía nada que hacer en el hall a esas horas y hubiera podido echarlo todo a rodar; pero las circunstancias obraron de tal modo que su presencia contribuyó a favorecer mis planes. A partir de entonces disponía yo del testimonio esencial que me faltaba, un testimonio independiente del mío, para probar que Marc y Robert se habían encontrado en el escritorio.

"Pero yo, por mi parte, no había pronunciado una palabra. No iba a correr el riesgo de que alguien pudiese oírme hablar en aquel sitio. Sólo respondí con una sonrisa a los desvaríos de aquel pobre loco, saqué mi revólver y lo maté; después me volví a esperar en la biblioteca, como lo he declarado en mi deposición.

"¿Podrá usted imaginase señor Gillingham, la impresión que provocó en mí su repentina aparición? ¿Puede representarse los sentimientos de un "asesino" que se sentía seguro de haber previsto todas las eventualidades y que se halla súbitamente colocado en presencia de un problema enteramente nuevo? ¿Cuáles serían las consecuencias de su llegada? No lo sabía; quizá fuesen nulas, quizá capitales. ¡Y yo había olvidado abrir la ventana!

"¿Juzga usted muy hábil el plan que había yo adoptado para matar a Marc? Tal vez no; pero, si algunos elogios merezco en todo este asunto, creo que será por la "capacidad de reacción" de que di pruebas frente a la imprevisible catástrofe que constituía su llegada. Sí, tuve la sangre fría de hallar un medio de abrir una ventana, señor Gillingham, bajo sus propias narices, y justamente la que convenía, como fue usted mismo lo bastante amable para reconocerlo poco después. Y las llaves... sus deducciones no carecieron de sutileza, pero creo haber sido más sutil aún. En este punto, conseguí plenamente inducirlo a error, señor Gillingham, como me lo confirmó una conversación sostenida entre usted y su amigo Beverley en el cuadro de césped, y que me tomé la libertad de escuchar sin que ustedes lo supiesen. ¿Dónde estaba yo? Ah, es preciso que trate de descubrir ese pasaje secreto...

"Pero ¿qué digo? ¿Lo habré inducido verdaderamente en error? Usted ha puesto en claro toda mi combinación, comprendió que Robert era Marc, y el resto importa poco. ¿Cómo llegó usted a

descubrirlo? Jamás lo sabré. ¿Dónde estaba el defecto de mi plan? Quizá haya sido usted quien me engañó de uno a otro extremo. Quizá lo sepa todo acerca de las llaves, de la ventana; y hasta del pasaje secreto. Es usted un hombre notable, señor Gillingham.

"¿Qué hacer con las ropas de Marc? Hubiera podido dejarlas en el pasaje; pero el secreto del pasaje sería muy relativo en lo sucesivo, porque la señorita Norris lo conocía. Quizá haya sido éste el punto débil de mi plan: haber puesto a la señorita Norris al corriente. Hice entonces desaparecer las ropas en el estanque; el inspector había tenido la amabilidad de hacerlo previamente dragar, por mi consejo. Añadí dos llaves, pero conservé el revólver. Ha sido una suerte, ¿verdad, señor Gillingham?

"No creo que me quede gran cosa por explicarle. Esta carta es larga, pero será la última que escriba. Hubo un tiempo en que puse todas mis esperanzas en un porvenir dichoso, un porvenir en que ya no habría estado en la Casa Roja, ni solo. Sin duda no era más que uno de esos sueños, demasiado hermosos para ser realizables, a los que se abandona locamente la imaginación cuando las exigencias de la vida le conceden un instante de tregua. Al presente, no soy más digno de ella que lo era Marc. Pero yo sé que hubiera podido hacerla feliz, señor Gillingham. ¡Dios mío, cómo me hubiera gustado trabajar con toda mi alma para darle la dicha! Ahora, es imposible. Ofrecerle la mano de un asesino sería tan odioso como ofrecerle la mano de un borracho, y por haber querido intentar tan monstruosa aventura, Marc ha muerto. Volví a verla esta mañana. Estuvo encantadora. Vivimos en un mundo muy difícil de comprender.

"Henos aquí todos concluidos, desaparecidos: los Ablett como los Cayley. Me pregunto lo que el viejo abuelo Cayley pensará de todo esto. Quizá valga más que no quede ninguno de nosotros. ¿Qué podrían reprocharle a la pobre abuela Sara... salvo su mal carácter? Tenía la nariz de los Ablett... y está dicho todo. Me alegro que no haya dejado otros hijos.

"Adiós, señor Gillingham. Me molesta que su estada entre nosotros no haya sido más agradable; pero usted conoce las dificultades entre las que yo me debatía. No deje a Bill formar una opinión demasiado mala de mí. Es un excelente muchacho; continúe siendo su amigo. Quedará sorprendido; la juventud vive en una perpetua sorpresa. Le agradezco que me haya dejado elegir libremente el fin que me convenga. Sigo creyendo que siente usted por mí cierta simpatía. En un momento mejor, hubiéramos podido ser amigos: usted y yo, yo y ella... A ella, dígale lo que quiera: todo... o nada. Usted mismo juzgará lo que sea más conveniente. Adiós, señor Gillingham.

Mateo Cayley".

P. S. — Me siento muy solo, sin Marc, esta noche. Curioso, ¿verdad?

XXII

BEVERLEY CAMBIA DE SITIO DE VERANEO

—¡Misericordia! —suspiró Bill, depositando la carta.

—Había previsto hasta tu exclamación —murmuró Antonio.

—Tony, ¿quieres decir que sabías ya absolutamente todo esto?

—Había adivinado una buena parte. Naturalmente, no podía saberlo todo.

—¡Misericordia! —repitió Bill, reanudando su lectura de la carta.

Un instante después, levantó los ojos:

—¿Cuándo le escribiste? ¿Fue anoche, después de mi partida para Stanton?

—Sí.

—¿Qué le decías? ¿Que habías descubierto que Robert no era Marc?

—Sí. Al menos, le advertía que hoy de mañana le telegrafiaría probablemente al señor Cartwrigth, de Wimpole Street, pidiéndole que...

Ansioso por comprender, Bill lo interrumpió:

—Ah, ¿qué significa todo esto? Tomaste ayer súbitamente unos aires de Sherlock Holmes, tan enigmáticos... Hasta entonces, lo habíamos hecho todo juntos, tú me decías todo lo que pensabas. De pronto te vuelves misterioso, hermético, hasta diría sibilino... Te pusiste a hablar de cosas incomprensibles: de dentista, de natación, de la posada de Los Caballos de Labor. ¿Por qué? En fin, eludiste por completo mis preguntas.

Antonio principió a reír, luego se excusó:

—No te enojes, Bill. Fue una cosa repentina, de último momento, en el instante de concluir definitivamente. Ahora puedo explicártelo todo pero, en el fondo, no hay mucho que decir. Parece tan simple, tan evidente, una vez que se sabe. El señor Cartwright, de Wimpole Street, identificará el cuerpo, a todas luces.

—En fin, ¿qué ha podido darte la idea de recurrir a un dentista para semejantes misión?

—¿Y quién más calificado? No tú, por ejemplo: tú jamás te habías bañado con Marc; jamás lo habías visto completamente desvestido; no sabía nadar. ¿Su doctor? Quizá, si conservaba Marc las huellas de una operación bien caracterizada, y eso todavía no es seguro. Su dentista, que lo atendía con frecuencia, estaba en condiciones de identificarlo, no importa dónde ni cuándo.

Pensativo, Bill aprobó con una señal de cabeza y prosiguió la lectura de la carta.

—Ya veo. Cayley comprendió lo que significaría para él esta identificación del cuerpo por el señor Cartwright si te dejaba llamarlo por telegrama.

—Sí. Eso bastaba a cerrarle toda escapatoria. Sabiendo que el pretendido Robert era Marc, sabíamos todo.

—Evidentemente. Pero esto, ¿cómo lo supiste? —Antonio abandonó la mesa del desayuno y principió a llenar su pipa.

—Es muy difícil de explicar, Bill. Tú conoces esos problemas de álgebra en que se comienza por decir: "llamemos X la respuesta"; tras de los cual, se trabaja en determinar el valor de X. Es un primer medio. Hay otro, por el cual nadie ha obtenido nunca buenas clasificaciones en la escuela y que consiste en tratar directamente de adivinar la respuesta. Supongamos que la respuesta sea 4; ¿satisfaría a las condiciones del enunciado? No. Entonces probemos el 6. El 6 tampoco va; veamos 5, y así sucesivamente. En nuestro caso, el inspector, el coroner y los otros habían hallado una respuesta que les parecía buena; pero tú y yo sabíamos que verdaderamente no lo era, porque había muchos datos del problema a los cuales no se ajustaba en absoluto. Puesto que sabíamos que esa respuesta no concordaba, era preciso hallar otra, otra susceptible de explicar a la vez todo lo que nos embarazaba. Fue así que llegué a adivinar la verdad. ¿Tienes una cerilla? —Bill le alargó la caja. Encendió su pipa.

—Sí, pero eso no bastaba de ningún modo, viejo. Es preciso que algo haya venido repentinamente a ponerte sobre la pista. A propósito, devuélveme las cerillas, si no tienes inconveniente.

Riendo, Antonio las sacó de su bolsillo.

—Oh, perdón... Bueno, veré si puedo poner en orden el trabajo que se operó en mi cerebro, para tratar de explicarte cómo he adivinado. Primero, estaban las ropas. Cayley parecía considerarlas como un indicio infinitamente peligroso para él. Yo no veía bien por qué; pero me daba cuenta que, para un hombre en la situación de Cayley, el más pequeño indicio debía asumir un valor desproporcionado. Así, Cayley debía tener una razón para atribuir esa importancia exagerada a las ropas que Marc había llevado el martes por la mañana, a todas las ropas, tanto interiores como exteriores. Yo no sabía por qué; pero estaba seguro que, siendo así, la ausencia del cuello no podía ser intencional. Al recoger el resto, debió olvidar el cuello. ¿Por qué?

—¿Era el que habíamos visto en el canasto de la ropa sucia?

—Muy probablemente. ¿Por qué Cayley lo habría puesto allí? La respuesta evidente era que no lo había puesto él, sino que Marc lo había arrojado. Recordé lo que me habías dicho de las costumbres minuciosas de Marc, de la enorme cantidad de ropa interior que poseía, y concluí que era ciertamente uno de esos hombres que no consentirían jamás en llevar un mismo cuello dos veces. —Se detuvo para preguntar a su amigo—: Es exacto, ¿no?

—Absolutamente —respondió Bill con convicción.

—Si, ya lo había adivinado. Fue entonces cuando principié a entrever una X que concordaba perfectamente con este dato del problema, el relativo a las ropas. Vi a Marc desvistiéndose, arrojando maquinalmente su cuello en el canasto, como siempre había arrojado los cuellos que se quitaba, pero dejando, como de costumbre, el resto sobre una silla; y vi a Cayley venir después, y recoger ropas y traje, al menos todo lo que halló ante los ojos, sin darse cuenta de que el cuello faltaba.

—Continúa —lo animó Bill, con creciente interés.

—Estaba casi seguro de esto, pero quería hallar la explicación. ¿Por qué Marc había cambiado de traje en la planta baja, en vez de hacerlo en su cuarto? La única respuesta posible era que deseaba que ese cambio permaneciese secreto. ¿Cuándo se había cambiado? El único momento posible era entre el desayuno (en que los criados lo hubieran visto) y la llegada de Robert. En fin, ¿cuándo había venido Cayley a recoger el paquete de ropa? Aquí también, la única respuesta era: antes de la llegada de Robert. Faltaba ahora otra X que debía satisfacer estos tres datos.

—¿Y la respuesta fue que un asesinato había sido proyectado, aun antes de la llegada de Robert?

—Sí. Pero la carta por sí sola no era suficiente para incitar a nadie a un asesinato, a menos que detrás de la carta no hubiera algo que ignorábamos. No era tampoco admisible que un asesinato hubiese sido premeditado sin otra preparación que el cambio de traje que facilitaría la fuga de su autor. Hubiera sido demasiado pueril. Además, si tenían la intención de matar a Robert, ¿por qué tomarse tanto trabajo en anunciar su existencia, no sólo a todos ustedes, sino también, a riesgo de ciertas complicaciones, a la señora Norbury? ¿Qué significaba todo esto? Lo ignoraba yo. Empero, comenzaba a comprender que Robert no era más que un accesorio, que lo esencial era una intriga de Cayley contra Marc, sea para inducirlo a matar a su hermano, sea para hacerlo matar por su hermano, y que, por alguna razón todavía inexplicable, Marc parecía haberse prestado de buen grado al complot.

Antonio se calló unos instantes, después continuó, como hablando consigo mismo:

—Ya había yo observado las botellas de aguardiente, aquellas botellas vacías en el armario del pasaje.

—Nunca me hablaste de eso —protestó Bill.

—No las vi sino después. Era el cuello lo que yo buscaba, recuerda. Sólo más tarde volvieron a mi memoria y comprendí cuáles pudieron ser los sentimientos de Cayley en presencia de semejante situación... ¡Pobre muchacho!

—Continúa —dijo Bill.

—Luego tuvo lugar el sumario. Naturalmente, observé, y tú también seguramente, el hecho curioso de que Robert había preguntado por su camino en la segunda portería y no en la primera. Por eso es que hablé con Amos y Parsons. Supe por ellos cosas más curiosas aún. Amos me refirió que Robert se había desviado de su camino para venir a hablarle, que en cierto modo lo había llamado. Parsons me aseguró por su parte que su mujer había pasado toda la tarde en su jardincito, en la primera portería, y que estaba segura que Robert no había pasado por allí. Me dijo también que Cayley le había dado orden, esa misma tarde, de trabajar en el césped delante de la casa. Entonces adiviné otra cosa, o la deduje, si lo prefieres: Robert debió utilizar el pasaje secreto, cuya salida desemboca en el parque, entre la primera portería y la segunda. Era preciso entonces que Robert hubiera estado primero en la casa. Así, la combinación habría sido tramada entre Robert y Cayley. Pero ¿cómo Robert podía estar allí a escondidas de Marc? Era imposible, porque la conducta de Marc probaba, por otra parte, que estaba al corriente. ¿Cómo explicar esta situación?

—¿Cuándo descubriste todo esto? —interrumpió Bill—. ¿Enseguida del sumario? ¿Después de haber visto a Amos y Parsons?

—Sí, cuando me separé de ellos para ir a reunirme contigo... Comenzaba entonces a examinar el problema de las ropas. ¿Por qué Marc necesitó cambiarse tan secretamente? ¿Un disfraz? Pero le habría quedado la cara, que era mucho más importante que el traje, y sobre todo su barba... Habría sido necesario que la afeitase. Y después... ¡Oh, qué tonto había sido yo! Lo comprendí todo de un golpe viéndote mirar aquel cartel: Marc representando una comedia, Marc retocado, Marc disfrazado... Eso se volvía tan sencillo ahora: Marc se había convertido en Robert... Las cerillas, hazme el favor.

Bill alargó de nuevo su caja a Antonio, esperó a que hubiese encendido su pipa y tendió la mano para recibirla en el preciso instante en que desaparecía en el bolsillo de su amigo.

—Sí —dijo Bill, pensativo—; sí... pero hay todavía otra cosa: ¿por qué me enviaste a Los Caballos de Labor?

Antonio, queriendo excusarse, pero no pudiendo al mismo tiempo contener la risa, adoptó al responderle una expresión fisonómica verdaderamente cómica:

—Bill, si te lo digo, no me perdonarás jamás. Nunca volverás a jugar conmigo al detective.

—¿Por qué? —Antonio suspiró:

—No era más que un pretexto, Watson. Quería únicamente alejarte. Necesitaba estar solo. Acababa de hallar mi última X y era necesario que la pusiese a prueba, que la confrontase en todo sentido con nuestros precedentes descubrimientos. Era indispensable que estuviese solo en esos momentos. Por eso...

Sonrió, añadiendo:

—Y además, bien sabía que tenías sed. —Bill lo miró estupefacto, luego exclamó:

—¡Eres infernal! ¿Y el interés que mostraste cuando te anuncié que era una mujer quien había pernoctado en la posada?

—Tenía al menos que mostrar algún interés después de todo el trabajo que tú te habías tomado...

—¡Infame gusano! ¡Indigno Sherlock! Y además, no pierdes ocasión da tratar de robar mis cerillas. En fin, continúa:

—Ya he concluido. Mi X concordaba con todos los datos.

—¿Adivinaste el papel desempeñado por la señorita Norris?

—No. No pensé que Cayley lo hubiera maquinado todo desde el principio, que fuera él quien incitara a la señorita Norris a asustar a Marc. Creía más bien que se había limitado a aprovechar la ocasión.

Bill permaneció un instante silencioso, extrayendo bocanadas de su pipa, después dijo lentamente:

—¿Sabes si Cayley se mató? —Antonio se encogió de hombros.

—Pobre muchacho —continuó Bill—. Has hecho bien en concederle una probabilidad de escapar al arresto y al deshonor.

—No pude acallar una cierta simpatía hacia él.

—No carecía de habilidad, asimismo. Si tú no hubieses llegado justo en el momento crítico, jamás lo habrían descubierto.

—No estoy seguro de ello. Su plan era ingenioso, pero son a menudo los planes más ingeniosos los que traicionan a su autor. La mayor dificultad, desde el punto de vista de Cayley, es que habiendo Marc desaparecido, ni él ni su cadáver serían encontrados jamás. Esto no ocurre a menudo, cuando un hombre desaparece. Se concluye generalmente por hallarlo, quizá no si es un criminal profesional, pero con facilidad si no se trata más que de un amateur como Marc. Así, Cayley habría podido no revelar jamás a nadie cómo había matado a Marc; pero creo que tarde o temprano hubieran adquirido la certidumbre de que era él quien lo mató.

—Es muy posible... Oh, dime otra cosa: ¿por qué Marc habló a la señora Norbury de su hermano imaginario?

—Esta cuestión también me preocupó, Bill, fue quizá por un gusto de la farsa semejante al que lo llevó a disfrazarse de pies a cabeza. Supongo que podía estar penetrado de su papel de Robert al punto de llegar casi a creer él mismo y experimentar la necesidad de informar a todo el mundo. Pero, más probablemente, se dijo que, habiéndoles advertido a todos, mejor haría en advertir también a la señora Norbury, para el caso de que se encontrara con alguno de ustedes. De otro modo, si hubieran hecho alusión delante de ella a la próxima llegada de Robert, la señora Norbury hubiera podido comprometer de antemano el éxito de la proyectada comedia respondiendo: "Estoy segura que no tiene hermano; si hubiera tenido uno, me habría hablado de él". Acaso también Cayley, que tenía interés en que las personas al corriente de la venida de Robert fueran lo más numerosas posible, lo haya impulsado a ello.

—¿Vas a decirle todo a la policía?

—Sí, es preciso que sepa la verdad. No es imposible, por otra parte, que Cayley haya dejado otra confesión. Espero que no habrá hablado de mí. Mira, desde anoche, he sido en cierto modo su cómplice. Es necesario también que vaya a ver a la señorita Norbury.

—Te planteo esta cuestión —explicó Bill—, porque me pregunto qué voy a decirle a Betty... a la señorita Calladine. No puede dejar de interrogarme.

—Quizá no la veas hasta dentro de mucho tiempo — dijo Antonio con su aire más triste.

—Te equivocas, viejo. He sabido que debía ir a casa de los Barrington y voy yo también mañana.

—Harás bien entonces en decírselo todo, porque, visiblemente, te mueres de deseos de hacerlo. Pídele, solamente, que no hable de esto con otras personas antes de un día o dos. Te escribiré.

—Entendido.

Antonio vació la ceniza de su pipa y se levantó preguntando:

—¿Serán ustedes muchos, en lo de los Barrington?

—Bastantes, creo.

—Entonces —continuó Antonio, con una amable sonrisa dirigida a su amigo—, si ocurre que uno de los invitados sea asesinado, podrías enviarme a buscar. Hace poco tiempo que he adoptado esta nueva profesión, pero mi preparación está en buen camino...

FIN

Notas

[1] Famosa obra humorística del escritor inglés Jerome K. Jerome. (Publicada en la Serie Azul de esta Biblioteca) (N. del E.)

[2] Que es lo que deseábamos demostrar.

[3] El biógrafo de Samuel Johnson.